Cerebro

http://www.laisladigital.com

Robin Cook

Titulo del original inglés, Brain
Traducción, Edith Zilli
Cubierta, g + a, disseny gráfic

© 1981 by Robin Cook
© Ultramar Editores, S.A., 1981
Depósito legal B. 13389-1982
Compuesto en Garamond 11
Impreso y encuadernado por
Printer, industria gráfica sa
Sant Vicenc deis Horts 1982
Printed in Spain
ISBN 84-226-1418-9

Edición no abreviada
Licencia editorial para Círculo de Lectores
por cortesía de Emecé Editores
Queda prohibida su venta a toda persona
que no pertenezca a Circulo
Spirit96 – Diciembre 2004

Dedicado a Barbara,
con amor.

Del cerebro y sólo del cerebro provienen nuestros placeres, alegrías, risas y humoradas, así como nuestras aflicciones, sufrimientos, penas y lágrimas...

HIPÓCRATES

1

7 de marzo

Llevada por una frágil resolución, Katherine Collins subió los tres peldaños de entrada, llegó hasta la puerta de vidrio y acero inoxidable y le dio un empujón. No se abrió. Se echó hacia atrás y leyó la inscripción grabada en el dintel: «Centro Médico de la Universidad de Hobson: Para enfermos y accidentados de la Ciudad de Nueva York». A su modo de ver, hubiera debido decir: «Abandonad toda esperanza, los que aquí entráis».

Dio la vuelta, entornando los párpados ante el sol matinal de primavera; sentía el impulso de huir y regresar a su apartamento confortable. Lo último que deseaba en el mundo era volver al hospital. Pero antes de que pudiera moverse subieron varios pacientes, que la rozaron al pasar. Sin detenerse, abrieron la puerta que conducía a la clínica principal; la ominosa mole del edificio los devoró instantáneamente.

Katherine cerró los ojos por un instante, asombrada por su propia estupidez. ¡Claro, las puertas de la clínica se abrían hacia afuera! Con el bolso apretado contra el cuerpo, abrió la puerta y entró en el submundo del hospital.

Lo primero que la atacó fue el olor. En sus veintiún años de experiencia no había registrado nada semejante.

El elemento principal era algo químico, una mezcla de alcohol con un desodorante asquerosamente dulzón. Comprendió que el alcohol respondía a un intento de dominar la enfermedad, que acechaba en el aire, y en cuanto al desodorante, sabía que servía para cubrir los olores biológicos que siempre la acompañan. Hasta su primera visita al hospital, algunos meses antes, nunca había pensado en su propia muerte, como si la salud y el bienestar fueran un derecho propio. En ese momento, al entrar en la clínica y sentir ese olor, las cosas cambiaron; sus recientes problemas de salud le invadieron la conciencia. Mordiéndose el labio inferior para dominar sus emociones, se abrió paso hacia los ascensores.

A Katherine la perturbaba el gentío de los hospitales. Hubiera querido recogerse en sí misma como una crisálida, para que no la tocaran, para que no le respiraran ni le tosieran encima. Le costaba mirar los rostros distorsionados, los sarpullidos escamosos, las erupciones supurantes. En el ascensor resultó aún más desagradable, pues allí se vio apretada contra una humanidad similar a los grupos pintados por Brueghel. Mantuvo los ojos fijos en el indicador de pisos, tratando de no prestar atención a lo que la rodeaba, mientras ensayaba el discurso que le diría a la recepcionista de Ginecología: «Hola; soy Katherine Collins, estudiante de la universidad. He venido cuatro veces a visitarme. Estoy a punto de volver a casa, para consultar al médico de mi familia, y quisiera una copia de mi historial ginecológico».

Parecía bastante simple. Sus ojos vagaron hasta el ascensorista. Tenía el rostro sumamente ancho, pero cuando se ponía de perfil la cabeza era chata. Katherine, involuntariamente, fijó la vista en su imagen deforme; y cuando el

ascensorista se volvió para anunciar que estaban en el tercer piso, se encontró con la mirada fija de la muchacha. El hombre tenía un ojo desviado hacia abajo y hacia un lado; el otro se clavó en Katherine con una maligna atención. Ella apartó la vista, sintiendo que enrojecía. Un hombre corpulento y velludo la empujó para descender. Katherine se apoyó en la pared del ascensor para no perder el equilibrio y bajó la vista hacia una niñita rubia de cinco años. Un ojo verde le devolvió la sonrisa. El otro estaba perdido bajo los pliegues violáceos de un gran tumor.

Las puertas se cerraron y el ascensor siguió subiendo. Una sensación de mareo se abatió sobre Katherine. No se parecía al que había presagiado los dos ataques sufridos el mes anterior, pero aun así la atemorizaba, dado el ambiente cerrado del recinto. Cerró los ojos para combatir la claustrofobia. Alguien tosió detrás, rociándole el cuello. El ascensor se detuvo bruscamente y las puertas se abrieron. La muchacha bajó al cuarto piso de la clínica y se acercó a la pared para apoyarse, mientras los otros se adelantaban. El mareo pasó pronto. Cuando volvió a la normalidad, tomó a la izquierda por un pasillo que, veinte años antes, habría sido verde.

El pasillo se ensanchó, convirtiéndose en la sala de espera de Ginecología. Estaba atestado de pacientes, niños y humo de cigarrillo. Katherine cruzó la zona central y entró en un vestíbulo sin salida que se abría a la derecha. La clínica ginecológica de la universidad, que atendía a los estudiantes así como al personal del hospital, tenía su propia sala de espera, aunque el decorado y el mobiliario eran idénticos a los del salón principal. Cuando Katherine entró había siete mujeres sentadas en las sillas de vinilo y acero. Todas hojeaban, nerviosas, ejemplares atrasados de distintas revistas. La recepcionista, una mujer de unos veinticinco años, de pelo desteñido y aspecto de pájaro, piel pálida y facciones estrechas, estaba sentada ante su mesa. Un cartelito firmemente prendido sobre su pecho plano proclamaba que su nombre era Ellen Cohen. Al ver que se aproximaba un paciente levantó la vista.

—Hola. Soy Katherine Collins...

Su voz carecía de la seguridad que había pensado darle. En realidad, cuando llegó al final de su solicitud parecía estar suplicando. La recepcionista se la quedó mirando unos momentos.

—¿Quiere su historial? —preguntó, su voz reflejaba una mezcla de desdén e incredulidad.

Katherine asintió, tratando de sonreír.

—Bueno, tendrá que hablar con la señorita Blackman. Siéntese, por favor.

La voz de Ellen Cohen se había tornado brusca y autoritaria. Katherine consiguió asiento cerca de la mesa, mientras la recepcionista sacaba su historia clínica de un archivo y desaparecía por una de las diversas puertas que llevaban a los consultorios.

La muchacha, sin darse cuenta, empezó a alisarse el pelo brillante estirándolo hacia abajo sobre el hombro izquierdo, en un gesto habitual que hacía cuando estaba nerviosa. Era una joven atractiva, de ojos azul grisáceos, relucientes y atentos. Medía un metro cincuenta y seis, pero su enérgica personalidad la hacía parecer más alta. Los amigos de la universidad le tenían

mucho aprecio, tal vez por su franqueza, y sus padres la adoraban. A ellos les preocupaba que su única hija se encontrara, sola y vulnerable, en la jungla de Nueva York. Sin embargo había sido la actitud excesivamente protectora de sus padres lo que decidió a Katherine a marcharse a estudiar allí, convencida de que la gran ciudad le ayudaría a demostrar su individualidad, su fuerza innata. Y hasta que apareció su enfermedad lo había logrado, burlándose de las advertencias paternas. Nueva York era suyo; Katherine amaba su palpitante vitalidad.

La recepcionista volvió a su puesto y se sentó ante la máquina de escribir.

Katherine observó subrepticiamente la sala de espera, observando las cabezas inclinadas de las jóvenes que esperaban turno, como ganado anónimo. Se sentía muy agradecida por no tener que someterse a un nuevo examen, desagradable experiencia por la que había pasado cuatro veces; la última, hacía tan sólo cuatro semanas. Acudir a la clínica había sido el más difícil de todos sus actos de independencia. En realidad, habría preferido con mucho volver a Weston, Massachussetts, para consultar con su propio ginecólogo, el doctor Wilson; hasta entonces él había sido el primero y el único en atenderla. El doctor Wilson era mayor que los internos de la clínica y tenía sentido del humor, lo cual disimulaba los aspectos humillantes de aquella situación, tornándola siquiera tolerable. Allí era distinto. La clínica resultaba impersonal y fría; combinada con el ambiente general, cada visita se convertía en una pesadilla. Sin embargo, Katherine había insistido. Su sentido de la independencia lo exigía, al menos hasta presentarse la enfermedad.

La señorita Blackman, la enfermera, salió de un consultorio. Era una mujer robusta, de unos cuarenta y cinco años de edad; tenía el pelo negro como el carbón recogido en un apretado moño sobre la nuca. Vestía un impecable uniforme blanco, rígido de almidón. Su atuendo revelaba de qué modo le gustaba manejar el departamento de Ginecología: con fría eficiencia. Llevaba once años trabajando en el Centro Médico.

La recepcionista le dijo algo; Katherine oyó mencionar su propio nombre. La enfermera, haciendo un gesto afirmativo, se volvió a mirarla por un momento. Sus ojos, de color oscuro, daban una impresión de gran calidez, a pesar de ese exterior rígido. Súbitamente, a Katherine se le ocurrió que fuera del hospital aquella mujer debía ser mucho más agradable.

Pero la señorita Blackman no se acercó a hablar con ella. En cambio susurró algo a Ellen Cohen y volvió a la zona de los consultorios. Katherine sintió que la sangre le subía al rostro. Pensó que la estaban olvidando deliberadamente, como si el personal de la clínica eligiera ese medio para demostrarle su disgusto porque ella deseaba consultar con su propio médico. Nerviosa, tendió la mano hacia un ejemplar de *Ladies'Home Journal;* era de un año atrás y le faltaba la cubierta pero, aun así no podía tampoco concentrarse.

Para entretenerse, trató de pensar en el momento en que llegara a su casa, esa noche; en la sorpresa que se llevarían sus padres. Ya se imaginaba entrando en su antiguo dormitorio. No iba allí desde Navidad, pero sabía que el cuarto estaría tal como ella lo había dejado. El cubrecama amarillo, las cortinas

haciendo juego, todos los recuerdos de su adolescencia, cuidadosamente preservados por su madre. La imagen materna, tranquilizadora, la indujo a preguntarse una vez más si no sería mejor llamarlos para advertirles de su llegada. La ventaja era que irían a buscarla al aeropuerto; la desventaja, que probablemente la obligarían a dar una explicación sobre el motivo de ese regreso, y ella prefería hablar de su enfermedad cara a cara, no por teléfono.

Veinte minutos después volvió a aparecer la señorita Blackman, que conversó con la recepcionista en voz baja. Katherine fingió estar absorta en la revista. Al fin la enfermera se le acercó.

—¿Señorita Collins? —pronunció, con sutil irritación.

Katherine levantó la vista.

—Me han dicho que ha pedido usted su historial clínico.

—Así es —respondió ella, dejando la revista.

—¿No está satisfecha con nuestra atención? —inquirió la señorita Blackman.

—Nada de eso. Es que deseo que me visite el médico de mi familia y quiero una copia de las anotaciones para llevársela.

—Eso es bastante irregular —observó la señorita Blackman—. Sólo enviamos los informes cuando los solicita un médico.

—Esta noche salgo para mi casa y quiero llevarme esos informes. Si mi médico los necesita, prefiero no esperar a que los envíen.

—No se ajusta a los procedimientos que seguimos aquí, en el Centro Médico.

—Pero yo sé que tengo derecho a pedir una copia.

Un incómodo silencio siguió a este último comentario. La señorita Blackman, que no estaba acostumbrada a esos enfrentamientos, la miraba con la expresión exasperada de un padre que no sabe qué hacer ante un niño testarudo. Katherine le devolvió la mirada, traspasada por los ojos oscuros y brillantes de la enfermera.

—Tendrá que hablar con el médico —dijo la mujer, abruptamente.

Y se alejó sin esperar respuesta, para desaparecer por una de las puertas cercanas. La cerradura resonó a su espalda con mecánica determinación.

Katherine tomó aliento y echó una mirada a su alrededor. Las otras pacientes la miraban con cautela, como si compartieran el desdén del personal por quien se atrevía a alterar los procedimientos normales del hospital. Katherine se esforzó por mantener el dominio de sí, diciéndose que se había comportado como una paranoica. Fingió leer su revista, pero sentía las miradas fijas de las otras mujeres. Hubiera querido esconderse dentro de sí como una tortuga, o levantarse y desaparecer. No podía hacer ninguna de las dos cosas. El tiempo transcurría lenta, penosamente. Varias pacientes fueron atendidas. Ya era obvio que la pasaban por alto.

Sólo tres cuartos de hora después, el médico del departamento, vestido con pantalones y chaquetilla blancos, arrugados, apareció con la historia clínica de Katherine. La recepcionista la señaló con la cabeza, y el doctor Harper se

adelantó a grandes pasos hasta detenerse frente a ella. Era calvo, a excepción de una franja de pelo que se iniciaba sobre las orejas, curvándose en rizos sobre el cuello. Él era quien la había visitado dos veces, y Katherine recordaba claramente sus manos peludas, que adquirían un aspecto extraño dentro de los guantes de látex semitransparente.

Levantó la vista hacia él, con la esperanza de encontrar cierta calidez en su actitud, pero no la había. El médico hojeó silenciosamente la carpeta, sosteniéndola con la mano izquierda mientras seguía el contenido con el índice derecho. Parecía a punto de pronunciar un sermón.

Katherine bajó la vista. El médico llevaba una serie de manchitas de diminutas gotas de sangre en la pierna izquierda del pantalón. Enganchado en el cinturón, a la derecha, se veía un trozo de tubo de goma; a la izquierda, un estetoscopio.

—¿Por qué quiere llevarse su historial ginecológico? —preguntó, sin mirarla.

Katherine explicó nuevamente sus planes.

—Me parece una pérdida de tiempo —observó él, sin dejar de hojear la carpeta—. La verdad, esta historia clínica no tiene casi nada. Un par de Papanicolau levemente atípicos y una pequeña hemorragia que queda explicada por una ligera erosión cervical. En realidad, esto no le sirve a nadie. Aquí tuvo un episodio de cistitis, causado sin duda por haber realizado el acto sexual el día anterior al comienzo de los síntomas, según usted admitió.

Katherine se ruborizó de humillación. Sabía que todo el mundo en la sala de espera estaba escuchando la conversación.

—Vea, señorita Collins, sus ataques no tienen nada que ver con Ginecología. Le sugiero que consulte al departamento de Neurología...

—Ya fui a Neurología —interrumpió ella—. Y ya tengo ese historial.

Se esforzaba por contener las lágrimas. No solía ceder a las emociones, pero las pocas veces en que se sentía a punto de llorar le era difícil dominarse. El doctor David Harper apartó lentamente los ojos de la carpeta. Tomó aliento y lo despidió ruidosamente, por entre los labios parcialmente ahuecados. Parecía aburrido.

—Vea, señorita, aquí se la ha atendido muy bien...

—No me quejo de la atención —replicó Katherine, sin levantar la vista. Las lágrimas que le llenaban los ojos amenazaban con correrle por las mejillas—. Sólo quiero mi historial.

—Lo que quiero decir —prosiguió el médico— es que no necesita pedir otras opiniones sobre su condición ginecológica.

—Por favor —dijo ella, lentamente—; ¿me va a dar mi historial o quiere que hable con el administrador?

Alzó la mirada poco a poco y atrapó con el nudillo la lágrima que se le había escurrido por encima del párpado. El médico acabó por encogerse de hombros. Katherine lo oyó maldecir por lo bajo mientras arrojaba la carpeta en la mesa de la recepcionista ordenándole que hiciera una copia. Sin despedirse, sin siquiera mirar atrás, desapareció hacia los consultorios.

Katherine se puso el abrigo; notó que estaba temblando y que volvía a

marearse. Al acercarse a la mesa de recepción, tuvo que aferrarse al borde para no perder el equilibrio.

La rubia de la cara de pájaro optó por no prestarle la menor atención y siguió escribiendo una carta. Al ver que ponía también el sobre en la máquina, la muchacha le recordó su presencia.

—Está bien, espere un momento —dijo Ellen Cohen, destacando con irritación cada palabra.

Sólo cuando tuvo el sobre preparado, lleno, cerrado y sellado se dignó levantarse, tomar la carpeta de Katherine y desaparecer por el pasillo. Mientras tanto ni siquiera la miró a los ojos.

Pasaron otras dos pacientes antes de que Katherine recibiera su sobre de papel manila. Consiguió dar las gracias, pero la recepcionista no se molestó en contestarle. A ella no le importó. Con el sobre bajo el brazo y el bolso colgado del hombro, cruzó casi corriendo por entre el tumulto que atestaba la sala principal de Ginecología.

Se detuvo en aquel ambiente invadida por una sofocante oleada de mareos. Su frágil estado emotivo, combinado con el súbito esfuerzo físico del paso rápido, habían sido demasiado. Se le nubló la vista. Alargó una mano hacia el respaldo de una silla. El sobre de papel se le deslizó bajo el brazo hasta caer al suelo. La sala giraba velozmente. Se le doblaron las rodillas.

Katherine sintió que unas manos fuertes la sujetaban por los brazos sosteniéndola. Oyó que alguien trataba de tranquilizarla, diciéndole que no pasaría nada malo. Quiso decir que se repondría con sólo sentarse un momento, pero la lengua no le respondía. Vagamente, tuvo conciencia de que la llevaban en vilo por un corredor; los pies le golpeaban inútilmente contra el suelo, como los de una marioneta.

Una puerta después, un cuarto pequeño. Aquella horrible sensación de vértigo se prolongaba. Katherine tuvo miedo de vomitar, y la frente se le cubrió de sudor frío. Sintió que la dejaban en el suelo. Casi de inmediato se le despejó la visión y el cuarto dejó de girar. Dos médicos vestidos de blanco la estaban atendiendo. Con cierta dificultad, le sacaron una manga del abrigo para aplicarle un torniquete. Era un alivio no verse en esa atestada sala de espera, donde hubiera sido un espectáculo para todo el mundo.

—Creo que me siento mejor —dijo, parpadeando.

—Bueno —dijo uno de los médicos—. Le vamos a dar algo.

—¿Qué?

—Una cosa para tranquilizarla.

Katherine sintió el pinchazo de una aguja en la piel tierna del brazo. Cuando le sacaron el torniquete, el pulso le latió en las puntas de los dedos.

—Pero me encuentro mucho mejor —protestó.

Giró la cabeza y vio que una mano apretaba el émbolo de una jeringa. Ambos médicos estaban inclinados sobre ella.

—Me encuentro bien, de veras.

Ellos no contestaron. Se limitaron a mirarla, sujetándola.

—Ya estoy mucho mejor, en serio —repitió Katherine, mirándolos alternativamente.

Uno de los médicos tenía los ojos más verdes que había visto en su vida; parecían esmeraldas. Trató de moverse, pero él la sujetó con más fuerza.

De pronto se le nubló la vista; el médico parecía estar muy lejos. Al mismo tiempo sintió un silbido en los oídos. Su cuerpo pesaba demasiado.

—Estoy mucho...

Hablaba con voz gangosa, moviendo los labios con gran lentitud. La cabeza se le cayó a un lado. Vio que estaba en el suelo de un cuarto que servía de almacén. Luego, la oscuridad.

2

14 de marzo

El señor Wilbur Collins y su esposa se consolaban mutuamente, esperando que les abrieran la puerta. Al principio la llave no entró en la cerradura; el portero la retiró, pensando que quizá no fuera la del número 92,

pero entonces vio que la tenía al revés. Cuando la puerta se abrió, se hizo a un lado para dejar paso a la directora del Colegio Mayor Femenino de la universidad.

—Bonito apartamento —dijo la directora.

Era una mujer menuda, de unos cincuenta años, que gesticulaba con rapidez y nerviosismo. Resultaba evidente que se sentía muy incómoda. Los esposos Collins la siguieron, junto con dos policías uniformados.

Se trataba de un apartamento pequeño, de un solo dormitorio, que se anunciaba como «con vista al río». La tenía, pero sólo desde una diminuta ventana abierta en el cuarto de baño cuyas dimensiones eran las de un ropero. Los dos policías permanecieron a un lado, con las manos a la espalda. La señora Collins, de cincuenta y dos años, vaciló ante la puerta, como temerosa de lo que podía encontrar allí. Su esposo, en cambio, entró renqueando hasta el centro de la habitación. La polio, en 1952, le había afectado la pierna derecha, pero no su capacidad para los negocios. A los cincuenta y cinco años, era el segundo personaje en importancia dentro del imperio constituido por el First National City Bank de Boston. Exigía de todos actividad y respeto.

—Si sólo ha pasado una semana —sugirió la directora—, tal vez no sea tiempo de preocuparse.

—Nunca debimos permitir que Katherine viniera a Nueva York —dijo la señora Collins, retorciéndose las manos.

El marido pasó por alto los dos comentarios. Se encaminó al dormitorio y miró hacia dentro.

—La maleta está sobre la cama.

—Es buena señal —observó la directora—. Muchos estudiantes, ante la tensión nerviosa de los exámenes, reaccionan yéndose de la facultad por algunos días.

—Si Katherine se hubiera ido, se habría llevado la maleta —afirmó la señora Collins—. Además, nos hubiera llamado el domingo. Llama a casa todos los domingos.

—Por mi condición de directora sé muy bien que muchos estudiantes necesitan un respiro, hasta los buenos, como ella.

—Katherine es diferente —afirmó el señor Collins, desapareciendo en el interior del cuarto de baño.

La directora puso los ojos en blanco para beneficio de los policías, que siguieron impávidos. El padre volvió a la salita, siempre renqueando.

—No ha ido a ninguna parte —afirmó rotundamente.

—¿Qué quieres decir, querido? —preguntó la señora, con ansiedad creciente.

—Lo que dije. No puede haber ido a ninguna parte sin llevarse esto.

Y arrojó una caja de píldoras anticonceptivas, medio vacía, sobre el sofá.

—Está aquí, en Nueva York, y quiero que la encuentren. —Miró a los policías.— Créanme, no voy a dejar que este caso se quede durmiendo en un cajón.

3

15 de abril

El doctor Martin Philips recostó la cabeza contra la pared del cuarto de control; la frescura del yeso le produjo una agradable sensación. Frente a él, contra la mampara de vidrio, se apretaban cuatro estudiantes de tercer año de

medicina, observando, completamente boquiabiertos, la preparación de un paciente para una tomografía axial. Era la primera clase de Radiología, asignatura optativa, y empezaban con Neurorradiología. Philips los había llevado a ver la computadora en primer término, pues sabía que eso los dejaría impresionados y aplacaría sus ínfulas. A veces, los estudiantes de medicina tienden a mostrarse bastante sabelotodo.

Dentro de la sala de tomografías, el técnico estaba inclinado sobre el paciente, verificando la posición de la cabeza con respecto a la gigantesca máquina en forma de rosquilla. Ahora se irguió, arrancó treinta centímetros de cinta adhesiva y sujetó la cabeza del paciente a un bloque de espuma sintética.

Philips alargó la mano hacia el mostrador para tomar el formulario de solicitud y la historia clínica del paciente, en busca de información.

—Este hombre se llama Schiller —dijo. Los estudiantes estaban tan absortos en los preparativos que no se volvieron a mirarlo—. Su principal molestia es una debilidad del brazo y la pierna derechos. Tiene cuarenta y siete años.

Observó al paciente. La experiencia le decía que ese hombre debía estar asustadísimo.

Philips volvió a dejar en su sitio el formulario y la historia clínica, mientras el técnico, dentro del cuarto de tomografía, activaba la mesa. Poco a poco, la cabeza del paciente se deslizó dentro del orificio de la máquina, como si se la fueran a devorar. Con una última mirada a la posición de la cabeza, el técnico se retiró hacia los controles.

—Bueno, apártense un momento —dijo Philips.

Los cuatro estudiantes obedecieron instantáneamente, alejándose hacia un lado de la computadora, que hacía parpadear sus luces, como si se preparara a entrar en acción. Tal como él había supuesto, los muchachos estaban impresionados hasta la sumisión.

El técnico cerró bien la puerta de comunicación y tomó el micrófono.

—Quédese muy quieto, señor Schiller. Muy quieto.

Con el dedo índice, apretó el botón de arranque del panel de control. Dentro del cuarto de tomografías, la gigantesca mole en forma de rosquilla que rodeaba la cabeza del señor Schiller inició unos movimientos rotativos abruptos e intermitentes, como si fuera la pieza principal de un enorme reloj mecánico. Los ruidos metálicos, de gran intensidad para el paciente, sonaban apagados para los que estaban del otro lado del vidrio.

—En estos momentos —explicó Martin—, la máquina está efectuando doscientas cuarenta lecturas radiológicas separadas por cada grado de rotación.

Uno de los estudiantes puso cara de no comprender absolutamente nada. Martin, pasando el gesto por alto, se llevó las manos a la cara para cubrirse los ojos y frotarse las sienes. Todavía no había tomado su café y se sentía aturdido. Por lo común solía detenerse al llegar en la cafetería del hospital, pero esa mañana, debido a los estudiantes, no había tenido tiempo.

Philips, como subdirector de Neurorradiología, no dejaba nunca de encargarse personalmente de introducir a los estudiantes a su asignatura. Esa obligación impuesta por sí mismo se estaba convirtiendo en una verdadera

molestia, porque le acortaba el tiempo dedicado a la investigación. Las primeras veinte o treinta veces le había divertido impresionar a los estudiantes con su exhaustivo conocimiento de la anatomía cerebral, pero esa novedad estaba perdiendo atractivo. Ya sólo le resultaba agradable cuando se presentaba algún muchacho de inteligencia poco habitual, cosa que rara vez ocurría en su departamento.

Algunos minutos después, la máquina-rosquilla detuvo su movimiento rotativo y el panel de la computadora cobró vida. Era un despliegue imponente, como el de las películas de ciencia ficción. Todas las miradas pasaron del paciente al parpadeo luminoso de la máquina, salvo la de Philips, que la bajó a sus manos, tratando de quitar un pedacito de piel seca de una uña. Sus pensamientos vagaban por otros derroteros.

—En los próximos treinta segundos, la computadora resuelve simultáneamente cuarenta y tres mil doscientas ecuaciones de mediciones de densidad de tejidos —dijo el técnico, ansioso por tomar el papel de Philips.

Él lo alentaba a hacerlo. En realidad, se limitaba a dar las lecciones teóricas, permitiendo que sus compañeros de neurorradiología, o los técnicos, magníficamente preparados, se encargaran de las enseñanzas prácticas.

Levantó la cabeza para observar a los estudiantes, que estaban alelados frente al panel de la computadora. Luego desvió la mirada hacia los pies descalzos del señor Schiller, olvidado participante de ese drama en desarrollo. Para los estudiantes, la máquina era infinitamente más interesante que el paciente.

Philips se observó en el pequeño espejo situado sobre el botiquín de primeros auxilios. Todavía no se había afeitado, y su barba del día anterior parecía las cerdas de un cepillo. Siempre llegaba más de una hora antes que el resto del personal del departamento, y había adquirido el hábito de afeitarse en el vestuario de cirugía. Su rutina diaria consistía en levantarse, correr un rato, darse una ducha y, después de afeitarse en el hospital, detenerse en la cafetería para tomar el café. Eso le proporcionaba normalmente, dos horas libres para trabajar en sus investigaciones sin que lo interrumpieran.

Siempre mirándose al espejo, se pasó una mano por el pelo espeso y muy rubio, echándolo hacia atrás. Había tal diferencia entre la palidez de las puntas y el rubio más oscuro de las raíces que algunas enfermeras bromeaban con él, acusándolo de teñirse. Nada más lejos de la verdad. Philips no solía pensar en su aspecto físico; a veces hasta se asesinaba el pelo por su cuenta, si no tenía tiempo para ir a la peluquería del hospital. Sin embargo, a pesar de ese descuido, Martin era un hombre apuesto. Tenía cuarenta y un años, y las arrugas que se le habían formado últimamente alrededor de los ojos y de la boca no hacían sino realzar su aspecto, que hasta entonces era demasiado juvenil. Había adquirido una apariencia más recia; uno de los últimos pacientes había comentado que se parecía más a un vaquero de la televisión que a un médico. Ese comentario le agradó; en realidad, no carecía de fundamento. Philips medía casi un metro ochenta de estatura; su constitución era delgada, pero atlética, y su rostro no impresionaba como el de profesional universitario. Era anguloso, de nariz muy recta y boca expresiva. Los ojos, de un vívido azul

celeste, reflejaban, por encima de todo, una gran inteligencia. Se había graduado con todos los honores en la Universidad de Harvard, en la promoción de 1961.

En el panel se encendió el tubo de rayos catódicos, al aparecer la primera imagen. El técnico se apresuró a hacer los ajustes necesarios para mejorar la imagen en lo posible. Los estudiantes se agolparon alrededor de la pequeña pantalla como si estuvieran a punto de contemplar algún campeonato; en su lugar, la imagen que apareció era ovalada, con reborde blanco e interior granuloso. Era una imagen del interior de la cabeza construida por la computadora y proyectada como si alguien mirara desde arriba al señor Schiller, una vez retirada la parte superior del cráneo.

Martin echó un vistazo al reloj. Eran las ocho menos cuarto. Contaba con que la doctora Denise Sanger llegara en cualquier momento y se hiciera cargo de los estudiantes. Lo que más ocupaba la mente de Philips, esa mañana, era una reunión con su colaborador de investigaciones, William Michaels. Lo había llamado el día anterior, diciendo que iría a verlo temprano por la mañana, pues le tenía una pequeña sorpresa. A esa altura, la curiosidad de Martin estaba más afilada que una navaja; la intriga lo estaba matando. Llevaban cuatro años trabajando en un programa que permitiera a una computadora realizar la interpretación de las radiografías de cráneo, reemplazando así al radiólogo. Si tenían éxito, las compensaciones serían increíbles. Como que los problemas en la interpretación de las radiografías craneales equivalían, esencialmente, a las de cualquier otra radiografía, el programa acabaría por adaptarse a todo el campo de esa disciplina científica. Y si lo conseguían... Philips se permitía soñar, a veces, con un departamento de investigación propio, y hasta con el premio Nóbel.

La siguiente imagen que apareció en la pantalla 1o devolvió a la realidad.

—Esta imagen es trece milímetros más alta que la anterior —entonó el técnico, mientras señalaba con el dedo la base del óvalo—. Aquí está el cerebelo y...

—Hay una anormalidad —dijo Philips.

—¿Dónde? —preguntó el técnico, que estaba sentado en un banquillo, frente a la computadora.

—Aquí.

Philips se escurrió junto a la máquina para poder señalar. Su dedo tocó la zona que el técnico acababa de denominar «cerebelo».

—Esta luminosidad, aquí en el hemisferio cerebelar derecho, es anormal. Debería presentar la misma densidad que el otro lado.

—¿Qué es? —preguntó uno de los estudiantes.

—A esta altura resulta difícil determinarlo. —Philips se inclinó para estudiar más de cerca la zona cuestionable.— El paciente ¿ha tenido algún problema locomotor?

—En efecto — confirmó el técnico - . Hace una semana que está atáxico.

—Un tumor, probablemente —decidió Philips, incorporándose.

Las cuatro caras estudiantiles, fijas en la inocente luminosidad de la pantalla, reflejaron una inmediata consternación. Por una parte, los deslumbraba presenciar una demostración positiva del poder que alcanzaba la

moderna tecnología del diagnóstico. Por la otra, el concepto de un tumor cerebral los asustaba; asustaba la idea de que cualquiera podía tenerlo, incluso ellos mismos.

La imagen siguiente comenzó a borrar la anterior.

—Aquí hay otra zona de luminosidad en el lóbulo temporal —observó Philips, apresurándose a señalar una zona que ya iba siendo reemplazada por la imagen siguiente—. Lo veremos en la próxima imagen, pero necesitaremos un estudio de contraste.

El técnico se levantó y fue a inyectar material de contraste en la vena del paciente.

—¿Qué efecto tiene el material de contraste? —preguntó Nancy McFadden.

—Ayuda a destacar lesiones tales como los tumores, cuando se rompe la barrera sanguínea —explicó Philips, volviéndose para ver quién entraba al cuarto, pues había oído abrirse la puerta que daba al corredor.

—¿Contiene yodo?

El médico no oyó la última pregunta, porque Denise Sanger acababa de entrar y le sonreía cálidamente, a espaldas de los absortos estudiantes de medicina.

Se quitó la corta chaqueta blanca que llevaba y fue a colgarla junto al botiquín de primeros auxilios. Era su modo de ponerse manos a la obra. Su efecto, produjo en Philips el resultado contrario. Denise llevaba una blusa color rosa, de pechera plisada, con una fina cinta azul atada en un lazo. Al estirar los brazos para colgar la chaqueta, los pechos se irguieron contra la tela; él apreció la imagen como un experto apreciaría una obra de arte, pues Denise le parecía la más hermosa de las mujeres que había conocido en su vida. Ella decía medir un metro sesenta y dos, cuando en realidad era un metro sesenta; tenía silueta delgada —no llegaba a los cuarenta y nueve kilos— y pechos no muy grandes, pero de forma y firmeza maravillosas. El pelo era castaño, espeso y reluciente; solía peinarlo hacia atrás, sujetándolo con un pasador bajo la nuca. Los ojos, de color castaño claro con estrías grises, le otorgaban un aspecto vivaz y travieso. Pocos adivinaban que había sido la primera de su clase en el momento de la graduación, tres años antes, y también eran pocos los que le calculaban sus veintiocho años.

Una vez atendida su chaqueta, Denise pasó rozando a Philips y aprovechó para apretarle furtivamente el codo izquierdo. Fue tan rápida que él no pudo responder. La muchacha se sentó ante la pantalla, ajustando a su placer los controles de visión, y se presentó a los estudiantes. En ese momento volvió el técnico, anunciando que ya había suministrado el material de contraste, y preparó la máquina para otra serie de imágenes.

Philips se inclinó de modo tal que tuvo que apoyarse en el hombro de Denise para señalar la imagen de la pantalla.

—Aquí hay una lesión en el lóbulo temporal, y una más, o quizás dos, en el frontal. —Se volvió hacia los estudiantes.— Veo, por su historial, que el paciente fuma mucho. ¿Qué les sugiere eso?

Los jóvenes miraron fijamente la pantalla, temerosos de hacer un solo

gesto. Para ellos, era como hallarse sin dinero en una subasta: cualquier pequeño movimiento podía ser interpretado como una oferta.

—Les daré una pista —dijo Philips—. Los tumores cerebrales suelen ser solitarios; los que proceden de otras partes del cuerpo, en cambio, en lo que llamamos metástasis, pueden ser simples o múltiples.

—Cáncer de pulmón —soltó uno de los estudiantes, como si estuviera en un concurso de televisión.

—Muy bien. A esta altura no se puede estar del todo seguro, pero me atrevería a apostar que de eso se trata.

—¿Cuánto tiempo de vida le queda al paciente? —preguntó el estudiante, obviamente sobrecogido por el diagnóstico.

—¿Quién lo atiende? —preguntó Philips a su vez.

—El equipo neuroquirúrgico de Curt Mannerheim —respondió Denise.

—En ese caso no le queda mucha vida —dictaminó Martin—. Mannerheim lo operará.

Denise se volvió con prontitud.

—¡Pero si ese caso no es operable!

—No conoces a Mannerheim. Opera cualquier cosa, sobre todo los tumores.

Martin volvió a inclinarse sobre el hombro de Denise, aspirando el aroma inconfundible de su pelo recién lavado. Para Philips era tan distintivo como una huella digital, y a pesar del ambiente profesional sintió una leve agitación. Para quebrar el hechizo, se irguió, diciendo súbitamente:

—Doctora Sanger, ¿puede venir un momento?

Y le hizo señas de que lo acompañara a un rincón. Denise obedeció prontamente, aunque con cara de desconcierto.

—Como profesional, opino que... —empezó Philips, con el mismo tono serio y formal.

Luego hizo una pausa; al continuar, su voz era un susurro:

—... usted está hoy increíblemente atractiva.

La expresión de Denise tardó en cambiar, pues le llevó un instante captar el significado del comentario. Al fin estuvo a punto de echarse a reír.

—Me pescaste desprevenida, Martin. Parecías tan severo que esperaba un reproche por alguna equivocación.

—Te lo merecías. Te has puesto esa ropa tan incitante sólo para inhibir mi capacidad de concentración.

—¡Incitante! ¡Si voy abrochada hasta el cuello!

—En ti cualquier cosa es incitante.

—Eso es porque tienes la mente sucia, viejecito.

Martin tuvo que soltar la risa. Denise tenía razón: cada vez que la veía no podía dejar de recordar lo maravillosa que era cuando estaba desnuda. Hacía ya seis meses que salía con ella, y aún se sentía como un adolescente excitado. Al principio habían tomado precauciones para evitar que el resto del personal se enterara de su idilio, pero a medida que iban adquiriendo confianza en la seriedad de esa relación, el secreto les fue importando menos, sobre todo, porque la diferencia de edades se acortaba cuanto más se conocían. Y el hecho

de que Martin fuera subdirector de Neurorradiología, mientras Denise realizaba su segundo año como interna de Radiología, actuaba como estímulo profesional para los dos, especialmente desde hacía tres semanas, al disponer el turno rotativo que ella empezara a trabajar bajo sus órdenes. Denise ya era capaz de igualar en habilidad a las dos personas que acababan de terminar las prácticas de radiología. Y además, se divertían.

—¿Así que viejecito? —susurró Martin—. Por ese comentario recibirás un castigo. Dejo a estos estudiantes en tus manos. Si empiezan a aburrirse, mándalos al cuarto de angiografía. Les daremos una sobredosis de práctica clínica antes de entrar en la teórica.

Denise asintió, resignada.

—Y cuando termines las tomografías de la mañana —continuó Philips, aún susurrando—, ven a mi despacho. ¡Tal vez podamos hacer una escapada hasta la cafetería!

Antes de que pudiera responderle, él tomó la bata blanca y se marchó.

Las salas de Cirugía estaban en el mismo piso que Radiología, y Philips se encaminó en esa dirección. Esquivando la aglomeración de camillas cargadas de pacientes que esperaban ser sometidos a fluoroscopia, acortó camino por la sala de rayos X. Era una zona amplia, con separaciones formadas por hileras de pantallas, regentada habitualmente por diez o doce internos que charlaban y tomaban café. La diaria avalancha de radiografías todavía no se había iniciado, aunque los proyectores estaban ocupados desde hacía media hora. Al principio serían unas cuantas placas; después, un torrente. Philips lo recordaba muy bien desde sus tiempos de interno. Había hecho las prácticas en el Centro Médico y, respondiendo a las exigencias del departamento de Radiología, uno de los mejores del país, había pasado allí muchas jornadas de doce horas.

La recompensa a aquellos esfuerzos fue una invitación para hacer la especialización en Neurorradiología. Al terminarla, su actuación había sido tan sobresaliente que se le ofreció un puesto de responsabilidad, vinculado a una de las cátedras de la Facultad de Medicina. De ese puesto, sin mayor importancia, ascendió rápidamente hasta el cargo que ocupaba en la actualidad, esto es, subdirector del departamento de Neurorradiología.

Philips se detuvo un momento en el centro mismo de la sala. Su iluminación característica, de baja altura, que procedía de los tubos fluorescentes encendidos tras el vidrio esmerilado de los visores, arrojaba una luz fantasmal sobre la gente. Por un instante, los internos le parecieron cadáveres de piel blanca, muerta, y cuencas oculares vacías. Philips se preguntó por qué no lo había notado hasta entonces. Cuando se miró las manos, vio que tenían el mismo tono de yeso. Continuó avanzando, dominado por una extraña sensación de inquietud. En el transcurso de este último año, no era la primera vez que contemplaba alguna conocida escena del hospital con acritud y una cierta decepción. Tal vez la razón fuera una ligera pero creciente insatisfacción con su trabajo, que había ido tornándose cada vez más administrativo, y la impresión de sentirse estancado en su carrera. En efecto, el director del servicio de Neurorradiología, Tom Brockton, tenía cincuenta y ocho años y consideraba aún lejano su retiro, y por otra parte el jefe del servicio de Radiología, Harold

Goldblatt, era neurorradiólogo como Martin. Tenía que admitir que su meteórica ascensión en el seno del departamento se había detenido no por falta de habilidad por su parte sino porque los dos cargos superiores al suyo se hallaban sólidamente ocupados en un futuro inmediato. Hacía ya casi un año que Philips consideraba, a disgusto, eso sí, la idea de abandonar el Centro Médico por otro hospital que le ofreciera mejores perspectivas.

Las tres enfermeras, levantando la cabeza, empezaron a hablar simultáneamente. Martin era una visita siempre bienvenida a la sala de operaciones, pues todavía estaba soltero. Cuando las mujeres se dieron cuenta de lo que ocurría, se echaron a reír e iniciaron una complicada ceremonia, consistente en cederse mutuamente la palabra.

—Voy a tener que preguntar en otra parte —dijo Philips, fingiendo que se iba.

—Oh, no —exclamó la rubia.

—Podemos encerrarnos en el cuarto de la ropa blanca para hablar de eso —sugirió la morena.

La sala de operaciones era el único sitio del hospital donde se perdían todas las inhibiciones; su ambiente difería por completo de los demás sectores. Philips pensó que tal vez tuviera alguna relación con el hecho de que todo el mundo lucía el mismo atuendo, con ese aspecto de pijama, y con la posibilidad constante de riesgo y crisis a lo que las insinuaciones sexuales proporcionaban una válvula de escape. Fuese el motivo que fuese, él lo recordaba muy bien; había sido interno de cirugía durante un año, antes de decidirse por la radiología.

—¿Cuál de los casos de Mannerheim le interesa? -preguntó la enfermera rubia—. ¿El de la señorita Marino?

—Eso es.

—La tiene detrás de usted.

Philips se volvió. A unos seis metros de distancia, una camilla sostenía la silueta cubierta de una mujer de veintiún años. La chica debió oír su nombre a través de la niebla cernida por la medicación preoperatoria, pues giró lentamente la cabeza en dirección a Philips. Tenía el cráneo totalmente afeitado, listo para la operación, y su imagen hizo que Philips pensara en un pajarillo sin plumas. La había visto dos veces, brevemente, cuando se le tomaron las radiografías preparatorias, y ese aspecto tan distinto fue un desagradable impacto. Hasta entonces él no se había dado cuenta de lo pequeña y delicada que era. Sus ojos tenían la expresión suplicante de los niños abandonados, y él sólo pudo volverle la espalda para dirigir su atención a las enfermeras. Uno de los motivos por los que había elegido la radiología y no la cirugía era su imposibilidad de dominar la simpatía por ciertos pacientes.

—¿Por qué no han empezado todavía con ella? —preguntó a la enfermera, enojado porque habían dejado a la paciente tanto rato librada a sus temores.

—Mannerheim está esperando unos electrodos especiales que deben enviarle desde el Hospital Gibson —explicó la rubia—. Quiere tomar ciertos datos de la parte del cerebro que va a extirpar.

—Comprendo —dijo Philips, mientras trataba de planificar el trabajo de esa mañana. Mannerheim era especialista en alterar los horarios de todo el mundo.

—Tiene dos visitantes japoneses —agregó la enfermera—, y se ha pasado toda la semana dándose mucho pisto. Pero van a empezar dentro de unos minutos. Ya han pedido a la paciente, pero no teníamos con quién enviarla.

—Bueno —replicó él, mientras echaba a andar hacia la puerta—. Cuando Mannerheim pida las radiografías de localización llamen directamente a mi oficina. Así se ahorrarán unos minutos.

Mientras volvía sobre sus pasos, Martin recordó que aún debía afeitarse y se dirigió al saloncito de Cirugía. Como eran las ocho y diez, estaba casi desierto, pues los casos de las siete y media ya estaban en marcha y los siguientes no tenían esperanzas de iniciarse hasta dentro de un buen rato. Había un solo cirujano, que se rascaba distraídamente mientras hablaba por teléfono con su corredor de bolsa. Philips pasó al vestuario e hizo girar la combinación de su pequeño casillero, que conservaba gracias a Tony, el anciano encargado de la limpieza de la sección de Cirugía.

En cuanto tuvo la cara completamente enjabonada, su señal de localización empezó a emitir sonidos, haciéndole dar un brinco. No se había dado cuenta hasta entonces de lo tenso que estaba. Para contestar la llamada, utilizó el teléfono de la pared, tratando de no llenar el auricular de crema. Era Helen Walker, su secretaria, para informarle que William Michaels ya lo esperaba en su oficina.

Philips reanudó el afeitado con renovado entusiasmo. La excitación por la sorpresa de William volvió precipitadamente. Se puso una generosa cantidad de colonia y forcejeó para calzarse las mangas de la bata blanca. Al pasar por el saloncito notó que el cirujano seguía al teléfono, hablando con el agente de bolsa.

Martin llegó a su despacho medio corriendo. Helen Walker apartó la vista de la máquina de escribir, sorprendida por la imagen borrosa de su jefe, que acababa de pasar. Iba a levantarse, lista para llevarle un montón de correspondencia y mensajes telefónicos, pero se detuvo al ver que la puerta del despacho se cerraba con un golpe. Encogiéndose de hombros, volvió a su trabajo.

Philips se recostó contra la puerta cerrada, respirando pesadamente. Michaels hojeaba como al descuido una de las revistas especializadas que había en la oficina.

—¿Y bien? —preguntó Philips, excitado.

Su amigo vestía, como de costumbre, una chaqueta de tweed algo gastada, que no le caía bien, comprada cuando cursaba el tercer año de carrera. Aunque tenía treinta años, aparentaba veinte; su pelo, de tan rubio, hacía que el de Martin pareciera castaño por comparación. Cuando sonrió, su boca pequeña y traviesa expresó satisfacción, entre un chisporroteo de los ojos azules muy claros.

—¿Qué pasa? —preguntó fingiendo volver a la revista.

—Vamos —protestó Philips—. Estás tratando de impacientarme. Y lo

malo es que lo consigues muy bien.

—No sé de qué... —empezó Michaels.

Pero no dijo más. Con un veloz movimiento, el radiólogo cruzó el cuarto y le arrancó la publicación.

—Basta de hacer el tonto -dijo—. Sabías que con eso de hacerme decir por Helen que tenías «una sorpresa» me ibas a volver loco. Estuve a punto de llamarte anoche a las cuatro de la madrugada. Ojalá lo hubiera hecho porque te lo merecías.

—Ah, sí, la sorpresa. Casi me olvido.

Y Michaels, burlón, empezó a revolver en su cartera. Un minuto después sacó un paquetito envuelto en papel oscuro y atado con una gruesa cinta amarilla. Martin quedó carilargo.

—¿Qué es eso?

Esperaba recibir algunos papeles, especialmente papel de computación con algún adelanto en las investigaciones. Pero no un regalo.

—¿Para qué diablos me traes ese regalo?

—Porque eres un colaborador magnífico en esta investigación —repuso Michaels, tendiéndole el paquete—. Vamos, toma.

Philips alargó la mano, lo bastante recobrado de la sorpresa para avergonzarse de su falta de tacto; sintiera lo que sintiese, no quería herir los sentimientos de Michaels. Después de todo había sido un gesto muy amable. Le dio las gracias, mientras sopesaba el paquete. Era liviano; medía unos diez centímetros de longitud por dos de grueso.

—¿No lo vas a abrir? —preguntó Michaels.

—Claro.

Philips estudió por un momento la cara de su amigo. Eso de comprar un regalo era muy poco característico del joven genio del Departamento de Computación. No porque careciera de generosidad o calidez, sino porque, al estar completamente absorbido por sus investigaciones, solía pasar por alto los detalles de ese tipo. En realidad, aunque trabajaban juntos desde hacía cuatro años, nunca se habían tratado en un plano social. Philips había acabado por decidir que la mente increíble de ese hombre no se detenía nunca. Después de todo lo habían elegido para encabezar la División de Inteligencia Artificial, de creación reciente, cuando sólo tenía veintiséis años. Y había terminado el doctorado en Física del MIT a los diecinueve.

—Oh, vamos —insistió, impaciente.

Philips desató el lazo y lo dejó caer ceremoniosamente entre el caos que desbordaba de su mesa. Luego quitó el papel verde. Debajo había una cajita negra.

—En eso hay un pequeño simbolismo —comentó Michaels.

—¿Eh?

—Sí, ya sabes lo que dice la psicología refiriéndose al cerebro: que es como una unidad sellada.[1] Bueno, tienes que mirar dentro.

El radiólogo sonrió débilmente. No sabía de qué estaba hablando aquel

[1] Juego de palabras: en los EE.UU. se llama *black box* (literalmente, «caja negra») a las unidades selladas *(N de la T).*

hombre. Abrió la tapa de la cajita y apartó un papel de seda. Para su sorpresa, se encontró con una cassette titulada *Rumores,* de Fleetwood Mac.

—Qué diablos... —exclamó, sonriendo, pues no tenía la menor idea de lo que había llevado a Michaels a comprarle esa grabación.

—Más simbolismo —explicó el físico—. El contenido de esa cinta será mejor que la música para tus oídos.

De pronto el acertijo cobró sentido. Philips abrió la cajita y sacó la cassette. No era una grabación musical, sino un programa de computación.

—¿Hasta dónde hemos llegado? —susurró.

—Hasta el final.

—¡No! —exclamó Martin, incrédulo.

—¿Sabes lo que era el último material que me diste? ¡Funcionó como un hechizo! Este programa incorpora todo lo que incluiste en tus diagramas. Interpretará cualquier radiografía que le des, siempre que la pongas en ese aparato.

Señaló algo al fondo del despacho. Sobre la mesa de trabajo había un aparato del tamaño de un televisor eléctrico. Obviamente, se trataba de un prototipo y no de un modelo para producción en serie. La parte frontal estaba hecha de simple acero inoxidable; de la chapa sobresalían las tuercas que la sujetaban. En la esquina izquierda había una ranura para introducir el programa. De los lados salían dos cables eléctricos, uno de los cuales alimentaba un artefacto de entrada y salida acoplado a una máquina de escribir. El otro partía de una caja de acero inoxidable rectangular que mediría unos ciento veinte centímetros de lado y treinta de altura. Al frente ese aparato metálico tenía una ranura larga, con rodillos visibles, para insertar placas radiográficas.

—No te creo —dijo Philips, temeroso de que Michaels siguiera bromeando.

—Yo tampoco —admitió Michaels—. Todo salió muy de repente. —Y fue a dar unas palmaditas a la computadora.— Todo lo que hiciste para resolver los aspectos de solución de problemas y reconocimiento de esquemas en radiología, no sólo hizo evidente que necesitábamos nuevos equipos, sino que también sugirió la forma de diseño. Aquí está.

—Desde fuera parece simple.

—Como de costumbre, las apariencias engañan —afirmó Michaels—. El interior de este aparato va a revolucionar el mundo de la computación.

—Y piensa en lo que será para la radiología, si de veras puede interpretar placas.

—Lo hará, pero todavía puede tener interferencias en el programa. Lo que debes hacer es usar ese programa con tantas placas como puedas, de las que hayas interpretado hasta ahora. Si hay problemas, creo que se presentarán en el plano de los falsos negativos. O sea, el programa dirá que la radiografía es normal cuando en realidad haya algo patológico en ella.

—Lo mismo ocurre con los radiólogos —observó Philips.

—Bueno, creo que podremos eliminar ese problema. Queda en tus manos. Ahora bien, para hacer funcionar esto, primero enciéndelo. Creo que

hasta un médico es capaz de hacerlo.

—Sin duda —reconoció Philips—, pero hace falta un físico para enchufarlo.

—Muy bueno —rió Michaels—.Tu sentido del humor está mejorando. Una vez que tengas la computadora enchufada y encendida, insertas el programa en la unidad central. La impresora de salida te dirá cuándo insertar la radiografía en el visor.

—¿En qué posición?

—No tiene importancia, siempre que el lado de la emulsión vaya hacia abajo.

—De acuerdo —dijo Philips, mientras miraba el aparato frotándose las manos, como un padre orgulloso—. Todavía no lo puedo creer.

—Tampoco yo. ¿Quién hubiera adivinado, hace cuatro años, que podríamos lograr un adelanto así? Todavía recuerdo el día en que llegaste a Computación sin hacerte anunciar, preguntando en tono quejumbroso si a alguien le interesaba el reconocimiento de esquemas.

—Di contigo por pura casualidad —repuso Philips—. En ese momento creí que eras uno de los estudiantes. Ni siquiera sabía qué era la División de Inteligencia Artificial.

—En todo descubrimiento científico, la suerte juega un papel importante —concedió el físico-. Pero después de la suerte queda mucho trabajo pesado por hacer, como el que tienes por delante. Recuerda: cuantas más radiografías craneales utilices con ese programa, mejor será, no sólo porque lo depurarán, sino también porque el programa es heurístico.

—No me vengas con palabras raras —protestó Philips—. ¿Qué quiere decir «heurístico»?

—Con que no te gusta que te paguen con tu propia moneda —rió Michaels—. Parece increíble que un médico se queje de las palabras raras. Programa heurístico es el que puede aprender.

—¿Me quieres decir que este aparato se hará más inteligente?

—Lo has captado —replicó el físico, mientras se dirigía hacia la puerta—. Pero ahora ya todo corre de tu cuenta. Y no olvides que el mismo formato es aplicable a otras áreas de la radiología. En tu tiempo libre, si es que lo tienes, empieza con los esquemas para interpretación de angiogramas cerebrales. Después te llamaré.

Al cerrar la puerta, Philips se acercó a la mesa de trabajo para contemplar el aparato de interpretación radiológica. Estaba ansioso por iniciar de inmediato su trabajo con él, pero sabía que la carga de sus obligaciones diarias se lo impediría. Como para confirmarlo, entró Helen con una pila de cartas, mensajes telefónicos y una alegre noticia: la máquina radiográfica de uno de los cuartos de angiografía cerebral no funcionaba correctamente. Philips, a regañadientes, volvió la espalda a la máquina nueva.

4

—¿Lisa Marino?

La voz hizo que Lisa abriera los ojos. Por encima de ella se inclinaba una enfermera llamada Carol Bigelow, cuyos ojos de color castaño oscuro constituían la única parte visible de su cara. El pelo estaba oculto bajo un gorro de estampado floral; la nariz y la boca, por la mascarilla.

Lisa sintió que le levantaba el brazo, haciéndoselo girar para verle el brazalete de identificación. Después se lo dejó en su sitio con unas palmaditas.

—¿Está lista para que la preparemos, Lisa Marino? —preguntó Carol, mientras soltaba el freno de la camilla con el pie.

—No sé —admitió Lisa, tratando de ver la cara de la enfermera.

Pero ella se había apartado, diciendo:

—Claro que está lista —empujó el vehículo hasta dejar atrás el escritorio blanco.

Las puertas automáticas se cerraron tras ellas, y Lisa inició su fatídico viaje por el corredor, hacia la Sala de Operaciones N.° 21. Por lo común, las operaciones de neurocirugía se llevaban a cabo en uno de cuatro quirófanos: los de los números 20 a 23, equipados para satisfacer las necesidades de toda intervención en el cerebro. Contaban con microscopios Zeiss instalados arriba, sistemas de video en circuito cerrado que también podían grabar y mesas de operación especiales. El N.° 21 tenía también una galería para espectadores, lo cual lo convertía en el favorito del doctor Curt Mannerheim, jefe del servicio de Neurocirugía y catedrático de la facultad.

Lisa había tenido la esperanza de entrar dormida, pero no fue así. Por el contrario, parecía más consciente que nunca, con todos los sentidos bien alerta. Hasta el olor de los esterilizantes químicos le pareció excepcionalmente fuerte. Todavía estaba a tiempo, se dijo. Podía bajarse de la camilla y echar a correr. No quería que la operaran, y menos aún en la cabeza. Hubiera preferido que la operaran de cualquier cosa, pero no de la cabeza.

El movimiento se detuvo. Al mover los ojos vio que la enfermera desaparecía por un recodo. La había dejado estacionada, como un coche junto a la acera de una calle muy transitada. Un grupo de personas pasó junto a ella, transportando a otro paciente que iba haciendo arcadas. Uno de los enfermeros que empujaban la camilla le sostenía la barbilla hacia atrás; su cabeza era una pesadilla con vendas.

Por las mejillas de Lisa empezaron a caer lágrimas. Aquel paciente le recordaba la prueba de fuego que tenía por delante. Iban a abrirle bruscamente el centro de todo su ser, violándolo. No se trataba de una parte periférica, como los pies o los brazos, sino de la cabeza, en donde residía su personalidad, su alma misma. ¿Podría ser después la misma persona?

A los once años había sufrido una apendicitis aguda. En aquel entonces, la operación le había dado miedo, por cierto, pero no como el que experimentaba en esos momentos. Estaba segura de perder su identidad, si no la vida. En cualquiera de los dos casos, iba a quedar reducida a fragmentos, y allí quedaban los pedazos para que la gente los recogiera y los examinara.

Carol Bigelow apareció de nuevo.

—Bueno, Lisa, estamos listos para atenderla.

—Por favor —susurró ella.

—Vamos, Lisa. No querrá que el doctor Mannerheim la vea llorar.

Lisa no quería que nadie la viera llorar y sacudió la cabeza, respondiendo a la observación de Carol Bigelow, pero sus emociones se convirtieron en enojo. ¿Por qué le estaba pasando todo eso? No era justo. Un

año antes era una estudiante universitaria como cualquier otra. Había decidido hacer el curso básico de Literatura y prepararse, tal vez, para estudiar Derecho. Las clases le encantaban y había sido una excelente alumna, al menos hasta que conoció a Jim Conway. Estaba descuidando los estudios, lo sabía, pero de eso hacía sólo un mes. Antes de conocer a Jim había probado el sexo unas cuantas veces, pero nunca con verdadera satisfacción, y empezaba a preguntarse por qué se hacía tanta bulla al respecto. Pero con Jim fue diferente. Comprendió de inmediato que el sexo, con él, era lo que debía ser. Y fueron responsables; ella no tenía confianza en la píldora, pero hizo el esfuerzo de acudir a Planificación Familiar, pues prefería un diafragma. Recordaba muy bien lo mucho que le había costado reunir el valor suficiente para hacer esa primera visita a la clínica y volver cuando fue necesario.

La camilla entró en la sala de operaciones. Era completamente cuadrada, de unos siete u ocho metros de lado. Las paredes estaban cubiertas por azulejos de cerámica gris hasta la galería superior, cerrada con cristales. En el cielorraso se veían grandes reflectores de acero inoxidable, cuya forma era la de dos timbales invertidos. En el centro de la habitación se levantaba la mesa de operaciones: una cosa estrecha y fea, que Lisa comparó con el altar de algún rito pagano. En un extremo de la mesa se veía un acolchado redondo con un agujero en el centro, y ella comprendió instintivamente que debía ser para sujetarle la cabeza. Totalmente fuera de lugar en ese sitio, los Bee Gees cantaban desde una pequeña radio de transistores, colocada en un rincón.

—Bueno —dijo Carol Bigelow—. Ahora quiero que se pase a la mesa.

—Está bien —dijo Lisa—. Gracias.

Su propia respuesta la fastidió. Lo que menos había pensado era darle las gracias a nadie. Pero quería caerle bien a la gente, porque dependía de sus cuidados. Al pasarse de la camilla a la mesa de operaciones, se aferró a la sábana en un vano intento por conservar un mínimo de dignidad. Una vez en aquella superficie se acostó muy quieta, con la vista fija en los reflectores. Hacia el lado distinguió los paneles de cristal. Los reflejos le dificultaban la vista a través de ellos, pero al fin vio las caras que la miraban desde arriba. Cerró los ojos: estaba convertida en un espectáculo.

Su vida se había vuelto una pesadilla. Hasta aquella noche fatal, todo había sido maravilloso. Estaba con Jim, y los dos estudiaban. Ella había ido notando que tenía dificultades para leer, cada vez más, especialmente al llegar a una frase determinada que empezaba con la palabra «Ese». Estaba segura de conocer la palabra, pero la mente se negaba a proporcionársela. Tuvo que preguntársela a Jim. Su única respuesta fue una sonrisa, pues creyó que ella bromeaba. Cuando Lisa insistió, se la dijo: «Ese». Aun después de que Jim se la hubo leído, no pudo reconocer la palabra escrita al mirarla. Recordaba su fuerte sensación de miedo y frustración. Y entonces empezó a percibir ese olor extraño. Era un olor feo, y aunque le parecía haberlo sentido alguna vez, no pudo identificarlo. Jim dijo que no olía nada, y eso era lo último que ella recordaba. Lo que siguió fue el primer ataque. Al parecer había sido horrible, porque cuando ella recobró el sentido Jim estaba temblando; lo había golpeado varias veces, arañándole la cara.

—Buenos días, Lisa —dijo una agradable voz masculina, de acento británico.

Lisa levantó los ojos hacia atrás y se encontró con las pupilas oscuras del doctor Bal Ranade, un médico de la India que había estudiado en la universidad.

—¿Recuerda lo que le recomendé anoche?

—Nada de toser ni de hacer movimientos bruscos —respondió ella, deseosa de agradar.

Recordaba vividamente la visita del doctor Ranade. Había aparecido después de la cena, presentándose como el anestesista que la atendería durante la operación. Le hizo las mismas preguntas sobre su salud que ya le habían hecho varias veces, pero con una diferencia: al doctor Ranade no parecían interesarle las contestaciones. Su rostro de caoba no cambió de expresión, salvo cuando Lisa habló de la apendicectomía sufrida a los once años. Entonces hizo un gesto afirmativo, al decir ella que no había tenido problemas con la anestesia. Sólo una información más pareció interesarle: su falta de reacciones alérgicas. También entonces afirmó con la cabeza.

Por lo común, Lisa prefería a las personas expresivas. El doctor Ranade era todo lo contrario; no revelaba emociones, sólo una tranquila atención. Pero en sus circunstancias, ese sereno afecto era lo mejor para ella. Le resultaba agradable encontrarse con alguien para quien su suplicio fuera cosa de rutina.

Y entonces el doctor Ranade la dejó pasmada. Porque había dicho, con el mismo y exacto acento de Oxford:

—Supongo que el doctor Mannerheim ha hablado con usted de la técnica anestésica que piensa utilizar.

—No —dijo Lisa.

—Qué extraño...

El anestesista había tardado en responder, y ella presintió que había problemas. La idea de que podía haber fallos en la comunicación la alarmó, llevándola a preguntar:

—¿Qué tiene de extraño?

—Por lo general se utiliza anestesia total para la craneotomía. Pero el doctor Mannerheim nos ha informado que prefiere anestesia local.

Lisa no sabía que su operación se llamaba «craneotomía». El doctor Mannerheim le había dicho que iba a «abrir una ventanita» en su cabeza, para poder retirar la parte dañada del lóbulo temporal derecho. Afirmaba que una parte de su cerebro se había lesionado por alguna causa, y que esa sección era la que originaba los ataques. Si podía quitarla, las crisis desaparecerían. Había practicado cien operaciones de ese tipo, siempre con magníficos resultados. En aquel momento Lisa quedó en éxtasis, porque hasta entonces los médicos se habían limitado a menear compasivamente la cabeza.

Y los ataques eran horribles. Por lo común preveía el momento en que se iban a producir porque percibía ese olor extrañamente familiar. Pero a veces se presentaban sin previo aviso, cayendo sobre ella como una avalancha. Una vez, después de un largo tratamiento con abundante medicación, le habían asegurado que el problema estaba resuelto pero un día, en el cine, había vuelto

a sentir ese espantoso olor. Dominada por el pánico, se levantó de un salto, salió al pasillo como pudo y corrió hacia el vestíbulo. En ese momento perdió la conciencia de sus actos. Al volver en sí, estaba recostada contra la pared del vestíbulo, junto a la máquina expendedora de golosinas, con la mano entre las piernas. Tenía las ropas desabrochadas y se había estado masturbando. Varias personas la miraban fijamente, como si estuviera chiflada; entre ellas, Jim, a quien había atacado a trompadas y puntapiés. Más tarde le dijeron que había agredido a dos muchachas, hiriendo a una lo bastante como para que la llevaran al hospital. Cuando volvió en sí, sólo pudo cerrar los ojos y llorar. Todo el mundo temía acercarse. Recordaba haber oído, a distancia, la sirena de la ambulancia; en ese momento creyó volverse loca.

La vida de Lisa había entrado en un punto muerto. No estaba loca, pero no había medicación capaz de terminar con sus ataques. Por eso el doctor Mannerheim apareció como un salvador. Sólo con la visita del doctor Ranade empezó a comprender la realidad de lo que iba a sucederle. Al retirarse el anestesista había llegado un enfermero para afeitarle la cabeza. A partir de ese momento, Lisa sintió miedo.

—¿Hay algún motivo para que prefiera la anestesia local? —preguntó ella.

Las manos empezaban a temblarle. El doctor hindú sopesó cautelosamente su respuesta.

—Sí —dijo, por fin — . Quiere localizar la parte enferma del cerebro, y para eso necesita que usted lo ayude.

—Eso quiere decir que voy a estar despierta cuando...

No concluyó la frase. Se le apagó la voz. La idea le parecía absurda.

—Así es.

—Pero él sabe cuál es la parte enferma —protestó Lisa.

—No del todo. Pero no se preocupe. Yo voy a estar allí. No sentirá ningún dolor. Sólo debe acordarse de no toser y de no hacer movimientos bruscos.

Un dolor en el brazo izquierdo interrumpió los recuerdos de Lisa. Al levantar la vista vio subir diminutas burbujas en un frasco suspendido encima de su cabeza. El doctor Ranade había iniciado la aplicación intravenosa. Repitió la operación en el antebrazo derecho, fijándole un largo tubito de plástico. Después graduó la mesa de modo que se inclinara levemente hacia abajo.

—Lisa —advirtió Carol Bigelow—. La voy a sondar. Ella movió la cabeza para mirar. Carol desenvolvía una caja cubierta de plástico. Nancy Donovan, otra enfermera, retiró la sábana que la cubría, dejándola expuesta de la cintura hacia abajo.

—¿Sondarme? —preguntó Lisa.

—Sí. —Carol Bigelow se puso unos guantes de goma holgados.— Le voy a introducir un tubo en la vejiga.

Lisa dejó caer la cabeza. Nancy Donovan le tomó las piernas y se las puso de modo tal que las plantas de los pies se tocaban, con las rodillas bien separadas. Allí estaba expuesta, a la vista del mundo entero.

—Voy a aplicarle una medicina llamada Mannitol —explicó el doctor

Ranade-, que provoca una gran abundancia de orina.

Lisa asintió como si comprendiera, mientras sentía que Carol Bigelow empezaba a desinfectarle los genitales.

—Hola, Lisa. Soy el doctor George Newman. ¿Se acuerda de mí?

Ella abrió los ojos y se encontró con otra cara enmascarada. Aquellos ojos eran azules. Al otro lado había otro rostro con ojos pardos.

—Soy el jefe de internos de Neurocirugía —aclaró el doctor Newman—, y aquí, el doctor Ralph Lowry, uno de nuestros internos. Como le expliqué ayer, nosotros ayudaremos al doctor Mannerheim.

Antes de que ella pudiera responder, sintió un dolor súbito y agudo entre las piernas, seguido por una extraña sensación de tener la vejiga llena. Tomó aliento. Le estaban pegando esparadrapo a la cara interior del muslo.

—Ahora afloje el cuerpo —prosiguió Newman, sin esperar respuesta—. Enseguida estará lista.

Y los dos médicos se dedicaron a la serie de radiografías alineadas en la pared trasera.

El ritmo del quirófano se aceleró. Nancy Donovan apareció con una humeante bandeja de acero inoxidable, llena de instrumentos quirúrgicos, y la dejó sobre una mesa cercana, con gran estruendo. Darlene Cooper, otra enfermera, ya con guantes y bata, se inclinó sobre el instrumental para ordenarlo en una bandeja. Lisa volvió la cabeza al ver que sacaba un gran taladro.

El doctor Ranade le envolvió el antebrazo con una banda para tomarle la presión sanguínea. Carol Bigelow le descubrió el pecho para fijar los cables del electrocardiógrafo. Pronto, las señales acústicas que emitía el monitor cardíaco compitieron con John Denver, cuya música brotaba de la radio.

El doctor Newman dejó las radiografías para poner en la posición debida la cabeza afeitada de Lisa. Poniéndole el meñique sobre la nariz y el pulgar en la parte superior de la cabeza, dibujó una línea con marcador. El primer trazo iba de oreja a oreja, por encima de la coronilla. El segundo lo cruzaba, iniciándose en el medio de la frente para extenderse hasta la zona occipital.

—Vuelva la cabeza hacia la izquierda, Lisa —pidió Newman.

Ella mantenía los ojos cerrados. Sintió que un dedo le palpaba el borde óseo que corría desde el ojo derecho hacia la oreja. Luego, el marcador trazó una línea curva desde la sien, hacia arriba, hacia atrás, hasta la oreja; definía una zona en forma de herradura, con la oreja como base. Esa sería la solapa que el doctor Mannerheim había descrito.

Un inesperado adormecimiento le corrió por el cuerpo. Era como si el aire de la habitación se hubiera tornado viscoso, como si sus extremidades fueran de plomo. Le costó un gran esfuerzo levantar los párpados El doctor Ranade le sonrió; tenía en una mano el tubo intravenoso; en la otra, una aguja hipodérmica.

—Es para relajarla —explicó.

El tiempo se hizo discontinuo. Los sonidos, a la deriva, le llegaban a la conciencia o se apartaban de ella. Quería dormirse, pero su cuerpo, involuntariamente, se negaba al sueño. Sintió que la volvían sobre un costado,

con el hombro derecho elevado sobre una almohada. Como si no se tratara de su persona, sintió también que le ataban las muñecas a una tabla que sobresalía en ángulo recto de la mesa de operaciones. Los brazos le pesaban tanto que, de cualquier modo, no hubiera podido moverlos. Una correa de cuero le rodeó 1a cintura, sujetándole el cuerpo. Le frotaron y pintaron la cabeza. Después hubo varios pinchazos agudos, acompañados de breves dolores, hasta que le sujetaron la cabeza en una especie de torno. A pesar de sí misma, se quedó dormida.

Despertó sobresaltada, ante un dolor intenso y repentino. No tenía idea del tiempo transcurrido. El dolor, localizado encima de la oreja derecha, se repitió. En la boca se le formó un grito y trató de moverse. Con excepción de un túnel de tela formado directamente frente a su cara, estaba cubierta con capas de sábanas y toallas quirúrgicas. Al final del túnel se veía la cara del doctor Ranade.

—Todo va bien, Lisa —le dijo él—. No se mueva. Le están inyectando la anestesia local. Sólo dolerá un momento.

El dolor se repitió una y otra vez, hasta que Lisa sintió el cráneo a punto de estallar. Trató de levantar los brazos, pero las ligaduras la retuvieron.

—Por favor —quiso gritar, pero su voz era débil.

—Todo va bien, Lisa. Trate de relajarse.

El dolor cesó. Sentía la respiración de los médicos sobre la oreja derecha.

—Bisturí —pidió el doctor Newman.

La muchacha se encogió de miedo. Percibió una presión, como si le apretaran un dedo contra el cuero cabelludo, siguiendo la línea dibujada por el marcador. Sintió un fluido caliente en el cuello, a través de las telas.

—Hemostatos —dijo Newman.

Se oyeron agudos chasquidos metálicos.

—Pinzas de Raney. Y llamen a Mannerheim. Díganle que estaremos listos dentro de treinta minutos.

Lisa trató de no pensar en lo que le estaban haciendo en la cabeza. Pensó, en cambio, en la incomodidad de la vejiga. Llamó al doctor Ranade y le dijo que necesitaba orinar.

—Tiene una sonda en la vejiga —le recordó el anestesista.

—Pero quiero orinar.

—Tranquilícese, Lisa. Le daré algo más para que duerma.

Lo siguiente que ella percibió fue el agudo gemido de un motor de gasolina combinado con una presión vibrante contra el cráneo. El ruido la asustaba, porque sabía a qué se debía: le estaban abriendo el cráneo con una sierra; no sabía que a eso se le llamaba «craneotomía». Por suerte no dolía, aunque ella se preparó para que así ocurriera en cualquier momento. El olor del hueso chamuscado penetró por entre las gasas que le cubrían la cara. Sintió que la mano del doctor Ranade tomaba la suya y, agradecida, se aferró a él como si fuera su única esperanza de sobrevivir.

Se apagó el sonido de la craneotomía y la señal rítmica del monitor cardíaco emergió del súbito silencio. Entonces Lisa volvió a sentir dolor; en esa ocasión era casi como la molestia de una cefalalgia localizada. La cara del

doctor Ranade apareció en la boca del túnel, observándola mientras inflaba la banda de la presión sanguínea.

—Fórceps —pidió el doctor Newman.

Lisa oyó y sintió un crujir de huesos, muy cerca de la oreja derecha.

—Elevadores.

Varías punzadas más, seguidas por algo que le pareció un fuerte chasquido. Comprendió que tenía la cabeza abierta.

—Gasa húmeda —pidió Newman, con voz indiferente.

El doctor Curt Mannerheim, sin dejar de restregarse las manos, se inclinó para mirar por la puerta del quirófano N.° 21. En el reloj de pared vio que eran casi las nueve. En ese momento vio que el jefe de internos, el doctor Newman, se apartaba un paso de la mesa. Cruzó las manos enguantadas sobre el pecho y fue a estudiar la hilera de radiografías dispuestas en el visor. Eso sólo podía significar una cosa: la craneotomía había sido realizada y estaban esperando al catedrático. Mannerheim sabía que no disponía de mucho tiempo. La comisión investigadora del N.I.H. debía llegar a mediodía, y estaba en juego un fondo para investigación de doce millones de dólares, que solventaría sus problemas financiando sus experimentos en los cinco años siguientes. Tenía que conseguir esos fondos. De lo contrario, tal vez perdiera todo el laboratorio, con sus animales y, con ellos, el resultado de cuatro años de trabajo. Mannerheim tenía la seguridad de estar a punto de descubrir el punto exacto del cerebro responsable de la agresión y la cólera.

Mientras se enjuagaba vio pasar a Lori McInter, subdirectora de la sección de Quirófanos. La llamó con un grito y ella se detuvo en seco.

—¡Lori, encanto! Tengo dos médicos de Tokyo aquí. ¿No puedes mandar a alguien al saloncito, para que les den ropa esterilizada y todo eso?

Lori McInter asintió con la cabeza, aunque dio a entender que la petición no le era nada grata. Mannerheim la irritaba con esos gritos en el corredor. El cirujano captó su silencioso reproche y maldijo en voz baja.

—Estas mujeres —murmuró.

Para él, las enfermeras se estaban convirtiendo en un incordio cada vez peor.

Entró en el quirófano como un toro al ruedo, y la atmósfera cordial cambió de inmediato. Darlene Cooper le entregó una toalla esterilizada para que se secara las manos. Él empezó con una, siguió con la otra y fue subiendo por los antebrazos, inclinándose para mirar el interior del cráneo de Lisa Marino.

—Qué porquería Newman —bramó—. ¿Cuándo aprenderá a hacer una craneotomía decente? Le he dicho una y mil veces que bisele mejor los bordes. ¡Qué diablos, esto es un desastre!

Lisa, bajo las sábanas, experimentó un nuevo ataque de miedo. Algo había salido mal en su operación.

—Yo... —empezó Newman.

—No me venga con excusas. Si no aprende de una vez, puede ir buscándose otro puesto. Tengo unos visitantes japoneses. ¿Qué van a pensar cuando vean esto?

Nancy Donovan estaba de pie junto a él, lista para recoger la toalla, pero Mannerheim prefirió arrojarla al suelo. Le gustaba crear disturbios; como los chicos, exigía una atención total dondequiera que estuviese. Y la conseguía. Se le consideraba, desde el punto de vista técnico, uno de los mejores neurocirujanos del país, si no el más rápido. Por usar sus propias palabras, gustaba de decir: «Cuando uno entra en la cabeza, no hay tiempo para andar a tientas». Y con su enciclopédico conocimiento de la neuroanatomía humana y todos sus recovecos, era de una eficiencia soberbia.

Darlene Cooper le presentó, bien abiertos, los guantes de goma especiales, de color pardo, que él exigía. Introdujo en ellos las manos, mirándola a los ojos.

—Ahhh —arrulló, como si el meter allí las manos le provocara un orgasmo—. Querida, eres una maravilla.

La enfermera esquivó sus ojos azul grisáceos, mientras le entregaba una toalla húmeda para que quitara el talco de los guantes. Estaba habituada a esos comentarios, y sabía, por experiencia propia, que la mejor defensa era pasarlos por alto.

Después de instalarse a la cabecera de la mesa, con Newman a la derecha y Lowry a la izquierda, Mannerheim observó la duramadre semitransparente que cubría el cerebro. Newman había practicado cuidadosas suturas tomando parte de ella para sujetarla a los bordes de la craneotomía. Esos puntos levantaban la corteza cerebral, manteniéndola tirante hacia arriba.

—Bueno, adelante —dijo Mannerheim—. Gancho dural y escalpelo.

Los instrumentos fueron puestos con mucha firmeza en la mano de Mannerheim.

—Despacio, nena. No estamos actuando para la televisión. No quiero sentir dolor cada vez que pido un instrumento.

Y se inclinó para levantar diestramente la dura con el gancho. Hizo una pequeña abertura, y por el agujero quedó a la vista un montículo gris-rosado de cerebro humano.

Una vez iniciada su actividad, Mannerheim tomaba una actitud completamente profesional. Sus manos, relativamente pequeñas, se movían con económica deliberación; sus ojos prominentes no se apartaban del paciente. Contaba con una extraordinaria sincronización de pulso y vista. Su poca estatura, de un metro sesenta y tres, representaba para él una fuente de irritación constante. A su modo de ver, lo habían estafado al privarlo de los quince centímetros que le faltaban para igualar su estatura intelectual, pero se mantenía en excelentes condiciones físicas y no representaba, ni con mucho, los sesenta y un años que tenía.

Con tijeras pequeñas y tampones de algodón, que fue insertado entre la duramadre y el cerebro a manera de protección, abrió la cubierta del cerebro en toda la extensión de la ventanilla practicada en el hueso. Utilizando el dedo índice, palpó suavemente el lóbulo temporal de Lisa. Dada su experiencia, era capaz de detectar la más leve anormalidad. Para Mannerheim, esa íntima interacción entre él y un cerebro humano, vivo y palpitante, era la apoteosis de la existencia. En muchas operaciones el mismo entusiasmo le provocaba una

erección.

—A ver, el estimulador y los registros del electroencefalograma.

Los doctores Newman y Lowry maniobraban con profusos cablecitos. Nancy Donovan, en su papel de enfermera, tomó los terminales que los médicos le entregaban y los conectó a los tableros cercanos. El jefe de internos ubicó cuidadosamente los electrodos en dos hileras paralelas: una, cruzando por el medio el lóbulo temporal; la otra, por encima de la cisura de Silvio. Los electrodos flexibles y sus bolitas de plata entraron bajo el cerebro. Nancy Donovan operó una llave y la pantalla de EEG, próxima al monitor cardíaco, se encendió en señales fluorescentes que trazaban líneas erráticas.

Los doctores Harata y Negamoto entraron en el quirófano. A Mannerheim no le complacía tanto la posibilidad de que los visitantes pudieran aprender alguna cosa como el hecho de tener público a su alrededor.

—Ahora fíjense —dijo Mannerheim, haciendo ademanes—, se dicen muchas tonterías sobre si se debe o no quitar la parte superior del lóbulo temporal durante una lobectomía temporal. Algunos médicos temen que afecte el habla del paciente. La respuesta es hacer la prueba.

Con un estimulador eléctrico en la mano a manera de batuta, Mannerheim hizo una seña al doctor Ranade, que se inclinó para levantar la sábana.

—Lisa —llamó.

La muchacha abrió los ojos; reflejaban aturdimiento por la conversación que había escuchado.

—Lisa —dijo el doctor Ranade—. Quiero que recite tantas rimas infantiles como pueda.

Ella obedeció, en la esperanza de que, si cooperaba, todo aquello terminaría pronto. Empezó a hablar, pero mientras lo hacía, el doctor Mannerheim tocó la superficie de su cerebro con el estimulador. Ella se interrumpió en la mitad de una palabra. Sabía lo que intentaba decir, pero le era imposible. Al mismo tiempo tuvo la imagen mental de una persona que cruzaba una puerta.

El cirujano, observando la interrupción del habla, dijo:

—¡Ahí está la respuesta! En este caso no sacamos la circunvolución temporal superior.

Los japoneses sacudieron afirmativamente la cabeza» indicando que comprendían.

—Ahora vamos a la parte más interesante de este ejercicio —continuó Mannerheim, tomando uno de los dos electrodos de profundidad que le había prestado el hospital Gibson—. A propósito, que alguien llame a Radiología. Quiero una diapositiva de estos electrodos, para que más tarde podamos saber dónde estaban.

Las rígidas agujas de los electrodos eran, a un tiempo, instrumentos de registro y de estímulo. Antes de someterlas a esterilización, el neurocirujano había marcado un punto a cuatro centímetros de la punta aguzada. Con una pequeña regla metálica, midió cuatro centímetros desde el borde frontal del lóbulo temporal; sostuvo el electrodo en ángulo recto con respecto a la

superficie del cerebro y lo empujó a ciegas, sin dificultad, hasta la marca de los cuatro centímetros. Los tejidos cerebrales presentaron una resistencia mínima. Después tomó el segundo electrodo y lo insertó dos centímetros más atrás. Cada uno sobresalía unos cinco centímetros del cerebro.

Por suerte, Kenneth Robbins, el jefe de técnicos de Neurorradiología, llegó en ese momento. Si se hubiera retrasado un poco más, Mannerheim habría tenido uno de sus célebres arrebatos. Como el quirófano estaba preparado para obtener radiografías, el jefe de técnicos tardó sólo unos pocos minutos en tomar las dos imágenes.

—A ver —dijo Mannerheim, mirando el reloj; comprendió que debía acelerar las cosas—. Estimulemos los electrodos profundos para ver si podemos generar ondas cerebrales epilépticas. Según mi experiencia, si se producen, hay sólo un uno por ciento de posibilidades de que la lobectomía solucione los ataques.

Los médicos se reagruparon alrededor de la paciente.

—Doctor Ranade —dijo Mannerheim—, pregunte al paciente qué experimenta y qué piensa después del estímulo.

El anestesista, asintiendo, desapareció bajo el borde de las sábanas. Al sacar la cabeza indicó al cirujano que podía proseguir.

Para Lisa, el estímulo fue como una bomba que estallara sin sonido ni dolor. Después de un período en blanco que pudo haber sido de una hora o una fracción de segundo, un calidoscopio de imágenes se confundió con la cara del médico indio, al final del largo túnel. No reconoció al doctor Ranade, no sabía quién era ella misma. Sólo tuvo conciencia del terrible olor que presagiaba sus ataques, y eso la aterrorizó.

—¿Qué sintió? —preguntó el doctor Ranade.

—Ayúdeme —gritó Lisa. Trató de moverse, pero las ligaduras la contenían. Comprendió que el ataque era inminente—. Ayúdeme.

El anestesista se alarmó.

—Lisa, Lisa, todo va bien. Tranquilícese.

—Ayúdeme —gritó Lisa, y perdió el dominio de su mente.

La cabeza seguía fija en su sitio, al igual que la correa de la cintura. Toda su fuerza se concentró en el brazo derecho: tiró con una fuerza enorme, imprevista. La ligadura de la muñeca se soltó, y el brazo libre se arqueó hacia arriba entre las sábanas.

Mannerheim, hipnotizado por los registros anormales del EEG, vio la mano de Lisa por el rabillo del ojo. Si hubiera reaccionado con mayor prontitud, quizá hubiera podido evitar el incidente. Tal como ocurrieron las cosas, la sorpresa le impidió reaccionar por un momento. La mano de Lisa, agitándose salvajemente para liberar el cuerpo aprisionado en la mesa de operaciones» golpeó los electrodos que sobresalían y los clavó directamente en el cerebro.

Philips hablaba por teléfono con un pediatra llamado George Rees en el momento en que Robbins llamó a la puerta y abrió. Le hizo señas de que pasara al despacho mientras terminaba su conversación con Rees; el pediatra quería

saber ciertos datos de una radiografía craneal de un niño de dos años, que supuestamente se había caído por las escaleras. Martin se vio obligado a informarle que, en su opinión, había indicios de castigos corporales, debido a antiguas fracturas de costillas que había visto en la radiografía de tórax del paciente. Era un asunto para tomar con pinzas, y Philips se sintió aliviado al terminar la conversación.

—¿Qué hay de nuevo? —preguntó a Robbins, haciendo girar la silla.

Robbins era el jefe de técnicos de Neurorradiología, contratado por él, y entre los dos existía una relación especial.

—Sólo las placas de localización que se mandó hacer para Mannerheim.

Philips asintió, mientras el técnico las sujetaba en el visor del despacho. No era habitual que ese hombre saliera del departamento para tomar radiografías, pero él le había pedido que atendiera personalmente a Mannerheim, para evitar cualquier problema.

La radiografía operativa de Lisa Marino se encendió en la pantalla. La placa lateral mostraba una luminosidad poliédrica allí donde se había abierto la ventana ósea. Dentro de su área, bien definida, se veían las siluetas blancas y brillantes de los numerosos electrodos. Los de profundidad, parecidos a agujas, eran los más visibles; fue la posición de esos instrumentos lo que interesó a Philips. Con el pie, activó el motor de un visor del tamaño de un mural, llamado alternador. Mientras él mantuviera el pie sobre el pedal, la pantalla cambiaría, porque la unidad se podía cargar con una cantidad indefinida de placas y películas. Philips mantuvo 1a máquina en funcionamiento hasta llegar a las placas anteriores de Lisa Marino.

Al comparar las nuevas con las antiguas, le sería posible determinar la situación exacta de los electrodos de profundidad.

—Caramba —exclamó—. Tus radiografías son una verdadera preciosidad. Si pudiera reproducirte por multiplicación, tendría solucionada la mitad de mis problemas.

Robbins se encogió de hombros, como si no le importara, aunque el cumplido le había agradado. Philips era un jefe exigente, pero sabía reconocer los méritos del personal que trabajaba para él.

Martin utilizó una regla calibrada para medir las distancias asociadas con los diminutos vasos sanguíneos de las radiografías anteriores. Su conocimiento de la anatomía del cerebro *y* de la ubicación habitual de esos vasos le permitía formarse una imagen mental en tres dimensiones de la zona que le interesaba. Al aplicar esa información a las nuevas imágenes, captaba la posición en que habían sido colocadas las puntas de los electrodos.

—Sorprendente —dijo, recostándose hacia atrás—. Esos electrodos están perfectamente colocados. Mannerheim es fantástico. Si al menos su buen juicio igualara a su habilidad técnica...

—¿Quieres que lleve estas placas a la sala de operaciones?

El radiólogo sacudió la cabeza.

—No, las llevaré personalmente. Quiero hablar con Mannerheim. Voy a llevar también algunas de estas placas viejas. La posición de esta arteria cerebral posterior me preocupa un poco.

Philips recogió las radiografías y se dirigió hacia la puerta.

Aunque la situación, en el quirófano 21, había vuelto a una especie de normalidad, Mannerheim estaba furioso por el incidente. Ni siquiera la presencia de los visitantes extranjeros sirvió para atemperar su enojo. Newman y Lowry llevaron la peor parte, como si el neurocirujano los creyera deliberadamente confabulados para provocar el problema.

Habían iniciado la lobectomía en cuanto Ranade hubo aplicado a Lisa una anestesia total endotraqueal. El ataque de la paciente provocó un pánico inmediato, pero todo el mundo actuó con serenidad y eficacia. Mannerheim logró atrapar la mano de Lisa antes de que provocara más daños y Ranade, el verdadero héroe, reaccionó inmediatamente, inyectando una dosis de ciento cincuenta miligramos de Tiopental, seguido por un paralizante muscular llamado D-tubocurarina. Esas drogas, no sólo durmieron a la paciente, sino que además acabaron con el ataque. En cuestión de pocos minutos, el médico indio había colocado el tubo endotraqueal, después de poner en funcionamiento el óxido nitroso e instalar sus monitores.

Mientras tanto, Newman extraía los dos electrodos profundamente hundidos y Lowry retiraba los superficiales, colocando tampones de algodón húmedos sobre el cerebro que quedaba al descubierto; después cubrió la zona con una toalla esterilizada. Hubo que cambiar las sábanas que cubrían a la paciente, las batas y los guantes a los médicos. Todo volvió a la normalidad, excepto el humor de Mannerheim.

—Mierda —dijo, enderezándose para aliviar la tensión de la espalda—. Lowry, si quiere ser alguna cosa cuando sea mayor, avíseme. Si no, sostenga los retractores de modo que yo pueda ver.

El interno, desde su posición, no veía lo que estaba haciendo.

Se abrió la puerta del quirófano y Philips entró con las radiografías.

—Cuidado —le susurró Nancy Donovan—. Napoleón está de un humor espantoso.

—Gracias por la advertencia —respondió Philips, exasperado.

Lo irritaba la tolerancia de todo el mundo por la personalidad adolescente de Mannerheim, por muy buen cirujano que fuera. Puso las radiografías en el visor, sabiendo que el cirujano ya lo había visto. Pasaron cinco minutos antes de que Philips comprendiera que lo estaba ignorando deliberadamente.

—Doctor Mannerheim —llamó Martin, haciéndose oír por encima del monitor cardíaco.

Todas las miradas se volvieron hacia Mannerheim. que se enderezaba; el reflector que llevaba en la cabeza cayó directamente sobre la cara del radiólogo.

—No sé si se ha dado cuenta —dijo, dominando la furia—, pero estamos haciendo cirugía de cerebro y quizá no esté bien interrumpir.

—Usted pidió radiografías de localización —repuso Philips, calmosamente—, y considero mi deber proporcionarle esa información.

—Dé su deber por cumplido —replicó el cirujano, volviendo a la incisión

que estaba ampliando.

Lo que preocupaba a Philips no era la posición de los electrodos, pues los sabía perfectamente ubicados, sino la orientación del electrodo posterior o hipocampal en relación con la formidable arteria cerebral posterior.

—Hay algo más —dijo—. Quisiera...

Mannerheim levantó bruscamente la cabeza. El rayo del reflector cruzó la pared y el techo; su voz fue como un látigo.

—Doctor Philips, ¿le molestaría salir de aquí con esas radiografías para que podamos terminar esta operación? Cuando necesitemos ayuda, ya se la pediremos.

Después, ya en voz normal, pidió a la instrumentista ciertos fórceps y volvió a su trabajo.

Martin, tranquilamente, sacó sus radiografías y abandonó el quirófano. Mientras volvía a ponerse la ropa de calle, en el vestuario, trató de no pensar demasiado, cosa que le era fácil en ese estado de ánimo. Después, al volver a Radiología, se permitió evaluar el conflicto de responsabilidad que evocaba el incidente. Tratar con Mannerheim requería recursos que nunca había creído necesitar como radiólogo. Todavía no había resuelto nada cuando llegó al departamento.

—Lo están esperando en la sala de angiografía —le dijo Helen Walker, y se levantó para seguirlo al interior.

Helen era una mujer negra, de treinta y ocho años, sumamente agraciada; procedía de Queen y era secretaria de Philips desde hacía cinco años. Entre los dos había una magnífica relación. Él se aterrorizaba de sólo pensar que esa mujer pudiera renunciar a su puesto, pues, como toda buena secretaria, era indispensable para ordenar la rutina diaria de Philips. Hasta la ropa que él usaba actualmente era resultado de sus esfuerzos. Aún emplearía la de sus épocas de estudiante si Helen no lo hubiera convencido de que se encontraran en una de las grandes sastrerías, un sábado por la tarde. De aquello salió un nuevo Philips; las ropas modernas caían de maravilla a su cuerpo atlético.

Arrojó las radiografías sobre el escritorio, donde se mezclaron con otras placas, papeles, libros y periódicos. Era el único sitio que a Helen le estaba prohibido tocar.

Aunque aquello parecía un revoltijo, él sabía dónde tenía las cosas.

Helen, de pie tras él, le leyó un torrente de mensajes que tenía la obligación de transmitirle. El doctor Rees había llamado para preguntar por la tomografía de su paciente; la unidad de Rayos X de la segunda sala de Angiografía estaba reparada y funcionando normalmente; habían llamado de Urgencias, diciendo que esperaban a un paciente gravemente herido en la cabeza, y necesitarían una tomografía urgente. Todo interminable y rutinario. Philips le dijo que se encargara de todo, lo cual era lo que ella había pensado hacer, de todos modos, y la vio regresar a su mesa.

El se quitó la chaquetilla blanca para reemplazarla por el delantal de plomo que utilizaba durante ciertos procedimientos radiológicos, a fin de protegerse de las radiaciones. En la pechera se veía un desteñido monograma de Superman, que resistía todos los intentos de borrado. Dos años antes lo

habían dibujado allí, en broma, sus compañeros de Neurorradiología. Martin no se fastidió; sabía que era una muestra de admiración.

Cuando estaba para salir, recorrió con la vista la superficie de su mesa, buscando la cassette con el programa; necesitaba asegurarse de que no había imaginado las noticias de Michaels. Como no la halló, fue a revolver las capas superiores del desorden; allí estaba bajo las radiografías pedidas por Mannerheim. Philips se dio vuelta para irse, pero volvió a detenerse para recoger la cassette y la última placa lateral de Lisa Marino. Levantando la voz, pidió a Helen, a través de la puerta, que se encargara de avisar a la sala de Angiografía que iría en seguida. Luego fue a su mesa de trabajo.

Dejó caer el delantal de plomo en una silla y se quedó mirando fijamente el prototipo computado, preguntándose si en verdad funcionaría. Después puso la radiografía de Lisa Marino contra la luz que surgía de los visores. No le interesaban las siluetas de los electrodos, de modo que su mente las eliminó. Lo que le intrigaba era lo que la computadora podía decir de la craneotomía. Philips sabía que ese procedimiento no estaba incluido en el programa.

Movió la llave del procesador central; cuando se encendió la luz roja, insertó lentamente la cassette. No la había introducido en sus tres cuartas partes cuando la máquina se la tragó como un perro hambriento. De inmediato, la máquina de escribir conectada cobró vida. Philips cambió de posición para leer lo que escribía.

¡HOLA! SOY RADIOINTERP, CRÁNEO I. POR FAVOR, SUMINISTRE NOMBRE PACIENTE.

Philips pulsó «Lisa Marino» con los índices y lo hizo ingresar.

GRACIAS. POR FAVOR, SUMINISTRE SÍNTOMAS.

El escribió: «Ataques».

GRACIAS. POR FAVOR, SUMINISTRE INFORMACIÓN CLÍNICA RELACIONADA.

«Sexo femenino —escribió Martin—; edad 21 años, un año padeciendo epilepsia del lóbulo temporal».

GRACIAS. POR FAVOR, INSERTE PLACA EN VISOR LÁSER.

Philips vio que los rodillos que cerraban por dentro la ranura de inserción ya estaban en movimiento. Introdujo cuidadosamente la placa, con la emulsión hacia abajo, y el aparato la tomó para arrastrarla hacia dentro, mientras se activaba la máquina de escribir. Decía:

GRACIAS. TOME UNA TAZA DE CAFÉ.

El radiólogo sonrió. El sentido del humor de Michaels aparecía cuando menos se lo esperaba.

Se produjo un ligero zumbido eléctrico, pero la máquina de escribir permaneció inactiva. Philips tomó su delantal de plomo y salió de la oficina.

El quirófano 21 permanecía en silencio total, a medida que Mannerheim iba retirando lentamente el lóbulo temporal derecho de Lisa. Unas venas pequeñas ligaban el espécimen a los senos venosos. Newman las coaguló hábilmente para cortarlas. Cuando al fin quedó libre, el neurocirujano retiró el

trozo de cerebro del cráneo y lo depositó en una bandeja de acero inoxidable que le tendía Darlene Cooper. Mannerheim miró la hora; iba bien. A medida que avanzaba la operación, su humor había vuelto a cambiar. Se sentía eufórico y justamente complacido con su actuación: había cumplido con todo el procedimiento en la mitad del tiempo habitual, y estaba seguro de llegar a su oficina antes del mediodía.

—Todavía no hemos terminado —dijo, tomando el succionador metálico en la mano izquierda y los fórceps en la derecha.

Con cuidado, trabajó en el sitio donde había estado el lóbulo temporal, absorbiendo más tejido cerebral. Estaba eliminando lo que se denomina núcleo gris profundo. Era, probablemente, la parte más peligrosa de la operación, pero la que más le gustaba. Con suprema confianza, manejó el succionador esquivando las estructuras vitales.

En cierto punto, un gran lóbulo de tejido cerebral bloqueó momentáneamente la boca del aparato. Se oyó un ligero silbido antes de que el fragmento desapareciera por el tubo.

—Ahí van las lecciones de música —dijo Mannerheim.

Era un chiste común entre los neurocirujanos, pero resultaba más gracioso que de costumbre por provenir de Mannerheim, después de tanta tensión como había provocado. Todo el mundo lo festejó, hasta los dos médicos japoneses.

En cuanto Mannerheim hubo terminado de retirar el tejido, Ranade aminoró el ritmo de ventilación de la paciente. Quería que la presión sanguínea de Lisa ascendiera un poco mientras Mannerheim inspeccionaba la cavidad, en busca de pérdidas de sangre. Después de una meticulosa verificación, el cirujano quedó convencido de que la zona operada estaba seca. Entonces tomó una aguja para cerrar la duramadre, esa gruesa cobertura del cerebro. En ese momento el médico indio empezó a aligerar cautelosamente la anestesia de Lisa. Quería estar en condiciones de retirar el tubo de su tráquea, al terminar la operación, sin que ella tosiera ni se pusiera tensa, y eso requería una delicada orquestación de todas las drogas que había estado empleando. Era imperativo que la presión sanguínea no subiera.

El cierre de la corteza se llevó a cabo con prontitud; con una diestra rotación de muñeca, colocó el último punto interrumpido. El cerebro de Lisa estaba nuevamente cubierto, aunque la duramadre se veía algo hundida y más oscura allí donde faltaba el lóbulo temporal. Mannerheim inclinó la cabeza a un costado para admirar su obra de arte; después, dando un paso atrás, se quitó los guantes de goma. El chasquido resonó en todo el quirófano.

—Bien —dijo—. Ciérrenla, pero no tarden toda la vida para ello.

Y salió de la habitación, indicando con un gesto a los dos médicos japoneses que lo siguieran.

Newman tomó su puesto a la cabecera de la mesa.

—Bueno, Lowry —indicó, imitando a su jefe—, a ver si puedes ayudarme en vez de molestarme.

Con un par de pinzas quirúrgicas, tomó el borde de la herida y la volvió parcialmente hacia fuera. Después hundió profundamente la aguja en la piel del

cráneo, asegurándose de pinchar también el pericráneo, y sacó la aguja dentro de la herida. Después de retirar el portaagujas de su posición original, en la parte trasera, lo usó en la punta, ajustando la sutura. Más o menos con la misma técnica, pasó el hilo por el otro lado de la herida, pasando la sutura por la mano presta del doctor Lowry, a fin de atar el punto. Repitieron el procedimiento hasta que la herida quedó cerrada con puntos negros, dando la impresión de que la cabeza tenía un gran cierre de cremallera.

Durante esa parte de la operación, el doctor Ranade seguía ventilando a Lisa por medio de una bolsa de ventilación. En cuanto echaron el último punto, planeaba suministrar a Lisa oxígeno al cien por ciento y revertir el resto del paralizante muscular que el cuerpo no hubiera metabolizado. A su debido tiempo, volvió a comprimir la bolsa de ventilación, pero en esa ocasión sus dedos experimentados detectaron un sutil cambio con respecto a la presión anterior. En los últimos minutos Lisa había empezado a hacer esfuerzos para respirar por cuenta propia, y eso causaba cierta resistencia a la respiración artificial. Ranade, observando la vejiga respiratoria y escuchando con su estetoscopio de esófago, determinó que la muchacha había dejado de respirar. Controló el estimulante del nervio periférico; indicaba que el paralizante muscular estaba perdiendo efecto, tal como había sido programado. Entonces ¿por qué respiraba? Al anestesista se le aceleró el pulso; para él, manejar la anestesia era como estar de pie en una cornisa segura, pero estrecha, al borde de un precipicio.

Se apresuró a medir la presión sanguínea. Había ascendido a 150 sobre 90. Durante la operación se había mantenido estable a 105 sobre 60. ¡Algo andaba mal!

—Un momento —pidió el doctor Newman, mientras miraba rápidamente el monitor cardíaco.

Las pulsaciones eran regulares, pero se iban haciendo lentas, con largas pausas entre los picos.

—¿Qué pasa? —preguntó el jefe de internos, percibiendo la ansiedad en la voz.

—No sé.

El doctor Ranade consultó la presión venosa de Lisa, mientras se preparaba para inyectar una droga llamada Nitroprusside para bajar la presión sanguínea. Hasta entonces, creía que la variación en los signos vitales de la paciente eran una respuesta del cerebro, que reaccionaba contra el insulto de la cirugía. Pero en ese momento empezó a temer que se tratara de una hemorragia. Lisa podía estar sangrando, y la presión aumentaría dentro de la cabeza. Eso explicaría la secuencia de los síntomas.

Volvió a tomar la presión sanguínea: había subido a 170 sobre 100. Inmediatamente inyectó el Nitroprusside. Al hacerlo experimentó ese desagradable vacío en el abdomen que se asocia con el terror.

—Podría ser una hemorragia —explicó, inclinándose para levantar los párpados de Lisa.

Vio lo que temía ver: las pupilas se estaban dilatando.

—¡Estoy seguro! ¡Es una hemorragia! —chilló.

Los dos internos se miraron fijamente por encima de la paciente. Pensaban lo mismo.

—Mannerheim se va a poner furioso —dijo Newman—. Tenemos que llamarlo. —Y ordenó a Nancy Donovan—: Vaya. Dígale que es una emergencia.

Nancy voló al intercomunicador para llamar al personal de la entrada.

— ¿La volvemos a abrir? —preguntó Lowry.

—No sé —fue la nerviosa respuesta de Newman—. Si la hemorragia está en el cerebro, será mejor pedir una tomografía de emergencia. Si está en el sitio de la operación, entonces habrá que abrirla.

—La presión sanguínea sigue subiendo —observó el doctor Ranade, mirando su medidor con cara de incredulidad.

Y se preparó para darle más medicación, a fin de bajarla.

Los dos internos permanecían inmóviles.

—¡Y sigue subiendo! —les gritó el hindú—. ¡Por el amor de Dios, hagan algo!

—Tijeras —ladró Newman.

Se las plantaron en la mano. Cuando cortó los últimos puntos, la herida se abrió espontáneamente; bastó levantar el colgajo de cuero cabelludo para que el sector de hueso que había quitado la craneotomía empujara hacia ellos. Parecía palpitar.

—Tráiganme las cuatro unidades de sangre preparada —gritó Ranade.

El doctor Newman cortó las dos suturas que sostenían el trozo de hueso en su sitio: cayó a un costado antes de que pudiera retirarlo. La duramadre se abultaba, con una ominosa sombra negra. La puerta del quirófano se abrió de golpe. El doctor Mannerheim entró como un ciclón, con la bata desabrochada casi hasta abajo.

—¡Qué diablos pasa! —aulló. De inmediato vio la duramadre palpitante y abultada—. ¡ Santo Dios! ¡ Guantes, denme guantes!

Nancy Donovan empezó a abrir un par nuevo, pero el cirujano se los arrancó y se los puso sin lavarse.

En cuanto cortaron unos pocos puntos, la duramadre se abrió como si estallara y un chorro de sangre roja, brillante, saltó al pecho de Mannerheim, empapándolo, en tanto él cortaba a ciegas el resto de la sutura. Tenía que hallar la fuente de la hemorragia.

—Succionador —chilló.

La máquina, con un tosco sonido, empezó a absorber la sangre. De inmediato fue evidente que el cerebro se había movido o hinchado, porque el cirujano dio con él en seguida.

—La presión sanguínea está descendiendo —indicó Ranade.

Mannerheim pidió a gritos un retractor cerebral para que le facilitara la vista del sitio operado, pero en cuanto retiró el succionador la sangre subió en un chorro.

—Presión sanguínea... —dijo el anestesista. Una pausa-. No hay registro.

El ruido del monitor cardíaco, tan constante en el curso de la operación, aminoró hasta convertirse en una penosa pulsación y se detuvo.

—¡Paro cardíaco! —gritó el doctor Ranade.

Los internos retiraron bruscamente las pesadas sábanas arrojándolas sobre la cabeza de Lisa para descubrir el cuerpo. Newman trepó al banquillo que estaba junto a la mesa e inició un masaje cardíaco, apretando el esternón de la paciente. El anestesista colgó los frascos de sangre que le habían traído y abrió todos los tubos intravenosos, para inyectar el fluido con toda la celeridad posible.

—¡Paren! —chilló Mannerheim, que había dado un paso atrás en el momento en que Ranade anunciaba el paro cardíaco.

Invadido por una frustración absoluta, arrojó el retractor de cerebro al piso y permaneció inmóvil por un momento, con los brazos caídos. Por los dedos le chorreaban sangre y fragmentos de cerebro.

—Basta —dijo al fin—. No hace falta. Es obvio que reventó alguna arteria principal. Ha de haber sucedido cuando esta maldita paciente apretó los electrodos. Probablemente traspasó una arteria y la dejó en espasmo. El ataque lo disimuló pero al relajarse el espasmo empezó a sangrar. ¡No hay modo de resucitar a esta paciente!

Y se volvió para salir, sujetándose los pantalones esterilizados, que estaban a punto de caer. Ya en la puerta ordenó a los dos internos:

—Quiero que la cierren como si estuviera viva. ¿Entendido?

5

—Soy Kristin Lindquist —dijo la joven que esperaba en la sala de Ginecología de la universidad. Logró sonreír, pero las comisuras de la boca le temblaban un poco—. Tengo hora con el doctor John Schonfeld, a las once y cuarto.

Según el reloj de pared, eran exactamente las once.

Ellen Cohen, la recepcionista, levantó la vista de su novela barata para mirar aquella cara bonita que le sonreía. Vio de inmediato que Kristin Lindquist tenía cuanto a ella le faltaba: pelo rubio natural, fino como la seda, nariz pequeña y respingona, grandes ojos de un azul intenso y piernas largas, bien torneadas. Ellen la detestó instantáneamente; para sus adentros, la clasificó como «una de esas locas de California». El que Kristin Lindquist proviniera de Madison, Wisconsin, no le hubiera importado mucho. Aspiró largamente su cigarrillo, despidiendo el humo por la nariz, en tanto revisaba el libro de visitas. Tachó el nombre de Kristin y le indicó que tomara asiento, agregando que la atendería el doctor Harper en vez del doctor Schonfeld.

—¿Y por qué no me atiende el doctor Schonfeld? —preguntó la chica; ése era el médico que le había recomendado una de sus compañeras, en la residencia universitaria.

—Porque no está. ¿Basta con eso?

Kristin asintió, pero Ellen no se dio cuenta. Había vuelto a su novela; sin embargo, cuando la paciente se alejó, Ellen la miró con envidiosa irritación.

Ese fue el momento en que Kristin debió haberse marchado. En realidad pensó hacerlo, comprendiendo que nadie se daría cuenta; bastaba con seguir caminando en la misma dirección. Ya le disgustaba el aspecto ruinoso del hospital, que sugería enfermedad y decadencia. El doctor Walter Peterson, de Wisconsin, tenía un despacho limpio y fresco; aunque a ella no le gustaba el examen semestral, al menos allí no resultaba deprimente.

Pero no se fue. Le había hecho falta bastante coraje para pedir hora, y ella era casi maniática cuando se trataba de terminar lo comenzado. Por eso se sentó en la silla manchada, cruzó las piernas y esperó.

Las manecillas del reloj avanzaban penosamente. A los quince minutos Kristin notó que le sudaban las palmas de las manos y, comprendiendo que estaba cada vez más nerviosa, se preguntó si sufriría algún desequilibrio psicológico. Había otras seis mujeres en la pequeña sala de espera, y todas parecían tranquilas; eso aumentó la incomodidad de Kristin. Pensar en su estructura interna la descomponía, y la visita al ginecólogo la obligaba a ello de un modo brutal y desagradable.

Tomó una maltratada revista para intentar distraerse. No tuvo éxito. Casi todos los anuncios le recordaban la tortura inminente. Entonces vio la foto de un hombre y una mujer, que vino a causarle una nueva preocupación: ¿por cuánto tiempo quedaría esperma en la vagina después del acto sexual? Dos noches antes se había acostado con Thomas Huron, su novio, estudiante de los últimos cursos. Sería humillante que el médico se diera cuenta.

La relación con Thomas era el motivo de que Kristin hubiera decidido acudir a la clínica. Salían con frecuencia desde el otoño y, al intensificarse la relación, ella comprendió que elegir los días «no peligrosos» ya no era un método anticonceptivo razonable. Thomas se negaba a aceptar responsabilidades y la presionaba constantemente para que hicieran el amor con más frecuencia. Ella había hecho averiguaciones sobre las píldoras anticonceptivas en el dispensario de la facultad, pero le dijeron que primeramente debía hacerse un examen ginecológico en el Centro Médico. Kristin hubiera

preferido consultar a su antiguo médico, en la ciudad natal, pero ahí no habría sido posible mantener el secreto, como deseaba.

Al aspirar profundamente notó que tenía el estómago hecho un nudo; sentía unos rumores perturbadores en el abdomen. Sólo le faltaba pescar una diarrea a causa de los nervios. El mismo pensamiento la mortificó.

Volvió a mirar el reloj, rogando que no la hicieran esperar mucho.

Una hora y veinte después, Ellen Cohen hizo pasar a Kristin a uno de los consultorios. Mientras se desvestía tras un pequeño biombo, sintió en los pies el frío del linóleo del suelo. Colgó toda su ropa en un único perchero y, siguiendo las indicaciones, se puso una bata de hospital que le llegaba a la mitad del muslo y se ataba adelante. Al mirar hacia abajo se vio los pezones, erectos por el frío, sobresaliendo como botones duros bajo la tela de algodón gastada. Rogó que volvieran a su estado normal antes de que la viera el médico.

Al salir de tras la cortina vio que la señorita Blackman, la enfermera, disponía los instrumentos en una toalla. Desvió la vista, pero no antes de divisar, involuntariamente, una serie de instrumentos de reluciente acero inoxidable, incluidos un espéculo y algunos fórceps. Con sólo ver aquellos artefactos se sintió débil.

—Ah, muy bien —dijo la señorita Blackman—. Es rápida, y eso nos gusta. ¡Venga! -Palmeó la camilla.— Ahora súbase aquí. El doctor llegará en seguida.

Y movió un banquillo con el pie, para ponerlo en una posición estratégica.

Utilizando las dos manos para sujetar su frágil bata, Kristin avanzó hacia la camilla. Los estribos metálicos que salían de un extremo le daban el aspecto de un artefacto medieval para tortura. Subió al banquillo y se sentó de cara a la enfermera.

La señorita Blackman procedió entonces a confeccionar con todo detalle una historia médica que impresionó a Kristin por su meticulosidad. Nadie se había tomado nunca el trabajo de hacer un trabajo completo, que incluyera concienzudas preguntas sobre la historia familiar. Al ver por primera vez a la enfermera se había sentido intranquila, temiendo que fuera tan fría y áspera como lo sugería su aspecto. Pero durante aquel interrogatorio se reveló tan agradable, tan interesada en Kristin como persona, que la muchacha empezó a relajarse. Los únicos síntomas que la señorita Blackman anotó fueron un leve flujo que la chica había notado en los últimos meses y algunas pérdidas intermenstruales que había tenido desde siempre, por lo que ella podía recordar.

—Está bien, vamos a prepararnos para cuando venga el doctor —indicó la señorita Blackman, apartando la hoja—. Acuéstese y ponga los pies en los estribos.

Kristin hizo lo indicado, tratando vanamente de sostener los bordes de la bata para que no se separaran. Era imposible, y una vez más empezó a perder la compostura. Los estribos de metal estaban helados y los escalofríos le recorrían el cuerpo.

La enfermera desplegó con una sacudida una sábana recién planchada y

se la tendió encima. Después levantó un extremo para mirar por debajo. Kristin tuvo la impresión de que sentía la mirada de la mujer sobre la antepierna, totalmente descubierta.

—Bueno —dijo—, muévase hasta el borde de la camilla.

La chica, con un movimiento rotatorio de las caderas, se deslizó hacia abajo. La señorita Blackman, que seguía mirando por debajo de la sábana, no quedó satisfecha.

—Un poco más.

Kristin siguió bajando hasta que las nalgas le quedaron medio fuera de la camilla.

—Eso es —dijo la enfermera—. Ahora descanse hasta que venga el doctor Harper.

¿Quién hubiera podido descansar? Se sentía como un trozo de carne colgado de un gancho, esperando a que los compradores vinieran a palparlo. Detrás de ella había una ventana, y el hecho de que las cortinas no estuvieran del todo cerradas la preocupaba mucho.

La puerta del consultorio se abrió con un golpe seco, y un mensajero del hospital metió la cabeza. ¿Dónde estaban las muestras de sangre que debían ir al laboratorio? La señorita Blackman dijo que se lo indicaría y desapareció. Kristin quedó a solas en la atmósfera esterilizada, envuelta por el aséptico olor a alcohol. Cerró los ojos y aspiró profundamente, varias veces. Era esperar lo que empeoraba tanto las cosas.

Se abrió la otra puerta. Ella levantó la cabeza, con la esperanza de que fuera el médico, pero en cambio vio a la recepcionista, que preguntó por la señorita Blackman. La chica se limitó a sacudir la cabeza. Cuando la recepcionista se marchó, dando un portazo, volvió a recostarse y a cerrar los ojos. No le sería posible resistir mucho más.

Cuando estaba pensando en levantarse y salir de allí, se abrió la puerta y entró el médico, a grandes trancos.

—Hola, querida; soy el doctor David Harper. ¿Cómo se siente?

—Bien —respondió ella, en tono desmayado.

El doctor David Harper no era lo que ella esperaba. Parecía demasiado joven para tener el título de médico; la cara mostraba facciones juveniles, toscas, que contrastaban con la cabeza casi calva. Tenía unas cejas tan espesas que no parecían auténticas.

El doctor Harper fue hacia el pequeño lavabo y se lavó rápidamente las manos.

—¿Es estudiante de la universidad? -preguntó, leyendo la ficha que había quedado sobre la mesa.

—Sí —respondió Kristin.

—¿Y qué estudia?

—Arte.

La chica comprendió que el doctor Harper se limitaba a buscar una conversación liviana, pero no le importó. En realidad, era un alivio hablar después de la interminable espera.

—Arte, qué interesante —replicó Harper, indiferente.

Después de secarse las manos, abrió un paquete de guantes de goma y, frente a Kristin, metió en ellos las manos, tirando ruidosamente de ellos para cubrirse las muñecas; después ajustó los dedos, uno por uno. Lo hacía meticulosamente, como en un rito. Kristin notó que el doctor Harper tenía mucho pelo en todos lados, salvo en el cráneo. El vello de las manos, visto a través del látex, hacía un efecto muy vulgar.

Mientras se dirigía hacia el pie de la camilla, interrogó a Kristin sobre su leve flujo y sus pérdidas ocasionales. Era obvio que ninguno de los dos síntomas lo preocupaba. Sin más demora, se sentó en el banquillo, desapareciendo del campo visual de Kristin. Ella tuvo un momento de pánico cuando se levantó el borde de la sábana.

—Muy bien —dijo él, indiferente—. Quiero que se corra un poco más hacia abajo.

En el momento en que Kristin volvía a deslizarse, se abrió la puerta del consultorio y la señorita Blackman volvió a entrar. Kristin se alegró de verla. Sintió que le apartaban las piernas al máximo; nunca se había sentido tan vulnerable y expuesta.

—Déme el espéculo de Graves —pidió el médico.

La chica no podía ver lo que ocurría, pero oyó el agudo choque del metal contra otro metal, que le hizo sentir un vacío en el abdomen.

—Bueno —dijo el médico—. Ahora relájese.

Antes de que ella pudiera responder, un dedo enguantado le separó los labios de la vagina y los músculos de las piernas se le contrajeron por reflejo. En seguida sintió la fría intrusión del espéculo.

—¡Vamos, relájese! ¿Cuándo se hizo el último Papanicolau?

Kristin tardó algunos segundos en comprender que la pregunta se dirigía a ella.

—Hace cosa de un año —respondió, con la sensación de que algo se expandía dentro de ella.

El doctor Harper guardaba silencio. Kristin no tenía idea de lo que estaba ocurriendo; con el espéculo en su interior, no se atrevía siquiera a mover un músculo. ¿ Por qué tardaba tanto? El instrumento se movió un poco y ella oyó murmurar al médico. ¿Acaso le pasaba algo malo? Al levantar la cabeza vio que él ni siquiera la miraba. Estaba inclinado sobre la mesita, haciendo algo con las dos manos. La señorita Blackman asentía y susurraba. Kristin, recostándose, rogó que se apurara a quitar el espéculo. En eso lo sintió moverse, y experimentó una extraña sensación de vacío en el estómago.

—Bueno —dijo al fin el doctor Harper.

El espéculo salió con tanta prontitud como había entrado y con sólo una breve punzada de dolor. Kristin lanzó un suspiro de alivio, sólo para verse atacada por el resto del examen. Finalmente el médico se quitó los guantes sucios y los dejó caer en un balde con tapa.

—Sus ovarios están bien.

—Me alegro —replicó Kristin, aunque se refería, ante todo, al hecho de que la experiencia hubiese acabado.

Después de un breve examen de mamas, el doctor Harper le indicó que

podía vestirse. Actuaba de modo seco, como preocupado. Ella fue al pequeño cubículo y cerró las cortinas. Se vistió a toda velocidad, temiendo que el médico pudiera salir antes de que ella hubiera tenido oportunidad de hablarle. Salió del vestidor abotonándose la blusa; la sincronización fue buena, pues el doctor Harper estaba completando la ficha.

—Doctor —dijo Kristin—, quisiera consultarle sobre los anticonceptivos.

—¿Qué quiere saber?

—Quisiera saber qué método me conviene más.

El médico se encogió de hombros.

—Cada método tiene sus ventajas y sus desventajas. En lo que a usted respecta, no creo que haya contraindicaciones; puede emplear cualquiera de ellos, según sus preferencias. Consulte a la señorita Blackman.

Kristin, asintió. Hubiera querido preguntar más, pero los modales abruptos del médico le despertaban la timidez.

—En cuanto a su examen —prosiguió él, mientras se levantaba, guardando el bolígrafo en el bolsillo de la chaqueta—, todo está esencialmente normal. Noté una ligera erosión en el cuello de la matriz, lo que podría explicar esa leve pérdida. Pero no es nada. Quizá convenga hacer otra revisión dentro de un par de meses.

—¿Qué es una erosión? —preguntó la chica, aunque no estaba segura de querer saberlo.

—Simplemente una zona desprovista de las células epiteliales acostumbradas. ¿Alguna otra pregunta?

El doctor Harper dejaba bien en claro que tenía prisa por concluir con la consulta. Kristin vaciló.

—Mire, tengo que atender a otros pacientes —agregó él, apresuradamente—. Si necesita información sobre anticonceptivos, consulte con la señorita Blackman, que es muy buena consejera. Una advertencia: quizá sangre un poco después de la revisión pero no se preocupe. Nos veremos dentro de dos meses.

Y con una sonrisa de despedida, acompañada por uña palmadita dada en la cabeza de la paciente, se marchó.

Un momento más tarde se abrió la puerta. La señorita Blackman asomó la cabeza, sorprendida de que el médico no estuviera allí.

—Terminaron pronto —comentó, mientras recogía la ficha—. Venga al laboratorio para que terminemos con usted; así podrá irse.

Kristin la siguió a otro consultorio que tenía dos camillas y largas mesas llenas de instrumentos médicos, incluido un estetoscopio. Contra la pared opuesta se veía una vitrina llena de objetos de aspecto maligno. Junto a ella colgaba una cartilla de oculista; Kristin sólo reparó en ella porque era una de esas que únicamente contienen la letra E.

—¿Usa gafas? —preguntó la señorita Blackman.

—No.

—Bien. Ahora acuéstese para que le saque una muestra de sangre.

La chica obedeció, diciendo:

—Me mareo un poco cuando me sacan sangre.

—Es algo muy corriente. Por eso le pedimos que se acueste.

Kristin apartó la vista para no ver la aguja. La enfermera trabajó con mucha celeridad; después le tomó el pulso y la presión sanguínea. Por fin oscureció el cuarto para hacerle un examen de la vista.

Aunque la muchacha trataba de consultarla sobre los métodos de anticoncepción, ella no respondió a preguntas mientras no hubo concluido con su tarea. Después se limitó a aconsejarle que acudiera al Centro de Planificación Familiar de la universidad, diciéndole que, como ya tenía aprobado el examen ginecológico, no tendría ningún problema. En cuanto a la erosión, tomó nota para aclarar el punto más adelante. Anotó también el número de teléfono de Kristin, asegurándole que se le avisaría de cualquier irregularidad que denunciaran los análisis.

Kristin salió apresuradamente de allí, muy aliviada por haber terminado con aquello. Después de las tensiones experimentadas, le pareció mejor no ir esa tarde a clase. Cuando llegó al centro de la sala se sintió algo desorientada: se había olvidado del camino. Giró en redondo, buscando el cartel que indicaba la dirección de los ascensores, y lo divisó en la pared del corredor más próximo. Pero en cuanto la imagen de la palabra cayó en su retina, algo extraño se produjo en su cerebro. Sintió una sensación peculiar, un leve mareo, seguido por un olor detestable. No pudo identificarlo, pero le pareció extrañamente familiar.

Con una extraña sensación de malos presagios, trató de no prestar atención a los síntomas y siguió caminando por el corredor atestado de gente. Tenía que salir del hospital. Pero el mareo iba en aumento. El corredor empezó a girar. Ella se aferró del marco de una puerta, en busca de apoyo, y cerró los ojos. El vértigo cesó. Al principio tuvo miedo de volver a mirar, temiendo que los síntomas se repitieran, pero lo hizo gradualmente. Por suerte, el mareo no volvió a presentarse, y en pocos segundos pudo soltar el marco de la puerta.

Antes de que pudiera dar un paso, una mano la tomó por el antebrazo, haciéndola retroceder, asustada. Fue un alivio descubrir que se trataba del doctor Harper.

—¿Se siente bien? —preguntó él.

—Sí, perfectamente —respondió Kristin, avergonzada de admitir sus síntomas.

—¿Seguro?

Kristin asintió y, para dar paso a su respuesta, retiró el brazo que Harper le sujetaba.

—Perdone si la molesté —se disculpó el médico, y se alejó por el vestíbulo.

Kristin lo observó mezclarse con la multitud. Después tomó aliento y echó a andar hacia los ascensores, con las piernas inseguras.

6

Martin salió de la sala de angiografía en cuanto estuvo seguro de que el interno lo tenía todo bajo control y que el catéter había salido de la arteria. Mientras se aproximaba a su oficina, apretando el paso, rogó que Helen hubiera salido a almorzar; pero en cuanto dio vuelta al último recodo ella lo divisó y fue a entregarle su omnipresente manojo de mensajes urgentes. No se trataba de

que Philips no quisiera verla, pero sabía que ella le traería toda clase de malas noticias.

—La segunda sala de angiografía está nuevamente fuera de servicio —dijo, en cuanto él le prestó atención—. No es el aparato de rayos X en sí, sino la máquina que mueve la película; no funciona.

Philips, asintiendo, colgó su delantal de plomo. Ya estaba enterado del problema y confiaba en que Helen hubiera llamado a la compañía que se encargaba de las reparaciones. Echó un vistazo al aparato instalado en su mesa de trabajo, donde se veía toda una página de notas escritas por computadora.

—También tenemos problemas con Claire O'Brian y Joseph Abbodanza —dijo Helen.

Claire y Joseph eran dos técnicos de neurorradiología que ellos habían adiestrado durante años.

—¿Qué clase de problema? -preguntó Philips.

—Han decidido casarse.

—Bueno —exclamó él, riendo—, ¿y han estado haciendo cosas feas en el cuarto oscuro?

—¡No! —saltó Helen—. Pero están decididos a casarse en junio y tomarse todo el verano para hacer un viaje por Europa.

—¡Todo el verano! —gritó Philips—. ¡No nos pueden hacer eso! Ya va a ser bastante difícil dejar que se tomen las dos semanas de vacaciones al mismo tiempo. Supongo que usted se lo habrá dicho.

—Por supuesto —afirmó Helen—. Pero contestaron que no les importaba. Piensan hacerlo de todos modos, aunque los despidan.

—Caramba —protestó él, dándose una palmada en la cabeza.

Sabía que Claire y Joseph, dado el adiestramiento con que contaban, podían conseguir trabajo en cualquier centro médico de importancia.

—Además —continuó la secretaria—, el decano de la facultad llamó para decir que, en una reunión de la semana pasada, se decidió doblar el número de estudiantes para los turnos de Neurorradiología. Dijo que los estudiantes del año pasado votaron este servicio como uno de los mejores para la materia optativa.

Philips cerró los ojos y se masajeó las sienes. ¡Más estudiantes! Sólo eso le faltaba, por todos los diablos.

—Y por último —prosiguió Helen, ya caminando hacia la puerta—, el señor Michael Ferguson llamó desde Administración para decir que debemos desocupar el cuarto que estamos utilizando para almacén de materiales. Lo necesitan para servicio social.

—¿Y tendría a bien decirme qué se propone que hagamos con los materiales?

—Eso mismo le pregunté yo. Me contestó que ese espacio nunca fue asignado a Neurorradiología y que usted lo sabía. Que pensara alguna solución. Bueno; salgo un ratito para almorzar. Vuelvo en seguida.

—Por supuesto. Buen provecho.

Philips aguardó algunos minutos hasta que su presión volvió a ser normal. Los problemas administrativos eran cada vez menos tolerables. Se

encaminó a la computadora y sacó el informe.

RADIOINTERP, CRÁNEO I
MARINO, LISA

INFORMACIÓN CLÍNICA:

Edad 21 años, sexo femenino, un año de epilepsia lóbulo temporal. Presentación de una sola proyección lateral izquierda tomada con unidad rayos X portátil. Parece tomada aproximadamente ocho grados fuera de verdadero lateral. Hay una gran luminosidad en la región temporal derecha, que representa una zona desprovista de hueso. Los bordes de esa zona son nítidos, sugiriendo origen yatrogénico. Esta impresión queda confirmada por una zona de tejido pesado y suave por debajo de extirpación ósea, sugiriendo un gran colgajo de cuero cabelludo. Radiografía muy probablemente de una operación.
Numerosos cuerpos metálicos representando electrodos superficiales. Dos estrechos electrodos metálicos cilíndricos parecen ser electrodos de profundidad en el lóbulo temporal, probablemente ubicados en el núcleo amigdaloide y el hipocampo. Las densidades del cerebro muestran finas variaciones lineales en el lóbulo occipital, el parietal medio y el lateral temporal.

CONCLUSIÓN:

Placa de operación, con gran extirpación ósea en la región temporal derecha. Múltiples electrodos de superficie y dos de profundidad. Extendidas variaciones en densidad de naturaleza no programada.

RECOMENDACIONES:

Se recomiendan proyecciones anterosposterior y oblicua, así como tomografía, para mejor caracterización de las variaciones de densidad lineales y para localización de los electrodos profundos. Se requieren datos angiográficos para asociar la posición de los electrodos profundos con vasos sanguíneos mayores. ****Programa requiere inserción en unidad de memoria central de lo relevante en variaciones lineales de densidad.

GRACIAS. SÍRVASE ENVIAR CHEQUES A WILLIAM MICHAELS, DOCTOR EN FÍSICA, Y MARTIN PHILIPS, DOCTOR EN MEDICINA

Philips no podía creer en lo que acababa de leer. Era bueno; mejor que eso, era fantástico. Y con esa pequeña muestra de humor al pie, resultaba sobrecogedor. Philips repasó algunas partes del informe. Le parecía increíble estar leyendo algo redactado por una máquina y no por otro neurorradiólogo.

Aunque la unidad no había sido programada para craneotomías, parecía capaz de razonar con la información que poseía y dar la respuesta correcta. Además, estaba aquello de las variaciones de densidad. Philips no tenía idea de qué se trataba.

Sacó la placa de Lisa Marino del visor de láser y la puso en una pantalla común. Como no encontraba las variaciones que sugería la computadora, empezó a sentirse algo alarmado. Tal vez el nuevo método de trabajar con densidades, que había sido el obstáculo infranqueable desde el principio, no era tan bueno, después de todo. Philips activó su alternador y las placas fueron desfilando por su pantalla hasta llegar al estudio del angiograma de Lisa Marino. Entonces detuvo el alternador y sacó una de las primeras placas laterales de cráneo. La puso junto a la de la operación y volvió a buscar las variaciones de densidad descritas en el informe. Para su desilusión, la imagen parecía normal.

En ese momento se abrió la puerta de su oficina, dando paso a Denise Sanger. Martin, después de una sonrisa, volvió a lo que estaba haciendo: doblando por la mitad una hoja de papel, cortó un pedacito diminuto. Al desplegar la hoja, ésta tenía un pequeño agujero en el centro.

—Bueno —dijo Denise, rodeándolo con los brazos— . Veo que estás muy ocupado haciendo pajaritas de papel.

—La ciencia progresa de modos extraños y maravillosos —replicó él—. Han pasado muchas cosas desde que nos vimos, esta mañana. Michaels entregó la primera unidad interpretadora de radiografías craneales. Aquí tienes el primer informe.

Mientras Denise lo leía, Philips puso la hoja de papel agujereada contra la placa de Lisa Marino, que estaba en el visor. La función del papel era eliminar todos los aspectos complicados de la imagen, con excepción de la pequeña zona visible por el agujero. Retiró el papel para ver si Denise, podía detectar alguna anormalidad. Ella no pudo. Cuando volvió a poner el papel, Denise siguió sin ver nada, hasta que él señaló unas diminutas notas blancas orientadas linealmente. Al retirar nuevamente la hoja siguieron siendo visibles para los dos, puesto que los ojos ya las habían localizado.

—¿Qué puede ser? —preguntó Denise, mientras examinaba la imagen desde muy cerca.

—No tengo la menor idea.

Philips se acercó al tablero y preparó la pequeña computadora para que aceptara la primera placa de Lisa Marino. Confiaba en que el programa pudiera ver las mismas variaciones de densidad. El visor de láser se tragó la placa con tanta avidez como antes.

—Pero me preocupa —agregó, observando la máquina de escribir, que parloteaba activamente.

—¿Por qué? Yo encuentro este informe fantástico.

La pálida luz del visor iluminaba el rostro de Denise.

—Lo es, y ahí está la cosa. Sugiere que el programa puede interpretar radiografías mejor que su creador, porque yo no vi esas variaciones en ningún momento. Me recuerda la historia de Frankenstein.

Y súbitamente, Martin se echó a reír.

—¿En dónde está la gracia? —preguntó Denise.

—¡Este Michaels! Al parecer, ha programado este artefacto de modo que, cuando le proporciono una radiografía, me manda descansar mientras él trabaja. La primera vez me dijo que tomara un café. Ahora dice que vaya a comer algo.

—Me parece buena idea —comentó la muchacha— ¿Qué hay de la romántica cita que me habías prometido, en la cafetería? No tengo mucho tiempo; debo volver al visor de tomografía.

—En este momento no puedo salir —se disculpó él. Recordaba haberla invitado a almorzar y no quería desilusionarla—. Esto me tiene entusiasmado de veras.

—De acuerdo. Pero yo voy a comer un sandwich. ¿Quieres que te traiga algo?

—No, gracias —dijo él, notando que la máquina cobraba vida.

—Me alegro de que tu investigación marche tan bien —afirmó la muchacha desde la puerta—. Sé lo mucho que te importa.

Y desapareció.

En cuanto la máquina de escribir se detuvo, Philips sacó la hoja. Al igual que la primera vez, el informe era muy completo; para deleite suyo, la computadora volvía a describir las variaciones de densidad, recomendando nuevas radiografías tomadas desde diferentes ángulos, y otra tomografía.

Philips echó la cabeza atrás, con una exclamación de entusiasmo, mientras batía la superficie de la mesa como si fuera un gran tambor. Varias de las placas se deslizaron desde los visores y cayeron al suelo. Cuando él se inclinó para recogerlas vio a Helen Walker, de pie en el vano de la puerta, observándolo como si lo creyera loco.

—¿Se siente bien, doctor Philips? —preguntó.

—Por supuesto —contestó él, enrojeciendo, mientras recogía las placas—. Estoy bien. Algo entusiasmado, nada más. ¿No iba a salir a almorzar?

—Ya salí —dijo Helen—. Me traje un sandwich a mi mesa.

—Pues, comuníqueme, por favor, con William Michaels.

Helen, con un gesto afirmativo, desapareció. Philips volvió a colgar las radiografías, preguntándose qué podían significar esas sutiles manchitas blancas. No parecían concentraciones de calcio; tampoco estaban orientadas según el esquema de los vasos sanguíneos. Se preguntó cómo determinar si los cambios se habían producido en la materia gris, esa zona celular del cerebro llamada córtex, o si estaban en la materia blanca, la capa fibrosa.

Sonó el teléfono: Philips se inclinó para tomar la extensión. Era Michaels. Con evidente entusiasmo, Philips le describió el increíble funcionamiento del programa y dijo que parecía capaz de detectar un tipo de variación de densidades que hasta entonces había sido pasado por alto. Hablaba a tal velocidad que Michaels se vio forzado a tranquilizarlo.

—Bueno, me alegro de que esté trabajando tan bien como esperábamos —fue su comentario, cuando al fin Martin hizo una pausa.

—¿Tan bien como esperábamos? Es más de lo que yo soñaba.

—Magnífico. ¿Cuántas radiografías le suministraste?

—En realidad, sólo una —admitió Martin—. Pasé dos, pero eran de la misma paciente.

—¿Sólo dos? —protestó Michaels, desencantado—. Caramba, no te agotes.

—Está bien, está bien. Por desgracia, durante el día no tengo mucho tiempo para nuestro proyecto.

Michaels dijo que comprendía, pero imploró a Philips que aplicara el programa a todas las placas que hubiera interpretado en los últimos años, en vez de dejarse llevar por las ramas con un solo hallazgo positivo. Volvió a destacar que, en esa etapa del trabajo, eliminar las interpretaciones falsamente negativas era lo más importante.

Martin siguió escuchando, pero no podía dejar de estudiar las variaciones de densidad en la placa de Lisa Marino; parecían telas de araña. Sabía que esa paciente padecía de ataques, y su mente científica se preguntaba si podía existir una asociación entre esos síntomas y el sutil descubrimiento detectado en la placa. Quizá representara alguna vaga enfermedad neurológica.

Terminó su conversación con Michaels lleno de un nuevo entusiasmo. Había recordado que, en el caso de Lisa Marino, uno de los diagnósticos sugeridos había sido el de esclerosis múltiple. ¿Y si hubiera dado con un diagnóstico radiológico de la enfermedad? Sería un descubrimiento fantástico. Los médicos llevaban años buscando la forma de detectar en el laboratorio los casos de esclerosis múltiple. Martin sabía que necesitaba más placas y otra tomografía de Lisa. No sería fácil, porque acababan de operarla, y haría falta la aprobación de Mannerheim. Pero el neurocirujano apoyaba las investigaciones, y Martin resolvió dirigirse francamente a él.

Desde su despacho, pidió a Helen que lo comunicara con el neurocirujano y volvió a estudiar las placas de la paciente. En términos radiológicos, los cambios de densidad se llamaban reticulares, aunque las finas líneas parecían, antes bien, ser paralelas. Por medio de una lupa estudió aquel diseño, preguntándose si podían ser causadas por las fibras nerviosas. Eso no tenía sentido, pues los rayos X que se necesitaban para atravesar el cerebro eran relativamente fuertes. El timbre del teléfono interrumpió esos pensamientos. Tenía a Mannerheim en la línea.

Inició la conversación con algunas amabilidades de rigor, pasando por alto la reciente escena que habían tenido a causa de las placas en el quirófano. Tratándose de Mannerheim, siempre era preferible dejar a un lado esos choques. El cirujano parecía peculiarmente silencioso; por lo tanto, Martin pasó a explicar que llamaba porque había detectado algunas densidades peculiares en la placa de Lisa Marino.

—Creo que convendría explorarlas; me gustaría tomar otras radiografías de cráneo y una nueva tomografía, en cuanto la paciente esté en condiciones de tolerarlo. Eso, por supuesto, siempre que usted esté de acuerdo.

Se hizo un silencio incómodo. Cuando Philips estaba a punto de hablar. Mannerheim bramó:

—¿Me está haciendo una broma? En ese caso me parece de muy mal

gusto.

—No se trata de ninguna broma —aseguró Martin, desconcertado.

—Oiga —gritó Mannerheim, subiendo cada vez más la voz—. Ya es un poco tarde para que Radiología se ponga a interpretar placas. ¡Qué diablos!

Se oyó un chasquido y en la línea quedó el tono de marcar. La conducta egocéntrica de Mannerheim parecía haber llegado a alturas insuperadas. Martin colgó, pensativo. No podía dejar que sus emociones interfirieran; por otra parte, había otra forma de encarar las cosas. Como aquel hombre no seguía el postoperatorio de sus pacientes con mucha minuciosidad, era Newman, el jefe de internos, quien se encargaba de esa parte. Martin decidió ponerse en contacto con Newman para averiguar si la muchacha seguía en la sala de recuperación.

—¿Newman? —dijo la recepcionista de Cirugía—. Se fue hace un rato.

—Oh —Philips cambió el teléfono a la otra oreja—. Lisa Marino, ¿sigue en la sala de recuperación?

—No —dijo la recepcionista—. Por desgracia no llegó hasta allí.

—¿Cómo que no llegó?

De pronto, Philips comprendía la conducta de Mannerheim.

—Murió en la mesa de operaciones —informó la enfermera—. Una tragedia, sobre todo porque para Mannerheim era la primera vez.

Philips se volvió hacia el visor. Ya no veía la placa, sino la cara de Lisa Marino, tal como la había visto esa mañana, ante los quirófanos. Recordó su aspecto de pájaro desplumado, pero eso lo perturbó, y forzó la atención para concentrarse en la radiografía, preguntándose qué podría haber descubierto. Siguiendo un impulso, se bajó del banquillo. Quería revisar la historia clínica de Lisa, ver si podía asociar el esquema de la radiografía con cualquier síntoma o señal clínica de esclerosis múltiple. No sería igual que una nueva serie de placas, pero sí mejor que nada.

Al pasar junto a Helen, que comía un sandwich ante su mesa, le ordenó llamar a la sala de Angiografía para decir a los internos que comenzaran sin él, pues tardaría un ratito. La secretaria se apresuró a tragar el bocado y preguntó qué debía contestar al señor Michael Ferguson con respecto al cuarto de materiales, cuando él volviera a llamar. Philips no respondió. Fingió no oírla.

—Al diablo con Ferguson —dijo para sus adentros, mientras tomaba el corredor principal hacia Cirugía.

Había aprendido a despreciar a los administradores del hospital.

Todavía quedaban algunos pacientes en el vestíbulo de Cirugía, pero aquello no se parecía en nada al caos de la mañana. Philips reconoció a Nancy Donovan, que acababa de salir de un quirófano. Lo recibió con una sonrisa.

—¿Hubo problemas con el caso Marino? —preguntó él, solidario.

La sonrisa de Nancy Donovan desapareció.

—Fue horrible. Espantoso. Una chica tan joven... Lo siento mucho por el doctor Mannerheim.

Philips asintió, aunque le parecía pasmoso que Nancy pudiera simpatizar con un hombre tan detestable como Mannerheim.

—¿Qué ocurrió?

—Estalló una arteria principal al terminar la operación.

Philips meneó la cabeza, comprensivo y desconcertado. Recordaba la proximidad del electrodo y la arteria cerebral posterior.

—¿Dónde estará la historia clínica? —inquirió.

—No losé — admitió la Donovan—. Déjeme averiguar en Recepción.

Philips la vio hablar con las tres enfermeras de la mesa. Al volver, ella le dijo:

—Creen que quedó en Anestesia, junto al quirófano 21.

Philips volvió a la antesala de Cirugía, que en esos momentos estaba atestada, para ponerse un equipo esterilizado. Al regresar al vestíbulo notó que en el corredor principal, entre los quirófanos, se veían señales de las batallas libradas por la mañana. Alrededor de los lavabos quedaban charquitos de agua, con las superficies irisadas de jabón. Había esponjas y cepillos en los bordes, y algunos esparcidos por el suelo. Un cirujano dormía en una de las camillas, empujada hasta un lado del pasillo; probablemente se había pasado la noche en pie, operando, y al terminar había pensado descansar por un momento en la camilla. Nadie lo molestaba.

Philips llegó a la sala de Anestesia, junto al quirófano 21, y probó la puerta. Estaba cerrada. Dio un paso atrás para mirar por la ventanilla de la sala. Estaba oscura, pero la puerta cedió al empujarla. Movió un interruptor, y uno de los enormes reflectores se encendió con un zumbido eléctrico. Lanzaba un rayo concentrado directamente sobre la mesa de operaciones, dejando en relativa oscuridad el resto de la sala. Philips vio entonces, con desagradable sorpresa, que el quirófano no había sido limpiado después del desastre acaecido a Lisa Marino. La mesa vacía, con su aparato mecánico inferior, tenía un aspecto particularmente maligno. En el suelo, a la cabecera de la mesa, se veían charcos de sangre espesa. En todas direcciones, huellas de pisadas marcadas en sangre.

Aquella escena hizo que Martin se sintiera mal; le recordaba los episodios desagradables de la época estudiantil. Se estremeció, y la sensación quedó atrás. Esquivando concienzudamente aquella carnicería, dio la vuelta a la mesa para cruzar las puertas de vaivén que comunicaban con la sala de Anestesia. Mantuvo la puerta entreabierta con el pie, a fin de ver dónde estaba el interruptor de luz. Empero, el cuarto no estaba tan oscuro como él esperaba. La puerta que daba al vestíbulo estaba abierta un palmo y dejaba entrar algo de luz desde el pasillo. Philips, sorprendido, encendió los tubos fluorescentes del cielorraso.

En el centro de la habitación, que medía tan sólo la mitad del quirófano, se veía una camilla con un cuerpo amortajado. El cadáver estaba cubierto por una sábana blanca, con excepción de los dedos de los pies, que asomaban obscenos. Philips hubiera podido soportarlo perfectamente, pero allí estaban los dedos, anunciando al mundo que ese bulto cubierto era, en verdad, un cuerpo humano. Y sobre el cadáver, puesta como al descuido, estaba la historia clínica.

Respirando apenas, como si la muerte fuera contagiosa, Martin esquivó la camilla y abrió del todo la puerta que daba al corredor. Desde allí se veía al cirujano dormido y a varios enfermeros. Miró hacia ambos lados, preguntándose si anteriormente se habría equivocado de puerta. Incapaz de

resolver la discrepancia, decidió pasarla por alto y volvió a la historia clínica.

Estaba por abrir la carpeta cuando sintió el impulso irresistible de levantar el sudario. No quería mirar el cadáver, pero su mano se extendió para retirar lentamente la sábana. Antes de descubrir la cabeza, Philips cerró los ojos. Al abrirlos se encontró ante el inanimado rostro de porcelana de Lisa Marino. Tenía un ojo parcialmente abierto, descubriendo una pupila vidriosa y fija. El otro estaba cerrado. En la parte derecha de la cabeza afeitada se veía una incisión en forma de herradura, meticulosamente suturada. La habían lavado al concluir la operación y no había sangre a la vista. Philips se preguntó si Mannerheim lo había ordenado así para poder decir que había muerto después de la operación, y no en su transcurso.

La fría irrevocabilidad de la muerte barrió la mente de Martin como un viento polar. Se apresuró a cubrir la cabeza afeitada y se llevó la carpeta hasta el banquillo del anestesista. Lisa Marino, como casi todos los pacientes del hospital tenía ya una historia clínica abultada, aunque sólo llevaba dos días en el hospital. Había largas anotaciones hechas por internos y estudiantes a diversos niveles. Philips ojeó abultados informes de Neurología y Oftalmología y hasta una nota de Mannerheim que resultaba totalmente ilegible. Lo que deseaba ver era el resumen final hecho por el jefe de internos de Neurocirugía.

En resumen, la paciente es una mujer de veintiún años, caucásica, con un año de padecimiento de epilepsia lóbulo temporal progresiva, que ingresa en el hospital para someterse a una lobectomía temporal derecha con anestesia local. Los ataques de la paciente no han respondido en absoluto a las terapias con dosis máximas de medicación y se han hecho más frecuentes, presagiados por lo común por un aura de olor desagradable, y caracterizados por agresividad creciente y exhibicionismo sexual. El centro de los ataques ha sido localizado en ambos lóbulos temporales, pero especialmente en el D, por EEG. No hay antecedentes de traumatismos o daños cerebrales conocidos. La paciente ha gozado de buena salud hasta la afección actual, aunque se informaron varios Papanicolau atípicos. Excluyendo los datos anormales detectados por EEG, todo el sistema neurológico parece normal.

Los análisis de laboratorio, incluyendo angiografía cerebral y tomografía ofrecen resultados normales. Subjetivamente, la paciente ha informado de algunos problemas visuales de concepto, pero ni Neurología ni Oftalmología los han confirmado. La paciente tiene también parestesias pasajeras repetidas y debilidad muscular, pero éstas no han sido documentadas. Se considera la posibilidad de una esclerosis múltiple, pero sin confirmación. La paciente, examinada en consulta médica por Neurología y Neurocirugía, fue declarada buena candidata para una lobectomía temporal derecha.

Firmado: George Newman.

Philips volvió a depositar la carpeta sobre el cuerpo de Lisa Marino, tímidamente, como si ella aún pudiera sentirla. Luego volvió apresuradamente a la antesala para ponerse la ropa de calle. Debía admitir que la historia clínica

no había sido tan útil como él esperaba. Mencionaba la posibilidad de una esclerosis múltiple, tal como él recordaba, pero no ofrecía informaciones que pudieran reemplazar la ayuda de nuevas radiografías y otras tomografías. Mientras acababa de vestirse, no podía quitarse de la mente la pálida máscara mortuoria de Lisa. Le recordaba que, como había muerto en Cirugía, probablemente tuvieran que hacerle una autopsia. Entonces utilizó el teléfono de pared para llamar al doctor Jeffrey Reynolds, de Patología, amigo y ex compañero de estudios, y le habló del caso.

—Todavía no me han dicho nada —dijo el doctor Reynolds.

—Murió alrededor de mediodía, en la mesa de operaciones. Pero se tomaron la molestia de cerrarla.

—No me extraña. A veces los llevan a toda prisa a la sala de Recuperación, para poder decir que murieron allí y no estropear sus antecedentes.

—¿Vas a hacer la autopsia? —preguntó Philips.

—No sé. Eso depende del inspector.

—Si tuvieras que hacerla, ¿cuándo sería?

—En este momento estamos muy ocupados. Probablemente esta noche, temprano.

—Este caso me interesa mucho —dijo Philips—. Mira, me quedaré por el hospital hasta que termine la autopsia. ¿Podrías ordenar que me busquen cuando hagan el cerebro?

—Por supuesto —prometió Reynolds—. Pediremos que nos manden la comida y nos divertiremos de lo lindo. Y si no piden autopsia te lo haré saber.

Philips amontonó todo dentro de su casillero y salió a la carrera. Desde sus tiempos de estudiante sufría un desmesurado nerviosismo cuando se atrasaba en su trabajo. En tanto corría por el atareado hospital, volvió a sentir esa desagradable inquietud. Sabía que lo estaban esperando en la sala de Angiografías; que debía llamar a Ferguson, por mucho que quisiera perder de vista a ese hijo de puta; que debía conversar con Robbins acerca de los técnicos que deseaban tomarse todo el verano de permiso. Y sabía también que Helen lo estaría esperando con diez o doce asuntos igualmente apurados.

Al pasar junto a la pantalla de tomografías, decidió hacer un rápido desvío. Después de todo, ¿qué importaban dos minutos más, si ya llegaba tan tarde? Entró al cuarto de Computación, recibiendo como una bienvenida el aire acondicionado frío que necesitaban las máquinas para seguir funcionando. Denise y los cuatro estudiantes, agrupados en torno a la pantalla semejante a la de un televisor, estaban completamente absortos. Detrás de ellos, de pie, se veía al doctor George Newman. Philips se unió al grupo sin que nadie lo viera y contempló la pantalla. Denise describía un gran hematoma subdural izquierdo, indicando a los estudiantes el modo en que la sangre acumulada había impulsado el cerebro hacia la derecha. Newman interrumpió para sugerir que el coágulo sanguíneo podía ser intracerebral; en su opinión, la sangre estaba dentro del cerebro y no en la superficie.

—¡No! —exclamó Martin—. La doctora Sanger tiene razón.

Todos se volvieron, sorprendidos de ver a Philips allí. Él se inclinó para

señalar con el dedo los rasgos radiológicos del hematoma subdural. No cabían dudas de que Denise estaba en lo cierto.

—Bueno, eso cierra la discusión —reconoció Newman, cordialmente—. Mejor que me lleve a este tipo a Cirugía.

—Cuanto antes, mejor —afirmó Philips.

También sugirió el sitio en que Newman debía hacer la perforación del cráneo para facilitar la salida del coágulo. Estaba por preguntar al jefe de internos algo sobre Lisa Marino, pero lo pensó mejor y dejó que Newman se marchara.

Antes de salir a su vez, apresuradamente, se llevó a Denise aparte.

—Oye, para compensarte por haberte dejado plantada a la hora del almuerzo, ¿aceptas una cena romántica?

Sanger sacudió la cabeza, sonriendo.

—Te traes algo entre manos. Sabes que esta noche estoy de guardia aquí, en el hospital.

—Lo sé —admitió él—. Pensaba en la cafetería del hospital.

—Qué maravilla —contestó Denise sarcástica—. ¿Y no vas a jugar al frontón?

—Esta noche no —afirmó Philips.

—Entonces sí que te traes algo entre manos.

Martin se echó a reír. En verdad, sólo cancelaba sus sesiones de frontón en casos de emergencia nacional. Pidió a Denise que lo esperara en su oficina para revisar las placas de la jornada, cuando hubiera terminado la tarea de tomografía. Si los estudiantes querían acompañarla, que los trajera. Se despidieron apresuradamente en el vestíbulo y él se marchó, otra vez corriendo. Quería tomar bastante velocidad, a fin de pasar junto a la mesa de Helen como un soplo incontenible.

7

Mientras esperaba en una larga cola, Lynn Anne Lucas se preguntó si había sido buena idea presentarse en urgencias. Anteriormente había acudido al dispensario de la universidad, confiando que la atendieran allí pero el médico

se había ido a las tres, y le habían dicho que el único sitio donde podrían atenderla de inmediato era en el departamento de urgencias del hospital. Lynn Anne había considerado la posibilidad de esperar hasta el día siguiente, pero con sólo coger un libro e intentar su lectura se convenció de que debía ir inmediatamente. Estaba asustada.

La sala de urgencias estaba tan concurrida, al caer la tarde, que la cola para ingresar se movía a paso de tortuga. Era como si todo Nueva York se hubiera reunido allí. El hombre que seguía a Lynn Anne estaba borracho, y cubierto de harapos; olía a vino y orina. Cada vez que la cola avanzaba, él se iba encima de la muchacha y se aferraba a ella para no caer. En frente de Lynn Anne había una mujer enorme que llevaba a una criatura envuelta en una manta sucia. Una y otra esperaban en silencio a que les tocara el turno.

Unas grandes puertas se abrieron a la izquierda de Lynn Anne, y la cola tuvo que dar paso a una invasión de camillas que transportaban los despojos de un accidente automovilístico, acaecido algunos minutos antes. Muertos y heridos fueron llevados por la sala de espera a la sala de guardia, directamente. Quienes estaban esperando comprendieron que acababan de perder otros tantos turnos. En un rincón, una familia portorriqueña comía pollo frito, agrupada en torno a un cesto; no parecía preocuparles lo que ocurriera en la sala y ni siquiera repararon en la llegada de las víctimas.

Por fin le tocó el turno a la mujerona que precedía a Lynn Anne. En cuanto habló, su origen extranjero resultó evidente, pues, señalando a su bebé, dijo a la recepcionista: «Ella nena no llorar más». La empleada observó que generalmente las madres se quejaban de lo contrario, y pidió que le mostrara a la criatura. Cuando la mujer retiró el borde de la manta, dejó al descubierto a una niña cuyo color era el del cielo antes de una tormenta estival: un oscuro azul grisáceo. Llevaba tanto tiempo muerta que estaba rígida como una tabla.

Lynn Anne quedó tan impresionada que, al llegar su turno, no pudo casi hablar. La recepcionista, comprensiva, le dijo que allí debían estar preparados para ver cualquier cosa. Entonces la muchacha se apartó el pelo rojizo de la frente y consiguió dar su nombre, su número de matrícula de estudiante y los síntomas que padecía. Le dijeron que tomara asiento y esperara un rato, asegurándole que la atenderían lo antes posible.

Después de casi dos horas más de espera, la condujeron por un vestíbulo muy concurrido y la dejaron en un cubículo, separado de la sala por unas manchadas cortinas de nailon. Una eficiente enfermera diplomada le tomó la temperatura oral y la presión sanguínea antes de dejarla sola. Lynn Anne sentada en el borde de una vieja camilla, escuchaba los múltiples sonidos que la rodeaban, con las manos húmedas de ansiedad. Tenía veinte años; acababa de ingresar en la universidad y había estado considerando la posibilidad de prepararse para estudiar medicina. Pero en esos momentos, al mirar a su alrededor, vacilaba. Eso no era lo que ella había pensado.

Se trataba de una joven saludable, que hasta entonces sólo había estado una vez en un dispensario a causa de un accidente de patinaje sufrido a los once años. Por una extraña casualidad, la habían llevado a ese mismo hospital, pues su familia había vivido en un barrio cercano antes de mudarse a Florida. Pero

Lynn Anne no guardaba malos recuerdos de aquel episodio. Probablemente el Centro Médico había cambiado tanto como su vecindario desde aquel entonces.

Media hora después apareció el interno, el joven doctor Huggens; como era de West Palm Beach, le encantó saber que Lynn Anne era de Coral Gables, y los dos charlaron de Florida mientras él revisaba su historia clínica. Evidentemente estaba encantado de haber encontrado a una paciente bonita y además americana por los cuatro costados, de las que le tocaban una entre mil. Más adelante llegó hasta a pedirle el número de teléfono.

—¿Qué la trae por urgencias? —preguntó, dando comienzo a su trabajo.

—Algo difícil de describir —respondió ella—. A ratos no veo bien. Empezó hace cosa de una semana, mientras estaba leyendo. De pronto comencé a tener problemas con ciertas palabras; las veía, pero no estaba segura de lo que querían decir. Y al mismo tiempo me atacaba un terrible dolor de cabeza. Aquí —Lynn se puso la mano en la parte trasera de la cabeza y se la deslizó por el costado hasta por encima de la oreja—. Es un dolor sordo que viene y se va.

El doctor Huggens asintió.

—Además, siento como un olor —agregó Lynn Anne.

—¿Qué olor?

La chica pareció algo confundida.

—No sé —confesó—. Desagradable; no puedo identificarlo, pero me parece conocido.

El doctor Huggens asintió. Era obvio que los síntomas de Anne no se ajustaban a ninguna categoría conocida.

—¿Algo más?

—Un poco de mareo. También siento las piernas pesadas. Y me pasa cada vez con más frecuencia, casi siempre cuando trato de leer.

El doctor dejó la historia clínica y revisó a la muchacha. Le examinó los ojos y los oídos, le miró la boca, escuchó el corazón y los pulmones, le probó los reflejos. La hizo tocar objetos, caminar en línea recta y recordar secuencias de números.

—Para mí, usted está perfectamente normal —comentó al fin—. Quizá le conviniera tomarse dos doctores y venir a ver a una aspirina.

Él festejó su propio chiste; Lynn Anne, no. Había decidido no dejarse despedir tan fácilmente, sobre todo después de esperar tanto. El doctor Huggens notó que seguía seria y la imitó.

—Bromas aparte, creo que debería tomar una aspirina para que se alivien los síntomas y volver mañana a Neurología. Tal vez ellos puedan descubrir algo.

—Quiero ir a Neurología ahora mismo —dijo Lynn Anne.

—Esto es una sala de guardia, no una clínica —observó el doctor Huggens, con firmeza.

—No me importa.

La muchacha estaba ocultando sus emociones, desafiante.

—Bueno, está bien — cedió Huggens—. Me comunicaré con Neurología. Y ya que estamos hablaré también con Oftalmología, pero tal vez deba esperar bastante.

Lynn Anne asintió. Temía abrir la boca en ese momento, por si su firmeza se disolvía en lágrimas.

Y en verdad tuvo que esperar bastante. Eran más de las seis cuando se abrió la cortina y Lynn Anne se encontró con el rostro barbudo del doctor Wayne Thomas, un negro oriundo de Baltimore. La tomó por sorpresa, pues nunca la había atendido un médico negro. Sin embargo olvidó rápidamente su reacción inicial y respondió a sus exigentes preguntas.

El doctor Thomas logró descubrir otros datos que le parecieron importantes. Unos tres días antes, Lynn Anne había sufrido uno de sus «episodios», como ella los llamaba, que la hizo saltar inmediatamente de la cama donde estaba leyendo. Cuando recobró la conciencia se encontró en el suelo: se había desmayado. Al parecer se había golpeado la cabeza, pues tenía un gran chichón en el lado derecho. El médico descubrió también que le habían hecho un par de Papanicolau con resultados atípicos y que debía volver a Ginecología a la semana siguiente. También había sufrido de una infección reciente en las vías urinarias, que se curó con un tratamiento de sulfuro.

Después de terminar el interrogatorio, el doctor Thomas llamó a una enfermera y le efectuó el examen médico más completo de su vida. Repitió todo lo efectuado por el doctor Huggens y mucho más. La mayor parte de los tests eran totalmente misteriosos para la chica, pero su meticulosidad le resultó alentadora. Sólo le disgustó la punción lumbar: acurrucada sobre un costado, con las rodillas tocándole el mentón, sintió que una aguja le perforaba la piel de la zona lumbar, pero sólo dolió un momento.

Una vez terminadas las pruebas, el doctor Thomas le dijo que deseaba hacerle obtener algunas radiografías para comprobar si no se había fracturado el cráneo en la caída. Antes de retirarse, le dijo que los exámenes sólo habían probado la existencia de ciertas zonas del cuerpo en las que ella parecía haber perdido la sensibilidad, pero admitió no saber qué importancia tenía eso. Lynn Anne siguió esperando.

—¿Qué me dices de eso? —comentó Philips, mientras se llenaba la boca con un pedazo de pavo. Masticó rápidamente y tragó el bocado—. La primera vez que a Mannerheim se le muere un paciente en la mesa de operaciones, y tenía que ser un caso del que yo quería más radiografías.

—Tenía sólo veintiún años, ¿no? —preguntó Denise.

—Sí. —Martin echó más sal y pimienta a la comida para darle sabor.— Una tragedia. Una doble tragedia, en realidad, porque ahora no puedo conseguir esas placas.

Se habían llevado las bandejas de la cafetería al rincón más apartado del mostrador, tratando de aislarse en lo posible de aquel ambiente. Pero resultaba difícil. Las paredes estaban pintadas de color mostaza sucio; el suelo era de linóleo gris, y las sillas de plástico moldeado, de un horrible amarillo verdoso. Los altavoces, como fondo, recitaban monótonamente los nombres de distintos médicos y los números telefónicos con que debían comunicarse.

—¿Por qué la operaron? —preguntó Denise, picoteando en su ensalada.

—Tenía ataques. Pero lo interesante es que quizá padecía esclerosis múltiple. Cuando te fuiste, esta tarde, se me ocurrió que tal vez los cambios de densidad que vimos en la placa representaban alguna enfermedad neurológica muy extendida. Revisé su historia clínica. Habían dado, como diagnóstico posible, la esclerosis múltiple.

—¿Revisaste alguna placa de pacientes con esclerosis simple comprobada?

—Empezaré con eso esta noche. Para poner a prueba el programa de Michaels tengo que suministrarle tantas radiografías craneales como sea posible. Será muy interesante, si logro encontrar otros casos con el mismo cuadro radiológico.

—Se diría que tu proyecto de investigación va muy bien encaminado.

—Eso espero. —Martin tomó un bocado de espárragos y decidió no seguir comiéndolos. —No quiero entusiasmarme demasiado a esta altura, pero ¡por Dios!, parece que funciona. Por eso me indigné tanto con el caso Marino. Prometía resultados tangibles inmediatos. En realidad, todavía hay algo que puedo hacer. Como esta noche le van a hacer la autopsia, trataré de relacionar el cuadro radiológico con lo que descubran en Patología. Si es esclerosis múltiple, estaremos otra vez sobre la pista. Pero te digo una cosa: necesito algo que me saque de esta carrera de ratas que es el hospital, aunque sólo sea por un par de días a la semana.

Denise dejó el tenedor para mirar los ojos inquietos, azules, de Martin.

—¿Salir del hospital? No puedes hacer eso. Eres uno de los mejores neurorradiólogos que existen. Piensa en todos los pacientes que se benefician de tu habilidad. Si dejaras la radiología clínica, sería una tragedia.

Martin también dejó su tenedor y le tomó la mano izquierda. Por primera vez no le importaba quién pudiera estar mirando.

—Denise —dijo, suavemente—, en este momento hay sólo dos cosas que me importan en la vida: tú y mi investigación. Y si pudiera ganarme la vida con sólo estar contigo, hasta podría olvidarme de la investigación.

Denise no supo si sentirse halagada o cautelosa. Cada vez confiaba más en su cariño, pero no tenía idea de que él estuviera tan cerca del compromiso sentimental. Desde un principio se había sentido apabullada por la reputación de Martin, por su conocimiento de la radiología, al parecer enciclopédico. Él era, a un tiempo, amante e ídolo profesional; por eso no quería pensar, siquiera, que aquel idilio pudiera tener futuro. Ni siquiera estaba segura de encontrarse preparada para algo así.

—Escucha —continuó Martin—. Este no es momento ni lugar para semejante conversación. —Apartó los espárragos, como para subrayarlo.— Pero me interesa que sepas de dónde sale esto. Tú estás en una primera etapa de tu carrera profesional, y es muy satisfactoria; pasas el día entero aprendiendo y tratando con los pacientes. Yo, por desgracia, paso poquísimo tiempo dedicado a esas cosas. La mayor parte de mi trabajo consiste en lidiar con problemas administrativos y disparates burocráticos. Y ya estoy hasta la coronilla.

Denise levantó la mano izquierda, que aún estaba firmemente presa en la de él, y le rozó los nudillos con los labios, lo hizo con celeridad y lo miró por

debajo de las cejas oscuras. Se mostraba coqueta a propósito, sabiendo que eso le borraría el súbito enojo. Funcionó, como de costumbre, y Martin se echó a reír. Con un leve apretón le soltó la mano y echó un vistazo a su alrededor para ver si alguien los había visto.

La señal acústica de Philips, al ponerse en funcionamiento, los sorprendió a los dos. El se levantó inmediatamente para acudir a los teléfonos del hospital, seguido por la mirada de Denise. La había atraído desde el primer momento, pero cada vez le gustaban más su humor, su asombrosa sensibilidad; esa nueva confesión de que se sentía insatisfecho, de que era vulnerable, parecía realzar los sentimientos de la muchacha.

Y sin embargo, ¿era, en verdad, vulnerable? Quizá la excusa de Philips con respecto a los problemas administrativos era sólo una racionalización para explicar su descontento ante el hecho de envejecer, de verse obligado a admitir que, en el plano profesional, su vida se había convertido en algo predecible. Denise no estaba segura; desde que lo conocía, lo había visto enfrentarse a su trabajo con tanta diligencia que nunca lo hubiera creído insatisfecho. Pero le conmovía el que compartiera con ella su modo de sentir. Eso debía significar que daba a su relación con Denise más importancia de la que ella creía.

Mientras lo veía hablar por teléfono, analizó otro aspecto de su idilio. Él le había dado fuerzas para dar por terminada, por fin, otra relación que resultaba totalmente destructiva. Siendo aún estudiante, Denise se había encandilado por un interno de neurología que supo manipular hábilmente sus sentimientos. Debido al aislamiento impersonal de los estudios, Denise era susceptible a la idea del compromiso sentimental. Interiormente, nunca puso en duda que podría combinar la atención del hogar con su carrera, si se casaba con alguien que conociera a fondo las exigencias de la medicina. Richard Druker, su amante, fue lo bastante astuto para adivinar su modo de sentir y convencerla de que él pensaba lo mismo. Pero no era así. Prolongó la relación años enteros, esquivando toda formalización *y* fomentando en cambio, con mucha amabilidad, la dependencia de Denise. Como resultado, a ella le fue imposible romper con ese hombre, aun después de descubrirlo tal como era y de sufrir la humillación de varias traiciones. Volvía constantemente a él, como un perro castigado que buscara al amo, en la vana esperanza de que él se corrigiera y se transformara en la persona que decía ser. La esperanza empezó a convertirse en desesperación, en tanto ella ponía en tela de juicio su propia femineidad y no la inmadurez de Druker. Y sólo pudo dejarlo cuando conoció a Martin Philips.

Al verlo regresar hacia la mesa que ocupaban, experimentó una oleada de afecto y gratitud. Al mismo tiempo, no dejaba de pensar que Martin era un hombre y temía asumir un compromiso que él no sintiera.

—Hoy no es mi día —dijo Martin, sentándose frente a ella—. Era el doctor Reynolds. No harán la autopsia a Lisa Marino.

Denise, sorprendida, trató de volver sus pensamientos a la medicina.

—Yo hubiera dicho que era obligatorio —observó.

—Claro. Era un caso para el forense, pero por respeto a Mannerheim, él mismo envió el cadáver a nuestro departamento de Patología. Pidieron permiso a la familia, pero no se lo dieron. Al parecer, los parientes estaban histéricos.

—Es comprensible —dijo la Sanger.

—Supongo que sí —aceptó Philips, decaído—. ¡Maldición, maldición!

—Podrías pensar un poco más en la paciente y un poco menos en tu propia desilusión.

Martin la miró fijamente durante varios minutos, hasta que ella se sintió culpable de haber traspasado un límite tácito. No había sido su intención ponerse moralista. En eso, la cara del radiólogo se transformó con una amplia sonrisa.

—¡Tienes razón! —exclamó-. En realidad, acabas de darme una idea fabulosa.

Justo frente a la mesa del Departamento de Urgencias, había una puerta gris con un letrero que decía: PERSONAL DE URGENCIAS. Era un cuarto de estar para los internos y practicantes, aunque rara vez se usaba para descansar. En la parte trasera había un cuarto de baño con duchas para los hombres; las doctoras tenían que subir a la sala de enfermeras. A lo largo de la pared lateral se veían tres cuartitos, cada uno con dos camitas estrechas, que sólo se utilizaban para alguna siesta muy breve. Nunca había tiempo de nada más.

El doctor Wayne Thomas había ocupado la única silla cómoda del salón: un viejo monstruo de cuero al que le salía parte del relleno por una costura abierta, como si fuera una herida sin cicatrizar.

—Creo que Lynn Anne Lucas está enferma —estaba diciendo, convencido.

A su alrededor, apoyados contra la mesa o sentados en las sillas de madera, estaban los doctores Huggens, Carolo Langone, interno de Endocrinología; Ralph Lowry, de Neurocirugía; David Harper, de Ginecología, y Sean Farnsworth, de Oftalmología. Aparte del grupo, otros dos médicos interpretaban un electrocardiograma ante una mesa de trabajo.

—Me parece que, en realidad, estás entusiasmado... —sugirió el doctor Lowry, con una sonrisa cínica, y agregó—: Es la chica más bonita que nos ha tocado hoy y quieres buscar una excusa para tenerla a tu cuidado.

Todo el mundo se echó a reír, con excepción del doctor Thomas, que sólo movió los ojos para mirar al doctor Langone.

—Ralph no anda muy descaminado —admitió Langone—. No tiene fiebre, sus signos vitales son normales, la sangre y la orina también, y lo mismo el fluido espinal.

—Las radiografías de cráneo también dan normales —agregó Lowry.

—Bueno —dijo Harper, levantándose de la silla—. Si tiene algo, no corresponde a Ginecología. Le hicimos un par de Papanicolau que dieron resultados atípicos, pero el departamento la está vigilando. Así que los dejo resolver el problema sin mí. A decir verdad, me parece que sólo está histérica.

—Estoy de acuerdo —afirmó Farnsworth—. Asegura tener problemas de visión, pero el examen oftalmológico da resultados normales; no le cuesta leer la línea inferior de la cartilla.

—¿Y los campos visuales? —preguntó el doctor Thomas.

Farnsworth se levantó para retirarse.

—A mí me parecen normales. Mañana podemos hacer una prueba de Goldmann, pero eso no se lleva a cabo en casos de urgencia.

—¿Y las retinas?

—Normales —respondió el oftalmólogo—: Gracias por la consulta. Ha sido un placer. —Y recogió su maletín para abandonar la reunión.

—¡Un placer, mierda! —protestó Lowry—. Que venga otro interno presumido a decirme que no se hacen pruebas de Goldmann por la noche y me lío con él a bofetadas.

—Silencio, Ralph —dijo Thomas — . Ya pareces un cirujano.

El doctor Langone también se levantó desperezándose.

—Yo también me voy. Dime, Thomas, ¿por qué dices que esa chica está enferma? ¿Sólo por esa sensación de sensibilidad disminuida? Eso me parece algo subjetivo.

—Es una corazonada que tengo. Está asustada, pero no histérica; de eso no me cabe duda. Además, sus anormalidades sensoriales son fáciles de reproducir. No está fingiendo. Tiene algo torcido en el cerebro.

El doctor Lowry se echó a reír.

—Lo único torcido es lo que te gustaría hacer con ella si te la encontraras en otras circunstancias. Vamos, Thomas. Si fuera una pobre desgraciada le dirías que volviera por la mañana.

Todos los presentes se echaron a reír. El doctor Thomas los despidió con la mano, mientras se levantaba del sillón.

—Sois todos unos payasos. Renuncio. Me encargaré personalmente de esto.

—No dejes de pedirle el teléfono —aconsejó Lowry.

Huggens rió, aunque pensó que no era mala idea.

Thomas, nuevamente en la sala de Urgencias, miró a su alrededor. Entre las siete y las nueve se producía un relativo respiro, como si la gente hiciera una pausa en la miseria, el dolor y las enfermedades para comer. Hacia las diez empezarían a llegar los ebrios, las víctimas de accidentes de tráfico y las de los ladrones o psicópatas; a las once serían los crímenes pasionales. Disponía, por lo tanto, de un ratito para pensar en Lynn Anne Lucas. Algo le molestaba de este caso, como si estuviera pasando por alto una clave importante.

Se detuvo ante la mesa principal y preguntó a una de las recepcionistas si ya había llegado de los archivos la historia clínica de Lynn Anne Lucas. Después de consultar, la empleada dijo que no, pero le aseguró que volvería a llamar. El médico asintió, distraído, mientras se preguntaba si la chica no habría consumido drogas exóticas. Tomó por el corredor principal para volver al consultorio, donde Lynn Anne seguía esperando.

Denise no tenía idea de lo que podía ser la «fabulosa» ocurrencia de Martin. Él le había pedido que volviera a su despacho a eso de las nueve de la noche. Se le hicieron las nueve y cuarto antes de que pudiera hallar una pausa mientras interpretaba radiografías traumatológicas en la sala de guardia.

Usando las escaleras que partían de los locales comerciales cerrados, llegó al piso de Radiología, donde el corredor parecía muy distinto, sin el caos y el tumulto habitual del día. Al final del vestíbulo, uno de los porteros lustraba el piso plastificado con un producto en polvo.

El despacho de Philips tenía la puerta abierta; desde fuera, Denise oyó la voz monocorde de su dictado. Al entrar lo encontró terminando con los angiogramas cerebrales de la jornada. En el alternador, frente a él, tenía una serie de estudios angiográficos. En cada una de las placas, los millares de vasos sanguíneos se destacaban en forma de hilos blancos, como si fueran el sistema radicular de un árbol patas arriba. Sin dejar de hablar, señaló el visor para que Denise comprendiera. Ella asintió, aunque le parecía imposible que él pudiera saber los nombres, el tamaño normal y la posición de cada vaso.

—Conclusión —dijo Philips—: la angiografía cerebral muestra una gran malformación arterovenosa de los ganglios basales derechos en este hombre de diecinueve años. Punto. Esa malformación circulatoria está alimentada por la arteria cerebral media derecha, por medio de las ramas lenticulostriadas, así como desde la arteria cerebral posterior derecha por medio de las ramas tálamoperforada y tálamogeniculada. Punto final. Por favor, envía una copia de este informe a los doctores Mannerheim, Prince y Clauson. Gracias.

El grabador se detuvo con un chasquido, mientras Martin giraba en redondo con la silla. Con una sonrisa traviesa, se frotó las manos como los picaros de las tragedias de Shakespeare.

—Sincronización perfecta —dijo.

—¿Qué te ha dado? —preguntó ella, como si estuviera asustada.

—Ven conmigo.

Philips se la llevó fuera. Apoyada contra la pared esperaba una camilla con todo el equipo: frascos de inyección intravenosa, sábanas y una almohada. Martin, sonriendo ante su sorpresa, empezó a empujar el vehículo por el pasillo. Denise lo alcanzó ante el ascensor reservado a las camillas.

—¿Y dices que yo te di esta idea fabulosa? —comentó, mientras le ayudaba a meter la camilla en el ascensor.

—Así es —afirmó él, mientras apretaba el botón para bajar al sótano.

Las puertas se cerraron.

Salieron a las entrañas del hospital. Un laberinto de tuberías que, como vasos sanguíneos, corrían en ambas direcciones, retorciéndose y girando unas en torno a las otras, como atormentadas. Todo estaba pintado de gris o de negro, eliminando las sensaciones cromáticas. La luz, escasa, provenía de tubos fluorescentes protegidos por tela metálica, y situados entre sí a gran distancia, lo cual creaba parches de resplandor blanco separados por largos trechos de sombras densas. Frente al ascensor se veía un cartel que decía:

MORGUE: Siga la línea roja.

La línea, como un reguero de sangre, corría por el centro del pasillo, marcando una complicada ruta por pasajes oscuros; y girando bruscamente en las encrucijadas. Por fin descendió por una pendiente inclinada, que estuvo a punto de arrancar la camilla de manos de Martin.

—En el nombre de Dios, ¿qué estamos haciendo aquí abajo? —preguntó

Denise.

Su voz rebotó, junto con el ruido de los pasos, en los corredores vacíos.

—Ya verás.

Pero la sonrisa de Philips había desaparecido y parecía tenso. El aire juguetón del comienzo había cedido paso a una nerviosa preocupación por la imprudencia que estaban cometiendo.

Abruptamente, el corredor se abrió formando una enorme caverna subterránea. Allí la iluminación era igualmente escasa, y el cielorraso, dos pisos más arriba, se perdía en la sombra. En la pared izquierda se veía la puerta del incinerador; estaba cerrada, pero dejaba oír el siseo de las llamas hambrientas.

Dos puertas de vaivén, más adelante, constituían la entrada de la morgue. Allí acababa la línea roja del piso, con brusca determinación. Philips dejó la camilla para avanzar hacia la puerta. Abrió la hoja derecha y miró hacia el interior.

—Estamos de suerte —dijo, volviendo a la camilla—. No hay nadie aquí.

Denise lo siguió contra su voluntad.

La morgue era una habitación grande y descuidada; la habían dejado deteriorar hasta tal punto que parecía uno de esos pórticos desenterrados en Pompeya. Del cielorraso pendían múltiples bombillas eléctricas, pero la mayoría estaban quemadas. El suelo era de un mosaico manchado y las paredes estaban revestidas de cerámica resquebrajada. En el centro de la habitación, un foso parcialmente inclinado albergaba la vieja losa de mármol para autopsias, que no se utilizaba desde la década de 1920; allí, entre tanto deterioro parecía un antiguo altar pagano. Por lo común, las autopsias se llevaban a cabo en el departamento de Patología, con su ambiente moderno, de acero inoxidable, instalado en el quinto piso.

Numerosas puertas se alineaban en las paredes; había una de madera maciza que parecía la de un frigorífico de carnicería. Al fondo, un corredor ascendía, en completa oscuridad, hasta una puerta que se abría hacia un callejón trasero del enorme complejo hospitalario. El silencio era mortal. Sólo se oía, de vez en cuando, una gota que caía dentro de una pileta y el ruido hueco de los pasos.

Martin dejó la camilla y colgó el frasco de transfusiones.

—Toma —ordenó, entregando a Denise una punta de la sábana limpia para que la metiera bajo el colchón de la camilla.

Quitó el cerrojo a la gran puerta de madera y la abrió con esfuerzo. Una vaharada de niebla helada brotó de su interior, depositándose en el mosaico. Al encontrar el interruptor de la luz, Martin se volvió, descubriendo que Denise no se había movido.

—¡Ven aquí!, y trae la camilla.

—No pienso moverme mientras no me digas qué está pasando.

—Jugamos a estar en el siglo XV.

—¿Qué significa eso?

—Vamos a robar un cadáver por el bien de la ciencia.

—¿El de Lisa Marino? —preguntó Denise, incrédula.

—Exactamente.

—Bueno, yo no quiero tener nada que ver con esto.

Y Denise retrocedió, como a punto de escapar.

—No seas tonta. Sólo quiero hacer una tomografía. Después traeremos el cadáver otra vez. No creerás que voy a quedarme con él, ¿verdad?

—Ya no sé qué creer.

—¡Vaya imaginación!

Philips tomó de la camilla por un extremo y la arrastró hasta la antigua cámara frigorífica. El frasco de transfusiones resonó contra su soporte metálico. Denise lo siguió, explorando rápidamente el interior, que estaba completamente embaldosado: piso, paredes y techo, con unos azulejos que habían sido blancos en otro tiempo, pero que ahora tenían un indefinido tono gris.

La habitación medía unos nueve metros de longitud por seis de ancho. A cada lado había una hilera de viejas camillas de madera, cuyas ruedas tenían el tamaño de las de bicicleta. En el centro quedaba un amplio pasillo abierto. Cada camilla sostenía un cadáver amortajado.

Philips avanzó lentamente por el pasillo central, mirando a un lado y al otro. Al llegar al fondo giró en dirección opuesta y comenzó a levantar una punta de cada sábana. Denise temblaba en aquel frío húmedo. Trató de no mirar los cadáveres más cercanos a ella, que habían sido el sangriento resultado de un accidente automovilístico ocurrido en las horas punta. Un pie, todavía calzado, sobresalía en un ángulo descabellado, anunciando que la pierna estaba fracturada por la mitad. En alguna parte se puso en funcionamiento un compresor.

—Ah, aquí está —dijo Philips, espiando bajo una sábana.

Para alivio de Denise, dejó el sudario en su sitio y le indicó que acercara la camilla. Ella obedeció como un autómata.

—Ayúdame a levantarla.

La muchacha tomó el cadáver por los tobillos, con la sábana puesta, para no tocarlo. Philips lo levantó por el torso. Contaron hasta tres y movieron el cuerpo, notando que ya estaba rígido. Luego sacaron la camilla de la cámara; Martin empujaba mientras ella tiraba desde delante. El radiólogo cerró la puerta y volvió a asegurarla.

—¿Para qué trajiste el frasco? —preguntó Denise.

—No quiero revelar que llevamos un cadáver. Y para eso, el frasco es un toque maestro.

Retiró un poco la sábana, descubriendo el rostro sin sangre de Lisa Marino. Denise apartó la vista mientras él levantaba la cabeza del cadáver para ponerle la almohada y acomodaba el tubo intravenoso bajo la tela. Por fin dio un paso atrás para apreciar el efecto.

—Perfecto.

Y dio una palmadita al brazo del cadáver, preguntando:

—¿Está cómoda?

—Martin, por el amor de Dios, ¿no podrías ser menos grosero?

—Bueno, para serte sincero, es una forma de defensa. No estoy seguro de que esto sea correcto.

—Y ahora me lo dices —gimió Denise, mientras lo ayudaba a pasar con

la camilla por las puertas dobles.

Volvieron sobre sus pasos por el laberinto subterráneo, hasta el ascensor reservado a las camillas. Para desconcierto de los dos, se detuvo en el primer piso. Dos enfermeros esperaban allí, con un paciente en silla de ruedas. Martin y Denise se miraron fijamente por un instante, asustados. Por último ella apartó la vista, castigándose por haberse involucrado en esa absurda aventura.

Los enfermeros introdujeron al paciente con la cara hacia la parte posterior del vehículo, cosa que les estaba prohibida. Iban muy entretenidos hablando de la próxima temporada de béisbol, y si el aspecto de Lisa Marino les llamó la atención, ninguno de los dos dijo nada. Pero con el paciente no ocurrió lo mismo, porque a la primera mirada distinguió la enorme herida en forma de herradura que el cadáver tenía en la cabeza.

—¿La operaron? —preguntó.

—Eh, sí —respondió Philips.

—¿Se va a reponer?

—Está un poco cansada. Necesita reposo.

El paciente asintió como si comprendiera. Las puertas se abrieron en el segundo piso, y allí bajaron Philips y Denise; uno de los enfermeros les ayudó a empujar la camilla para sacarla del ascensor.

—Esto es ridículo —dijo Denise, mientras cruzaban el vestíbulo desierto—. Me siento como un delincuente.

Cuando entraron en la sala de Tomografía, el técnico pelirrojo los vio a través del vidrio emplomado que separaba los controles y se acercó a ayudarles. Philips le dijo que se trataba de un examen de urgencia. En cuanto el técnico terminó de acomodar la mesa, se instaló tras la cabeza de Lisa Marino y le puso las manos bajo los hombros, listo para levantarla. Pero dio un brinco hacia atrás al sentir la carne helada y sin vida.

—¡Está muerta! —exclamó, alelado.

Denise se cubrió los ojos.

—Digamos que ha tenido un día difícil — corrigió Philips—. Y usted no diga nada de este pequeño ejercicio.

—¿Quiere una tomografía? —preguntó el técnico, incrédulo.

—Sin lugar a dudas.

Armándose de coraje, el técnico ayudó a Martin a acomodar el cadáver sobre la mesa. Como no había necesidad de inmovilizarla con ataduras, activó los controles de inmediato y la cabeza de Lisa se deslizó dentro de la máquina; en cuanto estuvo seguro de la posición, el hombre hizo que Philips y Denise pasaran al cuarto de control.

—Estará pálida —comentó el técnico—, pero tiene mejor aspecto que algunos de los pacientes que nos llegan de Neurocirugía.

Oprimió el botón que daba comienzo al proceso; la enorme máquina en forma de rosquilla cobró vida abruptamente e inició su rotación alrededor de la cabeza de Lisa.

Los tres esperaron, agrupados frente a la pantalla del visor. En la parte superior de la pantalla apareció una línea horizontal que fue descendiendo, como si retirara el velo de la primera imagen. El cráneo era bien visible, pero en

su interior no se notaba nada definido. Todo era oscuro y homogéneo.

—¿Qué diablos pasa? —exclamó Martin.

El técnico se acercó al tablero para verificar los controles. Volvió meneando la cabeza, y todos esperaron la imagen siguiente. Una vez más, el perfil del cráneo era visible, pero con un interior uniforme.

—¿Ha funcionado bien esa máquina, hoy? —preguntó Philips.

—Perfectamente —fue la respuesta del técnico.

El radiólogo estiró una mano para ajustar los controles de visión, el vertical y el horizontal.

—Dios mío —susurró, un segundo después—, ¿saben qué es lo que vemos? ¡Aire! No hay cerebro. ¡Ha desaparecido!

Los tres cambiaron una mirada, compartiendo la sorpresa y la incredulidad. De pronto, Martin se volvió y corrió hacia la sala de Tomografía, seguido por Denise y su colaborador. Levantó con las dos manos la cabeza de Lisa, y todo el torso se levantó de la mesa, debido a la rigidez. El técnico le echó una mano para que pudiera ver la parte trasera de la cabeza. Hubo que buscar bien en la piel exangüe, pero allí estaba: una fina incisión en forma de U, que se extendía por la base del cráneo, cerrada con puntos subcutáneos para que la sutura no fuera visible.

—Será mejor que devolvamos el cadáver a la morgue —dijo Martin, intranquilo.

El trayecto de regreso se cubrió deprisa, y casi en silencio. Denise no hubiera querido ir, pero sabía que Martin necesitaría ayuda para sacar el cadáver de la camilla. Cuando llegaron al incinerador, él volvió a verificar que la morgue estuviera desierta y sostuvo las puertas de par en par, ayudando a Denise a empujar la camilla hacia la cámara. Cuando abrió la pesada puerta de madera, Denise notó que su aliento formaba breves volutas en el aire frío, en tanto caminaba de espaldas, tirando de la camilla. La pusieron junto a la vieja mesa rodante. Estaban por levantar el cuerpo cuando un ruido súbito reverberó en el aire helado. Denise y Martin sintieron un vuelco en el corazón: tardaron varios segundos en comprender que se trataba de la señal de llamada de Denise. Ella se apresuró a apagarla, azorada, como si la intrusión fuera culpa suya; luego tomó a Lisa por los tobillos y contaron hasta tres para ponerla en su mesa.

—Fuera, en la morgue, hay un teléfono de pared —dijo Martin, levantando el sudario—. Contesta a la llamada mientras yo me encargo de que este cuerpo quede como lo encontramos.

Denise, que no necesitaba ser alentada, se apresuró a salir. Pero no estaba preparada para lo que ocurrió. Al volverse en dirección al teléfono chocó de frente contra un hombre que se acercaba a la puerta abierta de la cámara. Se le escapó un grito involuntario y tuvo que levantar las manos para absorber el impacto.

—¿Qué está haciendo usted aquí? —le espetó el hombre.

Se llamaba Werner, y era el encargado de la morgue. Alargó una mano y atrapó a Denise Sanger por una de las muñecas levantadas. Martin, al oír la conmoción, apareció en el umbral de la cámara.

—Soy el doctor Martin Philips; la señorita es la doctora Denise Sanger. —Trató de que su voz sonara potente, pero sólo consiguió un tono hueco y apagado. Werner dejó a Denise. Era un hombre flaco, de pómulos altos y cara cavernosa. La luz escasa dejaba invisibles sus ojos, profundamente hundidos. Las órbitas parecían vacías, como si fueran agujeros abiertos a fuego en una máscara. Tenía la nariz estrecha y afilada, como una hachuela. Vestía un jersey de cuello alto, negro, y un delantal de goma, también negro.

—¿Qué están haciendo con mis cadáveres? —preguntó, pasando junto a los médicos y la camilla. Una vez en la cámara, contó los cuerpos y al fin señaló el de Lisa Marino.

—¿Sacaron éste de aquí?

Philips, ya recobrado de la sorpresa inicial, se maravilló ante esa actitud posesiva para con los muertos.

—No creo que sea correcto hablar de «mis» cadáveres, señor. ¿Cómo se llama usted?

—Werner —dijo el encargado, acercándose a él para sacudirle un largo dedo índice frente a la cara—. Mientras no me los pidan mediante nota firmada, son mis cadáveres, porque yo soy el responsable.

Al radiólogo le pareció mejor no discutir. La boca de Werner, de labios finos, marcaba una línea firme, inexorable. Ese hombre parecía un resorte apretado. Philips empezó a hablar, pero su voz surgió como un chirrido vergonzante. Se aclaró la garganta y lo intentó otra vez.

—Queremos hablar con usted sobre uno de esos cadáveres. Creemos que ha sido violado.

La señal de llamada de la doctora Sanger sonó por segunda vez. Ella se disculpó y fue a contestar desde el teléfono.

—¿De qué cuerpo me habla? —saltó Werner, sin apartar los ojos de la cara de Martin.

—Lisa Marino. —Él señaló el cuerpo, parcialmente tapado.— ¿Qué sabe de esa mujer?

—No mucho —respondió el hombre, algo más relajado—. Lo recogí en cirugía. Creo que se la llevan esta noche o mañana a primera hora.

—¿Y del cadáver en sí?

Martin notó que el encargado tenía el pelo muy corto, cepillado hacia atrás sobre las sienes. Werner seguía mirando a Lisa.

—Precioso —respondió.

—¿Qué quiere decir con eso de «precioso»?

—Que es la mujer más bonita que me ha tocado desde hace tiempo.

Y se volvió para mirar a Martin, con la boca curvada en una sonrisa obscena. El médico, momentáneamente desarmado, tragó saliva; tenía la boca seca. Fue un alivio que Denise regresara diciendo:

—Tengo que irme. Me llaman de la sala de Guardia para examinar una radiografía de cráneo.

—De acuerdo —concordó Martin, tratando de ordenar sus pensamientos—. Cuando termines ve a mi oficina.

Denise asintió y se fue, aliviada. Philips, claramente incómodo al verse

solo con Werner en la morgue, se obligó a acercarse a Lisa Marino. Retiró la sábana y levantó el hombro del cadáver para señalar la prolija incisión.

—¿Qué sabe de esto?

—De eso no sé nada —respondió el hombre, rápidamente.

Philips no estaba seguro de que hubiera visto lo que le señalaba. Dejó que el cuerpo volviera a caer sobre la mesa y se dedicó a estudiar al encargado. Su rígida expresión tenía algo de nazi.

—Dígame —insistió—, ¿estuvo por aquí alguien del equipo de Mannerheim?

—No sé. Me dijeron que no se haría ninguna autopsia.

—Bueno, esa incisión no es de autopsia. —Philips volvió a cubrir la cara de la muerta.— Aquí pasa algo raro. ¿Está seguro de no saber nada?

Werner sacudió la cabeza.

—Ya veremos —afirmó el médico.

Y salió de la cámara, dejando que Werner se encargara de la camilla. El hombre esperó hasta que se oyó el ruido de las puertas exteriores al cerrarse. Entonces tomó el vehículo y le dio un poderoso empujón. Salió disparado de la cámara, hasta estrellarse en una esquina de la mesa de autopsias, volcándose con un tremendo estruendo. El frasco de transfusiones estalló haciéndose añicos.

El doctor Wayne Thomas se recostó contra la pared, con los brazos cruzados. Lynn Anne Lucas estaba sentada en la vieja camilla, y los dos pares de ojos quedaban a la misma altura; los del médico, alertas *y* contemplativos; los de ella, exhaustos y vacíos.

—¿Y esa infección urinaria reciente? —preguntó el doctor Thomas—. Se calmó con sulfamidas. ¿Hay algo que usted no haya mencionado sobre eso?

—No —respondió Lynn Anne, lentamente—, pero me recomendaron ver a un urólogo. Me dijo que retenía demasiada orina en la vejiga después de ir al baño y me aconsejó que me visitara un neurólogo.

—¿Consultó con alguno?

—No, porque el problema desapareció solo y creí que ya no importaba.

Se separó la cortina, dando paso a la cabeza de la doctora Sanger.

—Disculpen. Alguien me ha llamado para consultar sobre una placa de cráneo.

Thomas se apartó de la pared, diciendo que sólo tardaría un minuto. Mientras caminaban hacia el saloncito, puso rápidamente a Denise al tanto del caso de Lynn Anne, diciendo que, si bien la radiografía le parecía normal, necesitaba una confirmación sobre la zona de la pituitaria.

—¿Cuál es el problema? —preguntó Denise.

—Ese es el problema —confesó Thomas, abriendo la puerta del salón—. La pobre chica lleva cinco horas aquí, y no he podido resolverlo. Pensé que podía ser drogadicta, pero no; ni siquiera fuma marihuana.

Thomas puso la placa contra el visor y Denise la inspeccionó por orden, comenzando por los huesos.

—El resto del personal de Urgencias me ha dado un mal rato —comentó él—. Creen que me interesa el caso tan sólo porque la chica es preciosa.

Denise interrumpió el estudio de la radiografía para echarle una mirada intensa.

—Pero no es cierto —continuó él—. Esa muchacha tiene algo en el cerebro. Y sea lo que sea, está muy extendido.

Denise Sanger volvió su atención a la placa. La estructura ósea era normal, incluso en la zona pituitaria. Luego revisó las vagas sombras en el interior del cráneo. A fin de orientarse, se fijó en la glándula pineal, por si estuviera calcificada. No lo estaba. Cuando estaba por declarar que la radiografía era normal, percibió una ligerísima variación de textura. Cubrió la placa con las dos manos, dejando una pequeña zona abierta para estudiarla en especial, en una triquiñuela similar a la que había visto emplear a Philips con el papel agujereado. Al sacar las manos estaba convencida: había descubierto otro ejemplo de los cambios de densidad que Martin le mostrara anteriormente en la radiografía de Lisa Marino.

—Quiero mostrársela a otra persona —dijo Denise, sacándola del visor.

—¿Ha encontrado algo? —preguntó Thomas, alentado.

—Creo que sí. No deje ir a la paciente hasta que yo vuelva.

Y Denise desapareció antes de que Thomas pudiera decir una palabra.

Dos minutos después estaba en el despacho de Martin.

—¿Estás segura? —preguntó él.

—Bastante. —Y le entregó la placa.

Martin tomó la radiografía, pero no la observó de inmediato; se quedó manoseándola, como si temiera verse ante otra desilusión.

—Vamos —dijo ella, ansiosa porque confirmara sus sospechas.

La radiografía se deslizó bajo las grapas y la luz del visor se encendió con un parpadeo. El ojo adiestrado de Philips trazó un sendero errático sobre la zona adecuada.

—Creo que tienes razón —dijo.

Y utilizó la hoja perforada para examinar con más cuidado la imagen. No cabían dudas: el mismo esquema de densidad anormal que había visto en la de Lisa Marino se repetía en aquélla. La diferencia era que, en la nueva placa, las variaciones no eran tan pronunciadas ni tan extensas.

Tratando de dominar su entusiasmo encendió la computadora de Michaels y suministró el nombre. En seguida se volvió hacia Denise para preguntarle cuáles era los síntomas de la paciente. Ella le informó que se trataba de dificultades en la lectura, combinadas con períodos de inconsciencia. Philips suministró la información y se acercó al visor de láser. Al encenderse la lucecita roja, introdujo el borde de la radiografía. La máquina de escribir se puso en acción con un «GRACIAS, DUERMA UNA SIESTA».

Mientras esperaban, Denise le contó cuanto sabía de Lynn Anne Lucas; sin embargo, el dato más interesante que pudo darle fue que la paciente estaba viva y presente en la sala de emergencias. En cuanto la máquina cesó en su veloz repiqueteo. Philips arrancó el informe y lo leyó mientras Denise hacía lo mismo por encima de su hombro.

—¡Sorprendente! —exclamó, al terminar—. La computadora está de acuerdo con tu impresión, por cierto. Y recuerda haber visto el mismo esquema de densidad en la radiografía de Lisa Marino, y por si eso fuera poco me pide que le diga de qué se trata. ¡Quiere aprender! Es tan humana que me asusta. En cuanto me descuide querrá casarse con la computadora de tomografías y tomarse todo el verano de vacaciones.

—¿Casarse? —exclamó Denise, riendo.

Martin descartó aquello con un gesto de la mano.

—Líos administrativos. ¡No empecemos con eso! Traigamos a esa tal Lynn Anne y hagamos la tomografía, y las radiografías que no pude tomarle a Lisa Marino.

—Es un poco tarde, date cuenta. El técnico cierra la unidad a las diez y se retira. Tendremos que hacerle venir. ¿Estás seguro de que quieres hacer todo eso esta misma noche?

Philips miró su reloj de pulsera; eran las diez y media.

—Tienes razón. Pero no quiero perder a esta paciente. Me encargaré de que la internen siquiera por esta noche.

Denise acompañó a Martin hasta la sala de Urgencias y lo condujo directamente a una de las salas grandes. Le señaló el rincón de la derecha y retiró una cortina que separaba un pequeño cubículo de revisión. Lynn Anne Lucas levantó los ojos irritados. Estaba junto a la camilla, apoyada en ella, con el rostro entre los brazos.

Antes de que Denise pudiera presentar a Philips, su señal de llamada empezó a sonar; entonces dejó que él lo hiciera por su cuenta.

Martin no tardó en notar que la chica estaba exhausta; le sonrió cálidamente y le preguntó si le molestaría pasar la noche en el hospital, para que pudieran hacerle algunas radiografías especiales por la mañana. Lynn Anne respondió que no le molestaba, siempre que le sacaran de la sala de Urgencias y la llevaran a algún lugar donde pudiera dormir. Philips le apretó suavemente el brazo y le aseguró que se encargaría de todo.

En Administración tuvo que actuar como si estuviera en una liquidación: chilló y hasta golpeó el mostrador con la mano abierta para llamar la atención de los atareadísimos empleados. Preguntó quién estaba a cargo de Lynn Anne Lucas, y el recepcionista, después de consultar los registros, le informó que era el doctor Wayne Thomas; en ese momento se encontraba en la habitación N.° 7, atendiendo a un cardíaco.

Al entrar, Philips se encontró en medio de un ataque cardíaco. El paciente era un hombre obeso, que parecía un enorme pastel tendido sobre la camilla. Un negro de barba (el doctor Thomas, según descubriría después) estaba de pie sobre una silla, aplicándole masajes al corazón. Con cada movimiento de compresión, las manos del médico desaparecían entre pliegues de carne. Al otro lado del paciente, un interno sostenía unas almohadillas de defibrilación, mientras vigilaba los trazos del monitor cardíaco. A la cabecera del paciente, una anestesista lo ventilaba con una bolsa coordinando sus esfuerzos con los del doctor Thomas.

—Un momento —dijo el interno del defibrilador.

Todo el mundo retrocedió, mientras él ubicaba las almohadillas sobre la grasa conductora del indefinido tórax del paciente. Cuando apretó el botón del polo pectoral anterior, una descarga eléctrica corrió por el pecho del paciente, provocando varias sacudidas. Las extremidades del hombre se sacudieron inútilmente, como las de un pollo gordo que quisiera volar.

La anestesista recomenzó inmediatamente la ayuda respiratoria. El monitor se reajustó por sí solo, mostrando un trazo lento, pero regular.

—Hay buen pulso en la carótida —observó ella, apretando con la mano el cuello del paciente.

—Bueno —dijo el interno, que no quitaba la vista del monitor.

En cuanto se presentó el primer pico ventricular ectópico, ordenó:

—Setenta y cinco milímetros de lidocaína.

Philips se acercó al doctor Thomas y atrajo su atención con una palmadita en la pierna. El interno bajó de la silla y se apartó del enfermo, aunque sin perderlo de vista.

—Vengo por Lynn Anne Lucas, su paciente —dijo Philips—. Tiene algo interesante en la zona occipital, que se extiende hacia adelante.

—Me alegro de que hayan encontrado algo. La intuición me decía que a esa chica le pasaba algo, pero no sabía qué.

—Todavía no lo puedo ayudar a hacer el diagnóstico. Pero me gustaría tomarle otras radiografías por la mañana. Qué le parece si la internamos por esta noche.

—Muy bien —concordó Thomas—. Me encantaría, pero los muchachos me van a dar un rapapolvo si no presento cuanto menos un diagnóstico provisional.

—¿Qué le parece esclerosis múltiple?

Thomas se acarició la barba.

—Esclerosis múltiple. Es un poco arriesgado.

—¿Hay algún motivo por el que no puede ser esclerosis múltiple?

—No, pero tampoco hay muchos motivos para afirmar que sea eso.

—En una etapa muy inicial, ¿eh?

—Podría ser, pero la esclerosis múltiple suele ser diagnosticada más adelante, cuando aparece el síndrome característico.

—Precisamente de eso se trata. Estamos sugiriendo el diagnóstico anticipándonos, en vez de hacerlo tardíamente.

—De acuerdo —dijo Thomas—. Pero en la nota de admisión diré específicamente que el diagnóstico fue sugerido por Radiología.

—Como guste. Pero no deje de anotar que mañana se deben efectuar pruebas de tomografía axial y politomografía. Yo me encargo de darle turno en Radiología.

Y Philips volvió a Recepción, donde soportó el amontonamiento y las aperturas el tiempo suficiente para obtener la historia clínica de Lynn Anne y el informe de Urgencias. Se llevó las dos cosas al saloncito desierto, donde tomó asiento.

Primero leyó las anotaciones del doctor Huggens y de Thomas. No había nada fuera de lo común. Después revisó la historia clínica. Por el código

cromático de los bordes, notó que había un informe de Radiología y lo buscó. Describía una radiografía de cráneo a la edad de once años, tras un accidente de patinaje; la interpretación había sido hecha por un interno al que Philips conocía, condiscípulo suyo, aunque algunos años atrasado, que ahora estaba en Houston. La placa era normal.

Retrocediendo un poco en la historia clínica, leyó las anotaciones de los dos últimos años, relacionadas con infecciones respiratorias que habían sido atendidas en el dispensario de la universidad. También echó un vistazo a una serie de visitas a Ginecología, donde habían anotado que los Papanicolau daban resultados levemente atípicos. Philips admitió para sí que la información no le resultaba demasiado útil, debido a la vergonzosa cantidad de datos de clínica general que había olvidado desde sus tiempos de interno. Entre 1969 y 1970 no había anotaciones en la carpeta.

Martin la devolvió a Urgencias antes de iniciar el regreso a su oficina. Subió los peldaños de dos en dos, incitado por una maravillosa sensación de entusiasmo investigador. Tras la desilusión del caso Marino, el descubrimiento relativo a Lynn Anne Lucas era mucho más emocionante. Ya en su despacho, sacó los polvorientos textos de medicina general y buscó Esclerosis Múltiple.

Tal como recordaba, el diagnóstico de la enfermedad era circunstancial. No había pruebas de laboratorio concluyentes, salvo en la autopsia. Entonces Philips volvió a comprender el valor y las apreturas del diagnóstico radiológico. Siguió leyendo; los síntomas clásicos de la enfermedad incluían anormalidades de la vista, así como un mayor funcionamiento de la vejiga. Después de leer las dos frases siguientes, Philips se detuvo para leerlas otra vez en voz alta.

> *El diagnóstico puede ser incierto durante los primeros años de la enfermedad. Demoran el diagnóstico definitivo los largos períodos de latencia entre los síntomas iniciales, y el subsiguiente desarrollo de otros más característicos.*

Philips tomó el teléfono y marcó el número particular de Michaels. Un diagnóstico radiológico de la enfermedad evitaría que fuera detectada tardíamente. Sólo cuando el teléfono empezó a sonar reparó en la hora: le sorprendió ver que ya eran las once pasadas. En ese momento Eleanor, la esposa de Michaels, a quien Philips no conocía, atendió la llamada. Él lanzó inmediatamente una larga disculpa por haber llamado tan tarde, aunque la mujer no parecía haberse levantado de la cama para atender al teléfono. Eleanor le aseguró que nunca se acostaban antes de medianoche y le comunicó con su esposo.

Michaels se burló de lo que tomaba por «entusiasmo adolescente», al saber que Martin seguía en su despacho.

—He estado ocupado —explicó él—. Tomé una taza de café, comí e hice una siesta.

—No dejes que cualquiera que entre vea esos informes —advirtió Michaels, riendo otra vez—. Programé también algunas sugerencias obscenas.

Philips, entusiasmado, le contó entonces que el verdadero motivo de su llamada era el haber encontrado a otra paciente, en Urgencias, llamada Lynn Anne Lucas, quien presentaba las mismas anormalidades de densidad que Lisa

Marino. Le dijo que, si bien no había podido seguir el caso anterior, tendría radiografías definitivas por la mañana, y agregó que la computadora le había preguntado, nada menos, por el significado de esos cambios en la densidad.

—¡Esa cosa endiablada quiere aprender!

—Recuerda que el programa enfrenta la radiología tal como la enfrentas tú —le advirtió Michaels—. Es tu técnica la que utiliza.

—Sí, pero ya me ha superado. Captó las diferencias de densidad cuando yo no las veía. Si utiliza mi técnica, ¿cómo explicas eso?

—Fácil. Recuerda: la computadora digita la imagen en una red de doscientos cincuenta y seis por doscientos cincuenta y seis puntos, con valores de gris entre cero y doscientos. Cuando te sometimos a examen, tú sólo podías diferenciar valores entre cero y cincuenta. Evidentemente, la máquina es más sensible.

—Lamento haber formulado la pregunta —confesó Philips.

—¿Sometiste al programa algunas radiografías viejas?

—No —admitió él—. Estoy a punto de hacerlo.

—Bueno, no hace falta que lo hagas todo en una sola noche. Ni Einstein lo hacía. ¿Por qué no esperas a mañana?

—Cállate —replicó el radiólogo, de buen humor, y cortó.

Armado con el número de registro de Lynn Anne Lucas, Philips encontró su archivo de radiografías con bastante facilidad. Contenía sólo dos placas de tórax recientes y la serie craneal tomada tras el accidente de patinaje, cuando tenía once años. Puso una de las placas viejas en el visor, junto a la que había tomado esa tarde. Al compararlas comprobó que la densidad anormal se había desarrollado a partir de los once años. Para cerciorarse, suministró una de las viejas a la computadora. Concordaba.

Philips volvió a guardar las placas antiguas en el sobre y dejó las nuevas sobre ellas. Después dejó la pila en su escritorio, donde Helen no las iba a tocar. Mientras Lynn Anne no fuera sometida a nuevos estudios, no había nada más que pudiera hacer en su caso.

Se preguntó qué debía hacer. A pesar de lo tardío de la hora, se encontraba demasiado excitado para dormir. Además, quería esperar a Denise, confiando que pasaría por su oficina en cuanto hubiera terminado con lo que estaba haciendo. Pensó en hacerla llamar por los altavoces, pero después prefirió no hacerlo.

Decidió pasar el rato buscando algunas radiografías viejas en el archivo. Y quizá pudiera comenzar también el proceso de verificar el programa de la computadora. Por si Denise regresaba antes que él, le dejó una nota en la puerta: «Estoy en Radiología Central».

En una de las terminales de la computadora central del hospital, marcó penosamente lo que deseaba: una lista de nombres y números de inscripción de los pacientes que hubieran sido objeto de radiografías craneales en los últimos diez años. Cuando terminó, oprimió el botón de «ingreso» e hizo girar la silla para observar la impresora. Hubo una breve demora. Después la máquina comenzó a escupir papel a una velocidad alarmante. Una vez terminada la lista, Philips se encontró con que abarcaba miles de nombres; el solo mirarla lo dejaba

extenuado.

Sin dejarse acobardar, buscó a Randy Jacobs, uno de los empleados nocturnos del departamento, contratado para archivar las radiografías y sacar las que se requirieran al día siguiente. Era un estudiante de farmacología, flautista bien dotado y homosexual declarado. A Martin le resultaba inteligente, alegre y muy trabajador.

Para comenzar, le pidió que sacara las radiografías de la primera página de la lista; equivalía a unos sesenta pacientes. Randy, con su eficiencia habitual, puso veinte placas laterales en el alternador de Philips en otros tantos minutos. Pero el radiólogo no pasó las imágenes por la computadora, como Michaels le había pedido, sino que empezó a examinarlas atentamente, sin resistir la tentación de buscar las densidades anormales descubiertas en las placas de Marino y Lucas. Utilizando el papel agujereado, empezó a revisarlas una por una, haciendo avanzar las pantallas visoras mediante presiones del pie contra el pedal eléctrico. Así había procesado más o menos la mitad cuando llegó Denise.

—Tanto hablar de que quieres abandonar la radiología clínica y estás estudiando placas casi a medianoche.

—Es un poco tonto —reconoció Martin, recostado en la silla, mientras se frotaba los ojos con los nudillos—, pero hice sacar estas radiografías viejas y se me ocurrió revisarlas por si encontraba otro caso con densidades anormales.

Denise fue a detenerse tras él y le frotó el cuello. Se le veía cansado.

—¿Descubriste alguna?

—No. Pero sólo estudié diez o doce.

—¿Estrechaste el campo?

—¿Qué quieres decir?

—Bueno, ya has visto dos casos. Los dos son recientes, del sexo femenino y de unos veinte años de edad.

Philips gruñó, mirando la pila de radiografías que tenía frente a sí. Era su modo de reconocer que Denise tenía razón sin decirlo abiertamente. Se preguntó por qué no se le había ocurrido a él mismo.

La muchacha lo siguió a la terminal principal de la computadora, con un torrente de comentarios sobre lo ajetreada que había sido la noche. Philips la escuchaba a medias mientras ingresaba su pregunta. Pidió los nombres y números de inscripción de pacientes femeninas, entre quince y veinticinco años, que hubieran sido objeto de radiografías craneales en los últimos dos años. Cuando la impresora cobró vida, fue sólo para escribir una línea: informaba a Philips que los bancos de datos no estaban preparados para clasificar las radiografías craneales por sexo. Philips ajustó su pregunta en el tablero y la máquina se reactivó a gran velocidad, aunque sólo por unos momentos. La lista comprendía solamente ciento tres pacientes. Una rápida inspección sugería que menos de la mitad eran mujeres.

A Randy le gustó la lista nueva. Dijo que la longitud de la otra era desmoralizante. Mientras esperaban, sacó siete sobres, diciendo que podían empezar con ésos mientras él reunía los otros.

De regreso en su oficina, Martin admitió que estaba deshecho; la fatiga empezaba a desgastar su entusiasmo. Dejó caer las radiografías frente al

alternador y abrazó a Denise, apretándola contra sí para apoyarle la cabeza en un hombro. Ella lo estrechó a su vez; por un momento estuvieron abrazados sin hablar. Por fin Denise levantó la vista y le apartó el pelo rubio de la frente. Él seguía con los ojos cerrados.

—Por qué no damos el día por terminado —sugirió ella.

—Buena idea —reconoció Philips, abriendo los ojos—. Podrías venir a mi apartamento. Sigo un poco excitado y necesito conversar.

—¿Conversar?

—O lo que sea.

—Por desgracia, es seguro que me llamarán del hospital.

Philips vivía en un edificio de pisos llamado Las Torres, construido por el Centro Médico de la Universidad de Hobson en un terreno contiguo al hospital. Aunque diseñado con muy poca originalidad, era nuevo, cómodo y muy práctico. Además, estaba cerca del río, y el apartamento de Martin daba a él. Denise, por el contrario, vivía en un edificio viejo de una calle muy ruidosa. Su apartamento estaba en el tercer piso y las ventanas daban a un pozo de aire muy oscuro.

Martin señaló que su piso estaba tan cerca del hospital como el salón de enfermeras, y tres veces más próximo que el de ella.

—Si te llaman, mala suerte —dijo.

Ella vaciló. Verse estando ella de guardia era una experiencia nueva, y temía que la intensificación de sus relaciones exigiera una decisión.

—Puede ser — dijo—. Déjame ir a Urgencias por si hay algún problema en perspectiva.

Mientras la esperaba, él empezó a poner en el visor algunas de las radiografías recién obtenidas. Colgó tres ante sus ojos antes de que la primera le atrajera la atención, haciéndolo saltar de la silla para arrimar la nariz a la placa. ¡Otro caso! Allí estaban las mismas motas, que se iniciaban detrás del cerebro y corrían hacia adelante. Philips buscó el sobre. La paciente s« llamaba Katherine Collins; tenía veintiún años; el informe de radiología pegado al sobre daba, como información clínica, la presencia de «ataque».

Llevó la placa a la pequeña computadora y la colocó ante el visor. Después tomó los otros cuatro sobres y sacó una radiografía craneal de cada uno para ponerlos en la pantalla. Pero antes de soltar siquiera la primera, supo que había detectado otro caso. Sus ojos ya estaban muy sensibles a aquellas sutiles variaciones. Ellen McCarthy, de veintidós años; información clínica: dolores de cabeza, perturbaciones visuales y debilidad de las extremidades derechas. Las otras placas eran normales.

Utilizando un par de placas laterales que habían sido tomadas en ángulos ligeramente divergentes, Philips encendió la luz del visor estéreo. Al mirar por la parte superior le fue difícil detectar mancha alguna; lo que veía parecía superficial, como si estuviera en la corteza cerebral y no en un sitio más profundo, en las fibras nerviosas de la materia blanca. Ese dato era algo inquietante, pues las lesiones de la esclerosis múltiple solían presentarse en la materia blanca del cerebro. Por fin arrancó la hoja de la computadora para leer el informe.

En el extremo superior de la página se leía: «GRACIAS», anotación hecha en el momento en que Philips había insertado la película: seguía un nombre de mujer y un número de teléfono ficticio. Otra muestra del humor de Michaels.

El informe, en sí, era lo que Philips esperaba. Había una descripción de las densidades y, como en el caso de Lynn Anne Lucas, la computadora volvía a pedir información sobre la importancia de las anormalidades no programadas.

Casi en el mismo instante regresó Denise. También llegó Randy, con otros quince sobres. Philips dio a su novia un beso resonante, diciéndole que, gracias a su consejo, había descubierto otros dos casos, ambos correspondientes a mujeres jóvenes. Estaba por comenzar con las placas recién traídas por Randy cuando Denise le puso una mano en el hombro.

—En Urgencias no pasa nada en estos momentos. Dentro de una hora, ¿quién sabe?

Philips suspiró. Se sentía como un niño cuando se le pide que deje el juguete nuevo para ir a dormir. Dejó los sobres, de mala gana, y pidió a Randy que buscara los correspondientes a la segunda lista y se los dejara sobre el escritorio. Después, si le quedaba tiempo, podía empezar a sacar los de la lista principal y ponerlos contra la pared del fondo, tras la mesa de trabajo. Como si acabara de tener otra idea, le pidió que llamara a Archivos para pedir las historias clínicas de Katherine Collins y Ellen McCarthy.

—Me parece que me olvido de algo —dijo al fin, mirando a su alrededor.

—Sí, de ti —afirmó Denise, exasperada—. Hace dieciocho horas que estás aquí. Por el amor de Dios, vámonos.

Como Las Torres era parte del Centro Médico, estaba comunicado con el hospital por un pasaje subterráneo bien iluminado y pintado de alegres colores. La electricidad y la calefacción viajaban por la misma ruta, ocultos en el cielorraso del túnel, tras los paneles acústicos. Martin y Denise, tomados de la mano, pasaron primero bajo la vieja Facultad de Medicina y despues, bajo el nuevo edificio que la albergaba. Más allá estaban las bifurcaciones que llevaban al Hospital Pediátrico Brenner y al Instituto Psiquiátrico Goldman. Las Torres estaba al final del túnel y representaba el límite de la creciente expansión del centro médico hacia el barrio circundante. Un tramo de escaleras llevaba directamente al vestíbulo inferior del edificio. El guardia apostado tras el cristal a prueba de balas reconoció a Philips y le abrió con el portero electrónico.

Las Torres era una residencia lujosa, habitada sobre todo por médicos y profesionales del Centro. También vivían allí algunos otros profesores de la universidad, pero por lo común los alquileres les parecían caros. De los médicos, la mayor parte estaban divorciados, aunque existía un nuevo contingente de jóvenes casados con mujeres agresivas y de carrera. No había prácticamente niños, salvo en los fines de semana, cuando los pequeños le tocaban a papá. Martin había notado también que eran pocos los psiquiatras y que abundaban los maricas.

Él era uno de los divorciados. Había ocurrido cuatro años antes, tras seis de estancamiento matrimonial. Martin, como la mayor parte de sus colegas, se

había casado durante su época de interno, un poco como reacción contra las exigencias de la vida académica. Había amado a Shirley; al menos, creyó amarla; ella lo tomó por sorpresa al rebelarse y abandonarlo. Por suerte no habían tenido hijos. Reaccionó ante el divorcio con depresiones, que trató de combatir trabajando más que antes, si eso era posible. Gradualmente, con el correr del tiempo, había logrado analizar el episodio con la suficiente objetividad para comprender lo que había ocurrido. Estaba casado con la medicina, y su esposa era, en realidad, una amante. Shirley había elegido para abandonarlo el año en que lo nombraron subdirector de Neurorradiología, pues al fin había comprendido cuál era su escala de valores. Antes del ascenso, la excusa que daba a su mujer por trabajar setenta horas a la semana era el deseo de llegar a subdirector. Una vez logrado el puesto, comenzó a aducir que era el jefe y debía dar ejemplo. Shirley llegó a comprender, aunque él no lo hiciera. Como se negaba a estar casada y sola, se fue.

—¿Llegaste a alguna conclusión sobre la desaparición del cerebro de Lisa Marino? -preguntó Denise, devolviéndolo al presente.

—No. Pero Mannerheim ha de tener alguna responsabilidad en el asunto.

Estaban esperando el ascensor bajo una araña enorme y vistosa. La alfombra era de color naranja oscuro, con círculos dorados entrelazados.

—¿Piensas hacer algo al respecto?

—No sé qué. Y me gustaría saber por qué lo retiraron.

Lo mejor del apartamento de Philips era la vista al río y la graciosa curva del puente. Por lo demás, se trataba de una vivienda muy poco original. El se había mudado repentinamente después de alquilarlo por teléfono y de contratar a un decorador para que lo amueblara. El resultado era un sofá, un par de mesitas rinconeras, una de café, dos sillas para el living, un comedor y una cama con mesita de noche haciendo juego. No era gran cosa, pero bastaba, pues sólo se trataba de una residencia provisional. El hecho de que llevara cuatro años viviendo allí no cambiaba su modo de verla.

Martin no era aficionado al alcohol, pero esa noche quería relajarse, de modo que se sirvió un poco de whisky con hielo. Por cortesía ofreció la botella a Denise, pero ella sacudió la cabeza, como él esperaba. Sólo tomaba vino y, de vez en cuando, ginebra con agua tónica; jamás cuando estaba de guardia. En cambio fue a buscar un vaso grande de jugo de naranja a la nevera.

Una vez en el living, dejó que Martin siguiera parloteando con la esperanza de que se agotara pronto. No tenía interés en conversar de investigaciones ni de cerebros desaparecidos. No había olvidado su confesión de que la quería, y la posibilidad de que hablara en serio la excitaba, permitiéndole reconocer sus propios sentimientos.

—La vida puede ser asombrosa —decía Martin—. En un solo día toma giros sorprendentes.

—¿A qué te refieres? —preguntó Denise confiando que él hablara de la relación entre los dos.

—Ayer no tenía idea de que estábamos tan próximos a conseguir el programa de interpretación radiológica. Si las cosas siguen...

Ella, exasperada, se levantó y lo obligó a ponerse de pie. Mientras le tironeaba de los faldones de la camisa, le aconsejó relajarse y olvidarse del hospital. Levantó la vista hacia la cara divertida de Martin con una sonrisa tentadora, para que, pasara lo que pasase, no resultara embarazoso.

Philips admitió que estaba excitado y dijo que se sentiría mejor después de una ducha rápida. No era exactamente lo que Denise tenía pensado, pero él le pidió que entrara al baño y le hiciera compañía. Ella lo contempló mientras se duchaba; el vidrio de las mamparas, escarchado de un lado y cincelado del otro, fracturaba y suavizaba el cuerpo desnudo de Philips, de un modo extrañamente erótico, mientras él se contorsionaba e iba girando bajo el chorro de agua.

Sorbiendo su jugo de naranja, Denise oía la voz de Martin, que trataba de seguir con la conversación por encima del estruendo del agua. No entendía una palabra; mejor así: en ese momento prefería mirar. El efecto se henchía dentro de ella, llenándola de calidez.

Al terminar, Martin cerró el grifo y tomó la toalla, saliendo de la ducha. Entonces Denise descubrió, disgustada que seguía hablando de médicos y computadoras. Llena de fastidio, le arrebató la toalla para secarle la espalda, pero cuando hubo terminado lo hizo girar en redondo.

—Hazme un favor —dijo, como si estuviera furiosa—. Cállate, ¿quieres?

Luego lo tomó de la mano para arrastrarlo fuera del baño. Philips, confundido por aquel arrebato, se dejó llevar al dormitorio oscuro. Allí, ante el panorama del río silencioso y el dramático puente, Denise le echó los brazos al cuello para besarlo apasionadamente.

Martin respondió al instante, pero antes de que empezara siquiera a desnudar a la muchacha, la señal de llamada de la doctora Sanger pobló el cuarto con un ruido insistente. Por un momento se quedaron abrazados, postergando lo inevitable, disfrutando de la proximidad. Aunque no lo dijeran, los dos sabían que aquella relación acababa de entrar en una nueva etapa.

A las dos y cuarenta de la madrugada, una ambulancia municipal entró en la zona de Recepción del Centro Médico de la Universidad de Hobson. Había ya otras dos ambulancias allí estacionadas, y la recién llegada retrocedió entre ellas hasta que su parachoques chocó con una defensa de goma. Después de apagar el motor, el chófer y su pasajero bajaron de la cabina para dirigirse a paso vivo hasta la plataforma, con la cabeza inclinada bajo la persistente lluvia de abril. El más delgado de los dos abrió la puerta trasera de la ambulancia, mientras el otro, un hombre más musculoso, sacaba una camilla vacía. A diferencia de las otras, ésa no llevaba un caso urgente: había ido a recoger a un paciente, cosa bastante habitual.

Los hombres desplegaron la camilla portátil, haciendo que las patas bajaran como las de una tabla de planchar, y la empujaron hasta pasar las puertas correderas automáticas de la sala de Urgencias. Sin mirar a derecha ni a izquierda, tomaron por el corredor principal para subir a un ascensor que los dejó en Neurología Oeste, situado en el 14° piso. Había dos enfermeras diplomadas y cinco auxiliares de guardia en la sala, pero una de las enfermeras

y tres de las ayudantes estaban descansando, de modo que la señorita Claudine Arnette, enfermera profesional, había quedado a cargo de todo. A ella fue a quien el hombre más delgada presentó los documentos de transferencia. La paciente debía ser trasladada a una habitación privada del Centro Médico de Nueva York, donde su médico particular tenía influencia.

La señorita Arnette verificó los documentos, maldiciendo por lo bajo, pues acababa de terminar con los papeles de ingreso, y firmó el formulario. Luego pidió a María González que acompañara a los hombres hasta el cuarto 1420 y volvió al control de narcóticos antes de tomar su turno de descanso. A pesar de lo escaso de la luz, había notado que el conductor tenía unos ojos asombrosamente verdes.

María González abrió la puerta del cuarto 1420 *y* trató de despertar a Lynn Anne, pero fue difícil. Explicó a los de la ambulancia que habían recibido una indicación telefónica ordenando administrarle una doble dosis de somníferos, además de Fenobarbital, debido a la posibilidad de que sufriera un ataque. Los hombres afirmaron que no importaba. Pusieron la camilla en la posición debida y, después de arreglar los cobertores, levantaron a la paciente con toda facilidad instalándola en la camilla con mantas y todo. Lynn Anne Lucas ni siquiera despertó.

Los hombres dieron las gracias a María, que ya estaba, retirando las sábanas de la cama, y sacaron la camilla al pasillo. La señorita Arnette levantó la vista cuando pasaron junto a la sala de enfermeras para volver al ascensor. Una hora después, la ambulancia salió del Centro Médico de Hobson. No había necesidad de hacer funcionar la sirena ni la luz rotatoria: el vehículo iba vacío.

8

Momentos antes de que sonara el despertador, Martin oprimió el botón que lo desconectaba y permaneció de espaldas, con la vista fija en el cielorraso. Estaba tan habituado a despertarse a las cinco y veinticinco que rara vez

necesitaba del reloj, por tarde que se hubiera acostado. Reuniendo todas sus fuerzas, se levantó con prontitud y se puso la ropa de gimnasia.

La lluvia nocturna había saturado el aire de humedad, y una niebla elástica pendía por encima del río, dando a los soportes del puente aspecto de pilares que sostuvieran nubes vaporosas. La humedad apagaba los ruidos, de modo que el tránsito matinal no interrumpió sus pensamientos, centrados principalmente, en Denise.

Hacía años que no sentía el entusiasmo de un amor romántico. Había tardado un par de semanas en reconocer el motivo de sus insomnios y de sus extraños cambios de humor; al fin, cuando se descubrió recordando la ropa que Denise usaba cada día, comprendió finalmente la verdad, con una mezcla de cinismo y deleite. El cinismo provenía de haber observado a varios de sus colegas, también cuarentones, convertidos en estúpidos por obra de un nuevo amor juvenil; el deleite procedía de la relación en sí. Denise Sanger no era sólo un cuerpo joven que sirviera para negar la inexorabilidad del tiempo. Era una fascinadora combinación de traviesa inventiva y penetrante inteligencia. El hecho de que fuera tan bonita era como el baño de azúcar de una torta. Philips se vio forzado a admitir que no sólo estaba loco por Denise; además empezaba a depender de ella como medio de escapar a la rutina obsesiva en que se había convertido su existencia.

Cuando llegó a la marca de las dos millas y media, dio la vuelta y regresó. Los corredores eran ya más numerosos, y algunos le resultaban conocidos; de cualquier modo, prefería ignorarlos, tal como ellos a él. Su respiración se había vuelto más agitada, pero mantuvo un paso fuerte y elástico.

Philips sabía que, por mucho que le gustara la medicina, la utilizaba como excusa para no desarrollar otros sectores de su vida. El impacto causado por el abandono de su esposa había sido causa principal de esa toma de conciencia. Qué hacer al respecto era otra cosa. Para Martin, la investigación se había convertido en una tabla de salvación. Mientras continuaba con sus fastidiosos compromisos cotidianos, había ampliado las investigaciones con la esperanza de ganar finalmente la libertad. No quería renunciar a la medicina clínica, sino tan sólo aflojar el nudo corredizo que representaba en su existencia. Y su relación con Denise lo hacía sentirse aún más comprometido con sus objetivos. Juró que no volvería a cometer la misma equivocación. Si las cosas salían bien entre los dos, Denise sería su esposa en todo el sentido de la palabra. Pero para eso debía triunfar en su investigación. A las siete y cuarto ya estaba bañado, afeitado y ante la puerta de su oficina. En cuanto entró se detuvo, pasmado. Durante la noche, el cuarto parecía haberse transformado en un basurero de antiguas radiografías. Randy Jacobs, con su eficiencia habitual, había sacado la mayor parte de las placas que Martin necesitaba. Los sobres de la lista principal estaban precariamente apilados tras la mesa de trabajo; las radiografías laterales, sacadas de sus sobres, ya estaban en las pantallas visoras.

Con una nueva oleada de entusiasmo, Philips se sentó frente al alternador y empezó a revisarlas inmediatamente, en busca de anormalidades parecidas a las descubiertas en Marino, Lucas, Collins y McCarthy. Ya iba por la mitad cuando entró Denise.

Venía exhausta. Su pelo, habitualmente sedoso y brillante, aparecía grasiento, la cara pálida mostraba grandes círculos oscuros bajos los ojos. Le dio un rápido abrazo y se sentó.

Philips, al ver su expresión extenuada, le sugirió que hiciera una siesta de un par de horas. Se verían en la sala de Angiografía cuando ella estuviera en condiciones de volver. Y eso significaba, por supuesto, que él se encargaría de atender el caso.

—No —dijo Denise—. Nada de contemplaciones especiales para la amante del jefe. Me toca el turno en la sala de Angiografía cerebral y allí estaré, aunque no haya dormido.

Martin comprendió que había cometido un error. Denise nunca dejaría de adoptar una actitud profesional con respecto a su trabajo. Sonriendo le dio una palmada en la mano, expresándole su satisfacción al ver que los dos pensaban igual. Ella, algo ablandada, dijo:

—Corro a darme una ducha. Vuelvo dentro de media hora.

Philips la contempló mientras salía. Después giró hacia la pantalla. Al hacerlo, sus ojos cruzaron la mesa y detectaron algo nuevo en el caos que allí reinaba. Había dos historias clínicas y una nota de Randy. La nota decía tan sólo que el resto de las radiografías llegaría a la noche siguiente. Las historias clínicas correspondían a Katherine Collins y Ellen McCarthy.

Philips se las llevó al asiento frente a la pantalla.

Empezó por la de Collins. Le llevó sólo algunos minutos recoger la información esencial, a saber: que Katherine Collins era una mujer blanca de veintiún años, con imprecisos síntomas neurológicos sin diagnóstico confirmado. Como diagnóstico probable se sugería una esclerosis múltiple.

Philips leyó meticulosamente toda la carpeta. Al llegar al final notó que las visitas de Katherine Collins y las pruebas de laboratorio cesaban abruptamente un mes antes. Hasta esa fecha las anotaciones eran cada vez más frecuentes, y alguna de las últimas indicaban que debía regresar para nuevos controles. Al parecer, no había vuelto a presentarse.

La otra carpeta, la de Ellen McCarthy, era bastante menos abultada. Tenía veintidós años, y su historia neurológica incluía dos ataques. Las anotaciones se interrumpían en medio de los estudios, dos meses antes. Hasta había una nota indicando que la paciente debía presentarse para otro electroencefalograma con secuencia de sueño a la semana siguiente. No habían llegado a hacérselo. Su estudio no estaba completo y no había diagnóstico establecido.

Helen llegó con su acostumbrado puñado de problemas, pero antes de decir nada ofreció a Martin una taza de café recién hecho y una rosquilla. Después se dedicó a la tarea de informarle: Ferguson había vuelto a llamar, diciendo que los materiales debían salir del cuarto en cuestión antes del mediodía si no querían que se los tiraran a la calle. Helen hizo una pausa, esperando la respuesta.

Martin no tenía la menor idea de qué hacer con todo el equipo. El departamento ya estaba atestado, pues disponían de la mitad del espacio necesario. Pero para deshacerse del problema por el momento, indicó a su

secretaria que lo llevara todo a su oficina y lo apilara contra la pared, diciendo que hacia el fin de semana tendría algo pensado.

Satisfecha, la mujer pasó al problema de los técnicos que querían casarse. Philips le indicó que lo dejara en manos de Robbins. Entonces Helen, con toda paciencia, explicó que Robbins era quien se lo había comunicado a fin de que Philips lo resolviera.

—Maldición —protestó Martin.

En realidad no había solución posible. Era demasiado tarde para adiestrar a técnicos nuevos antes de que ellos se fueran. Si los despedían, no les costaría nada hallar nuevos puestos de trabajo, Philips, en cambio, tendría problemas para reemplazarlos.

—Averigüe cuánto tiempo piensan estar de viaje, exactamente —dijo, tratando de sofocar su exasperación, pues por su parte llevaba dos años sin tomarse vacaciones.

Helen volvió a sus notas, para decirle que Cornelia Rogers, de Mecanografía, se había declarado otra vez indispuesta con lo cual iban nueve días en ese mes. En los cinco meses que llevaba trabajando para Neurorradiología había enfermado cuanto menos siete días de cada treinta. La secretaria preguntó a Philips qué debía hacer.

Él hubiera querido azotarla, descuartizarla y hacerla arrojar al East River.

—¿Qué haría usted en mi lugar? —preguntó, dominándose.

—Creo que deberíamos darle un aviso.

—Muy bien, encárguese de ello.

A Helen le quedaba un último comentario antes de salir, Philips debía dar una clase sobre tomografía axial comprobada a los alumnos de prácticas, a las 13.00. Estaba por retirarse cuando Philips la detuvo.

—Oiga, hágame un favor. Hay una paciente internada que se llama Lynn Anne Lucas. Encárguese de que tenga turno para una tomografía axial y una politomografía esta mañana. Y diga a los técnicos que me llamen antes de empezar con ella. Si hay problemas, bastará con que diga que es un encargo especial de mi parte.

Helen tomó el mensaje y se retiró, mientras Martin volvía a las historias. Era alentador que las dos jóvenes presentaran síntomas neurológicos, especialmente considerando que en el caso de Katherine Collins se mencionaba específicamente la posibilidad de una esclerosis múltiple. En el de Ellen McCarthy, Philips buscó la frecuencia con que se presentaban los ataques como parte del cuadro clínico de la esclerosis muscular. Menos del diez por ciento, pero los había. Y sin embargo, ¿por qué habían dejado de presentarse las dos muchachas para continuar con las pruebas? Martin no pudo evitar una cierta preocupación al pensar que sería difícil convencerlas de que se dejaran tomar radiografías si ya estaban siguiendo un tratamiento en otro centro, o hasta incluso en otra ciudad.

En ese preciso momento llamó Helen, para informarle que el interno lo esperaba en la sala de angiografía cerebral. Philips se puso el delantal de plomo con el desteñido monograma de Superman, recogió las historias de Collins y de McCarthy y salió del despacho. Se detuvo ante el escritorio de su secretaria para

pedirle que averiguara el destino de las dos pacientes y las convenciera de acudir a tomarse unas radiografías gratuitas. Era importante que no las asustara, aunque sin dejar de hacerles comprender que era importante.

Abajo se encontró con Denise, que lo estaba esperando. Estaba recién bañada, con el pelo húmedo y ropa limpia, milagrosamente transformada en treinta minutos. Ya no parecía cansada, y sus ojos de color castaño claro chisporroteaban por encima de la mascarilla.

A Philips le hubiera encantado tocarla, pero en cambio dejó que sus ojos se demoraran un segundo de más en los de ella.

Ella ya había efectuado angiogramas en número suficiente como para que él, Philips, permaneciera desempeñando un simple papel de ayudante. No hubo conversaciones mientras ella manejaba diestramente el catéter, inyectándolo en la arteria del paciente. Philips observaba con atención, listo para hacer sugerencias si le parecían necesarias. No hizo falta. El paciente era Harold Schiller, a quien se había efectuado una tomografía el día anterior. Tal como Philips había supuesto, Mannerheim pedía un angiograma cerebral, probablemente como preparación para operar, aunque evidentemente el caso no era operable.

Una hora después todo estaba casi listo.

—Te digo que ya me has superado —susurró Martin—, y eso que llevas unas pocas semanas en esto.

Denise se ruborizó, pero Martin notó que estaba complacida. La dejó terminar sola, indicándole que lo llamara cuando estuviera por iniciar el caso siguiente. Quería terminar de revisar las radiografías de cráneo en el alternador para poder suministrarlas a la computadora de Michaels. Había calculado que, si podía procesar un centenar por día, terminaría con todas ellas en un mes y medio. También pensó que podía proporcionar a Michaels las discrepancias, a fin de que, al concluir pudiera actualizar el programa. En ese caso tendrían algo que presentar al desprevenido mundo médico hacia el mes de julio.

Pero en tanto doblaba el recodo hacia su oficina, Helen lo atrapó con noticias desalentadoras. No había tenido suerte con ninguno de sus encargos. Lynn Anne Lucas no podía someterse a radiografías ni exámenes tomográficos porque durante la noche la habían trasladado al Centro Médico de Nueva York. En cuanto a Katherine Collins y Ellen McCarthy, había localizado su última dirección en la universidad, donde figuraban como estudiantes. Sin embargo, Katherine Collins parecía haber huido un mes antes y figuraba como persona buscada. Ellen McCarthy, por el contrario, había muerto en un accidente automovilístico fatal, hacía dos meses.

—¡Por Dios, dígame que es una broma! —exclamó Philips.

—Lo siento —replicó Helen—. Es todo lo que pude conseguir.

El radiólogo sacudió la cabeza, con incredulidad. Hasta entonces se había sentido seguro de poder examinar siquiera un caso de los tres. Entró en su oficina y se quedó mirando la pared del fondo, con la mente en blanco. Su apremiante personalidad no estaba habituada a vérselas con tales reveses.

De pronto se golpeó la palma de la mano con el puño y se levantó para pasearse de un lado a otro, tratando de pensar. Collins quedaba descartada. Si

la policía no podía encontrarla, menos podría él. ¿Y McCarthy? Si había fallecido, seguramente la habrían llevado a un hospital, pero ¿a cuál? Y Lucas... Al menos ella estaba en el Centro Médico de Nueva York, donde contaba con un buen amigo.

Indicó a Helen que tratara de averiguar el motivo de que Lynn Anne hubiese sido trasladada, y que lo comunicara por teléfono con el doctor Travis, del Centro Médico de Nueva York. También podía averiguar si la policía sabía a donde habían llevado a Ellen McCarthy después del accidente.

Aún distraído, se obligó a concentrarse en las radiografías craneales que tenía delante. Todas eran normales con respecto a su textura. Cuando salió para hablar nuevamente con Helen, ésta le tenía pocas buenas noticias. El doctor Travis estaba ocupado y tendría que llamarlo cuando terminara. Sobre Lucas no había podido averiguar gran cosa, pues la enfermera que estaba de turno en el momento de su salida se había retirado a las siete de la mañana y no había modo de hablar con ella. La única información positiva era que Ellen McCarthy había sido devuelta al Centro Médico de la Universidad de Hobson después del accidente.

Antes de que Philips pudiera pedirle que siguiera esta pista, apareció un operario de mantenimiento con un enorme carro de cajas, papeles y otros desechos. Sin decir palabra, lo empujó hasta la oficina de Philips y empezó a descargarlo.

—¿Qué diablos es eso? —preguntó Philips.

—Lo que había en el cuarto de materiales. Usted ordenó que lo trajeran aquí —explicó Helen.

—Mierda —fue el único comentario del radiólogo, en tanto el hombre apilaba las cosas contra la pared. Tenía el desagradable presentimiento de que las cosas se le escapaban de la mano.

Sentado en medio del caos, marcó el número de Ingresos. Mientras el teléfono sonaba sin cesar al otro lado de la línea, sentía que el humor se le deterioraba cada vez más.

—¿Tienes un momento libre? —preguntó William Michaels, subiendo la voz.

Estaba apoyado en el marco de la puerta, y su sonrisa alegre contrastaba con el ceño fruncido de Martin. Recorrió la habitación con la mirada, mudo de asombro.

—No preguntes nada —se adelantó Philips, para evitar todo comentario.

—Dios mío, cuando trabajas no armas poco jaleo.

Al fin alguien contestó a su llamada, pero era sólo una recepcionista provisional, que comunicó a Martin con otra persona. Esa persona sólo se encargaba de los ingresos y no de los traslados ni de las salidas, de modo que Philips tuvo que esperar otra vez. Sólo entonces supo que la persona con quien debía hablar se había retirado a tomar un café. Por fin cortó, frustrado por la burocracia, protestando:

—¿Por qué no me habré dedicado a fontanero?

Michaels, riendo, le preguntó cómo andaba el proyecto. Philips le indicó que había hecho sacar casi todas las radiografías, y le mostró el montón con la

mano. Creía poder procesarlas en el curso de un mes y medio.

—Perfecto —dijo el técnico—. Cuanto antes, mejor porque estamos trabajando en un centro de memoria y un sistema de asociación que está superando todas nuestras expectativas. Cuando hayas terminado, ya tendremos una procesadora central capaz de encargarse del programa actualizado. No tienes idea de la maravilla que va a ser.

—Por el contrario —afirmó Philips, levantándose—, tengo una idea bastante aproximada. Deja que te enseñe lo que detectó el programa.

Martin despejó una pantalla visora para poner las radiografías de Marino, Lucas, Collins y McCarthy. Utilizando el índice y el papel agujereado, trató de mostrarle las densidades anormales de cada una.

—A mí me parecen todas iguales —admitió Michaels.

—Esa es la cuestión. Así comprenderás las excelencias de este sistema.

Con sólo hablar con Michaels volvía a sentir el mismo entusiasmo que pocas horas antes.

Entonces se oyó el timbre del teléfono. Era el doctor Donald Travis, del Centro Médico de Nueva York. Martin le explicó el problema de Lynn Anne Lucas, pero sin mencionar la anormalidad radiológica, y preguntó a Travis si podía ordenar que tomasen una, tomografía y algunas radiografías especiales a la paciente. Travis se mostró de acuerdo y cortó. De inmediato volvió a sonar el teléfono. Helen quería informarle que Denise estaba lista para efectuar la siguiente angiografía.

—De cualquier modo tengo que irme —aclaró Michaels—. Buena suerte con las placas. Recuerda que ahora todo corre por tu cuenta. Necesitamos esa información cuanto antes. i

Philips sacó el delantal de plomo de su percha y lo siguió al exterior de la oficina.

9

Uno de los grandes tubos fluorescentes, situado directamente encima de la cabeza de Kristin Lindquist, funcionaba mal; parpadeaba con rápida frecuencia y emitía un zumbido constante. Ella trató de no prestarle atención,

pero resultaba difícil. No se sentía bien; había despertado esa mañana con un leve dolor de cabeza y la luz vacilante le intensificaba la molestia. Era un dolor sordo y pertinaz y Kristin notó que el esfuerzo físico no lo empeoraba, como solía suceder con sus molestias habituales.

Contempló al modelo desnudo que posaba en la plataforma, en el centro de la habitación, y volvió la vista a su trabajo. Era un dibujo insípido, carente de perspectiva y sin vida. Por lo común le gustaban las clases de dibujo con modelo vivo, pero esa mañana no la disfrutaba, y eso se reflejaba en su obra.

Si al menos la luz dejara de parpadear... La estaba volviendo loca. Se puso la mano izquierda sobre los ojos, a manera de visera, y eso la alivió. Con un trozo de carboncillo nuevo, empezó a dibujar una base sobre la que apoyar la figura. Comenzó con una línea perpendicular, llevando el carboncillo directamente hacia abajo sobre el papel. Al levantar la barrita notó, sorprendida, que no había dejado raya alguna. Sin embargo, en la punta se veía una zona plana allí donde había frotado contra el papel. Pensando que podía ser material defectuoso, Kristin giró levemente la cabeza para probar la barrita en la esquina de la hoja. Al hacerlo vio surgir la línea perpendicular que acababa de hacer, en la periferia de su campo visual. Cuando se volvió a mirarla, la raya desapareció. Si giraba un poquito la cabeza, volvía a aparecer. La muchacha lo comprobó varias veces, para asegurarse de que no eran alucinaciones: sus ojos no percibían la línea perpendicular cuando estaba frente a ella, pero sí cuando giraba la cabeza hacia cualquiera de los lados. ¡Extrañísimo!

Kristin nunca había tenido una jaqueca, pero sabía algo de ellas y supuso que estaba padeciendo una. Después de dejar el carboncillo y guardar los materiales en el casillero, explicó a su profesor que no se sentía bien y volvió a su apartamento.

Mientras cruzaba el recinto de la universidad, experimentó el mismo mareo que había notado a la ida. Era como si el mundo se desplazara abruptamente una fracción de grado, lo suficiente como para que los pasos de la muchacha se desequilibraran un poquito. Además, sentía un olor desagradable, vagamente familiar, y un leve zumbido en los oídos.

A una manzana del recinto estaba el apartamento que compartía con Carol Danforth, en un tercer piso con escalera exterior. Kristin subió los peldaños experimentando una gran pesadez en las piernas; seguramente le rondaba una gripe.

El apartamento estaba vacío. Carol debía estar en clase. En cierto modo, era preferible así, porque Kristin adivinaba que le convenía descansar tranquila; pero al mismo tiempo le hubiera gustado contar con la simpatía y la presencia de su compañera. Tomó dos aspirinas, se quitó la ropa y se acostó con un paño frío sobre la frente. Casi de inmediato se sintió mejor. Era un cambio tan súbito que se limitó a permanecer inmóvil, temiendo que los síntomas volvieran si cambiaba de posición.

Fue un alivio que sonara el teléfono, junto a su cama, porque deseaba hablar con alguien. Pero no era ninguno de sus amigos, sino una secretaria del servicio de Ginecología para decirle que el Papanicolau realizado días antes

daba un resultado anormal.

Kristin prestó atención, tratando de mantener la calma. Le dijeron que no se preocupara, porque los Papanicolau anormales no eran raros, especialmente si se presentaban asociados con la leve erosión en el cuello de la matriz que ella tenía; de cualquier modo, sólo para asegurarse, querían que volviera esa tarde a la clínica para repetir el examen.

Kristin trató de protestar y habló de su jaqueca, pero los de Ginecología insistieron, diciendo que cuanto antes lo hiciera, mejor. Tenían una hora libre esa misma tarde, y terminarían enseguida con el asunto.

La muchacha, aunque a disgusto, aceptó ir. Tal vez tuviera en verdad, algo malo, y en ese caso debía mostrarse responsable. Pero no quería ir sola. Trató de llamar a Thomas, su novio, pero él, por supuesto, no estaba. Aun sabiendo que su temor era irracional, Kristin no podía evitar la sensación de que en el Centro Médico había algo maligno.

Martin aspiró profundamente antes de entrar en Patología. En sus tiempos de practicante, ese departamento había sido el «coco» para él. Su primera autopsia fue una prueba de fuego para lo que no estaba preparado. Había imaginado que se parecería a los cursos de anatomía de primer año, con un cadáver tan poco parecido a un ser humano como una estatua. El olor era desagradable en aquellos tiempos, pero al menos se trataba de productos químicos; además, el laboratorio de anatomía se caracterizaba por las bromas y los chistes, que aliviaban la tensión. En Patología no era así. El sujeto de su primera autopsia había sido un niño de diez años, fallecido de leucemia. El cadáver estaba pálido, pero blando y con demasiado aspecto de vida. Cuando estuvo toscamente abierto y eviscerado como un pollo, a Martin se le aflojaron las piernas y el almuerzo se le subió a la boca. Logró evitar el vómito girando la cabeza, pero el esófago le quemaba por el ácido de sus propios jugos digestivos. El profesor siguió disertando, pero él no oía nada. Se quedó, aunque sufriendo, y sus sentimientos se volcaron hacia ese cuerpo sin vida.

Philips empujó las puertas para entrar en Patología. El ambiente era muy distinto de lo que él había conocido en sus tiempos de estudiante. Trasladado a la nueva facultad de medicina, e instalado en un ambiente ultramoderno, ya no había allí espacios pequeños y sombríos, altos cielosrrasos y pisos de mármol, donde los pasos levantaban ecos sobrenaturales. La nueva sección de Patología era un lugar abierto y limpio. Los materiales más abundantes eran la fórmica blanca y el acero inoxidable. Los cuartos individuales habían sido reemplazados por zonas demarcadas por divisores que llegaban a la altura del hombro, y las paredes estaban cubiertas por coloreadas reproducciones de cuadros impresionistas, especialmente de Monet.

El recepcionista indicó a Martin el departamento de autopsias, donde el doctor Jeffrey Reynolds estaba ayudando a los internos. Martin había abrigado la esperanza de encontrarlo en su despacho, pero el empleado insistió en que fuera al quirófano porque al doctor no le molestaban las interrupciones. Sin embargo, Philips no se preocupaba por el patólogo, sino por sí mismo. De

cualquier modo, siguió la dirección que le indicaba el dedo del recepcionista.

Hubiera hecho mejor no obedeciendo. Frente a él, sobre la mesa inoxidable, había un cadáver que parecía un trozo de carne. La autopsia se había iniciado por una incisión en forma de Y que cruzaba el pecho y bajaba hasta el pubis. La piel y los tejidos subyacentes estaban retirados hacia atrás, dejando al descubierto la caja torácica y los órganos abdominales. Al entrar Philips, uno de los internos cortaba ruidosamente las costillas.

Reynolds vio al radiólogo y salió a su encuentro, con un gran bisturí de autopsia en la mano, como si fuera un cuchillo de carnicero. Martin echó una mirada a la habitación para no ver el espectáculo que se desarrollaba frente a él. El ambiente se parecía al de un quirófano: nuevo, moderno y completamente embaldosado, a fin de limpiarlo con facilidad. Había cinco mesas de acero inoxidable y, en la pared del fondo, una serie de puertas cuadradas correspondientes al refrigerador.

—Saludos, Martin —dijo Reynolds, secándose las manos en el delantal—. Lamento lo del caso Marino; me hubiera gustado ayudarte.

—No importa. Gracias por la buena intención. Como no iban a hacer la autopsia, quise hacer una tomografía axial del cadáver, pero me llevé una sorpresa. ¿Sabes qué descubrí?

Reynolds sacudió la cabeza.

—No tenía cerebro. Alguien le quitó el cerebro y la volvió a coser, de modo que prácticamente no se veía.

—¡No!

—Sí.

—¡Dios! ¿Te imaginas el escándalo que podría armarse si los periódicos se enteraran? Por no hablar de la familia: fueron terminantes con respecto a la autopsia.

—Por eso quería hablar contigo.

Hubo una pausa. Al fin Reynolds dijo:

—Un momento. No pensarás que Patología tuvo algo que ver con eso, ¿no?

—No sé —admitió Philips.

La cara del patólogo enrojeció; en la frente aparecieron unas venas.

—Bueno, yo estoy seguro. Ese cadáver nunca subió aquí. Fue directamente a la morgue.

—¿Y qué me dices de Neurocirugía?

—Bueno, los chicos de Mannerheim son todos unos locos, pero no creo que tanto.

Martin se encogió de hombros. Luego dijo a Reynolds la verdadera razón por la que quería hablarle. Era por una paciente llamada Ellen McCarthy, que había llegado muerta a la sala de Urgencias, unos dos meses antes. Quería saber si le había hecho la autopsia.

Reynolds se quitó los guantes y pasó a la oficina departamento. Utilizando la terminal de la computadora principal, escribió el nombre de McCarthy y el número de inscripción. De inmediato apareció su nombre en la pantalla, seguida por la fecha y el número de la autopsia, así como la causa de

su muerte: herida de cráneo, resultante en una gran hemorragia intracerebral y hernia del tronco cerebral. El patólogo halló rápidamente una copia del informe y se la entregó a Philips.

—¿Revisaste el cerebro? —preguntó éste.

—¡Por supuesto que lo revisamos! —exclamó él, arrebatándole el informe—. ¿Cómo no íbamos a hacerlo si allí estaba la herida?

Y buscó apresuradamente en el papel, mientras Philips lo observaba. Reynolds había aumentado unos veinticinco kilos desde los tiempos en que trabajaban juntos en el laboratorio de la Facultad; un pliegue de piel, en la parte trasera del cuello, cubría la parte superior del cuello de la camisa. Las mejillas estaban abultadas, con una fina red de diminutos capilares rojizos bajo la piel.

—Quizá haya sufrido un ataque antes del accidente —dijo, aún leyendo.

—¿Cómo se puede determinar?

—La lengua presentaba varios mordiscos. No hay seguridad; es sólo una suposición.

Philips quedó impresionado. Sabía que esos detalles sólo eran percibidos por los patólogos forenses.

—Aquí está la parte del cerebro. Hemorragia grave. Pero hay algo interesante. Parte de la corteza del lóbulo temporal mostraba células nerviosas muertas aisladas. Muy poca reacción neuroglial. No se hizo diagnóstico.

—¿Y la zona occipital? —preguntó Philips—. En una radiografía vi algunas sutiles anormalidades por allí.

—Se tomó una placa. Salió normal.

—Sólo una. Caramba, ojalá hubieran sido más.

—A lo mejor tienes suerte. Aquí dice que se retiró el cerebro. Espera.

Reynolds se acercó a un tarjetero y sacó el cajón correspondiente a la M.

Philips se sintió más o menos alentado.

—Bueno, fue retirado y conservado, pero no lo tenemos. Como lo pedían de Neurocirugía, debe estar en el laboratorio de ellos.

Philips se encaminó a Cirugía, deteniéndose tan sólo para observar a Denise, que llevaba a cabo un impecable angiograma. Esquivando el tránsito de camillas en la zona de Recepción, se dirigió a la mesa.

—Busco a Mannerheim —dijo a la enfermera rubia—. ¿Tiene idea de cuándo saldrá de Cirugía?

—Lo sabemos con exactitud.

—¿A qué hora?

—Hace veinte minutos. —Las otras dos enfermeras rieron. Al parecer, las cosas marchaban muy bien en los quirófanos puesto que estaban de tan buen humor.

—Sus ayudantes están cerrando. Mannerheim está en el saloncito.

Philips lo encontró rodeado de su habitual cortejo. Los dos visitantes japoneses, uno a cada lado, sonreían e inclinaban la cabeza de tanto en tanto. En el grupo había otros cinco cirujanos, todos tomando café. Mannerheim sostenía un cigarrillo y una taza en la misma mano. Había dejado el tabaco hacía un año, y eso significaba que, en vez de comprar cigarrillos, se los pedía a todo el mundo.

—¿Y saben qué le dije al sinvergüenza del abogado? —decía Mannerheim, entre dramáticos ademanes de la mano libre—: ¡Claro que juego a ser Dios! ¿Usted cree que mis pacientes se dejarían escarbar el cerebro por un, basurero?

El grupo celebró ruidosamente la ocurrencia y comenzó a dispersarse. Martin se acercó a él y bajó la vista para mirarlo.

—Bueno, aquí está nuestro servicial radiólogo.

—Se hace lo que se puede -dijo Philips, con amabilidad.

—Le diré, no me gustó esa bromita que me hizo por teléfono.

—No era broma —aclaró Philips—. Lamento que mi comentario haya caído tan inoportunamente, pero yo no sabía que Lisa Marino había muerto y acababa de notar unas leves anormalidades en la placa.

—Se supone que usted debe estudiar las placas *antes* que muera el paciente —observó el cirujano, en tono desagradable.

—Verá, yo quería preguntarle qué pasó con el cerebro de la chica, que fue retirado del cadáver.

A Mannerheim se le dilataron los ojos; la cara redonda tomó un color opaco. Tomando a Philips del brazo, se lo llevó lejos de los japoneses.

—Permítame que le diga algo —bramó—. Por pura casualidad, sé que usted sacó anoche el cadáver de Lisa Marino sin autorización, para tomarle unas radiografías. Y le aseguro una cosa: no me gusta que nadie meta mano a mis pacientes. Especialmente a los que se me complican.

—Escuche —replicó Martin, liberando su brazo — . Sólo estoy interesado en unas extrañas anormalidades visibles en la radiografía, que podrían ayudar a un gran descubrimiento científico. No me interesan sus complicaciones.

—Mejor así. Si algo raro le pasa al cadáver de Lisa Marino, será culpa suya. Que se sepa, fue usted el único que se llevó el cuerpo. No lo olvide.

Y Mannerheim agitó un dedo amenazador frente a la cara de Philips.

Un súbito temor por su vulnerabilidad profesional hizo que Martin vacilara. Por mucho que le disgustara admitirlo, el cirujano estaba en lo cierto. Si divulgaba la desaparición de ese cerebro, a él tocaría probar que no era culpa suya. Su única testigo era Denise, con la cual mantenía relaciones íntimas.

—Muy bien, olvidemos lo de Marino —dijo—.Descubrí a otra paciente con una radiografía similar. Una tal Ellen McCarthy. Por desgracia, murió en un accidente de tráfico. Pero le hicieron la autopsia aquí, en el Centro Médico, y el cerebro fue entregado a Neurocirugía. Me gustaría verlo.

—Y a mí me gustaría que me dejara en paz. Soy un hombre ocupado. Yo atiendo a pacientes de carne y hueso, en vez de pasarme el día sentado, mirando placas.

Mannerheim le volvió la espalda para retirarse, y Philips sintió un arrebato de furia. Hubiera querido gritarle: «Grandísimo maleducado, presumido», pero no lo hizo. Ese hombre no merecía otra cosa; quizás hasta lo estaba esperando. Martin, en cambio, fue directamente a su famoso talón de Aquiles. Con voz calma y comprensiva, le dijo:

—Doctor Mannerheim, usted necesita de un psiquiatra.

El cirujano giró en redondo, listo para entablar combate, pero Philips ya

había salido. Para él, la psiquiatría representaba la antítesis absoluta de todo cuanto apoyaba. Era como un cenagal de vacuidades hiperconceptuales. Que le dijeran que él necesitaba de eso era el peor de los insultos. Ciego de furia, se lanzó a través de la puerta para pasar a los vestidores; se arrancó los chanclos de cirugía, manchados de sangre, y los arrojó al otro extremo de la habitación, donde se estrellaron contra los casilleros, para resbalar bajo los lavabos.

Luego se apoderó del teléfono para hacer dos ruidosas llamadas: la primera, a Stanley Drake, director del hospital; la otra, al jefe del servicio de Radiología, el doctor Harold Goldblatt. Ante los dos insistió en que debían tomar medidas contra Martin Philips. Ambos lo escucharon en silencio, porque el cirujano era un personaje poderoso dentro de la comunidad hospitalaria.

Philips no era de los que se enojan con facilidad, pero llegó a su oficina echando chispas. Helen levantó la vista al verlo entrar.

—Recuerde que debe dar esa clase dentro de quince minutos.

Él pasó de largo, murmurando algo por lo bajo. Para su sorpresa, encontró a Denise sentada frente al alternador, estudiando las historias clínicas de las pacientes Collins y McCarthy.

—¿Qué te parece si almorzamos?

—No tengo tiempo para almorzar —le espetó Philips, dejándose caer en una silla.

—Estás de un humor maravilloso.

Él apoyó los codos en el escritorio y se cubrió la cara con las manos. Hubo un momento de silencio, hasta que la muchacha dejó las carpetas para levantarse.

—Disculpa —murmuró él, sin retirar las manos de la cara—. He tenido una mañana difícil. Este hospital es capaz de levantar barreras increíbles ante cualquier averiguación. Pude haber dado con un descubrimiento radiológico importante, pero el hospital parece decidido a no alentarme para que lo investigue.

—Hegel escribió: «En el mundo no se ha logrado nada grande sin pasión» —comentó Denise, guiñando el ojo. Su tesis de curso opcional había versado sobre filosofía, y no ignoraba que a Martin le agradaba su capacidad de citar a algunos de los grandes pensadores. Por fin él apartó las manos de la cara y sonrió.

—No me hubiera venido mal un poco más de pasión, anoche.

—Interpretar la palabra en ese sentido, queda enteramente a tu criterio. Pero difícilmente creo que sea lo que Hegel quiso decir. De cualquier modo, me voy a almorzar algo. ¿Seguro que no me puedes acompañar?

—Ni por asomo. Tengo una clase con los de prácticas.

Denise echó a andar hacia la puerta.

—A propósito, mientras revisaba las carpetas de Collins y de McCarthy, descubrí que las dos habían tenido resultados atípicos en varios Papanicolau.

Denise se detuvo ante la puerta.

—Me pareció que los exámenes ginecológicos daban normales —respondió él.

—Todo normal, salvo los Papanicolau de ambas pacientes. Eran atípicos,

lo cual quiere decir que, sin ser francamente patológicos, no resultaban completamente normales.

—¿Es raro eso?

—No, pero se supone que el control debe prolongarse hasta que la prueba dé resultado normal. Y no hay ningún informe de normalización. Bueno, a lo mejor no es nada. Me pareció mejor comentártelo. ¡Hasta luego!

Philips la saludó con la mano, pero permaneció ante su escritorio, tratando de recordar la historia clínica de Lisa Marino. Le parecía recordar que allí también se mencionaba un examen de Papanicolau. Se dirigió hacia la entrada, para llamar la atención a Helen:

—Recuérdeme que esta tarde debo ir a Ginecología.

A las 13.05, armado con una caja de diapositivas en cuya etiqueta se leía «Introducción a la Tomografía Axial Computada», Philips entró en el salón de conferencias. Se diferenciaba mucho del resto del departamento de Radiología, amueblado de estilo funcional y atestado en un espacio insuficiente. El salón de conferencias era desacostumbradamente lujoso; se parecía más a una sala de proyecciones de Hollywood que al auditorio de un hospital. Las sillas estaban tapizadas de suave terciopelo y dispuestas a distintos niveles, para tener una buena visión de la pantalla. Cuando Philips entró, el salón ya estaba completo.

Mientras preparaba el proyector y subía al estrado, los estudiantes se instalaron rápidamente en las butacas, ya atentos a él. Philips bajó la intensidad de las luces y colocó la primera diapositiva.

La clase estaba bien preparada, porque Philips la había repetido muchas veces. Comenzaba con el concepto de la tomografía axial, elaborado por Godfrey Hornsfield, de Inglaterra, y seguía con un recuento cronológico de su desarrollo posterior. Philips destacó minuciosamente que, si bien se utilizaba un tubo de rayos X, la imagen resultante era, en realidad, la reconstrucción matemática de la información, analizada por una computadora. Una vez que los estudiantes comprendían el concepto básico, para él había sido alcanzado el principal objetivo de la clase.

Mientras disertaba, la mente de Martin empezó a divagar, pero el material le era tan conocido que no se notaba. Su admiración por los que habían creado la máquina de tomografía computada incluía un toque de envidia; pero también comprendía que, si su propia investigación daba resultados, se vería catapultado hacia el éxito y los honores científicos. Su obra podía tener un impacto aún más revolucionario sobre la radiología de diagnóstico, y le valdría, sin duda alguna, una candidatura al premio Nóbel.

En medio de una frase descriptiva sobre la capacidad del sistema para detectar tumores, se encendió su señal de llamada. Encendió las luces de la sala, pidió disculpas y corrió al teléfono. Philips sabía que Helen no lo hubiera llamado de no tratarse de una emergencia, pero la operadora le informó que se trataba de una llamada desde fuera del hospital, y antes de que pudiera protestar le comunicaron con el doctor Donald Travis.

—Donald —dijo Martin, rodeando el micrófono con la mano—. Estoy en

mitad de una clase. ¿No te puedo llamar después?

—¡No, qué diablos! —chilló Travis—. He perdido buena parte de la mañana buscando a esa mítica paciente que, según dijiste trasladaron aquí.

—¿No encuentras a Lynn Anne Lucas?

—No. Más aún no nos han enviado ningún paciente del Centro Médico de Hobson en lo que va de semana.

—Qué raro. Me dijeron muy claramente que había ido al Centro Médico de Nueva York; voy a hablar con Ingresos, pero te ruego que pruebes una vez más. Es importante.

Philips cortó la comunicación, pero dejó la mano apoyada en el teléfono un momento. Luchar contra la burocracia era casi tan desagradable como luchar contra Mannerheim y sus congéneres. Volvió al estrado e hizo un intento por reanudar la clase, pero había perdido completamente la concentración. Por primera vez desde que empezara la docencia, se excusó aduciendo una emergencia y abandonó el aula.

De regreso en su oficina, Helen le pidió disculpas por la interrupción, diciendo que el doctor Travis había insistido. Él le dijo que no importaba, pero la secretaria lo siguió a su despacho, con un chorro de mensajes y recados. El director del hospital había llamado dos veces para que se comunicara con él lo antes posible. El doctor Robert McNeally había llamado desde Houston, preguntando si Philips podría presidir la ponencia de Neurorradiología en el congreso anual de Radiología de Nueva Orleans; necesitaba una respuesta en menos de una semana. Iba a pasar al tema siguiente cuando Philips levantó la mano.

—¡Basta por favor!

—Pero, hay algunas cosas más.

—Ya sé que hay más. Siempre hay más.

Helen quedó sorprendida.

—¿Va a llamar al doctor Drake?

—No. Llámelo usted y dígale que estoy demasiado ocupado, que lo llamaré mañana.

Helen, con su buen criterio, sabía cuándo dejar en paz a su jefe. Philips, de pie en el umbral de su oficina, echó una mirada a su alrededor. El desorden provocado por las pilas de placas radiográficas había sido retirado, y en cambio se veían los angiogramas de la mañana. Al menos Kenneth Robbins, jefe de su equipo técnico, tenía las cosas bajo control.

El trabajo era, para Philips, calma y estabilidad. Por eso tomó asiento, buscó el micrófono y empezó a dictar. Había llegado al último angiograma cuando notó que alguien había entrado en su oficina y esperaba de pie a sus espaldas. Se volvió, pensando que era Denise, pero se encontró ante la cara sonriente de Stanley Drake, el director del hospital.

A los ojos de Philips, Drake era como un político bien preparado. Se le veía siempre elegante y bien vestido, con su traje azul oscuro de tres piezas, a rayas muy finas, y su reloj de oro con cadena. Llevaba corbatas de seda sujetas con una aguja que las levantaba horizontalmente por encima de las camisas blancas almidonadas. De todos los conocidos por Philips, sólo él usaba grandes

gemelos franceses. De algún modo se las componía para estar bronceado, aun durante las lluviosas primaveras de Nueva York.

Philips volvió a sus angiogramas y siguió dictando.

—En conclusión, el paciente tiene una gran deformación arteriovenosa en la zona del ganglio basal izquierdo, alimentada por la arteria mediocerebral izquierda y por la coroidal posterocerebral izquierda. Punto final. Gracias.

Dejando el micrófono, Martin se volvió para enfrentarse al director. Le molestaba que en ese hospital se tuviera tan poco en cuenta la intimidad, que a Drake no le pareciera mal entrar directamente en un despacho ajeno sin llamar.

—Me alegro de verlo, doctor Philips —dijo el director, sonriendo—. ¿Cómo está su esposa?

Philips lo miró fijamente por un segundo, sin saber si enojarse o reír. Por fin dijo, sin levantar la voz:

—Me divorcié hace cuatro años.

Fue un golpe bajo. Drake tragó saliva y su sonrisa vaciló por un instante. Entonces cambió de tema, para comentar lo complacido que estaba el director del hospital con el buen funcionamiento del departamento de Radiología, desde que Philips se había hecho cargo de él. Hubo una pausa. Philips se limitaba a esperar, sabiendo a qué había ido ese hombre. No pensaba facilitarle las cosas.

—Bueno —dijo el administrador; tomando un tono más serio, frunció la boca pequeña—. He venido para que hablemos del triste caso de Lisa Marino.

—¿De qué se trata?

—De que el cadáver de la pobre chica fue irreverentemente tratado y sometido a rayos X sin autorización de examen postmortem.

—También se le retiró el cerebro —observó Philips—. Sacar una radiografía a un cadáver y quitarle el cerebro no son cosas que entren en una misma categoría.

—Sí, por supuesto. Ahora bien, en este momento no importa si usted tuvo algo que ver con la extracción del cerebro. El hecho es que...

—¡Un momento! —Philips se irguió en su silla—. Quiero aclarar una cosa. Yo tomé una radiografía al cadáver, eso es cierto. Pero no extirpé el cerebro.

—Doctor Philips, a mí no me importa quién lo extirpó. Me importa que el cerebro haya sido extirpado. Soy responsable por la publicidad que reciban el hospital y su personal, además de las imposiciones financieras.

—Bueno, a mí me importa quién lo haya extirpado, especialmente si hay quien piensa que pude haber sido yo.

—Doctor Philips, no hay por qué asustarse. El hospital ya ha hablado con la funeraria, y la familia no se enterará de este infortunado episodio. Pero debo recordarle que su posición es muy delicada en este caso. Le ruego que no insista sobre el asunto. Eso es todo.

—¿Fue Mannerheim el que le encargó esta gestión? —preguntó Philips, que ya empezaba a perder la compostura.

—Por favor, comprenda mi situación —pidió Drake—. Yo estoy de su parte. Estoy tratando de apagar una llama antes de que se convierta en un incendio y ocasione daños serios. Es por el bien de todos. Sólo le pido que sea

razonable.

—Gracias —dijo Philips, levantándose—. Gracias por la visita. Tendré en cuenta su opinión y estudiaré el asunto.

Philips sacó a Drake de su oficina y cerró la puerta. Mientras repasaba la conversación, le costó bastante creer que fuera cierta. A través de la puerta se oía la voz de Drake hablando con Helen, de modo que no había soñado. Eso, más que ninguna otra cosa, lo decidía a liberarse de la carrera de ratas del hospital. Más que nunca, supo que su investigación debía tener éxito.

Acrecentada su motivación, Philips tomó la lista grande de radiografías de cráneo efectuadas en los últimos diez años y comparó los números de inscripción con las series de placas, para determinar rápidamente el orden en que habían estado archivadas. Tomó el primer sobre, tachó el nombre de la lista y sacó las placas. Tomó dos radiografías laterales y guardó el resto. Después de proporcionar a la computadora las informaciones necesarias, puso una de las radiografías en el visor de láser. La otra fue a parar a su pantalla. El informe de la placa quedó junto al panel de la máquina.

Como casi todas las personalidades apremiantes, a Martin le gustaban las listas. Había anotado los nombres de Marino, Lucas, Collins y McCarthy cuando sonó el teléfono. Era Denise, para decirle que estaba lista para practicar el primer angiograma de la tarde. Philips, después de pensarlo por un momento, dijo que su presencia era innecesaria y le sugirió que prosiguiera con el estudio mientras pudiera. Como sospechaba, a ella le agradó ese voto de confianza.

Volviendo a su lista, tachó el nombre de Collins. Junto al de Marino escribió: «Morgue; ver a Werner». Tenía la poderosa sensación de que el encargado no ignoraba lo que había ocurrido con el cuerpo de Lisa Marino.

Junto al de McCarthy: «Laboratorio de Neurocirugía». Quedaba Lucas. Por su conversación con Travis, estaba seguro de que la chica no estaba en el Centro Médico de Nueva York, a menos que la hubieran internado bajo seudónimo, cosa que no tenía sentido. Por eso escribió: «Enfermera turno noche Neuro 14 Oeste».

Después tomó el teléfono para llamar nuevamente a Ingresos. Contó treinta y seis señales de llamada antes de que alguien contestara, y una vez más la persona con quien él necesitaba hablar no estaba disponible. Philips dejó su nombre y un mensaje para que lo llamaran.

Por entonces la computadora había terminado de funcionar. Philips leyó el informe con entusiasmo, comparándolo con la interpretación anterior, y verificó los resultados con la radiografía. La computadora, no sólo había detectado todo lo mencionado en el informe, sino que hasta había descubierto algunos leves engrosamientos del hueso y una opacidad en los senos frontales que no figuraban en la interpretación original. El radiólogo, al observar la placa, tuvo que coincidir con ella. Era asombroso.

Cuando estaba repitiendo el procedimiento con otra radiografía, Helen asomó la cabeza para decir, como si se disculpara, que «el gran jefe» quería verlo cuanto antes.

La oficina del doctor Harold Goldblatt estaba situada en el otro extremo

del departamento, en un ala del edificio que sobresalía hacia el patio central como un pequeño tumor rectangular. Todo el mundo se daba cuenta de que había entrado en sus dominios porque el suelo estaba alfombrado y en las paredes lucían paneles de caoba. Para Philips, era como esos gabinetes jurídicos que proliferan en las grandes capitales, y cuyos socios son tantos como los nombres de la guía telefónica.

Llamó a la pesada puerta de madera. Goldblatt estaba sentado ante una enorme mesa de caoba. El cuarto tenía ventanas por los tres lados y la mesa quedaba frente a la puerta; su parecido con el despacho presidencial de la Casa Blanca no era del todo casual. Goldblatt codiciaba los atributos del poder y, después de una vida entera de maquiavélicas maniobras, se había convertido en una celebridad en el campo de la radiología. En otros tiempos había destacado dentro de la neurorradiología, pero al convertirse en una verdadera institución, su conocimiento profesional quedó estancado. Aunque Martin reprobaba en secreto la aversión de Goldblatt por innovaciones tales como la máquina de radiografías seriadas, aún sentía admiración por ese hombre, que había representado un eslabón importante en el proceso de elevar la ciencia radiológica a su estado actual.

Goldblatt se levantó para estrecharle la mano y le indicó una silla frente a la mesa. Era un hombre vigoroso, de sesenta y cuatro años, que aún vestía como en 1939, año en que se graduó en Harvard. Su traje era un convencional conjunto de tres piezas, de pantalones abolsados y tan cortos que no llegaban a cubrirle los tobillos. Usaba una fina corbata de lazo, anudada a mano y, en consecuencia, torcida y asimétrica. Tenía el pelo casi blanco, y lo llevaba cortado según una variante del estilo americano que permitía una mayor longitud sobre las orejas.

—Doctor Philips —comenzó a decir. Mirando a Martin por encima de sus gafas sin montura, tomó asiento y apoyó los codos sobre la mesa, uniéndose las manos en un sólido nudo—. No apruebo esa práctica de sacar de la morgue, en mitad de la noche, cadáveres que apenas han tenido tiempo de enfriarse.

Philips admitió que parecía incongruente. A manera de explicación y no de excusa, le habló primero del programa de interpretación de radiografías que habían creado William Michaels y él; después le habló de la densidad anormal detectada por la computadora en la radiografía de Lisa Marino, diciendo que necesitaba más radiogramas para caracterizar la anormalidad. Le parecía indispensable, agregó, insistir sobre aquel descubrimiento, pues podía ser utilizado para lanzar el concepto de un análisis de rayos X por computación.

Después de escucharlo, Goldblatt sonrió con benignidad, asintiendo.

—Al oírlo, Martin, me pregunto si usted sabe exactamente lo que está haciendo.

—Creo que sí.

El comentario de Goldblatt sorprendió a Philips. Era difícil no sentirse ofendido.

—No me refiero a la parte técnica de su esfuerzo, sino a las implicaciones de su obra. Francamente, no creo que el departamento pueda apoyar un proyecto cuya meta es alejar aún más al paciente del médico. Usted propone un

sistema en el cual una máquina reemplaza al radiólogo.

Martin quedó pasmado. No estaba preparado para enfrentarse a una acusación de herejía por parte de Goldblatt. Sólo había esperado esa reacción por parte de los radiólogos menos competentes, de los que había demasiados.

—Usted cuenta con un futuro prometedor —continuó Goldblatt—, y me gustaría ayudarlo a que lo conserve. También es mi responsabilidad preservar la imagen de nuestro departamento dentro del Centro Médico. Es mi opinión que usted debería orientar sus investigaciones en una dirección más aceptable. En todo caso, no debe radiografiar más cadáveres sin autorización. Eso no debería tener necesidad de decirlo.

Philips tuvo un súbito presentimiento: Mannerheim debía haberse puesto en contacto con Goldblatt. No cabía otra explicación. Pero el neurocirujano era una estrella que no gustaba de compartir sus laureles con nadie más. ¿Por qué motivos estaba trabajando con Goldblatt y, probablemente, con Drake? No tenía sentido.

—Una última observación —continuó el director, formando una pirámide con los dedos—. Se me ha comunicado que usted mantiene una cierta vinculación con una de las internas. No creo que el departamento pueda tolerar ese tipo de relaciones.

Philips se levantó abruptamente, con los ojos entornados y la cara tensa.

—A menos que mi conducta profesional se vea afectada —dijo, lentamente—, mi vida privada no es asunto del departamento.

Y se volvió para abandonar esa oficina. Goldblatt levantó la voz, diciendo algo sobre la imagen del departamento, pero él no se detuvo.

Pasó junto a Helen sin echarle una mirada, aunque ella se había levantado con el bloc en la mano. Cerró su despacho con un portazo, se sentó frente al alternador y tomó el micrófono. Era mejor trabajar un rato antes de enfrentarse a sus sentimientos. El teléfono empezó a sonar, pero no le prestó atención. Fue Helen quien atendió e hizo sonar el timbre avisador. Philips fue a la puerta para preguntarle, por señas, quién era. El doctor Travis.

Travis dijo a Martin que, definitivamente, no había ninguna Lynn Anne Lucas en el Centro Médico de Nueva York. Había revisado todo el hospital, investigando cualquier medio concebible por el que el traslado hubiese podido pasarse por alto. Finalmente preguntó a Philips qué le habían dicho en el departamento de Ingresos.

—Poca cosa —respondió él, indefenso.

Le avergonzaba decir que no había comprobado nada, después de haber echado sobre Travis semejante trabajo. En cuanto cortó la comunicación llamó a Ingresos. Su insistencia rindió fruto, y por fin consiguió hablar con la encargada de salidas y traslados para preguntarle cómo era posible que una paciente hubiera salido del hospital en medio de la noche.

—Los pacientes no están prisioneros aquí —dijo la encargada—. ¿Esa enferma fue ingresada por Urgencias ?

—Sí.

—Bueno, eso es lo habitual. Con frecuencia se traslada a los internados por Urgencias una vez que están estabilizados, si sus médicos particulares no

trabajan con nosotros.

Philips gruñó, para expresar que comprendía, y pidió detalles referidos a Lynn Anne Lucas. Como la computadora procesadora de datos utilizada por Ingresos trabajaba por el número de inscripción o la fecha de nacimiento, la mujer dijo que necesitaba averiguarlos a través de la ficha de Urgencias antes de conseguir información. Lo llamaría lo antes posible.

Martin trató de reanudar el dictado, pero le costaba concentrarse. Allí, delante de sus narices, estaban las historias clínicas de Collins y McCarthy. Recordó los comentarios de Denise sobre las pruebas de Papanicolau. Lo que él sabía sobre ginecología en general y sobre Papanicolau en particular era más bien escaso, de modo que se puso el delantal blanco y salió de la oficina, con la carpeta de Katherine Collins en la mano. Al pasar junto a Helen, le dijo que volvería pronto y le dejó instrucciones para que sólo lo llamara en caso de emergencia.

El primer paso era acudir a la biblioteca. Como vio a varios pacientes equipados para mal tiempo, decidió utilizar el túnel. Se llegaba al edificio nuevo por el mismo ramal que Philips empleaba para llegar a su apartamento. Estaba más allá de la escalera que llevaba al edificio viejo de la Facultad de Medicina, abandonado dos años antes, al terminarse la construcción.

Se suponía que las viejas instalaciones serían renovadas para proporcionar el espacio que tanto necesitaban algunos departamentos, como el de Radiología, pero debido a los enormes aumentos de costo, se habían quedado sin dinero cuando la facultad nueva estaba a punto de terminarse. Dos años después, quedaba aún una parte de la construcción que aguardaba nuevos fondos para ser concluida, de modo que la reconstrucción del edificio antiguo había quedado pospuesta indefinidamente, con lo que los diversos departamentos clínicos no tenían más salida que esperar.

La facultad nueva era muy distinta de lo que Philips había conocido en sus tiempos de estudiante y en especial la biblioteca. En ella no se habían economizado fondos (de ahí, probablemente, que la escuela vieja hubiese quedado abandonada). El vestíbulo era amplio y estaba alfombrado; dos escaleras curvas, simétricas, ascendían al piso alto.

Los ficheros estaban bajo el balcón que formaba el descansillo. Philips obtuvo el número de un texto de ginecología elemental; quería leer algo sobre el examen de Papanicolau, pero no necesitaba un libro entero sobre citología. Conocía ya la eficacia de la prueba; como detectora de cáncer, era probablemente la mejor y la más segura. El mismo la había practicado siendo estudiante, y sabía que era sumamente fácil; bastaba raspar ligeramente la superficie del cuello de la matriz y depositar el material en una placa de vidrio. Lo que no recordaba era la clasificación de los resultados y lo que debía hacerse si el informe daba resultados «atípicos». Por desgracia, el texto no le ayudó mucho. Sólo decía que cualquier caso sospechoso debía ser sometido a una prueba de Schiller, que consistía en manchar el cuello con yodo, para determinar zonas anormales; o quizás a una biopsia o a una colposcopia. Como Philips no tenía idea de lo que eran colposcopias, tuvo que usar el índice. Resultó ser un procedimiento por el cual se introducía un instrumento similar al

microscopio para examinar el cuello de la matriz.

Lo que más sorprendió a Philips fue descubrir que entre el diez y el quince por ciento de los casos de cáncer cervical se producían en mujeres cuyas edades abarcaban entre los veinte y los veintinueve años. Tenía la errada impresión de que esa enfermedad correspondía a una edad más avanzada. No existía mejor argumento en favor del examen ginecológico anual.

Martin devolvió el texto y se abrió paso hasta el departamento de Ginecología de la Universidad. Recordaba que esa parte del departamento había estado, en sus tiempos, prohibida a los estudiantes de medicina, lo cual equivalía a colgar un pedazo de carne frente a un animal hambriento, puesto que las pacientes eran, por lo común, lindas compañeras de estudios. Los sujetos disponibles para los estudiantes eran las viejas multíparas, pacientes habituales, y el contraste tornaba a las estudiantes tan codiciables como si fueran modelos de *Playboy.*

Al acercarse a la recepcionista, Philips se sintió muy fuera de lugar. En cuanto se detuvo frente a ella la vio hacer caídas de ojos y aspirar hondo para elevar el pecho plano. Martin la miró fijamente; parecía tener algo muy extraño en la cara. Al comprender que se trataba de los ojos, anormalmente pegados a la nariz, apartó la vista.

—Soy el doctor Martin Philips.

—Qué tal. Soy Ellen Cohen.

Él volvió a mirarle los ojos, involuntariamente.

—Quisiera hablar con el médico de turno.

Ellen Cohen volvió a hacer caídas de ojos.

—En este momento el doctor Harper está ocupado con una paciente, pero terminará enseguida.

En cualquier otro departamento, Philips hubiera entrado directamente a la zona de consultorios. Allí, en cambio, se volvió hacia la sala de espera, tan intimidado como se había sentido a los doce años, cuando esperaba a su madre en la peluquería. Cinco o seis jóvenes lo miraban fijamente. En cuanto él se dio la vuelta, todas volvieron a sus revistas.

Martin ocupó una silla junto a la mesa de la recepcionista. Ellen Cohen, a hurtadillas, ocultó en uno de los cajones del escritorio, la novela barata que había estado leyendo. Cada vez que Philips, por casualidad, miraba en su dirección, ella sonreía.

Philips dejó que sus pensamientos volvieran hacia Goldblatt. ¡Caramba con el descaro de aquel hombre, creer que podía mangonear en la vida privada de Martin, o tan siquiera en su investigación! Era pasmoso. Tal vez si el departamento hubiera costeado las investigaciones habría existido alguna justificación, pero no era así. La única contribución de Radiología era el tiempo de Martin. Los fondos necesarios para materiales y programación —por cierto, bastante importantes— provenían del departamento de Ciencia de la Computación, que los entregaba por medio de Michaels.

De pronto Martin reparó en que una paciente se había aproximado a la recepcionista para preguntar qué significaba un Papanicolau atípico. Parecía hablar con dificultad, y se apoyaba en el escritorio como si se sintiera débil.

—Eso es algo que debe preguntarle a la señorita Blackman, queridita —respondió Ellen Cohen, percibiendo inmediatamente la atención de Philips. Especialmente para él, agregó riendo—: Yo no soy médico. Siéntese. La señorita Blackman saldrá enseguida.

Kristin Lindquist ya no podía soportar más frustraciones en el mismo día.

—Me dijeron que me atenderían de inmediato —dijo.

Y explicó a la recepcionista que tenía dolores de cabeza, mareos y dificultades en la vista desde la mañana, de modo que no podía esperar, como el día anterior.

—Por favor, informe a la señorita Blackman que estoy aquí. Enseguida. Cuando ella me llamó, dijo que no habría demoras.

Kristin fue a ocupar una silla frente a Philips. Avanzaba con lentitud, como quien no está seguro de su equilibrio. Ellen Cohen, al captar la mirada del radiólogo, puso los ojos en blanco, sugiriendo que la muchacha era demasiado exigente, pero se levantó en busca de la enfermera. Martin se dedicó a estudiar a Kristin, mientras su atareada mente hacía asociaciones entre los Papanicolau atípicos y los vagos síntomas neurológicos. Como la muchacha tenía los ojos cerrados, pudo estudiarla sin hacerla sentir incómoda. Calculó que tendría unos veinte años. De inmediato abrió la carpeta de Katherine Collins y la hojeó rápidamente hasta hallar la primera nota de neurología: como motivo de la visita, describía dolores de cabeza, mareos y síntomas visuales.

¿Acaso esa joven sentada frente a él podía ser otro caso del mismo cuadro radiológico? A Philips le pareció posible. Con todas las dificultades con que había tropezado al tratar de obtener más radiografías de las otras pacientes, la idea de descubrir un nuevo caso le seducía terriblemente. Ahora podría tomar, desde el principio, todas las que necesitara.

Sin necesidad de pensarlo más, se acercó a Kristin y le dio un golpecito en el hombro. La chica dio un respingo de sorpresa y se apartó de la cara un mechón de pelo rubio. El miedo le daba un aspecto especialmente vulnerable, y Martin reparó súbitamente en su belleza.

Se presentó con palabras cautelosamente elegidas, diciendo que pertenecía al departamento de Radiología y que acababa de oír, por casualidad, los síntomas que ella había descrito a la recepcionista. Le habló de las cuatro radiografías que acababa de ver, correspondientes a otras tantas jóvenes con los mismos problemas, y le sugirió que quizá le conviniera hacerse un estudio de rayos X. Puso mucho cuidado en destacar que se trataba de una medida puramente preventiva, sin motivos para alarmarse.

Para Kristin, ese hospital estaba lleno de sorpresas. El día de su primera visita la habían hecho esperar horas enteras. De pronto, se encontraba con un médico que parecía estar buscando pacientes.

—No me gustan mucho los hospitales —dijo; hubiera querido agregar: «Ni los médicos», pero le pareció demasiado irrespetuoso.

—A decir verdad, yo pienso lo mismo —replicó Philips, sonriendo, pues aquella joven le había caído simpática y se sentía protector—. Pero una radiografía no le llevará mucho tiempo.

—Sigo pensando que lo mejor sería volver a casa cuanto antes.

—No tardaremos nada. Se lo prometo. Una sola placa, yo mismo la llevaré.

Kristin vaciló. Por una parte detestaba ese hospital. Por la otra, aún se encontraba indispuesta, y el interés de Philips no la dejaba indiferente.

—¿Qué me dice? —insistió él.

—De acuerdo —aceptó ella, por fin.

—Magnífico. ¿Cuánto tiempo va a estar aquí?

—No sé. Dijeron que sería poco.

—Bueno. No se vaya sin mí.

A los pocos minutos llamaron a Kristin. Casi simultáneamente se abrió otra puerta, por la cual apareció el doctor Harper.

Philips reconoció al doctor Harper; era uno de los internos que había visto entrar y salir del hospital; no se conocían personalmente, pero esa cabeza pulida era difícil de olvidar. Philips se levantó para presentarse. Hubo una pausa incómoda. Harper, como interno, no contaba con un despacho y como los dos consultorios estaban ocupados, no tendrían dónde conversar. Terminaron en el pasillo.

—¿En qué puedo ayudarle? —preguntó el ginecólogo, con cierta suspicacia.

No era habitual que el subdirector de Neurorradiología visitara su sección, ya que el objeto y la práctica de sus respectivas especialidades ocupaban los extremos opuestos del espectro médico.

Philips inició su interrogatorio en términos bastante vagos, expresando interés por el modo en que se manejaba la clínica; preguntó cuánto tiempo llevaba Harper en ella y si le gustaba. Las repuestas del interno fueron abruptas; sus ojitos se movían bruscamente por la cara de Philips, en tanto explicaba que la clínica de la universidad era un cargo rotatorio optativo para internos con experiencia, y que se había convertido en un peldaño simbólico previo a la propuesta de ingresar en la nómina del personal estable, en cuanto se completaran los estudios de especialidad. Al fin concluyó:

—Mire, me espera un montón de pacientes.

Martin comprendió que, en vez de tranquilizarlo, estaba logrando inquietarlo más con esas preguntas.

—Una pregunta más —dijo—. Cuando un Papanicolau da resultados atípicos, ¿qué se suele hacer?

—Depende —respondió Harper, cauteloso—. Hay dos categorías de células atípicas. Una de ellas es atípica, pero no sugiere la presencia de tumores; la otra, en cambio, es atípica y sugiere un tumor.

—Sea cual fuere la categoría, ¿no debería hacerse algo? Quiero decir, si no es normal, habría que vigilar, ¿no es cierto?

—Sí —respondió Harper, evasivo-. ¿Por qué me lo prengunta?

Tenía la poderosa impresión de que lo estaban arrinconando.

—Por mero interés —dijo Martin, y le mostró la carpeta de Collins—. He dado con varias pacientes que tienen pruebas de Papanicolau con resultados atípicos efectuados en esta clínica, pero al leer las anotaciones de Ginecología no

veo referencias a pruebas de Schiller, ni biopsias ni colposcopias, sino sólo exámenes de Papanicolau repetidos. ¿Eso no es... irregular? —Le clavó la mirada, presintiendo su incomodidad.— Verá, no quiero echarle la culpa a nadie. Es puro interés.

—No podría decirle nada sin ver la historia clínica —dijo Harper, como si intentara poner fin a la conversación con ese comentario.

Philips le entregó la carpeta, observándolo mientras él la abría. En cuanto el interno leyó el nombre, «Katherine Collins», su rostro se puso tenso. Martin lo estudió con curiosidad, viéndolo hojear las páginas con demasiada rapidez como para leer nada debidamente. En cuanto llegó al final, levantó la vista y se la devolvió.

—No sé qué decirle.

—Es irregular, ¿verdad? —preguntó el radiólogo.

—Digamos que no es el modo en que yo llevaría las cosas. Pero ahora debo volver a mi trabajo. Disculpe.

Y pasó junto a Martin, que tuvo que apretarse contra la pared para cederle paso. Sorprendido por el precipitado final de la conversación, Martin lo vio entrar apresuradamente en uno de los consultorios. No había sido su intención plantear las preguntas en un plano personal, y se preguntó si su tono habría sido más acusador de lo que él creía. Sin embargo, el interno había reaccionado de modo extraño ante la historia clínica de Katherine Collins; sobre eso no cabían dudas.

Convencido de que no tenía sentido seguir hablando con él, Martin volvió a la mesa de la recepcionista para preguntar por Kristin Lindquist. Ellen Cohen fingió al principio no haber oído la pregunta, pero cuando él la repitió, le contestó que la señorita Lindquist estaba con la enfermera y que saldría enseguida. Kristin le había disgustado desde un principio, pero ahora la odiaba, puesto que el radiólogo parecía interesarse en ella. Martin, sin tomar conciencia de esos celos, se sintió increíblemente confundido por la clínica ginecológica de la universidad.

Pocos minutos después la muchacha salía de un consultorio, apoyándose en una enfermera. Martin había visto antes a esa mujer, tal vez en la cafetería; recordaba su espesa melena negra, que llevaba recogida sobre la cabeza en un moño apretado. Se levantó, mientras la mujer se aproximaba a la mesa, y oyó que daba instrucciones a la recepcionista para que reservara hora para Kristin dentro de los cuatro días siguientes. La muchacha estaba muy pálida.

—Señorita Lindquist —la llamó Martin—, ¿terminó ya?

—Creo que sí —dijo ella.

—¿Qué me dice de esa radiografía? —preguntó él—. ¿Se siente dispuesta?

—Creo que sí —logró repetir Kristin.

La enfermera de pelo negro volvió súbitamente al escritorio, a grandes pasos.

—Disculpe que pregunte, pero ¿de qué clase de radiografía están hablando?

—Una toma lateral de cráneo.

—Ya —musitó la enfermera—. Lo pregunto porque Kristin ha dado resultados anormales en un Papanicolau y preferiríamos que evitara toda radiografía abdominal o pélvica hasta que el examen dé normal.

—No hay problema —dijo él—. En mi departamento sólo nos ocupamos de la cabeza.

Nunca había oído que existiera tal asociación entre los Papanicolau y los rayos X, pero parecía razonable. La enfermera hizo un gesto afirmativo y se retiró. Ellen Cohen plantó una tarjeta con fecha y hora en la mano de Kristin, antes de volverle la espalda y fingir que estaba ocupada con la máquina de escribir.

—Una de esas locas de California —murmuró por lo bajo.

Martin condujo a Kristin por entre el ajetreo de la clínica hasta una puerta que comunicaba con el resto del hospital. Más allá, la escena parecía muy agradable, en contraste con la clínica, y la muchacha se sorprendió.

—Estas son las oficinas particulares de algunos cirujanos —le explicó Philips, mientras recorrían un largo pasillo alfombrado. Hasta había cuadros al óleo en las paredes recién pintadas.

—Pensaba que todo el hospital era viejo y ruinoso —comentó ella.

—Nada de eso. —Una imagen de la morgue subterránea pasó por la mente de Philips, confundiéndose inmediatamente con su reciente impresión de la clínica ginecológica.— Dígame, Kristin: como paciente, ¿qué opina de la clínica universitaria?

—Es una pregunta difícil. Detesto hasta tal punto las consultas ginecológicas que no puedo dar una respuesta justa.

—¿Comparada con otras experiencias?

—Bueno, es terriblemente impersonal; al menos lo fue ayer, cuando me revisó el médico. Pero hoy, como sólo traté con la enfermera, me pareció mejor. Además no tuve que esperar, como ayer, y no hicieron sino sacarme más sangre y examinarme otra vez la vista. No me hicieron ningún examen ginecológico. Gracias a Dios.

Habían llegado a los ascensores. Philips apretó el botón de llamada.

—La señorita Blackman también se molestó en explicarme lo de Papanicolau. Al parecer no era grave. Dijo que correspondía al Tipo II, que es muy común y suele revertir a normal espontáneamente. Según dijo, tal vez se deba a una erosión cervical; me aconsejó que no usara el bidet con chorro fuerte y que no tuviera relaciones sexuales.

Martin quedó momentáneamente sorprendido ante la franqueza de la chica. Como muchos médicos, permanecía en una sorprendente ignorancia con respecto al hecho de que su condición de médico alentaba a los demás a confiarle sus secretos.

En cuanto llegó a Rayos X, Philips buscó a Kenneth Robbins y dejó a Kristin en sus manos para que le tomara la única placa lateral que deseaba. Como eran más de las cuatro, el departamento estaba relativamente en calma y una de las salas de Radiografía había quedado desierta. Robbins tomó la radiografía y desapareció en el cuarto oscuro para suministrar la película al revelador automático. Mientras Kristin aguardaba, Martin se estacionó en la

ranura del vestíbulo principal, por donde emergería la placa.

—Pareces un gato ante la cueva de un ratón— comentó Denise, que había aparecido tras Philips tomándolo por sorpresa.

—Así me siento. En Ginecología descubrí a una paciente con síntomas parecidos a los de Marino y las otras. Aquí me tienes, conteniendo el aliento para ver si presenta el mismo cuadro radiológico. ¿Cómo te fue esta tarde con los angiogramas?

—Muy bien, gracias. Te agradezco que me hayas dejado trabajar sola.

—No me lo agradezcas. Te lo has ganado.

En ese momento apareció el borde de la placa, salió del rodillo y cayó en la bandeja receptora. Martin la arrebató de allí para ponerla en el visor. Ayudándose con el dedo, fue revisando una zona aproximada a la oreja de Kristin.

—Maldición —dijo—. No tiene nada.

—¡Oh, vamos! —protestó Denise—. ¿Acaso te gustaría que la paciente tuviera esa patología?

—Tienes razón —replicó él—. No se la deseo a nadie. Sólo quiero un caso que pueda radiografiar debidamente.

Robbins salió del cuarto oscuro.

—¿Quiere alguna otra placa, doctor Philips?

Martin, sacudiendo la cabeza, entró en el cuarto donde Kristin lo esperaba, seguido por Denise.

—Buenas noticias —dijo, agitando la placa en el aire—. Su radiograma es completamente normal.

Luego le dijo que tal vez conviniera repetirla al cabo de una semana, si los síntomas persistían. Le pidió el número telefónico y le dio el de su línea directa, por si deseaba hacerle alguna pregunta.

Kristin se lo agradeció y trató de levantarse, pero inmediatamente tuvo que sostenerse de la mesa de rayos X, atacada por una oleada de mareos. El cuarto parecía girar en la dirección de los relojes.

—¿Se siente bien? —preguntó él, sujetándola por el brazo.

—Creo que sí. —Kristin parpadeaba. — Es el mismo mareo. Pero ya pasó.

No le dijo que acababa de percibir ese mismo olor, tan horrible y familiar. Era un síntoma demasiado absurdo como para compartirlo con él.

—Estoy bien. Preferiría ir a casa.

Philips quiso buscarle un taxi, pero ella insistió en que estaba bien. Al cerrarse la puerta del ascensor lo saludó con la mano y hasta logró esbozar una sonrisa.

—Un truco muy inteligente para conseguir el teléfono de una joven atractiva —observó Denise, mientras volvían a la oficina.

Al doblar el recodo, él notó, aliviado, que Helen ya no estaba. Denise echó un vistazo al cuarto y lanzó una exclamación de incredulidad.

—¿Qué diablos es esto?

—No digas nada. —Philips se abrió paso hasta su mesa avanzando, por entre el desorden.— Mi vida se está desintegrando, y los comentarios agudos

no me la van a solucionar.

Tomó los mensajes que Helen había dejado. Tal como esperaba, había llamadas importantes de Goldblatt y Drake. Después de mirarlas durante un minuto, dejó que las dos hojas de papel cayeran en una suave espiral hasta su gran cesto. Finalmente se volvió hacia la computadora y le suministró la radiografía de Kristin.

—¡Bueno! ¿Cómo anda eso? —preguntó Michaels, desde la puerta.

Por el desorden adivinaba que poco habían cambiado las cosas desde su visita anterior, efectuada por la mañana.

—Según a qué te refieras —dijo Philips—. Si hablas del programa, va bien. Sólo he procesado unos pocos radiogramas, pero hasta el momento funciona con una precisión de un ciento diez por ciento.

—Magnífico —aplaudió Michaels.

—Mejor que magnífico. ¡Es fantástico! La única cosa de este lugar que resulta bien. Sólo lamento no tener más tiempo para trabajar en ello. Por desgracia, estoy atrasado con mi trabajo, pero esta noche me quedaré un rato para procesar todas las radiografías que pueda.

Philips vio que Denise se volvía a mirarlo. Trató de interpretar su expresión pero el ruidoso metralleo de la máquina de escribir, que escupía rápidamente su informe, atrajo su atención. Michaels apareció por detrás de él para leer por encima de su hombro. Denise pensó que parecían dos padres orgullosos de su retoño.

—Está interpretando la radiografía que acabo de tomarle a una muchacha —explicó Martin—. Se llama Kristin Lindquist. Se me ocurrió que ella podía tener la misma anormalidad que los otros pacientes que te describí. Pero no es así.

—¿Por qué te interesa tanto esa anormalidad en especial? —preguntó Michaels—. Personalmente, preferiría que te dedicaras al programa en sí. Más adelante tendrás tiempo para divertirte con esa clase de cosas.

—Cómo se ve que no eres médico —comentó el radiólogo—. Cuando presentemos esta pequeña computadora a la aletargada y soñolienta clase médica, será como confrontar a la Iglesia Católica del Medioevo con la astronomía de Copérnico. Si logramos presentar una nueva señal radiológica que el programa haya descubierto, la aceptación será mucho más fácil.

Cuando la máquina de escribir hizo una pausa, Philips arrancó el informe. Después de recorrer velozmente la página, volvió al párrafo central.

—No lo puedo creer.

Tomó la placa y la puso otra vez en el visor. Bloqueando con las manos la mayor parte de la imagen, aisló una pequeña zona en la parte trasera del cráneo.

—¡Ahí está! ¡Dios mío! Yo sabía que la paciente tenía los mismos síntomas. El programa recuerda los otros casos y ha podido encontrar este pequeño ejemplo de la misma anormalidad.

—Y nos pareció que en los otros casos había sido muy sutil —comentó Denise, mirando por encima del hombro de Philips—. Aquí sólo está afectada la punta del polo occipital, no la región parietal ni la temporal.

—Tal vez sea una primera etapa en el proceso de la enfermedad —sugirió Philips.

—¿Qué enfermedad? —preguntó Michaels.

—No lo sabemos con seguridad, pero varias de las pacientes que presentaban la misma anormalidad estaban siendo objeto de estudio por probable esclerosis múltiple. Se trata de un tiro a ciegas.

—Yo no veo nada —admitió el físico.

Acercó la cara a la radiografía, pero fue inútil.

—Es una cualidad de la textura. Tienes que conocer cómo es la textura normal antes de apreciar la diferencia. Créeme, existe. El programa no la ha inventado. Mañana llamaré otra vez a la paciente y estudiaré esa zona en particular. Tal vez con algunas radiografías mejores puedas detectarla.

Michaels admitió que su apreciación de la normalidad no era muy buena y, después de rechazar una invitación, a cenar en la cafetería, se disculpó. Cuando estaba en la puerta volvió a insistir para que Martin dedicara más tiempo a procesar películas viejas con la computadora, diciendo que existía una buena posibilidad de que el programa detectara muchas clases de nuevas señales radiológicas y, si Philips perdía el tiempo investigándolas una por una, jamás ajustarían el sistema. Luego se marchó, agitando la mano por última vez.

—Está preocupado, ¿verdad? —observó Denise.

—Y con razón. Hoy me dijo que para manejar ese programa han diseñado otra procesadora cuya memoria es aún más eficiente. Al parecer estará lista dentro de poco, y entonces yo seré la única causa de demora.

—¿Y por eso piensas trabajar esta noche?

—Por supuesto.

Al mirarla, Martin notó por primera vez lo cansada que estaba. Había trabajado todo el día casi sin dormir.

—Tenía la esperanza de que quisieras venir a mi apartamento para cenar algo y quizá para terminar lo que comenzamos anoche.

Se estaba mostrando deliberadamente erótica, y Martin era blanco fácil. La manifestación sexual sería un modo fantástico de eliminar las frustraciones y la exasperación de todo el día. Pero tenía trabajo por hacer y Denise era demasiado importante para usarla, como había usado a las enfermeras, en sus tiempos de interno, cuando necesitaba liberar tensiones.

—Tengo aún trabajo por hacer —replicó al fin—. ¿Por qué no vuelves temprano a tu casa? Te llamaré; tal vez vaya más tarde.

Pero Denise insistió en esperar mientras él revisaba todos los angiogramas y las tomografías del día, que ya habían sido examinadas por sus compañeros de Neurorradiología. Aunque su nombre no apareciera en los informes, Philips revisaba lo que se hacía en su departamento.

Eran las siete menos cuarto cuando echó la silla atrás y se incorporó para desperezarse.

—¿Qué te pasa? —preguntó a Denise, viendo que ocultaba el rostro.

—No quiero que me veas la horrible cara que tengo.

Él, sacudiendo la cabeza como si no pudiera creerlo, alargó una mano para levantarle la barbilla, pero ella se la retiró. En pocos segundos, desde el

momento en que apagaron el visor, se había transformado, de una profesional eficiente, en una mujer sensible. En lo que a Martin concernía, tal vez tuviera aspecto de cansada, pero estaba tan atractiva como siempre. Trató de decírselo, pero ella no quiso creerle. Le dio un beso rápido y dijo que iba a su casa a darse un largo baño. Que esperaba verlo más tarde. Y se marchó como un pájaro en vuelo.

Martin tardó algunos segundos en ordenar sus ideas. Denise tenía la facultad de ofuscarle el cerebro. Estaba enamorado y lo reconocía. Buscó el número de Kristin y lo marcó en el teléfono, pero no obtuvo respuesta. Entonces decidió llevarse la carpeta de la correspondencia para revisarla mientras cenaba en la cafetería.

Eran las nueve y cuarto cuando Martin terminó con los dictados y la correspondencia. Mientras tanto había podido procesar otras veinticinco placas por la computadora, que funcionaba impecablemente. Randy Jacobs iba y venía entre el archivo y su despacho; había estado guardando los sobres devueltos, pero como al mismo tiempo traía otros cientos de ellos, la oficina de Philips estaba más desorganizada y revuelta que antes.

Desde su mesa, Martin trató nuevamente de hablar con Kristin. Ella atendió a la segunda señal de llamada.

—Va a tener que disculparme —dijo él—, pero al mirar su radiografía con más detenimiento detecté una zona que necesita un examen más intenso. Quisiera pedirle que viniera otra vez, mañana por la mañana, digamos.

—Por la mañana no —repuso la muchacha—. Van dos días seguidos que no voy a clase, y no quiero seguir faltando.

Se pusieron de acuerdo para que ella se presentara a las tres y media. Martin le aseguró que no la harían esperar. Al llegar, debía entrar directamente en su despacho.

Después de cortar, Martin se recostó en la silla y dejó que los problemas del día cayeran sobre él. Las conversaciones con Mannerheim y Drake eran exasperantes, pero al menos correspondían y encajaban con la personalidad de ambos. En cambio, el diálogo con Goldblatt había sido diferente. Philips no esperaba semejante ataque de alguien que había sido su profesor. Estaba casi seguro de que el anciano había sido responsable de que lo nombraran subdirector de Neurorradiología, cuatro años antes. Por eso no tenía sentido. Si tras la conducta de Goldblatt se ocultaba una franca hostilidad hacia el trabajo de la computadora, les esperaban más problemas de los que él y Michaels habían supuesto. Al pensar en eso, Martin se incorporó para buscar la lista de los pacientes que presentaban la posible señal radiológica. La corroboración de la nueva técnica de diagnóstico había asumido una tremenda importancia. En cuanto halló la lista, agregó el nombre de Kristin Lindquist.

Aun aceptando el disgusto que Goldblatt sentía por la nueva computadora, su conducta seguía careciendo de sentido. Sugería una coalición con Mannerheim y Drake. Y para que Goldblatt se aliara con aquel neurocirujano, algo extraordinario debía estar ocurriendo. Algo muy extraño.

Philips tomó la lista de un manotazo: Marino, Lucas, Collins, McCarthy y Lindquist. Después de McCarthy había escrito: «Laboratorio de Neurocirugía».

Si Mannerheim podía ser tortuoso, también él lo sería.

Salió de su oficina, apenas iluminada, hacia el resplandor del pasillo. En la zona de las salas de Fluoroscopia vio lo que buscaba: los carritos de limpieza del personal de portería.

Acostumbrado a trabajar hasta muy tarde, Martin contaba con muchas oportunidades de relacionarse con el personal de limpieza. Varias veces habían tenido que limpiarle la oficina estando él allí. En broma, le decían que realmente vivía en secreto bajo la mesa de su despacho. Era un grupo interesante, compuesto por dos hombres de veintitantos años, uno blanco y el otro negro, y dos mujeres mayores, portorriqueña una e irlandesa la otra. Philips quería hablar con la irlandesa, que llevaba catorce años trabajando en el centro y era la supervisora, al menos en teoría.

Encontró al equipo en la sala de Fluoroscopia, en plena pausa del café.

—Oiga, Tesoro —dijo a la irlandesa.

«Tesoro» era su sobrenombre, porque así llamaba ella a todo el mundo.

—¿Puede entrar en el laboratorio de Investigaciones de Neurocirugía?

—Puedo entrar en cualquier parte de este hospital, excepto en los armarios donde se guardan los narcóticos —afirmó Tesoro, orgullosa.

—Magnífico. Voy a hacerle un ofrecimiento que no podrá rehusar.

Y pasó a decirle que necesitaba su llave maestra durante quince minutos, para sacar de ese laboratorio un espécimen que necesitaba radiografiar. A cambio le haría una tomografía gratuita.

Tesoro tardó un minuto en dejar de reír.

—No tendría que dársela, pero siendo usted quien es... Por favor, tráigala antes de que salgamos de Radiología. O sea, tiene veinte minutos.

Philips usó el túnel para entrar en el Edificio de Investigaciones Watson. El ascensor esperaba en el vestíbulo desierto; entró y pulsó el piso deseado. Aunque estaba en medio de un concurrido centro médico, situado en una ciudad populosa y en expansión, se sentía aislado y solo. Las investigaciones se realizaban entre las ocho y las cinco, de modo que el edificio estaba vacío. Sólo se oía el viento que silbaba en el pozo del ascensor, a medida que ascendía. Cuando las puertas se abrieron, salió a un vestíbulo mal iluminado. Pasó por una puerta de incendios que lo condujo a una larga sala; debía ocupar toda la longitud del edificio. Para ahorrar energía, casi todas las luces estaban apagadas. Tesoro no le había dado una llave, sino todo el manojo, que tintineaba en el silencio del edificio desierto.

Al laboratorio de Neurocirugía le correspondía la tercera puerta a la izquierda, próxima al otro extremo del corredor. Martin, al acercarse, se sintió tenso. La puerta del laboratorio era metálica, con un vidrio central esmerilado. Tras echar una mirada por encima del hombro, introdujo la llave maestra en la cerradura y la puerta se abrió, girando despacio. Philips entró rápidamente y cerró tras de sí. Trató de tomar a broma su propia sensación de suspenso, pero no sirvió de nada. Su nerviosismo había superado toda proporción con lo que estaba haciendo. Decidió que no servía para ladrón.

El interruptor de luz emitió un sonido desacostumbradamente audible y un bloque de tubos fluorescentes bañaron de luz el inmenso laboratorio,

cruzado de punta a punta por dos mostradores centrales provistos de equipo completo: fregaderos, mecheros de gas y estantes con diversos utensilios. En el otro extremo había una zona para cirugía de animales, con todo el aspecto de un quirófano moderno, pero más pequeño; tenía reflectores, una pequeña mesa de operaciones y hasta una máquina para anestesia. No había separación entre el quirófano y el laboratorio, pero aquél estaba embaldosado. En conjunto, constituía un espectáculo impresionante, tributo a la capacidad de Mannerheim para obtener fondos para la investigación.

Aunque Philips no tenía idea de dónde podía guardarse un cerebro, se le ocurrió que podía existir una colección, de modo que sólo buscó en los armarios más grandes. No encontró nada, pero descubrió que había otra puerta cerca de la zona destinada a cirugía. Tenía un panel de vidrio transparente protegido con tela metálica. Arrimándose a esa ventanita, echó una mirada al cuarto oscuro que había detrás. Se veía una serie de estantes con frascos de vidrio, que contenían cerebros sumergidos en líquidos conservadores.

Con cada segundo que transcurría, el nerviosismo de Martin iba en aumento. En cuanto vio los cerebros sintió la necesidad de buscar el de McCarthy y salir de allí. Abrió la puerta de un empujón y se puso a revisar apresuradamente las etiquetas. De pronto sintió el impacto de un fuerte olor animal; en la oscuridad, a la izquierda, percibió varias jaulas, pero los frascos acaparaban su interés; cada uno tenía una etiqueta con su nombre, un número de inscripción y una fecha. Philips recorrió a paso rápido aquella larga fila de frascos, suponiendo que la fecha correspondía al fallecimiento del paciente. Como la única luz era la que pasaba por el vidrio de la puerta, tenía que acercarse a los frascos a cada paso. El de McCarthy estaba precisamente en el otro extremo de la habitación, junto a la puerta de salida.

Al alargar la mano para tomar el espécimen, Philips quedó alelado por un grito escalofriante que resonó por toda la habitación. De inmediato se oyó un ruido de metal chocando contra metal. Philips, flexionando las rodillas, giró en redondo para defenderse y se golpeó el hombro contra la pared. Otro alarido restalló en el aire, pero el ataque no se produjo. En cambio, Martin se encontró mirando de frente a un mono enjaulado. El animal estaba completamente encolerizado; los ojos eran carbones ardientes y mostraba la dentadura, en la que faltaban dos piezas, rotas al tratar de morder los barrotes de acero de su prisión. De la cabeza le salía un grupo de electrodos, semejantes a fideos multicolores.

Philips comprendió que estaba ante uno de los animales que Mannerheim y sus muchachos habían convertido en monstruos aullantes. En el Centro Médico se sabía bien que el más reciente interés del neurocirujano consistía en hallar la ubicación exacta del centro cerebral asociado con la cólera. El hecho de que otros investigadores negaran la existencia de ese punto no había frenado el interés de Mannerheim.

En tanto la vista de Philips se ajustaba a la luz escasa de la habitación, fue descubriendo varias jaulas más. Cada una encerraba un mono, y en los prisioneros se veía todo tipo de mutilaciones cefálicas. A algunos se les había reemplazado toda la parte trasera del cráneo por semiesferas de plexiglás, a

través de las cuales pasaban cientos de electrodos. Unos cuantos se mostraban dóciles, como si hubieran sido objeto de lobectomías.

Philips se puso de pie. Sin perder de vista al animal rabioso, que seguía gritando y sacudiendo ruidosamente la jaula, levantó el frasco que contenía el cerebro de McCarthy, parcialmente disecado. Detrás había una serie de platinas de microscopio ligadas por una anilla de goma. Se las llevó también. Iba a retirarse cuando oyó que se abría la puerta exterior del laboratorio y volvía a cerrarse; enseguida se percibieron unos ruidos sordos.

Martin se dejó ganar por el pánico. Sujetando frasco, platinas y llaves, abrió la puerta trasera. Frente a él, las escaleras de incendio se hundían en una interminable serie de ángulos. Se detuvo en lo alto de la escalera, comprendiendo que huir no era ninguna solución. Y entonces, sujetando la puerta antes de que se cerrara, volvió al laboratorio.

—Doctor Philips —dijo el sorprendido guardia. Se llamaba Peter Chobanian. Formaba parte del equipo de baloncesto del Centro Médico y solía conversar con Philips, cuando estaba de servicio —. ¿Qué está haciendo por aquí?

—Necesitaba comer un bocado —respondió Martin, francamente, levantando el frasco.

-Ahhhh —Chobanian apartó la vista-. Hasta que entré a trabajar aquí pensaba que sólo los psiquiatras estaban chiflados.

-Bromas aparte —dijo Philips, adelantándose sobre sus flojas piernas—, tengo que tomar unas radiografías de este espécimen. Debía retirarlo hoy, pero no lo hice.

Y saludó con la cabeza al otro guardia, a quien no conocía.

—La próxima vez que suba, avísenos —advirtió Chobanian—. Los microscopios de este edificio parecen tener patas, así que estamos tratando de vigilar bien.

Philips pidió a uno de los técnicos radiólogos del turno de noche que fuera a Neurorradiología, si le dejaban tiempo los múltiples accidentes que se atendían en Urgencias, para brindarle su opinión. Había tratado inútilmente de tomar una radiografía del cerebro parcialmente disecado, que había depositado sobre una hoja de papel. Sin embargo, hiciera lo que hiciese, las imágenes resultaban deficientes. En todas las placas era difícil distinguir la estructura interna. Trató de reducir el kilovoltaje, pero no sirvió de nada. El técnico, al echar un vistazo al cerebro, se puso verde y se fue.

Por fin Martin creyó descubrir en qué radicaba el problema. Aunque el cerebro había estado en formol, la estructura debía haberse descompuesto lo bastante como para borrar cualquier definición radiológica. Philips lo dejó caer nuevamente en su frasco y lo llevó a Patología, junto con las platinas para observación.

El laboratorio no estaba cerrado, pero allí no había nadie. Quienquiera tuviese ganas de robar microscopios debía ir a esa sección, pensó Philips. Cuando abrió la puerta de la sala de autopsias la encontró también vacía. Se acercó a la larga mesa central, donde se veía toda una hilera de microscopios, cada una con su grabador al lado, recordando la primera vez que había

estudiado su propia sangre. Rememoró su temor al pensar que la muestra pudiera resultar leucémica. La época de estudiante había sido fértil en enfermedades imaginarias, y Martin las había contraído todas.

En el fondo del cuarto encontró un calentador Bunsen en donde hervía una probeta con agua. Dejó el frasco y las platinas y se quedó esperando. No tuvo que aguardar mucho antes que un interno de patología, de gordura rayana en la obesidad, entrara con paso de pato. Obviamente no esperaba tener compañía, pues se estaba subiendo el cierre de la bragueta. Se llamaba Benjamín Barnes. Philips se presentó y preguntó si podía hacerle un favor.

—¿Qué clase de favor? Estoy tratando de terminar con esta autopsia para poder escaparme de aquí.

—Tengo unas cuantas platinas para observación. ¿No podría echarles un vistazo?

—Aquí tenemos muchos microscopios. ¿Por qué no las mira usted mismo?

Era un modo presuntuoso de tratar a un superior, aunque fuera de otro departamento, pero Martin se obligó a contener la irritación.

—Hace años que no he utilizado un microscopio —dijo—. Además se trata de un cerebro. Nunca fue mi punto fuerte.

—Le convendría esperar a que abra Neuropatía, por la mañana.

—Quisiera tener una primera impresión ahora mismo.

Philips, por experiencia, no creía que los gordos fueran alegres, y ese patólogo le estaba confirmando su opinión. De mala gana, tomó las platinas y puso una bajo un visor. Después puso otra. Le llevó unos diez minutos terminar con el lote.

—Interesante —comentó—. Mire, vea esto.

Y se apartó para que Philips pudiera ver.

—¿Ve esa zona abierta? —preguntó.

—Sí.

—Allí tendría que haber una célula nerviosa.

Philips lo miró fijamente.

—Todo este material marcado en rojo muestra zonas donde faltan las neuronas o están en mal estado —explicó el interno—. Lo extraño es que casi no se nota inflamación alguna. No tengo idea de qué se trata. Tendría que describirlo como «muerte multifocal y discreta de las neuronas, de etiología desconocida».

—¿No quiere hacer un intento de adivinar la causa?

—No.

—¿No podría ser esclerosis múltiple?

—Quizás. De vez en cuando se producen lesiones de la materia gris en la esclerosis múltiple, aunque por lo común se la distingue en la materia blanca. Pero no tienen ese aspecto. Tendría que haber una mayor inflamación. Para asegurarme debería hacer un análisis de mielina.

—¿Y qué me dice del calcio? —preguntó Philips, sabiendo que entre las pocas cosas que afectaban la densidad de los rayos X, el calcio era una.

—No veo nada que hable de calcio. Repito: tendría que analizar la

mielina.

—Otra cosa —pidió Philips—. Quisiera algunas muestras del lóbulo occipital.

Y palmeó la parte superior del frasco.

—¿No quería solamente que echara un vistazo a las platinas que trajo?

—En efecto. No quiero que estudie el cerebro: sólo que lo seccione.

Martin había tenido un mal día y no estaba de humor para tratar con internos perezosos. Barnes tuvo el suficiente sentido común de no decir nada más. Tomó el frasco de vidrio y entró en el cuarto de autopsias, seguido por Philips. Sacó el cerebro del formol y lo puso en el mostrador de acero inoxidable, junto al fregadero. Blandiendo uno de los grandes cuchillos de autopsia, permitió que Philips le indicara la zona deseada y practicó cortes de un centímetro para ponerlos en parafina.

—Las muestras las haré mañana. ¿Qué clase de pruebas quiere?

—Todas las que se le ocurra —dijo Philips—. Y una cosa más. ¿Conoce al encargado nocturno de la morgue?

—¿Se refiere a Werner?

Philips asintió.

—Más o menos. Es un tipo algo raro, pero de confianza, y trabajador. Hace muchos años que está aquí.

—¿Cree que se deja sobornar?

—No tengo idea. ¿Para qué podrían sobornarlo?

—Vaya a saber. Glándulas pituitarias para obtener hormonas del crecimiento, dientes de oro, favores especiales.

—No sé, pero no me sorprendería.

Tras la perturbadora experiencia en el laboratorio de Neurocirugía, Philips se sentía bastante inquieto mientras seguía la línea roja que llevaba a la morgue, en el sótano. La enorme sala oscura, semejante a una caverna, le parecía el escenario ideal para alguna obra de horror. Las ventanas de cuarzo, en la puerta del incinerador, relucían en la oscuridad como el ojo de un monstruo ciclópeo.

«Por el amor de Dios, Martin, ¿qué diablos te pasa?», se dijo, tratando de fortalecer su menguante confianza.

La morgue tenía el mismo aspecto que en la noche anterior; las lámparas sin bombillas colgadas de los alambres daban a la escena un aire extraño y ultraterreno. Se percibía un ligero olor a podredumbre. La puerta del refrigerador estaba entreabierta, y la luz del interior se volcaba parcialmente por una corriente de neblina fría.

—¡Werner! —llamó Philips.

Su voz levantó ecos en la antigua sala embaldosada. No hubo respuesta. Entró en la habitación y la puerta se cerró tras él.

—¡Werner!

Sólo una canilla que goteaba quebraba el silencio. Philips, vacilando, se adelantó hasta el refrigerador para echar un vistazo. Werner estaba forcejeando

con uno de los cadáveres que, al parecer, se había caído de la camilla; el encargado luchaba con el cuerpo desnudo y rígido, tratando torpemente de volverlo a su sitio. Necesitaba ayuda, pero Philips permaneció donde estaba, observándolo. Cuando Werner consiguió dejar el cadáver en la camilla, él se adelantó para llamarlo otra vez, con una voz que sonó como a madera.

—¡Werner!

El encargado flexionó las rodillas y alzó las manos, como una criatura de la selva a punto de atacar. Philips lo había tomado por sorpresa.

—Quiero hablar con usted. —Tenía intenciones de mostrarse autoritario, pero su tono era débil. Allí, rodeado de muertos, se le desmoronaban las defensas.— Comprendo su posición y no quiero causarle problemas, pero necesito cierta información.

Werner, al reconocerlo, se tranquilizó pero siguió inmóvil. El aliento le brotaba en pequeñas nubes de vapor condensado.

—Tengo que encontrar el cerebro de Lisa Marino. No me importa quién se lo haya llevado ni por qué motivos. Sólo quiero la oportunidad de echarle un vistazo por motivos de pura investigación científica.

Werner era como una estatua. Hubiera podido ser uno de los muertos, de no ser por el aliento visible.

—Vea —agregó Martin—, estoy dispuesto a pagarle.

Nunca en su vida había sobornado a nadie.

—¿Cuánto? —preguntó el encargado.

—Cien dólares.

—No sé nada del cerebro de la Marino.

Philips observó las facciones heladas de ese hombre. Dadas las circunstancias, se sentía impotente.

—Bueno, si en algún momento recuerda algo, llámeme a Rayos X. —Se volvió para salir, pero al llegar al corredor no pudo contener el impulso de echar a correr hacia los ascensores.

Philips inspeccionó los nombres en el vestíbulo exterior del edificio donde vivía Denise. Sabía aproximadamente cuál era el departamento de ella, pero había tantos que siempre debía fijarse. Después de apretar el botón negro, esperó, con la mano en el picaporte, a que el zumbido del portero electrónico lo dejara entrar.

El interior olía como si todo el mundo hubiera sofrito cebollas para la cena. Philips empezó a subir las escaleras. Había ascensor, pero si no estaba en el vestíbulo tardaba demasiado en llegar, y Denise vivía sólo en el tercer piso. Sin embargo, al ascender el último tramo, Philips empezó a darse cuenta de lo cansado que estaba. La jornada había sido larga y difícil.

Denise había vuelto a metamorfosearse. Había dormido un ratito después de bañarse y ya no parecía cansada. Tenía suelto el pelo reluciente, que le caía en una cascada de suaves ondas. Vestía una camisa de satén rosado con pantalones de la misma tela, que dejaban un conveniente espacio al juego de la imaginación. A Martin se le evaporó parte de la fatiga; siempre lo sorprendía

esa capacidad de Denise para abandonar su eficiente personalidad del hospital, aun comprendiendo que ella confiaba lo bastante en sus facultades intelectuales como para permitirse fantasías femeninas. Se trataba de un equilibrio raro y maravilloso.

Se abrazaron en la puerta; luego, sin decir nada, entraron al dormitorio tomados del brazo. Martin la atrajo hacia la cama. Al principio ella se limitó a ceder, disfrutando de la ansiedad masculina, pero por fin se le unió, equiparando su propia pasión a la de él, hasta que los dos quedaron exhaustos en una mutua satisfacción.

Pasaron un rato acostados, felices de estar juntos, con el deseo de retener en la mente el placer compartido. Al fin Martin se incorporó sobre un codo, para seguir con el dedo la nariz cincelada de Denise y la línea de sus labios.

—Creo que esta relación se nos está yendo de las manos por completo —comentó, sonriente.

—Estoy de acuerdo.

—Tengo síntomas desde hace un par de semanas, pero sólo en estos últimos días he podido establecer un diagnóstico. Estoy enamorado de ti, Denise.

Para la muchacha, esa palabra nunca había tenido un significado más poderoso. Hasta entonces, Martin nunca había hablado de amor ni siquiera al decirle lo mucho que contaba para él.

Se besaron levemente. No hacían falta las palabras, pero agregaban una nueva dimensión de intimidad. Después de algunos segundos, él añadió:

—Admitir que te amo me asusta en un sentido. La medicina acabó con mi matrimonio, y temo que vuelva a ocurrir.

—No lo creo.

—Yo sí; sabe cómo apoderarse de uno con exigencias cada vez mayores.

—Pero yo comprendo esas exigencias.

—No estoy seguro de que las comprendas todavía.

Reconocía que el comentario debía sonar condescendiente, pero sabía que, en ese punto de la carrera de Denise, sería imposible convencerla de que dirigir un departamento convertía a la medicina en una diaria carrera de ratas, como cualquier otra actividad. Además, la amenaza de Goldblatt contra las relaciones entre los dos estaba muy presente en su memoria, y la preocupación no era del todo hipotética.

—Creo comprenderlas mejor de lo que piensas —observó ella—. Me parece que has cambiado desde tu divorcio. Por entonces parecías albergar la creencia machista de que podías obtener casi todas tus satisfacciones de tu carrera. Ahora, creo que eso ha cambiado. Has comprendido que la mayor parte de tu satisfacción debe provenir de tus propias relaciones personales.

Se produjo un silencio. Martin estaba pasmado, tanto por su propia transparencia como de la clarividencia de Denise. Ella rompió el silencio.

—Sólo una cosa no puedo comprender. Si te interesa vivir un poco más fuera del hospital, ¿por qué no trabajas menos en tu investigación?

—Porque puede ser la clave de mi libertad —repuso él, estrechándola—. Tú te has convertido en mi promesa de satisfacción, y la investigación tiene la

facultad de otorgarme lo que deseo de la medicina, así como más tiempo para pasarlo contigo.

Se besaron, seguros en ese mutuo afecto recién expresado. Pero mientras se abrazaban empezaron a sentir la fatiga y comprendieron que debían dormir. Denise fue a lavarse los dientes, mientras Martin dejaba que su mente regresara a la misteriosa desaparición de Lynn Anne. Echando una mirada al baño cerrado, decidió hacer una rápida llamada al hospital, para recordar a la enfermera que Lynn Anne había sido hospitalizada a través de Urgencias y trasladada inmediatamente. La enfermera tenía presente el caso, pues el traslado se había producido en cuanto ella terminó de llenar la ficha del ingreso. Martin le preguntó si recordaba a donde había sido llevada la paciente, pero ella respondió que no. Después de darle las gracias, el radiólogo cortó.

En la cama, acurrucado contra la espalda de Denise, le costó conciliar el sueño. Empezó a hablarle de su perturbadora experiencia con los monos llenos de electrodos y le preguntó si, en su opinión la información obtenida por Mannerheim justificaba esos sacrificios. Ella, a punto de quedarse dormida, se limitó a gruñir, pero la mente excitada de Martin volvió a su visita a la clínica ginecológica de la universidad.

—Oye, ¿conoces la clínica ginecológica del hospital?

Se incorporó sobre un codo, para poner a Denise de espaldas, y ese movimiento la despertó.

—No, no he estado nunca.

—Yo estuve hoy y ese lugar me produjo una impresión extraña.

—¿A qué te refieres?

—No sé. Es difícil de expresar, pero a decir verdad no conozco muchas clínicas ginecológicas.

—Son muy divertidas —afirmó ella, sarcástica, y volvió a darle la espalda.

—¿Me harías un favor? ¿Por qué no te das una vuelta por allí?

—¿Como paciente, quieres decir?

—Me da lo mismo. Quisiera tu opinión con respecto al personal.

—Bueno, estoy un poco retrasada con mi control anual. Podría hacérmelo allí. Iré mañana.

—Gracias —dijo Martin.

Y por fin se acomodó para dormir.

10

Eran más de las siete cuando Denise despertó y echó mano al reloj. Al ver la hora quedó horrorizada. Estaba tan acostumbrada a que Martin se levantara a las seis que no había puesto el despertador. Arrojando las mantas,

corrió al baño para entrar en la ducha. Philips abrió los ojos a tiempo para divisar su espalda desnuda en el pasillo. Una imagen maravillosa con la que iniciar el día.

Quedarse dormido había sido un gesto deliberado por parte de Philips, en desafío a su antigua vida, y se estiró perezosamente en la cama tibia. Pensó volver a dormir, pero acabó diciendo que sería mejor ducharse junto con Denise.

Ya en el baño, descubrió que ella casi había terminado y no estaba de humor para jugueteos. Al entrar en la ducha le estorbó el camino, y ella le recordó petulante, que debía estar en Radiología a las ocho en punto.

—¿Por qué no hacemos otra vez el amor? —ronroneó Martin—. Te daré un certificado médico por llegar tarde.

Denise le arrojó la esponja mojada a la cabeza y salió a la alfombrilla. Mientras se secaba, se hizo oír por encima del ruido del agua.

—Si terminas a una hora decente, esta noche prepararé una cena.

—No quiero sobornos —gritó Martin—. Voy a ver qué dicen en Patología de mis secciones de cerebro, y también espero tomar unas politomías y una radiografía seriada de Kristin Lindquist. Además tengo que procesar un montón de radiografías viejas en la computadora. La investigación será soberbia.

—Eres terco —dijo Denise.

—No: apremiante.

—¿Cuándo quieres que vaya a la clínica ginecológica ?

—Lo antes posible.

—De acuerdo. Iré mañana.

Mientras Denise usaba el secador de pelo era imposible conversar. Martin salió de la ducha y se afeitó con una de las navajitas desechables que ella tenía. Los dos tuvieron que efectuar complicados pasos de danza para adaptarse a los límites del pequeño baño.

—¿A qué piensas que pueda deberse esa variación de densidad en las radiografías? —preguntó Denise, mientras se acercaba al espejo para maquillarse los ojos.

—En realidad no lo sé —respondió él, tratando de domar su espeso pelo rubio—. Por eso llevé el material a Patología.

Denise se echó hacia atrás para estudiar el resultado de sus esfuerzos.

—Se diría que averiguar eso debería ser el primer paso, en vez de asociar la anormalidad con una enfermedad específica, como la esclerosis múltiple.

—Tienes razón —dijo Philips—. La idea de la esclerosis múltiple surgió por las historias clínicas, Pero ¿sabes una cosa? Acabas de darme otra idea.

Philips entró en el viejo edificio de la facultad desde el túnel, pues hacía tiempo que la entrada de la calle permanecía clausurada. Mientras subía las escaleras hasta el vestíbulo experimentó una sorprendente nostalgia por esa época de su vida, en que el futuro sólo contenía promesas. Al llegar a la familiar puerta de madera oscura, con los gastados paneles de cuero rojo, se detuvo. El

cartel, pulcramente escrito, que decía FACULTAD DE MEDICINA, había sido reemplazado por una tosca tabla clavada sobre la puerta, de cualquier modo; debajo, sujeto con chinchetas, un letrero de cartón decía «Facultad de Medicina en el Edificio Burger».

Más allá de las venerables puertas, el decorado se deterioraba. El antiguo vestíbulo había sido demolido; su revestimiento de roble, vendido en subasta pública. Los fondos para la renovación se habían agotado aun antes de concluir la demolición.

Martin siguió una senda despejada de escombros, abierta en torno de lo que había sido una cabina de información, y empezó a subir la escalera curva. Del otro lado del vestíbulo se veía la entrada de la calle. Las puertas estaban cerradas por una cadena.

El destino de Philips era el Anfiteatro Barrow. Al llegar reparó en un nuevo cartel que decía: DEPARTAMENTÓ DE CIENCIA DE LA COMPUTACIÓN: DIVISIÓN DE INTELIGENCIA ARTIFICIAL. Philips abrió la puerta y, acercándose a las tuberías de hierro que formaban la barandilla, miró hacia abajo, al auditorio semicircular. Las butacas habían sido retiradas y reemplazadas por toda clase de elementos, dispuestos a intervalos en los diversos niveles. En el foso se veían dos grandes unidades de construcción similar a la de la pequeña procesadora que Philips tenía en su despacho. Un joven vestido con chaquetilla de manga corta estaba trabajando en una de ellas con un soldador en la mano derecha y alambre en la otra.

—¿En qué puedo servirlo? —gritó.

—Busco a William Michaels —chilló Philips a su vez.

—Todavía no ha llegado. —El hombre dejó sus herramientas y se abrió paso hacia él.— ¿Quiere dejarle algún recado?

—Dígale que se comunique con el doctor Philips, ¿quiere?

—Ah, usted es el doctor Philips. Encantado de conocerlo. Soy Cari Rudman, uno de los graduados que trabajan con el señor Michaels.

Rudman le tendió la mano por entre la barandilla. El se la estrechó, impresionado por aquel equipo.

—¡Qué maquinaria tienen aquí! —Martin nunca había visitado el laboratorio de computación hasta entonces y no imaginaba que fuera tan grande—. Me da una impresión rara estar en este lugar. Estudié medicina en este edificio, y aquí, en el anfiteatro, teníamos microbiología.

—Bueno, le estamos sacando bastante utilidad, por lo menos. Si no se hubieran quedado sin dinero para la remodelación, probablemente no nos habrían dado lugar. Y para el trabajo de computación, este lugar es perfecto, porque nunca viene nadie.

—Los laboratorios de microbiología, ¿aún siguen estando detrás del anfiteatro?

—Por supuesto. Y los usamos para nuestras investigaciones sobre memoria. El aislamiento es perfecto. Usted no puede ni imaginar el espionaje que sufrimos en el mundo de la computación.

—Tiene razón —dijo Philips.

En ese momento, su señal de llamada lanzó su insistente sonido.

Después de apagarla, preguntó:

—¿Sabe algo sobre el programa de interpretación de radiografías craneales?

—Por supuesto; es nuestro programa prototipo de inteligencia artificial. Todos sabemos bastante de eso.

—En ese caso tal vez pueda contestarme usted mismo. Quería preguntar a Michaels si se puede imprimir por separado el subprograma que trata de densidades.

—Claro que sí. Bastará con que lo pida a la computadora. Ese aparato es capaz de hacer cualquier cosa, salvo lustrarle los zapatos.

A las ocho y cuarto, Patología estaba ya en pleno funcionamiento. El largo mostrador, con su hilera de microscopios se encontraba rodeado de internos. Desde hacía quince minutos llegaban las muestras congeladas desde cirugía. Martin encontró a Reynolds en su pequeña oficina, frente a un complicado microscopio provisto de una cámara de treinta y cinco milímetros para fotografiar lo que estaba viendo.

—¿Tienes un minuto disponible? —le preguntó.

—Por supuesto. Ya miré esas muestras que trajiste anoche. Benjamín Barnes me las dio esta mañana.

—Es un tipo muy simpático.

—Es irritable, pero excelente en patología. Además, me gusta verlo cerca. Me hace sentir flaco.

—¿Qué descubriste en esas platinas?

—Son muy interesantes. Quiero que las vea alguien de Neuropatía, porque no sé de qué se trata. Las células nerviosas focales se han desprendido o están en mal estado, con los núcleos oscuros y desintegrados. No hay inflamación, prácticamente. Pero lo más extraño es que la destrucción de células nerviosas se ha producido en forma de columnas estrechas, perpendiculares a la superficie del cerebro. Nunca vi nada parecido.

—¿Y qué me dices de las pruebas? ¿Qué resultados dan?

—Nada. No hay calcio ni metales pesados, si a eso te refieres.

—Es decir, no hay nada que pueda aparecer en una radiografía.

—Absolutamente nada. Y menos aún esas microscópicas columnas de células muertas. Barnes dijo que habías sugerido una esclerosis múltiple. Ni por asomo. No hay cambios en la mielina.

—Si tuvieras que arriesgar un diagnóstico, ¿qué dirías?

—Me sería difícil. Tendría que hablar de algún virus. Pero lo haría sin ninguna seguridad. Este material es muy extraño.

Cuando Philips llegó a su oficina, Helen estaba esperándolo en una especie de emboscada. Se levantó de un salto y trató de bloquearle la entrada con un manojo de mensajes telefónicos y correspondencia, pero Philips fingió lanzarse hacia la izquierda y la esquivó por la derecha, sin dejar de sonreír. La noche pasada con Denise le había cambiado totalmente el ánimo.

—¿Dónde estaba? Son casi las nueve.

Helen empezó a transmitirle los mensajes telefónicos, mientras él revolvía su mesa en busca de la radiografía de Lisa Marino. Estaba bajo las

historias clínicas, que a su vez habían quedado bajo la lista grande de radiografías craneales. Con la placa bajo el brazo, Philips se acercó a la pequeña computadora y la encendió. Ante el fastidio de Helen, empezó a suministrarle la información, para indicarle después que le proporcionara el subprograma de densidad.

—La secretaria del doctor Goldblatt llamó dos veces —dijo Helen—. Le he dicho que usted llamará en cuanto llegue.

La unidad impresora quedó activada y preguntó a Martin si deseaba datos digitales y/o análogos. Como él no lo sabía, pidió los dos. La máquina le solicitó que insertara la placa.

—Además —siguió Helen— el doctor Clinton Clark, jefe de Ginecología, llamó personalmente. No su secretaria, sino él. Y parecía muy enojado. Quiere que lo llame. El señor Drake también.

La máquina se puso en actividad y empezó a escupir página tras página de números. Philips la observaba en confusión creciente. Era como si el pequeño artefacto hubiera sufrido una especie de colapso nervioso.

Helen alzó la voz para competir con el rápido metralleo de las teclas.

—Llamó William Michaels, y dijo que lamentaba no haber estado en el laboratorio cuando usted estuvo. Quiere que lo llame. Llamaron de Houston para preguntar si va a presidir el Congreso Nacional de Neurorradiología; dijeron que necesitaban la respuesta hoy mismo. A ver qué más.

Mientras Helen barajaba sus mensajes, Philips fue levantando las incomprensibles hojas cubiertas por miles de cifras. Por fin la impresora dejó de producir números y dibujó un esquema del cráneo lateral, donde las diversas zonas estaban indicadas por un código alfabético. Philips comprendió que, buscando el código correspondiente, podría obtener la hoja correspondiente a las zonas que le interesaban. Pero aun entonces la impresora no se detuvo. Lo siguiente fue un esquema de las diversas zonas del cerebro, con los valores de la densidad impresos en diversos tonos de gris. Era la impresión por analogía, más fácil de interpretar.

—Oh, sí —dijo Helen—. La segunda sala de Angiografía quedará inutilizada durante todo el día, porque van a instalar un nuevo cargador de película.

A esa altura Philips había dejado totalmente de prestarle atención. Al comparar la impresión por analogía, vio que las zonas anormales tenían una densidad total menor que las zonas normales adyacentes. Eso lo tomó por sorpresa, pues aunque los cambios eran sutiles, había pensado, erróneamente, que la densidad era mayor. Lo comprendió al fijarse en el indicador digital; resultaban manifiestos los grandes saltos que se producían entre los valores de las cifras vecinas, razón por la cual se podía pensar, al interpretar las radiografías, que quizás hubiera pequeñas notas de calcio u otro material denso. Pero la máquina le estaba informando que las zonas anormales eran, en total, menos densas o más luminosas que el tejido normal, por lo cual los rayos X podían pasar con mayor facilidad. Philips pensó en las células nerviosas muertas que había visto en Patología; sin embargo, eso no era suficiente para afectar la absorción de los rayos X. Ese misterio escapaba a toda explicación.

—Mire esto —dijo, mostrando a Helen los datos digitales.

La secretaria, asintiendo, puso cara de entender.

—¿Qué significa? —preguntó.

—No sé, a menos que...

Martin se interrumpió en medio de la frase.

—¿A menos que qué?

—Consígame un cuchillo. De cualquier clase —exclamó él, con voz excitada.

Helen le trajo el de la manteca de cacahuete, maravillada por las rarezas de su jefe. Pero cuando volvió a la oficina, desprevenida, contuvo una arcada: Philips estaba sacando un cerebro humano de un frasco de formol. Lo dejó sobre un periódico y sus circunvoluciones familiares centellearon a la luz del visor. Combatiendo una oleada de náuseas, Helen lo vio cortar una sección de la parte trasera. Tras devolver el resto a su frasco, Martin se dirigió hacia la puerta, llevando la sección del cerebro sobre el papel de diario.

—Y la esposa del doctor Thomas lo está esperando en la sala de mielogramas —agregó ella, al ver que se iba.

Martin, sin responder, recorrió velozmente el pasillo hasta el cuarto oscuro. Le llevó algunos minutos ajustar la vista a la luz opaca y rojiza. Cuando pudo ver correctamente, tomó las placas vírgenes, dejó la sección de cerebro sobre una de ellas y volvió a guardarlas en el estante superior. Cerró un sobre con cinta adhesiva, agregando un cartel que decía: «Placa sin revelar. No abrir. Dr. Philips».

Denise llamó a la clínica ginecológica en cuanto salió de su clase. Se limitó a decir que pertenecía a la universidad suponiendo que, para calibrar al personal, sería mejor no revelar su condición de facultativa. Le sorprendió que la recepcionista la hiciera esperar. Cuando la comunicaron con otra persona, ésta le solicitó una impresionante cantidad de información antes de darle hora. La clínica deseaba saberlo todo sobre su salud general, su estado neurológico y su historia ginecológica.

—Será un placer atenderla -dijo la mujer, por fin—. Justamente tenemos un turno libre esta tarde.

—No tengo tiempo. ¿No podría ser mañana?

—Cómo no. ¿A eso de las doce menos cuarto?

—Perfecto —dijo Denise.

Al colgar, se preguntó por qué Martin se mostraba tan suspicaz con respecto a la clínica. Por su parte, acababa de experimentar una reacción muy positiva.

Philips, arrimado a una radiografía colocada en el visor, trataba de descubrir exactamente qué había hecho el traumatólogo con la espalda de la señora Thomas. Al parecer, le habían practicado una extensa laminectomía que involucraba la cuarta vértebra lumbar. En ese momento se abrió de par en par la puerta de su oficina, dando paso a un furioso Goldblatt. Estaba enrojecido, con las gafas bailándole sobre la punta de la nariz. Martin, después de echarle un

vistazo, volvió a su radiografía. Eso aumentó la cólera del jefe.

—Su desfachatez es pasmosa —gruñó.

—Me parece que usted ha entrado aquí violentamente y sin llamar, señor. Yo he respetado su oficina; creo merecer igual actitud por su parte.

—Su reciente conducta con respecto a la propiedad privada no lo hace acreedor a tales cortesías. Mannerheim me llamó al romper el alba, gritando que usted había irrumpido en su laboratorio de investigaciones para robar un espécimen. ¿Es cierto?

—Para tomarlo prestado —corrigió Philips.

—¡Para tomarlo prestado, Santo Dios! —gritó Goldblatt-. Y ayer tomó en préstamo un cadáver de la morgue. ¿Qué diablos le pasa, Philips? ¿Tiene ganas de cometer un suicidio profesional? En ese caso dígamelo y será más fácil para los dos.

—¿Eso es todo? —preguntó Martin, con estudiada calma.

—¡No, no es todo! Clinton Clark dice que usted estuvo aleccionando a uno de sus mejores internos en la clínica ginecológica. Philips, ¿se ha vuelto loco? ¡Usted es neurorradiólogo! Y si no fuera tan bueno ya estaría en la calle.

Martin guardó silencio.

—Ese es el problema —continuó el jefe, cuya voz iba perdiendo el filo de la furia—. Usted es un neurorradiólogo sobresaliente. Vea, Martin, quiero que se mantenga en la sombra por un tiempo, ¿eh? Sé que Mannerheim suele ser un verdadero incordio. Manténgase fuera de su vista. Y por Dios, no se meta en su laboratorio. A ese tipo no le gusta que nadie ande por allí en ningún momento y mucho menos, por las noches.

Por primera vez desde su llegada, Goldblatt permitió que sus ojos recorrieran la atestada oficina de Philips. El increíble desorden lo dejó boquiabierto. Pasó todo un minuto con la vista clavada en su subordinado.

—La semana pasada usted se estaba portando muy bien y realizando un interesante trabajo. Ha sido escogido entre los mejores para que, a su debido tiempo, se haga cargo de este departamento. Le pido que vuelva a ser el antiguo Martin Philips. No comprendo tampoco por qué este despacho está como está. Pero una cosa puedo decirle: si no cambia de actitud tendrá que buscarse otro trabajo.

Goldblatt giró en redondo y salió de la habitación, mientras Philips lo miraba fijamente, en silencio, sin saber si reír o ponerse furioso. Después de todo lo que había pensado sobre la independencia, la idea de que lo despidieran era espantosa. Como resultado, se convirtió en un torbellino de ordenada actividad. Empezó a correr por el departamento, verificando todos los casos que estaban siendo atendidos y haciendo las sugerencias necesarias. Interpretó todas las radiografías acumuladas por la mañana. Llevó a cabo personalmente el angiograma cerebral de un caso difícil, con lo cual quedó definitivamente demostrado que el paciente no necesitaba una intervención quirúrgica. Reunió a los estudiantes y les dio una conferencia sobre la máquina de tomografía axial que los dejó deslumbrados o confundidos por completo, según el grado de concentración de cada uno. Y mientras tanto mantuvo atareada a Helen contestando toda la correspondencia y los mensajes acumulados en los últimos

días. Encima de todo eso, hizo que un empleado ordenara sistemáticamente las radiografías craneales que inundaban su oficina, de modo tal que, hacia las tres de la tarde, había logrado procesar sesenta placas viejas por la computadora, además de comparar los resultados con las interpretaciones dadas en su momento. El programa funcionaba a la perfección.

A las tres y media sacó la cabeza de su despacho para preguntar a Helen si había llamado una tal Kristin Lindquist. Ella sacudió la cabeza. Entonces Philips fue a la sala de Rayos X para preguntar a Kenneth Robbins si la joven había aparecido por allí. Le dijeron que no.

A las cuatro de la tarde había pasado otras seis placas por la computadora, y una vez más la máquina daba a entender que, como radiólogo, era mejor que Philips: había detectado un rastro de calcificación que sugería un tumor de meningiona. Philips, al revisar la radiografía, tuvo que darle la razón. Dejó la placa a un lado y fue a ver si Helen podía localizar al paciente.

A las cuatro y cuarto llamó a Kristin Lindquist. Al segundo timbre atendió su compañera de cuarto.

—Lo siento, doctor Philips, pero no he visto a Kristin desde que salió esta mañana para ir al Museo Metropolitano. No asistió a la clase de las once ni a la de la una y cuarto, cosa muy rara en ella.

—¿Quisiera tratar de localizarla y pedirle que me llame? —preguntó él.

—Con mucho gusto. Para serle franca, estoy algo preocupada.

A las cinco menos cuarto Helen entró en su despacho para hacerle firmar la correspondencia del día, a fin de despacharla camino a su casa. Un poco después de las cinco y media entró Denise.

—Parece que tienes las cosas bajo control —observó, echando una mirada satisfecha a su alrededor.

—Pura apariencia —corrigió Philips, mientras el visor de láser le arrebataba una radiografía de las manos.

Cerró la puerta del despacho para abrazarla con ganas. No quería dejarla ir; cuando por fin la soltó, ella levantó la vista, diciendo:

—Caramba, ¿qué he hecho para merecer esto?

—Me he pasado el día pensando en ti y reviviendo lo de anoche.

Ansiaba desesperadamente hablarle de las inseguridades que Goldblatt le había despertado esa mañana, declararle su deseo de que pasara con él el resto de su vida. La dificultad consistía en que él mismo no se había dado tiempo para pensar y, si bien no quería dejarla ir, también necesitaba estar solo, siquiera por un rato. Cuando ella le recordó que había prometido prepararle una cena, Philips vaciló. Al ver su expresión dolorida, le dijo:

—Pensaba adelantar el procesamiento de estas placas para disponer de tiempo libre, así podríamos ir a la isla el sábado por la noche.

—Eso sería magnífico —reconoció Denise, ablandada—. Ah, a propósito: llamé a Ginecología y pedí turno para mañana a mediodía.

—Bien. ¿Con quién hablaste?

—No sé, pero se mostraron muy simpáticos y pusieron mucho interés para darme hora. Oye, si terminas temprano, ¿por qué no vienes?

Una hora después que ella se fue, llegó Michaels, encantado de saber que

Philips, por fin, había empezado a trabajar seriamente con el programa.

—Está superando todas mis expectativas —dijo Martin—. No he tenido una sola interpretación negativa falsa.

—Fabuloso —dijo Michaels—. Tal vez estemos más adelantados de lo que suponíamos.

—Así parece, sin duda. Si esto sigue así, a comienzos de otoño, podríamos tener en funcionamiento un sistema fiable, comercializable, susceptible de ser comercializado. El congreso anual de radiología sería una buena oportunidad para presentarlo.

Cuando Michaels se marchó, Philips volvió a su trabajo. Había ideado un sistema para alimentar a la máquina con las radiografías viejas con vistas a acelerar el procedimiento. Pero mientras se ocupaba de eso empezó a sentirse cada vez más incómodo por la desaparición de Kristin Lindquist. Su irritación inicial por la aparente falta de palabra de la muchacha iba siendo reemplazada por un creciente sentido de su propia responsabilidad. Sería demasiada coincidencia que algo le ocurriera a esa mujer, impidiéndole hacerse más radiografías.

A eso de las nueve volvió a telefonearla. La compañera de cuarto atendió al primer timbrazo.

—Lo siento, doctor Philips. Debí haberlo llamado, pero no puedo encontrar a Kristin por ninguna parte. Nadie la ha visto en todo el día. Hasta llamé a la policía.

Philips colgó, tratando de negar la realidad con el pensamiento de que eso no era posible. ¡Marino, Lucas, McCarty, Collins, y ahora Lindquist! No, no podía ser, era absurdo. De pronto recordó que no tenía noticias de Ingresos. Al telefonearles, tuvo la sorpresa de que le contestaran a la cuarta señal. Pero la mujer que se encargaba del asunto se había retirado a las cinco y no volvería hasta las ocho de la mañana; no había nadie más que pudiera ayudarlo. Philips colgó con violencia.

—¡Maldición! —gritó, abandonando su banquillo para pasearse por el cuarto.

De pronto recordó que aún tenía la sección del cerebro de la joven McCarthy en el armario. Tuvo que esperar ante el cuarto oscuro a que un técnico acabara de procesar algunas radiografías de emergencia. En cuanto pudo, abrió el armario para retirar la placa virgen y la sección de cerebro, ya seca. Sin saber qué hacer con el espécimen, acabó por dejarlo caer en el cesto de los papeles. La placa pasó al revelador.

Mientras esperaba en el pasillo, junto a la ranura por donde aparecía la radiografía, se preguntó si la desaparición de Kristin podía ser una coincidencia más. Y si no lo era, ¿qué significaba? Más aún, ¿qué podía hacer él?

En ese momento la radiografía cayó en la bandeja de recepción. Él esperaba que fuera totalmente oscura, pero al ponerla en el visor se llevó una sorpresa.

—¡Santo Dios! —exclamó, boquiabierto de incredulidad.

Había una zona luminosa con la forma exacta de la sección de cerebro. Él sabía que había una sola causa posible: ¡radiación! La densidad anormal de los

rayos X provenía de una cantidad notable de radiaciones.

Philips cubrió corriendo todo el trayecto hasta Medicina Nuclear. En el laboratorio próximo al betatrón halló lo que necesitaba: un detector de radiaciones y una caja de embalaje con cobertura de plomo, de tamaño regular. Aunque hubiera podido levantarla, no tenía interés en hacerlo, de modo que la puso en una camilla.

Su primer objetivo fue su propio despacho. El frasco del cerebro estaba decididamente contaminado, de modo que se calzó unos guantes de goma para ponerlo en la caja de plomo. También halló el periódico donde había apoyado el espécimen, y lo arrojó allí. Hasta fue en busca del cuchillo que había usado para cortar el cerebro a fin de guardarlo en la caja. Después con el detector, revisó el cuarto. Estaba libre de radiaciones.

Vació en la caja de plomo todo el contenido del cesto de papeles que había en el cuarto oscuro; luego comprobó el cesto y quedó satisfecho. De regreso a su despacho, se sacó los guantes de goma, los arrojó a la caja y la cerró herméticamente. Tras volver a revisar el cuarto con el detector, comprobó que sólo había una insignificante cantidad de radiaciones. El paso siguiente consistió en sacar la película del dosímetro que llevaba en el cinturón y prepararla para el revelado. Quería saber exactamente cuánta radiación había recibido el cerebro.

Durante esa febril actividad física, trató inútilmente de relacionar dos hechos dispares: cinco mujeres jóvenes, presumiblemente con altos niveles de radiación en la cabeza y quizás en otras partes del cuerpo... síntomas neurológicos que sugerían una enfermedad similar a la esclerosis múltiple... todas con visitas a la clínica ginecológica y análisis de Papanicolau atípicos...

Philips no tenía explicación para esos hechos, pero le parecía que la radiación podía ser el factor central. Se dijo que los altos niveles de radiactividad general pueden provocar alteraciones en las células de la matriz y, por lo tanto, Papanicolau atípicos. Pero resultaba peculiar que todos los casos los tuvieran. Una vez más, tuvo la sensación de explicar un fenómeno específico a través de una simple coincidencia. Y sin embargo, ¿qué otra explicación cabía?

Cuando la limpieza quedó terminada, anotó los números de inscripción de Collins y McCarthy, así como las fechas de sus consultas ginecológicas, en la lista que ya tenía preparada. Con ella corrió por el pasillo central de Radiología y cortó camino por la sala principal de interpretación de Rayos X. Apretó el botón de llamada a los ascensores con creciente urgencia. Comprendía que Kristin Lindquist era una bomba de relojería ambulante. Para que la radiación de su cerebro apareciera en una radiografía común, debía tener una buena cantidad. Y para encontrarla, al parecer, tendría que solucionar todos los enigmáticos hechos de la semana anterior. Ante su sorpresa, encontró a Benjamín Barnes derrumbado en su banquillo; quizás el interno de patología no fuera muy simpático, pero Martin debía reconocer su eficiencia para su trabajo.

—¿Qué lo trae por aquí, por segunda noche consecutiva? —preguntó Barnes.

—Pruebas de Papanicolau —replicó Philips, sin preámbulos.

—Supongo que debo interpretar algún análisis urgente —adivinó el

interno, sarcásticamente.

—No, sólo quiero cierta información. Quiero saber si las radiaciones pueden provocar resultados atípicos en un Papanicolau.

Barnes tardó un momento en contestar.

—Nunca me hablaron de eso en radiología de diagnóstico, pero ciertamente la radioterapia afecta las células de la matriz y, por lo tanto, el resultado de los Papanicolau.

—Si le presentara un análisis atípico, ¿podría decirme si se debe a la radiación?

—Tal vez.

—¿Se acuerda de las platinas que le traje anoche? —continuó Philips—. Las de secciones de cerebro. Esas lesiones en las células nerviosas, ¿podrían ser causadas por la radiación?

—Me parece difícil —respondió Barnes—. Habría que apuntar la radiación con una mira telescópica. Las células nerviosas contiguas a las dañadas tienen aspecto normal.

Philips dejó la mirada en blanco mientras intentaba relacionar aquellos hechos incongruentes. Las pacientes habían absorbido radiaciones en cantidad suficiente como para que aparecieran en una radiografía; sin embargo, a nivel celular, una célula se hallaba totalmente dañada y su vecina, en cambio, en perfectas condiciones.

—Las muestras para los exámenes de Papanicolau ¿se guardan o se tiran? —preguntó por fin.

—Creo que se guardan, al menos por un tiempo. Pero aquí no; en el laboratorio de Citología, que funciona con horario de oficina. Abren por la mañana, a partir de las nueve.

—Gracias —suspiró Philips, preguntándose si debería tratar de obtener acceso a ese laboratorio inmediatamente. Tal vez si llamaba a Reynolds... Estaba a punto de retirarse cuando se le ocurrió algo más—. Al interpretar las muestras de Papanicolau, ¿se anota sólo la clasificación o también la patología?

—Creo que las dos cosas. Los resultados quedan grabados en cinta. Sólo hace falta saber el número de la paciente para leer los informes.

—Muchísimas gracias — repitió Martin—. Con lo ocupado que está, le agradezco el tiempo que me ha dedicado.

Barnes hizo un ligero ademán con la cabeza y volvió a su microscopio.

La terminal de computación de Patología estaba separada del laboratorio por una serie de mamparas divisorias. Martin arrimó una silla y se sentó frente a la unidad. Era similar a la de Radiología; tenía una gran pantalla como de televisión detrás del tablero. Tomando la lista de las cinco pacientes, escribió el nombre de Katherine Collins, seguido de su número y el código correspondiente al Papanicolau. Hubo una pausa. Al fin aparecieron varias letras en la pantalla, como si alguien estuviera escribiendo a máquina. Primero deletrearon aceleradamente el nombre de Katherine Collins. Tras una breve pausa apareció la fecha de su primer Papanicolau y el resultado:

EXTENSIÓN ADECUADA: BUENA FIJACIÓN Y DENSIDAD,

CÉLULAS MUESTRAN MADURACIÓN Y DIFERENCIACIÓN NORMALES. EFECTO DE ESTRÓGENO NORMAL O/20/80. ALGUNAS CÉLULAS DE CÁNDIDA. RESULTADO: NEGATIVO.

Philips comparó la fecha de ese primer análisis mientras la máquina escupía el informe siguiente. Correspondía a lo que Philips había anotado en su lista. Con incredulidad, volvió a observar la pantalla, mientras la computadora describía el segundo análisis de Collins... ¡que también era negativo!

Philips apagó la pantalla y le suministró rápidamente el nombre de Ellen McCarthy, su número y el código correspondiente. Con el estómago hecho un nudo, leyó la información. Era la misma: Negativo.

Volvió a bajar las escaleras, aturdido. En medicina le habían enseñado a creer lo que leía en las historias clínicas, sobre todo en los resultados de laboratorio. Eran los datos objetivos; los síntomas de los pacientes y las impresiones de los médicos, en cambio, eran lo subjetivo. Philips sabía que cabían muy pocas posibilidades de que se produjera un error en las pruebas de laboratorio, así como sabía que también se podía pasar algo por alto o interpretarlo mal en una placa radiográfica. Pero la escasa probabilidad de error estaba muy lejos de la falsificación deliberada. Eso requería una especie de conspiración, y él se lo tomó muy a pecho.

Sentándose ante el escritorio, con la cabeza entre las manos, se frotó los ojos. El primer impulso fue llamar a las autoridades del hospital, pero *eso* significaba hablar con Stanley Drake, y decidió no hacerlo. La reacción de Drake sería evitar que la prensa se enterara, ocultarlo todo. ¡La policía! Imaginó la conversación: «Hola, me llamo Martin Philips, soy médico y quiero denunciar que en el Centro Médico Universitario de Hobson está pasando algo raro. Hay muchachas cuyos análisis de Papanicolau dan resultados normales, pero que se anotan en las historias clínicas como atípicos». Sacudió la cabeza. Era absurdo; necesitaría más información antes de dar parte a la policía. Intuitivamente presentía que la radiactividad tenía algo que ver, aun cuando pareciera no tener sentido. En realidad, la radiactividad podía provocar resultados atípicos en esa clase de pruebas, y, en opinión de Philips, si alguien quería evitar que se descubriera la presencia de radiaciones, bien podía informar de un resultado normal. Lo inexplicable era que se hiciese lo contrario.

Philips volvió a pensar en el encargado de la morgue. Tras la infructuosa entrevista de la noche anterior, estaba convencido de que ese hombre sabía mucho más sobre Lisa Marino de lo que estaba dispuesto a decir. Tal vez no había sido suficiente ofrecerle cien dólares. Tal vez debía ofrecerle más. Aquello había dejado de ser un ejercicio académico.

Comprendió que era imposible enfrentarse a Werner con éxito dentro de la morgue. Allí, rodeado de muertos, él estaba en su elemento; Martin, en cambio, sentía que ese lugar le alteraba los nervios. Y si deseaba hacerlo hablar, tendría que mostrarse altivo y arrogante. Echó una mirada a su reloj: eran las once y veinticinco. Werner, obviamente, realizaba el turno de noche, entre las cuatro y las doce. Martin decidió impulsivamente seguirlo hasta su casa y ofrecerle quinientos dólares.

Algo estremecido, marcó el número de Denise. Sonó seis veces antes de que una voz soñolienta contestara:

—¿Vienes?

—No —respondió él, evasivo—. Estoy en medio de una pista y quiero seguirla hasta el final.

—Aquí tienes un rinconcito caliente.

—Este fin de semana nos pondremos al día. Que sueñes con los angelitos.

Sacó del armario su chaqueta de esquiar de color azul oscuro y se puso la gorra de capitán griego que tenía en el bolsillo. Aunque estaban a principios de primavera, el viento del noroeste era muy frío.

Salió del hospital por la puerta de emergencia, saltando desde la plataforma al asfalto del estacionamientos lleno de charcos. Pero en vez de salir a caminar hacia la calle tomó por la derecha, doblando la esquina del edificio principal, y bajó por el cañón que formaba la pared norte del Hospital Infantil Brenner. Cincuenta metros más allá se abría el patio interior del centro médico.

Los edificios del hospital se elevaban en la neblina de la noche como verdaderos acantilados que formaran un valle irregular de cemento. El centro había sido construido anárquicamente, sin un plan general razonable. Eso era obvio en el patio, donde las paredes se elevaban hacia el espacio formando ángulos caóticos. Philips reconoció el ala pequeña que albergaba a la oficina de Goldblatt y, utilizándola como guía, consiguió orientarse. Estaba sólo a unos veinticinco metros de allí cuando halló la plataforma sin letrero que conducía a las profundidades de la morgue. Al hospital no le gustaba anunciar que también trataba con la muerte, y los cuerpos eran subrepticiamente conducidos a los negros coches fúnebres, lejos de la vista del público.

Martin se apoyó contra la pared, metiendo las manos en los bolsillos. Mientras esperaba, intentó repasar los complicados acontecimientos ocurridos desde que Keenneth Robbins le entregara la radiografía de Lisa Marino. No habían pasado aún dos días, pero parecían dos semanas. Su entusiasmo inicial al contemplar la extraña anormalidad radiológica se había convertido en un vacío temor. Casi temía descubrir lo que estaba ocurriendo en el hospital. Era como una enfermedad en el seno de su propia familia. La medicina siempre había sido su vida, y si no hubiera sido por su sentido de responsabilidad con respecto a Kristin Lindquist, quizá habría podido olvidar lo que sabía. Aún le resonaba en los oídos el discurso de Goldblatt sobre aquello del suicidio profesional.

Werner salió a la hora debida, volviéndose para asegurar la puerta a sus espaldas. Philips se inclinó hacia adelante, protegiéndose los ojos del resplandor, para asegurarse de que en verdad se trataba de Werner. El encargado se había cambiado de ropa; vestía traje oscuro, camisa blanca y corbata. Para sorpresa de Martin, tenía el aspecto de un próspero comerciante que cerrara su negocio al retirarse. Su rostro flaco, que en el interior de la morgue parecía tan maligno, le daba en ese momento un aire casi aristocrático.

Werner se volvió y, vacilando un instante estiró la mano con la palma hacia arriba como para ver si llovía. Satisfecho, echó a andar hacia la calle. En la

mano derecha llevaba una cartera negra. Del brazo izquierdo le colgaba un paraguas bien cerrado.

Martin, que lo seguía a prudente distancia, notó que caminaba con un paso extraño. No se trataba exactamente de una verdadera cojera, sino de un pequeño salto, como si una de las piernas fuera mucho más fuerte que la otra. Pero avanzaba con celeridad y a ritmo estable.

Las esperanzas que Martin albergaba, en cuanto a que ese hombre viviera cerca del hospital, desaparecieron en cuanto lo vio doblar la esquina para tomar por Broadway y descender las escaleras del metro. Apretó el paso para acortar la distancia y bajó la escalera apresuradamente. En un primer momento no vio a Werner. Al parecer, el hombre tenía ya su ficha preparada. Philips se apresuró a comprar una y pasó por el molinete. Como la escalera mecánica estaba desierta, bajó a saltos por allí hacia el andén. En cuanto giró en el recodo divisó la cabeza de Werner, que desaparecía escaleras abajo, hacia la planta inferior.

Philips sacó un periódico de un cesto de papeles y fingió leer. Werner estaba apenas a nueve o diez metros, sentado en una de las sillas de plástico, absorto en un libro cuyo título era, nada menos, *Aperturas de ajedrez.* A la luz blanca y espesa del metro, Philips pudo apreciar mejor el atuendo de aquel hombre. El traje era azul oscuro entallado. El pelo corto mostraba señales de un cepillado reciente; las mejillas tostadas, de huesos altos, le daban el aspecto de un general prusiano. Sólo una cosa estropeaba su buena apariencia: los zapatos, desgastados, que pedían a gritos una buena limpieza.

Como era la hora en que cambiaba la guardia del hospital, el andén del subterráneo estaba atestado de enfermeras, ayudantes y técnicos. Cuando llegó el expreso que iba al centro, Werner subió a él, seguido por Philips. El encargado de la morgue se sentó como una estatua, con el libro ante los ojos recorriendo las páginas con su mirada hundida. La cartera la tenía en el suelo sujeta entre las rodillas. Philips se sentó hacia el centro del vagón, frente a un apuesto latino que vestía un traje de poliéster.

En cada parada, Martin se preparaba para descender, pero Werner no se movía. Cuando pasaron la calle 59, el radiólogo empezó a preocuparse. Tal vez ese hombre no fuera directamente a su casa, posibilidad que, por alguna razón, él no había calculado. Fue un alivio verlo descender, finalmente, en la calle 42. Ya no era cuestión de que Werner fuera a su casa o no, sino de hacia dónde iba. Cuando salieron a la calle, Philips se sentía estúpido y desalentado.

Los noctámbulos de la ciudad estaban todos en la calle. A pesar de la hora y el frío húmedo, la calle 42 se encendía en raros espectáculos. Werner, tan elegantemente vestido, ignoró a la gente ridícula y grotesca que se apretaba frente a los espectáculos y las librerías pornográficas. Parecía acostumbrado a las perversiones psicosexuales del mundo. Para Philips la cosa era diferente. Era como si un mundo extraño estorbara voluntariamente su avance, obligándolo a desviarse y, a veces, hasta a bajar a la calzada para esquivar a los apretados grupos, sin perder a Werner de vista. De pronto lo vio girar abruptamente y entrar en una librería para adultos.

Martin se detuvo frente al escaparate, decidido a permitir que Werner

disfrutara de esas tonterías durante una hora. Si el hombre no volvía a su apartamento en ese plazo, él renunciaría. Mientras esperaba se vio rodeado por una horda de vendedores callejeros, mercachifles y mendigos. Eran insistentes, y para evitarlos Philips optó por entrar en la tienda.

En el interior, sentada en un palco cercano al cielorraso, que parecía un pulpito, se veía a una mujer de aspecto recio, con el pelo color liláceo, que contempló a Philips con ojos muy hundidos entre las ojeras; escrutándole el cuerpo como para cerciorarse de que podía permitirle la entrada. Él, desvió la mirada, azorado al pensar que podían verlo en semejante lugar, y se dirigió hacia el pasillo más cercano.

Werner no estaba a la vista.

Un cliente pasó junto a Philips, con los brazos estirados a los lados de modo tal que le rozó con las manos. Sólo cuando el hombre estaba ya lejos, Martin comprendió lo que había pasado. Aquello le dio asco y estuvo a punto de gritarle, pero lo último que deseaba era llamar la atención.

Recorrió el local para asegurarse de que Werner no estuviera oculto tras alguna estantería o entre los puestos de revistas. La mujer del pelo liláceo parecía seguir todos sus movimientos desde su nido de águila, de modo que él tomó una revista para llamar menos la atención. Por desgracia estaba envuelta en plástico, y tuvo que dejarla nuevamente en su sitio. En la cubierta se veía a dos hombres en acrobática cópula.

De pronto Werner salió por una puerta trasera y pasó junto al sorprendido Philips, que se apartó apresuradamente, fingiendo examinar unos videocassettes pornográficos. De cualquier modo, el hombre no miraba ni a derecha ni a izquierda. Como si llevara anteojeras, salió de la librería en cuestión de segundos.

Martin se demoró cuanto pudo sin perderlo de vista, pues no quería revelar que lo estaba siguiendo. Sin embargo, al salir vio que la mujer se inclinaba para seguirlo con la vista; había adivinado que se traía algo entre manos.

Al salir a la calle, Philips vio que el de la morgue estaba subiendo a un taxi. Temiendo perderlo después de tanto esfuerzo, bajó a la calzada y detuvo un taxi con frenéticas señales. El vehículo paró junto a la acera de enfrente; él tuvo que esquivar el tránsito para subir.

—Siga a este taxi Checker que va tras el autobús —ordenó, excitado.

El taxista se limitó a mirarlo.

—Vamos —insistió él.

El hombre, encogiéndose de hombros, puso la marcha.

—¿Es policía, o algo así?

Martin no respondió. Tenía la sensación de que, cuanto menos se hablara, mejor sería. Werner descendió en la esquina de la 45 y la Segunda Avenida. Martin, a unos treinta metros de la esquina. Echó a correr tras él y lo vio entrar en un local, tres puertas más allá.

Cruzó la avenida para echar un vistazo a la tienda. Se llamaba Auxilios Sexuales y era muy distinta de la librería de la calle 42, pues su fachada parecía muy conservadora. Él notó que estaba situada entre negocios de antigüedades,

restaurantes de moda y comercios de ropa cara. Al levantar la vista comprobó que los edificios y los apartamentos correspondían a una clase media; Werner apareció en la puerta, acompañado por otro hombre que reía, y que le llevaba cogido del brazo, Después de despedirse con un apretón de manos, el encargado de la morgue se marchó caminando por la Segunda Avenida. Philips lo siguió, procurando siempre mantener cierta distancia.

Si hubiera tenido alguna idea de que al ir tras aquel hombre iba a meterse en esa clase de locales, no lo habría hecho. Tal como estaban las cosas, no le quedaba más remedio que seguirlo hasta que la odisea terminara. Pero Werner tenía otras ideas. Cruzó a la Tercera Avenida y continuó hasta la calle 55, donde entró en un pequeño edificio, acurrucado a la sombra de un rascacielos de vidrio y cemento. Era un *saloon* que parecía sacado de una fotografía de 1920.

Tras un prolongado debate consigo mismo, Martin lo imitó, temiendo perderlo si no lo tenía a la vista. Se llevó la sorpresa de encontrar el local atestado de ruidosos parroquianos a pesar de la hora; le costó entrar. Se trataba de un conocido bar para solteros, pero a Philips tampoco le era familiar ese ambiente. Mientras inspeccionaba a la multitud en busca de Werner, se sobresaltó al encontrarlo precisamente a su izquierda, con una jarrita de cerveza, sonriéndole a una secretaria rubia. Philips se bajó un poco más el sombrero sobre la frente.

—¿De qué trabajas? —preguntó la secretaria, gritando para hacerse oír a pesar del barullo.

—Soy médico —respondió él—. Patólogo.

—¿De veras? —comentó la rubia, obviamente impresionada.

—Tiene sus cosas buenas y sus cosas malas. Por lo común trabajo hasta tarde, pero tal vez quieras tomar una copa conmigo un día de estos.

—Me encantaría —gritó la mujer.

Martin se acercó al bar, preguntándose si esa chica tenía la menor idea del lío en que se estaba metiendo.

Pidió una cerveza y se abrió paso hasta el fondo del local, donde halló un sitio desde donde observar a Werner. Mientras sorbía su bebida, comenzó a darse cuenta de lo absurdo de la situación. Después de tantos años de instrucción, estaba en un bar para solteros, en medio de la noche, siguiendo a un individuo extraño cuyo aspecto era terroríficamente normal. En realidad, al echar una mirada a su alrededor le impresionó la facilidad con que Werner se confundía entre los comerciantes y los abogados.

Tras anotar el número de la secretaria, el encargado de la morgue terminó su cerveza, reunió sus pertenencias y tomó otro taxi en la Tercera Avenida. Martin tuvo que discutir un poco con su taxista para que lo siguiera, pero lo solucionó con un billete de cinco dólares.

El viaje se hizo en silencio. Philips contempló las luces de la ciudad hasta que las borró un abrupto diluvio. Los limpiaparabrisas del taxi se aceleraron para ganarle a la lluvia. Cruzaron el centro en la calle 57 y siguieron en diagonal hacia el norte, por Broadway, hasta tomar la avenida Amsterdam. Philips reconoció, a la izquierda, la Universidad de Columbia. La lluvia cesó tan

súbitamente como se había iniciado. En la calle 141 tomaron a la derecha; entonces él se incorporó en el asiento para preguntar en qué sector de la ciudad estaban.

—Hamilton Heights —dijo el conductor.

Tomaron a la izquierda en Hamilton Terrace; luego aminoraron la marcha.

El taxi de Werner se detuvo allá adelante. Philips pagó su viaje y bajó. Aunque el panorama de la ciudad se había deteriorado al avanzar en dirección norte, se encontró en un barrio muy atractivo. En la calle se alineaban pintorescas casas cuyas fachadas reflejaban todos los estilos arquitectónicos desde el renacimiento. La mayoría mostraba señales de haber sido renovadas; otras estaban en proceso de serlo. Al final de la calle, frente a Hamilton Terrace, Werner entró en una casa con fachada de piedra caliza blanca, cuyas ventanas estaban rodeadas por una decoración gótica veneciana.

Cuando Philips llegó al edificio, se habían encendido ya las luces en las ventanas del tercer piso. Vista de cerca, la casa no estaba en tan buenas condiciones como parecía, pero su baja calidad no disminuía el efecto de conjunto; daba una impresión de pulida elegancia, y Philips quedó impresionado por la prosperidad con que Werner se ganaba la vida.

Al entrar al vestíbulo comprendió que no podía sorprender a Werner llamando directamente a su puerta. Igual que en el departamento de Denise, había un hall cerrado con timbres individuales para llamar a cada apartamento. El nombre de Helmut Werner era el tercero desde abajo. Philips, con el dedo en el timbre, vaciló; no estaba seguro de querer pasar por todo aquello. Ni siquiera estaba seguro de lo que debía decir, pero el sólo pensar en Kristin Lindquist le dio valor. Oprimió el timbre y aguardó.

—¿Quién es? —preguntó la voz del encargado desde un pequeño altavoz, cargada de estática.

—El doctor Philips. Tengo dinero para usted, Werner. En abundancia.

Se hicieron algunos momentos de silencio. Martin podía sentir su propio pulso.

—¿Con quién ha venido, Philips?

—Estoy solo.

Un zumbador de estridente sonido llenó el vestíbulo, en otros tiempos suntuoso. Philips empujó la puerta y entró, encaminándose hacia las escaleras para subir al tercer piso. Detrás de la última puerta se oyó el ruido de múltiples cerrojos al descorrerse. La puerta se entreabrió, dejando pasar un rayo de luz que atravesó la cara de Philips. Uno de los hundidos ojos de Werner lo miraba fijamente, con una ceja levantada en visible sorpresa. Por fin se oyó un ruido de cadena y la puerta se abrió de par en par.

Martin entró rápidamente en la habitación, haciendo que Werner retrocediera para evitar el choque, y se detuvo en el centro del cuarto.

—No me molesta pagar, amigo mío —dijo, con toda la seguridad que pudo reunir—, pero quiero saber qué pasó con el cerebro de Lisa Marino.

—¿Cuánto quiere pagar?

Las manos del encargado se abrían y cerraban rítmicamente.

—Quinientos dólares —repuso el médico, en la intención de que la cifra sonara tentadora sin ser ridícula.

La boca fina de Werner se estiró en una sonrisa que le cavó arrugas profundas en las mejillas huecas. Tenía los dientes pequeños y cuadrados.

—¿Seguro que está solo?

Philips asintió.

—¿Dónde está el dinero?

—Aquí lo tengo —respondió Martin, palpándose el bolsillo izquierdo de la pechera.

—Muy bien. ¿Qué quiere saber?

—Todo.

Werner se encogió de hombros.

—Se trata de una historia larga.

—Tengo tiempo.

—Iba a servirme la comida ¿Quiere cenar?

Philips sacudió la cabeza. Tenía el estómago hecho un nudo apretado.

—Como guste.

El hombre le volvió la espalda para entrar en la cocina, con su característica renquera. Philips, al seguirlo, aprovechó la oportunidad para echar un vistazo al apartamento. Tenía las paredes tapizadas de una especie de terciopelo rojo y el mobiliario era Victoriano. Rezumaba una elegancia pesada, realzada por la luz baja proveniente de una sola lámpara de estilo Tiffany. Sobre la mesa estaba la cartera de Werner; al lado, una cámara Polaroid que él debía haber traído y una pila de fotos.

En el otro cuarto, muy reducido, había una fregadera, una cocinita y una nevera de un tipo que Martin no veía desde la infancia: se trataba de una caja con superficie de porcelana, con un serpentín en la parte superior. Werner la abrió para sacar un sandwich y una botella de cerveza. De un cajón, situado debajo del fregadero, extrajo un abridor para quitar la tapa de la botella y volvió a guardar el utensilio en su sitio.

—¿Quiere un trago? —preguntó, levantando la botella.

Philips sacudió la cabeza. Entonces el encargado volvió a salir de la cocina, seguido por él. Apartó la cartera y la cámara colocándolos a un lado de la mesa e indicó a Martin que tomara asiento. Después de tomar un largo trago de cerveza, soltó un audible eructo, dejando la botella. Cuanto más se demoraba, más intranquilo se sentía Philips. Había perdido la ventaja inicial de la sorpresa. Para evitar que le temblaran las manos las apoyó sobre las rodillas. Mantenía los ojos muy fijos en Werner, vigilando todos sus movimientos.

—Nadie puede vivir con un sueldo de encargado —dijo el hombre.

Philips asintió y siguió a la espera mientras Werner daba un mordisco a su sandwich.

—Usted sabrá que yo vine de Europa —continuó Werner, con la boca llena—. De Rumania. No es una historia agradable, porque los nazis mataron a mi familia y me llevaron a Alemania cuando tenía cinco años. A esa edad empecé a manejar cadáveres, allá en Dachau...

Werner le contó su vida con todo lujo de detalles: la forma en que habían

matado a sus padres, cómo lo trataban en los campos de concentración y de qué modo se había visto obligado a vivir, en medio de los muertos. El repugnante relato se prolongaba, sin que Werner ahorrara a Martin uno solo de sus asquerosos capítulos. Él trató de interrumpirlo varias veces, pero el hombre seguía, y Philips sintió que su firmeza se derretía como la cera junto a una brasa.

—Entonces vine a América —dijo Werner, terminando su cerveza con un ruidoso sorbo. Corrió la silla hacia atrás y fue a la cocina en busca de otra. Philips, entumecido por el relato, lo observaba desde la mesa—. Conseguí trabajo en la morgue de la Facultad de Medicina — chilló el encargado, mientras abría el cajón de debajo de la fregadera.

Allí, además del abridor, había varios cuchillos grandes para autopsia, que Werner había birlado de la morgue cuando esas operaciones se practicaban aún en la vieja mesa de mármol. Tomó uno de ellos y se lo metió por la manga de la chaqueta, con la punta hacia adelante.

—Pero necesitaba más dinero que el que me pagaban.

Abrió la botella de cerveza y dejó el abridor en su sitio. Una vez cerrado el cajón, volvió a la mesa.

—Yo sólo le preguntaba por Lisa Marino —observó Martin tímidamente. La historia de Werner le había hecho percibir su propia fatiga física.

—A eso iba —dijo el hombre. Tomó un trago de cerveza y de jó el vaso—. Empecé a ganar un poco más de dinero en la morgue cuando la anatomía era más popular que ahora. Pequeñas cosas a montones. De pronto se me ocurrió lo de las fotografías. Las vendo en la calle 42, desde hace años.

Y señaló el apartamento con un ademán de la mano. Philips dejó que sus ojos vagaran por la habitación en penumbra. Apenas había reparado en que las paredes de terciopelo rojo estaban cubiertas de fotografías. Al mirar mejor vio que se trataba de obscenas, asquerosas fotografías de cadáveres femeninos desnudos. Poco a poco volvió su atención al sonriente Werner.

—Lisa Marino fue una de mis mejores modelos —dijo él. Tomó la pila de fotos que tenía sobre la mesa y las arrojó al regazo de Philips—. Véalas. Me están dando mucho dinero, sobre todo en la Segunda Avenida. Tómese el tiempo que quiera. Yo voy al baño. Es la cerveza: me baja directamente.

Esquivó la silla del aturdido Philips y desapareció por la parte del baño. Martin, contra su voluntad, contempló aquellas fotografías sádicas y repugnantes de Lisa Marino. Temía tocarlas, como si la aberración mental que representaban pudiera ensuciarle los dedos. Era obvio que aquel hombre había interpretado mal su interés. Tal vez no sabía nada del cerebro desaparecido, y su conducta sospechosa se debía sólo a su ilícito comercio con las fotos necrofílicas. Philips sintió la sacudida de la náusea.

Werner había atravesado el dormitorio para entrar en el baño. Allí hizo correr el agua para que sonara como si alguien estuviera orinando; mientras tanto metió la mano en la manga para sacar el largo y delgado cuchillo de autopsias. Con él en la mano derecha a manera de daga, volvió silenciosamente a cruzar el dormitorio.

Philips estaba sentado a cuatro metros de distancia, de espaldas a

Werner y con la cabeza inclinada, contemplando las fotografías que tenía en el regazo. El otro cruzó el umbral del dormitorio, con los finos dedos apretados sobre el mango del bisturí y los labios ceñidos.

El radiólogo recogió las fotografías como para dejarlas boca abajo sobre la mesa, pero sólo las tenía a la altura del pecho cuando percibió un movimiento detrás de sí. Empezó a girar el cuerpo. ¡Se oyó un grito!

La hoja del cuchillo se hundió justo tras la clavícula derecha, en la base del cuello, cortando el lóbulo superior del pulmón antes de seccionarla arteria pulmonar derecha. La sangre se volcó en los bronquios abiertos, provocando una tos refleja de agonía, que la lanzó en arco por encima de la cabeza de Philips, empapando la mesa situada frente a él.

Martin se movió impulsado por un reflejo animal: dio un brinco a la derecha y se apoderó de la botella de cerveza. Al girar en redondo se vio frente a Werner, que se tambaleaba hacia adelante, con la mano buscando vanamente el estilete hundido hasta la empuñadura en su cuello. Con un solo gorgoteo, su cuerpo agitado cayó hacia adelante, sobre la mesa, antes de estrellarse acurrucado contra el suelo. El cuchillo de autopsia que tenía en la mano hizo un ruido metálico al chocar contra la mesa y se deslizó con un golpe seco.

—¡No se mueva, no toque nada! -chilló el atacante de Werner, que había entrado desde el pasillo por la puerta abierta—. Suerte que decidimos ponerlo a usted bajo vigilancia. Lo mejor es afectar una arteria principal o el corazón, pero este tipo no me iba a dar tiempo. —Era el hispano-americano del gran bigote y traje de poliéster que Philips recordaba haber visto en el metro.

El hombre se inclinó, tratando de retirar su cuchillo del cuello de Werner. El encargado había caído con la cabeza apretada contra el hombro derecho, y el arma estaba atrapada allí. Su atacante tuvo que pasarle por encima para forcejear mejor.

Philips se había recobrado lo bastante de la sorpresa inicial como para reaccionar. En cuanto el hombre se inclinó junto a la mesa, Martin balanceó la botella describiendo un amplio arco y la estrelló contra la cabeza del intruso. El otro la había visto venir, y a último momento, se volvió levemente, de modo que recibió parte del golpe sobre el hombro. De cualquier modo cayó despatarrado sobre su víctima moribunda.

Philips, presa del pánico más absoluto, echó a correr sin soltar la botella. Al llegar a la puerta creyó oír ruidos en el vestíbulo y temió que el atacante no hubiera ido solo. Entonces, aferrándose en el marco para cambiar de dirección, volvió a cruzar el apartamento. Vio que el asesino se había puesto de pie, pero seguía aturdido, y se sujetaba la cabeza con ambas manos.

Martin corrió hasta la ventana trasera del dormitorio y levantó el marco corredizo. Trató de abrir la persiana, pero como no pudo, la empujó hacia afuera con el pie. Una vez en la escalera de incendios, bajó a toda velocidad. Fue un milagro que no tropezara, porque su descenso era, más bien, una caída controlada. Ya en el suelo no pudo escoger la dirección: tuvo que correr hacia el este. Después de dejar atrás el edificio vecino cruzó una huerta sembrada en un terreno baldío. A su derecha tenía una empalizada que cerraba el paso de regreso a Hamilton Terrace.

Tomó hacia el este; la tierra descendía bruscamente, y se encontró resbalando y rodando por una colina escarpada, sembrada de rocas. Tenía la luz a sus espaldas y avanzaba hacia la oscuridad. Pronto dio con una alambrada. Más allá había una pendiente de tres metros que bajaba hacia un cementerio de automóviles, y después, la calzada débilmente iluminada de la avenida St. Nicholas. Philips estaba por escalar la alambrada cuando vio que la habían cortado. Entonces se deslizó a duras penas por la oportuna abertura y se descolgó por la pared de cemento, cayendo a ciegas los últimos centímetros.

No era, en realidad, un depósito de chatarra, sino sólo un terreno baldío donde se oxidaban algunos automóviles abandonados. Martin se abrió paso cuidadosamente entre cascos de metal retorcido hacia la luz de la avenida, esperando oír a sus perseguidores en cualquier momento.

Ya en la calle pudo correr con más facilidad. Quería poner tanta distancia como le fuera posible entre él y el apartamento de Werner. Buscó un coche-patrulla de la policía, pero no había ninguno. Los edificios de esa calle, a ambos lados, estaban muy deteriorados y, al contemplarlos mejor, Philips advirtió que muchos se habían incendiado y estaban abandonados. Las enormes viviendas vacías parecían esqueletos en la noche oscura y neblinosa, con las aceras cubiertas de escombros y basura.

De pronto Philips se dio cuenta de dónde estaba. Había corrido directamente hacia Harlem, y al comprenderlo aminoró el paso. El escenario oscuro y desierto acentuó su terror. Dos manzanas más allá vio a un grupo de harapientos negros callejeros, que se llevaron una considerable sorpresa al verlo correr. Interrumpieron sus regateos por la droga para observar a ese blanco chiflado que pasaba corriendo, en dirección al centro de Harlem.

Aunque Martin estaba en buena forma, ese paso extenuante no tardó en agotarlo. Se sentía a punto de caer, y cada aliento le provocaba punzadas en el pecho. Por fin desesperado, se agazapó en un zaguán sin puertas; la respiración le brotaba en ásperos jadeos mientras iba tropezando con ladrillos sueltos. Logró mantener el equilibrio apoyándose contra la pared húmeda. De inmediato, un olor rancio le asaltó las fosas nasales, pero no le prestó atención; era un alivio dejar de correr.

Con mucha cautela, se asomó hacia afuera para ver si alguien lo había seguido. El silencio era mortal. Philips sintió el olor de aquella persona antes de sentir la mano brotada de las negras profundidades del edificio para aferrarlo por el brazo. En la garganta se le formó un alarido, que al salir de la boca se había convertido, más bien, en un débil gemido. Saltó fuera del zaguán, sacudiendo el brazo como si fuera presa de un insecto venenoso. El propietario de la mano se vio inadvertidamente arrancado del zaguán, y Martin se vio entonces frente a una ruina deshecha por las drogas, apenas capaz de mantenerse en pie.

—¡Dios mío! —exclamó, en tanto volvía a huir hacia la noche.

Decidido a no detenerse otra vez, tomó su habitual paso de carrera. Estaba irremediablemente perdido, pero se dijo que, si seguía en línea recta, tarde o temprano llegaría a alguna zona poblada.

Había empezado otra vez a llover; era una fina llovizna que se

arremolinaba en torno al resplandor de las escasas lámparas de la calle. Dos manzanas más allá, Philips encontró su oasis: había llegado a una amplia avenida, y en la esquina se veía un bar de los que permanecen abiertos toda la noche, con un vistoso letrero de neón que parpadeaba, lanzando un reflejo rojo sangre sobre la intersección de las dos calles. Unas cuantas siluetas se acurrucaban en los portales vecinos, como si el letrero rojo les ofreciera abrigo o protección contra la ciudad.

Martin se deslizó una mano por el pelo mojado y sintió algo pegajoso. A la luz del neón se dio cuenta de que era una salpicadura de la sangre de Werner. No quería parecer recién salido de una pelea callejera, de modo que trató de limpiarse la mano. Después de varias pasadas, lo pegajoso desapareció. Entonces empujó la puerta del bar.

La atmósfera del local estaba espesa de humo, y la ensordecedora música «rock» vibraba tanto que Martin sentía los compases en el pecho. Había unas doce personas en el bar todas negras y todas en trance. Además de la música «rock» había un pequeño televisor a color que transmitía una película de pistoleros de los años treinta. El único que la miraba era el fornido cantinero, que llevaba un sucio delantal blanco.

Todas las caras se volvieron hacia Philips. Una súbita tensión saturó el aire como la electricidad estática antes de una tormenta. Philips la sintió instantáneamente, a pesar del pánico. Aunque llevaba casi veinte años viviendo en Nueva York, había procurado aislarse de la desesperada pobreza que caracterizaba a la ciudad casi tanto como la riqueza ostentosa.

Al avanzar cautelosamente hacia el interior del bar, casi esperaba que lo atacaran en cualquier momento. Las caras amenazadoras se volvían a su paso para seguirlo con la vista. Más adelante, un hombre de barba giró en su taburete y se plantó directamente en el camino del recién llegado. Era un negro musculoso, cuyo cuerpo lanzaba destellos de pura energía bajo la luz mortecina.

—A ver, blanquito —bramó.

—Tranquilo, Rayo —saltó el cantinero. Y agregó, dirigiéndose a Philips—: Oiga, ¿qué mierda está haciendo aquí? ¿Tiene ganas de que lo maten?

—Necesito un teléfono —logró decir Philips.

—Allá atrás —le indicó el hombre, sacudiendo la cabeza, incrédulo.

Philips, conteniendo el aliento, esquivó al hombre llamado Rayo y sacó una moneda del bolsillo. Halló un teléfono cerca de los aseos, pero estaba ocupado por un tipo que discutía con su novia.

—Vamos, nena, ¿qué te pasa que estás llorando?

Un poco antes, debido al pánico, Martin hubiera tratado de quitarle el teléfono, pero ahora había recuperado un poco el dominio de sí; volvió al mostrador y esperó en un extremo. La atmósfera se había aliviado un poco y las conversaciones se reanudaban.

El cantinero pidió que le pagara por adelantado antes de servirle el coñac. El líquido ardiente le tranquilizó los nervios destrozados y lo ayudó a ordenar sus pensamientos. Por primera vez desde la increíble muerte de Werner podía analizar lo que había ocurrido. En el momento del hecho, él había

creído ser un testigo casual, pensando que se trataba de una lucha entre Werner y su atacante. Pero ese hombre había dicho algo, como si hubiera estado siguiéndole a él. ¡Era absurdo! Él había estado siguiendo a Werner. Y había visto el cuchillo en su mano. ¿Acaso el encargado había querido matarlo? Tratando de pensar en ese episodio, Martin quedó aún más confundido, especialmente al recordar que había visto al atacante en el metro, esa misma noche. Bebió su coñac y pidió otro. Después preguntó al cantinero en dónde estaba. Cuando el hombre se lo dijo, los nombres de las calles no le revelaron nada.

El negro que estaba discutiendo por teléfono pasó por detrás de Philips y salió del bar. Entonces Martin se levantó de su taburete y se llevó la copa al fondo de la habitación. Se sentía algo más tranquilo y capaz de hacerse entender ante la policía. Bajo el teléfono había un pequeño estante donde pudo apoyar la copa mientras introducía la moneda y marcaba el 911.

Por encima del ruido de la música y el televisor pudo oír los timbres del otro lado de la línea. Se preguntó si debía hablar de sus descubrimientos en el hospital, pero decidió que eso no haría sino aumentar la confusión de un asunto ya confuso de por sí. No diría nada de sus preocupaciones médicas a menos que le preguntaran, específicamente, el motivo de su presencia en el apartamentó de Werner en medio de la noche. Atendió la voz aburrida y áspera de un sargento.

—División Seis. Habla el sargento McNeally.

—Quiero denunciar un asesinato —dijo Martin, tratando de hablar con voz calmada.

—¿Dónde?

—No estoy seguro de la dirección, pero podría reconocer el edificio si lo volviera a ver.

—¿Está usted en peligro en este momento?

—No creo. Estoy en un bar de Harlem.

—¡Un bar! Bueno, oiga —interrumpió el sargento—, ¿cuántas copas ha tomado?

Philips comprendió que ese hombre lo creía chiflado.

—Escuche. Vi apuñalar a un hombre.

—En Harlem se apuñala a mucha gente, amigo mío. ¿Cómo se llama usted?

—Soy el doctor Martin Philips, radiólogo del Centro Médico Universitario Hobson.

—¿Philips, dijo?

La voz del sargento había cambiado. Martin, sorprendido ante esa reacción, confirmó.

—Eso es.

—Por qué no lo dijo antes. Vea, estábamos esperando que llamara. Se me ha dicho que lo comunique inmediatamente con el Bureau. ¡No corte! Si se corta la comunicación, vuelva a llamarme enseguida.

El policía no esperó respuesta. Se oyeron una serie de chasquidos mientras se establecía una conexión. Martin se apartó el teléfono de la oreja y lo miró como si el aparato pudiera explicarle aquella extraña conversación. ¿De

veras el sargento había dicho que estaba esperando su llamada? ¿Y a qué Bureau se refería?

La serie de chasquidos terminó con un ruido, como si alguien tomara la comunicación al otro extremo de la línea. La voz era tensa y ansiosa.

—Bueno, Philips, ¿dónde está?

—En Harlem. ¿Quién habla?

—Me llamo Sansone. Soy subdirector del Bureau aquí, en la ciudad.

—¿De qué Bureau?

Los nervios de Philips, que habían empezado a relajarse, se agitaban otra vez como conectados a una fuente galvánica.

—¡El FBI idiota! Oiga, a lo mejor no tenemos mucho tiempo. Tiene que salir de aquí.

—¿Por qué? —preguntó Martin, que a pesar de su confusión percibía la seriedad de Sansone.

—No tengo tiempo para explicarle, pero ese hombre que usted golpeó era uno de mis agentes, encargado de protegerlo. Acaba de presentarse. ¿No comprende? La intervención de Werner fue sólo un accidente, cosa de locos.

—No comprendo nada —gritó Philips.

—No importa —le espetó Sansone—. Lo importante es sacarlo de ahí. Espere, voy a ver si esta línea es segura.

Se produjeron nuevos chasquidos mientras Philips esperaba. Fulminando con la vista al aparato silencioso, él sintió que sus emociones, a fuerza de prodigarse, llegaban al enojo. Todo eso debía ser una broma cruel.

—La línea no es segura —dijo Sansone—. Déme su número y yo lo llamaré.

Philips se lo dio y cortó. Su cólera empezaba a fragmentarse en un nuevo terror. Era el FBI, después de todo.

El teléfono se agitó bajo la mano, asustándolo. Era Sansone.

—Bueno, Philips, escuche. Hay una conspiración que afecta al Centro Médico Hobson y la estamos investigando secretamente.

—Y la radiación tiene algo que ver —barbotó Philips, sintiendo que las cosas empezaban a tener sentido.

—¿Está seguro?

—Segurísimo.

—Muy bien. Escuche, Philips, lo necesitamos para esta investigación, pero tememos que usted esté bajo vigilancia. Tengo que hablarle. Nos hace falta alguien que esté dentro de la institución, ¿comprende? —Sansone no esperó respuesta—. No nos conviene que usted venga aquí, por si alguien lo sigue. En este momento lo peor sería que ellos supieran que los estamos investigando. Espere.

Sansone dejó el teléfono, pero Philips oyó una discusión desde lejos.

—Los Claustros, Philips. ¿Conoce los Claustros? —preguntó Sansone.

—Por supuesto —respondió él, confundido.

—Nos encontraremos allí. Tome un taxi y baje ante la entrada principal. Haga que el taxi se vaya. Eso nos dará la oportunidad de ver si lo siguen.

—¿Si me siguen?

—¡Haga lo que le digo, Philips, por el amor de Dios!

Martin se encontró con el auricular muerto en la mano. El subdirector del FBI no había esperado que él hiciera preguntas ni se mostrara de acuerdo. Sus instrucciones no eran sugerencias, sino órdenes. Philips no pudo dejar de sentirse impresionado por la total seriedad de aquel hombre. Volvió al mostrador y preguntó si podía llamar un taxi.

—Difícil que vengan a Harlem por la noche —dijo el cantinero.

Un billete de cinco dólares le hizo cambiar de idea. Al verlo utilizar el teléfono que tenía tras la caja registradora, Martin vio que también tenía una pistola 45 en el mismo lugar.

Para conseguir que viniera un taxi, Martin tuvo que prometer una propina de veinte dólares a su conductor y explicar que iba a Washington Heights. Pasó quince minutos, muy nervioso, antes de que el coche apareciera frente al bar. En cuanto subió, el conductor arrancó a toda prisa por aquella avenida, en otros tiempos tan elegante, y pidió a su pasajero que pusiera el seguro a todas las puertas.

Se alejaron diez manzanas antes de que la ciudad empezara a parecer menos amenazadora. Pronto se vieron en una zona familiar para Philips, donde las fachadas de los iluminados comercios reemplazaban a la desolación anterior. Martin divisó incluso a algunos transeúntes con paraguas.

—Bueno, ¿adonde vamos? —preguntó el taxista, obviamente aliviado, como si acabara de rescatar a alguien de entre las líneas enemigas.

—A los Claustros.

—¡A los Claustros! Hombre, son las tres y media de la mañana. Toda esa zona estará desierta.

—Le voy a pagar — dijo Martin, sin deseos de discutir.

—Espere un poco. —El conductor aprovechó un semáforo en rojo para volverse a mirarlo a través de la separación de plexiglás.— No quiero problemas. No sé en qué diablos anda usted, pero no quiero problemas.

—No habrá ningún problema. Sólo quiero que me deje en la entrada principal y se vaya.

En cuanto la luz cambió a verde, el hombre aceleró. El comentario de Martin debió dejarlo satisfecho, pues no volvió a quejarse, y el pasajero se sintió agradecido por la oportunidad que ello le ofrecía para pensar.

Los modales autoritarios de Sansone habían sido una ayuda. En esas circunstancias, Philips no hubiera podido tomar una decisión por cuenta propia. Todo era demasiado extraño. Desde su salida del hospital, había descendido a un mundo donde no existían los límites habituales de la realidad. Hasta empezaba a preguntarse si sus experiencias no habrían sido imaginarias, pero entonces vio las manchas de sangre sobre su chaqueta de esquí. En cierto sentido sirvieron para tranquilizarlo; al menos le aseguraban que no se había vuelto loco.

Contempló por la ventanilla las luces danzarinas de la ciudad, tratando de concentrarse en la intervención del FBI. Philips tenía suficiente experiencia, tras su carrera en el hospital, como para saber que las organizaciones actúan, típicamente, en interés propio y no en el de los individuos. Si ese caso,

cualquiera que fuese, era tan importante para el FBI, Martin no podía esperar que tuvieran en cuenta su propia conveniencia. Esa idea lo intranquilizó bastante con respecto a la entrevista de los Claustros. La misma distancia del lugar lo perturbaba. Se volvió para espiar por la ventanilla trasera, tratando de determinar si lo seguían. Había poco tránsito y parecía difícil, pero no hubiera podido asegurarlo. Estaba por indicar al taxista que cambiara de dirección cuando se dio cuenta, con una sensación de impotencia, que tal vez no había ningún lugar seguro donde pudiera ir. Permaneció quieto y tenso casi hasta llegar a los Claustros. Entonces se inclinó hacia adelante y dijo:

—No se detenga. Siga adelante.

—Pero usted dijo que quería bajar aquí —protestó.

El vehículo acababa de entrar al espacio oval empedrado que servía de entrada principal. Sobre la puerta medieval había una lámpara grande, cuya luz se reflejaba sobre el granito mojado.

—Haga el favor, dé una vuelta —pidió él, mientras inspeccionaba el área. Dos caminos para coches se perdían en la oscuridad. Hacia arriba se veían algunas de las luces interiores del edificio. En la noche, el complejo tenía el ambiente amenazador de un castillo de las Cruzadas.

El conductor soltó una maldición, pero siguió la ruta circular que se abría hacia el río Hudson. Martin no llegaba a ver el río, pero sí el puente George Washington, que con sus graciosas parábolas de luz, se erguía contra el cielo. Giró la cabeza hacia un lado y otro, en busca de cualquier señal de vida. No la había. Ni siquiera se veía a los habituales amantes estacionados junto al río. Hacía demasiado frío, o quizás era demasiado tarde, o las dos cosas a un tiempo. Luego de describir la vuelta completa hasta la entrada, el taxi se detuvo.

—Bueno, ¿qué diablos quiere hacer? —preguntó el conductor, observando a Philips por el espejo retrovisor.

—Salgamos de aquí.

El conductor respondió con una brusca acelerada que lo apartó del edificio.

—Espere. ¡Deténgase! —chilló Martin.

El coche se detuvo con un abrupto frenazo. Philips había visto a tres vagabundos que miraban sobre el muro de piedra, a los costados de la entrada. Habían oído el ruido de las cubiertas y, cuando el taxi se detuvo, estaban a unos treinta metros.

—¿Cuánto es? —preguntó Martin, mirando por la ventanilla.

—Nada, pero bájese.

Philips puso un billete de diez dólares en la bandejita de plexiglás y se bajó. Cuando cerró la portezuela, el coche salió a toda velocidad; el ruido del motor se apagó rápidamente en el aire húmedo de la noche. Quedó, como estela, un pesado silencio que sólo quebrantaban los siseos ocasionales de algún coche sobre la invisible vía Henry Hudson. Philips echó a andar hacia los vagabundos. A la derecha, un sendero pavimentado se alejaba de la ruta para bajar hacia los árboles reverdecidos. Philips creyó ver que se bifurcaba; uno de sus ramales parecía virar bruscamente hacia atrás para correr bajo el arco de la

entrada.

Bajó por él y miró hacia el interior. Los vagabundos no eran tres, sino cuatro. Uno estaba de espaldas, roncando. Los otros tres se habían sentado a jugar a las cartas, junto a una pequeña fogata que iluminaba dos botellas de vino vacías. Philips los contempló por un rato, hasta asegurarse de que eran lo que aparentaban ser. Lo que deseaba era idear algún modo de utilizarlos como amortiguador entre Sansone y él mismo. Aunque no esperaba que lo arrestaran, su experiencia con las instituciones lo llevaba a investigar y a hacerse una idea de lo que cabía esperar; el único medio que se le ocurrió para eso era utilizar a un intermediario. Después de todo, aun si tuviera sentido, una entrevista en los Claustros en medio de la noche no era, ni con mucho, un procedimiento normal.

Después de observarlos durante uno o dos minutos más, Philips pasó bajo el arco de entrada, fingiendo estar algo borracho. Los tres vagabundos lo observaron un momento y, convencidos de que no tenía malas intenciones, volvieron a sus naipes.

—¿Alguno de ustedes quiere ganarse diez dólares? —preguntó.

Por segunda vez, los tres levantaron la vista.

—¿Qué hay que hacer para ganarlos? —preguntó el más joven.

—Hacerse pasar por mí durante diez minutos.

Los hombres intercambiaron una mirada y se echaron a reír. El más joven se levantó.

—Sí, y qué tengo que hacer cuando sea usted.

—Suba hasta los Claustros y camine por las inmediaciones. Si alguien le pregunta quién es, diga «Philips».

—A ver esos diez.

Philips sacó el dinero.

—¿Y qué tal yo? —preguntó el mas viejo, levantándose con dificultad.

—Silencio, Jack —dijo el joven—. ¿Cómo se llama?

—Philips.

—Okey, Philips, trato hecho.

Martin se quitó la chaqueta y el sombrero para que el hombre se los pusiera, cubriéndose la cara todo lo posible. A su vez, tomó el abrigo del vagabundo y, venciendo su aprensión, pasó los brazos por las mangas. Era un sobretodo harapiento, con una estrecha solapa de terciopelo. En el bolsillo tenía un pedazo de sandwich sin envoltorio alguno.

A pesar de las objeciones de Martin, los otros dos hombres insistieron en acompañarlo. Rieron y bromearon hasta que Philips amenazó con anular el trato si no se callaban.

—¿Tengo que caminar bien derecho? —preguntó el joven.

—Sí —replicó Martin, que estaba teniendo sus dudas sobre la pantomima.

El sendero llegaba al patio por debajo del camino principal. Ante la zona empedrada había una abrupta cuesta, con un banco en la zona superior. El muro de piedra que bordeaba la entrada terminaba bruscamente ante la intersección, y justo enfrente estaba la puerta principal de los Claustros

propiamente dichos.

—Bueno —susurró Martin—. Camine hasta aquella puerta, trate de abrirla, y cuando vuelva aquí los diez dólares son suyos.

—¿Cómo sabe que no me voy a fugar con su sombrero y su abrigo?

—Corro el riesgo. Además, lo alcanzaría.

—¿Cómo dijo que se llamaba?

—Philips, Martin Philips.

El vagabundo se encasquetó el sombrero tan abajo que para ver le era necesario levantar la barbilla. Echó a andar por la pendiente, pero perdió el equilibrio. Martin le dio un empujoncito por la parte baja de la espalda. El hombre se lanzó hacia adelante y se arrastró gateando hasta la parte alta del camino.

Martin subió poco a poco la cuesta hasta que pudo ver por encima del muro. El vagabundo ya había cruzado el camino y estaba sobre el empedrado, cuya superficie irregular le dificultaba el equilibrio. Estuvo a punto de caer, pero se mantuvo en pie. Caminó en torno al espacio central, que servía como parada de autobuses, y avanzó hasta la puerta de madera.

—¿Hay alguien aquí? —chilló. Su voz levantó ecos en el patio. Caminó a tropezones hasta el centro del patio y gritó—: Soy Martin Philips.

No se oía sino el leve rumor de la lluvia que acababa de recomenzar. El antiguo monasterio, con sus toscos baluartes, daba al escenario un aspecto irreal, alejado del tiempo. Martin volvió a preguntarse si no sería víctima de una gigantesca alucinación.

De pronto, un disparo quebró el silencio. El vagabundo, en el patio, se vio levantado en el aire y estrellado contra el pavimento. El efecto fue el de una bala que penetrara en un melón maduro: la entrada del proyectil marcó una incisión quirúrgica; su salida fue una horrible fuerza desgarrante que se llevó casi toda la cara del hombre, esparciéndola en un arco de diez metros.

Philips y sus dos compañeros quedaron pasmados. Cuando se dieron cuenta de que alguien acababa de disparar contra el vagabundo, giraron en redondo y echaron a correr, tropezando unos contra otros por la inclinada pendiente que llevaba al monasterio.

Martin nunca había sentido tal desesperación. Ni siquiera al huir de la casa de Werner, su terror había sido tan grande. En cualquier momento esperaba oír otro estallido de fusil y sentir el dolor ardiente de una bala mortífera. Sabía que quienquiera lo perseguía no tardaría en examinar el cadáver del patio y darse cuenta del error. Tenía que huir.

Pero la rocosa ladera de la colina era un serio peligro. Philips perdió pie y cayó de cabeza; por poco no se golpeó con una roca saliente. Al levantarse vio un sendero que viraba hacia la derecha y, apartando la maleza, se abrió paso hacia él.

Se oyó un segundo disparo, seguido por un grito de agonía. El corazón se le subió a la boca. Una vez fuera de la maleza, corrió tan rápido como pudo, lanzándose por el sendero hacia la oscuridad.

Antes de darse cuenta de lo que ocurría se había lanzado al vacío desde lo alto de una escalera. Pareció transcurrir un tiempo increíble antes de que

golpeara nuevamente contra el suelo. Por instinto se lanzó hacia adelante para absorber el impacto, con la cabeza encogida, y dio un salto de gimnasta. Cayó de espaldas y se incorporó, aturdido. Detrás de él se oían pasos de alguien que corría por el camino, de modo que se obligó a levantarse y a seguir corriendo, luchando contra el mareo.

Esa vez vio las escaleras a tiempo para aminorar el paso. Bajó los peldaños de tres en tres y de cuatro en cuatro, para seguir corriendo, vacilantes las piernas. El sendero se cruzó con otro en ángulo recto, pero fue tan inesperado que Martin no tuvo tiempo de cambiar de dirección.

En la intersección siguiente se acababa el sendero que había seguido. Allí vaciló un momento. Hacia abajo y a la derecha se veía el límite del bosque. Donde acababan los árboles había una especie de terraza, con una balaustrada de cemento. De pronto oyó pasos tras él, y en esta ocasión tuvo la impresión de que lo seguía más de una persona. No tenía tiempo para pensar. Echó a correr hacia la terraza. Más abajo, a unos cien metros, había un patio de juegos con columpios, bancos y una depresión central que, en verano, debía ser una pequeña laguna. Más allá de la placita se veía una calle de la ciudad por la que pasaba un taxi amarillo.

Como los pasos se acercaban, se obligó a bajar la amplia escalinata de cemento que descendía desde la terraza a la placita. Sólo entonces, al oír que los pasos se acercaban cada vez más, comprendió que no podría cruzar el terreno descubierto antes de que su perseguidor, quienquiera que fuese, llegara a la terraza. Quedaría expuesto a su vista.

Apresuradamente, se arrojó a la oscuridad que reinaba bajo la terraza, sin importarle el olor a orina vieja. En ese momento oyó pasos trabajosos que llegaban a la explanada. Retrocedió a ciegas hasta chocar contra una pared. Allí se dejó resbalar lentamente hasta quedar sentado, tratando de dominar sus audibles jadeos.

Las columnas que sostenían la terraza se erguían contra la imagen difusa de la placita. Desde allí se veían algunas luces de la ciudad. Los pesados pasos cruzaron la terraza y bajaron por la escalera. De pronto vio una silueta oscura y andrajosa, cuya respiración sibilante y frenética llegó hasta donde estaba Martin. Quedó claramente recortado contra la luz por un momento, antes de lanzarse hacia el campo de juegos, en dirección a la calle.

En la terraza resonó una serie de pasos más ligeros. Philips oyó unas palabras pronunciadas en voz baja. Después, el silencio. Allá adelante la silueta iba cruzando en diagonal la pequeña laguna.

El fusil resonó ásperamente por encima de Philips, *y* la silueta que huía por la plaza cayó de bruces. En cuanto golpeó contra el cemento quedó inmóvil: el hombre había muerto instantáneamente. Martin se resignó a su suerte. Era inútil seguir huyendo: estaba acorralado como un zorro después de la persecución y sólo faltaba el golpe de gracia. Si no hubiera estado tan exhausto quizá se le hubiera ocurrido resistir, pero en esas condiciones se limitó a permanecer inmóvil, escuchando los pasos ligeros que cruzaban la terraza y bajaban por la escalera.

Esperó, conteniendo el aliento, a que las siluetas se recortaran por un

momento entre las columnas que se erguían frente a él.

11

Denise Sanger despertó súbitamente. Permaneció inmóvil; respirando apenas, mientras escuchaba los ruidos de la noche. Podía percibir el pulso en las

sienes, martilleando a causa de la adrenalina que había entrado en su sistema. Sabía que se había despertado a causa de un ruido extraño, pero el ruido no se repitió. Sólo se oía el rumor de la vieja nevera. Poco a poco, su respiración volvió a la normalidad. Hasta la nevera se detuvo con un golpe final, dejando el apartamento en silencio.

Cambió de posición preguntándose si no había sido un mal sueño, y fue entonces cuando sintió la necesidad de ir al lavabo. La presión en la vejiga fue en aumento hasta que le resultó imposible pasarla por alto. Por mucho que le disgustara la idea, tenía que levantarse.

Abandonó la cama tibia para ir al baño. Al sentarse en el frío inodoro se recogió el camisón arrugándolo sobre la falda. No se molestó en encender la luz ni en cerrar la puerta.

La adrenalina parecía haberle inhibido la vejiga; le llevó unos cuantos minutos poder orinar. Acababa de terminar cuando oyó un golpe sordo, como si alguien hubiera golpeado la pared desde otro piso. Forzó el oído, tratando de percibir otros ruidos, pero el apartamento estaba en silencio. Reuniendo todo su coraje, cruzó silenciosamente el pasillo hasta ver la puerta de entrada. La alivió comprobar que el cerrojo de seguridad estaba en su sitio.

En el momento en que se volvía hacia el dormitorio percibió una corriente de aire por el suelo y un leve susurro de las notas y papeles clavados en su tablero. Entonces cambió de dirección y volvió al vestíbulo para mirar hacia el living oscuro. La ventana que daba a la escalera de incendios estaba abierta.

Denise trató desesperadamente de no dejarse dominar por el pánico, pero desde su traslado a Nueva York, su mayor miedo había sido que algún intruso entrara en su apartamento. Durante un mes entero le había costado mucho poder dormir. Y, ante la ventana entreabierta, su peor pesadilla parecía estar volviéndose realidad. Había alguien en su apartamento.

Con el pasar de los segundos recordó que tenía dos teléfonos: uno, junto a la cama; el otro, en la pared de la cocina, allí, delante de ella. Cruzó el vestíbulo de un solo paso, sintiendo el antiguo linóleo bajo los pies. Al pasar junto a la fregadera se apoderó de un pequeño cuchillo de pelar patatas. Un destello de luz tenue centelleó en la hoja, y con esa diminuta arma en las manos Denise experimentó una falsa sensación de seguridad.

Dejó atrás la nevera y tendió la mano hacia el teléfono. En ese momento el viejo compresor se puso en marcha, con un ruido similar al de los trenes subterráneos. Denise, asustada por el estruendo, con los nervios demasiado tensos, soltó el teléfono y empezó a gritar.

Pero antes de que pudiera hacerse oír, una mano la tomó por el cuello y la levantó con fuerza poderosa, quitándole toda energía. Los brazos le quedaron laxos y el cuchillito cayó al suelo. La hicieron girar en el aire como a una muñeca de trapo. Se vio llevada por el vestíbulo, con los pies tocando apenas el piso. Al entrar en el dormitorio, a tumbos, distinguió varios relampagueos, una sensación de quemadura en la cabeza y el estallido de una pistola con silenciador.

Las balas se incrustaron en las mantas que había sobre la cama. Un

último empujón lanzó a Denise de rodillas, mientras los cobertores eran retirados de un manotazo hacia atrás.

—¿Dónde está? —bramó uno de los atacantes, mientras el otro abría los armarios.

Ella, acurrucada junto al lecho, levantó la vista. Frente a ella se erguían dos hombres vestidos de negro, con anchos cinturones de cuero.

—¿Quién? —logró balbucear.

—Martin Philips, su amante.

—No sé. En el hospital.

Uno de los hombres estiró una mano para levantarla un poco y la arrojó sobre la cama.

—Entonces lo vamos a esperar.

Para Philips, el tiempo había pasado como en un sueño. Tras el último disparo no oyó nada. La noche permanecía silenciosa, con excepción de algún automóvil que pasaba por la calle, más allá de la placita. Comprobó que su pulso había vuelto a la normalidad, pero aún le costaba ordenar los pensamientos. Sólo al asomar imperceptiblemente el sol sobre el patio de juegos, logró que su mente volviera a funcionar. Según se iba encendiendo el alba, pudo distinguir algunos detalles del paisaje, como la serie de recipientes para basuras, modelados en cemento a imitación de las rocas naturales que le rodeaban. Los pájaros convergían hacia esa zona, y varias palomas vagabundeaban sobre el cadáver despatarrado en el estanque seco.

Martin trató de mover las piernas rígidas. Poco a poco fue comprendiendo que ese hombre muerto allá abajo, en el campo de juegos, era una nueva amenaza. Alguien llamaría a la policía en cualquier momento, y tras la noche pasada Martin le tenía un comprensible terror.

Cuando logró levantarse, se apoyó contra la pared hasta que la sangre empezó a circularle bien. Volvió a subir cautelosamente las escaleras de cemento, con el cuerpo dolorido, inspeccionando toda la zona. Desde allí se veía el sendero por el cual había huido, espantado, algunas horas antes. Un poco más allá alguien paseaba a su perro. No pasaría mucho antes de que alguien descubriera el cadáver de la placita.

Bajó las escaleras y cruzó apresuradamente el parque, pasando cerca del vagabundo muerto. Las palomas se estaban dando un festín con los fragmentos de materia orgánica esparcidos por la bala. Martin apartó la vista.

Al salir del parque se subió las estrechas solapas del sobretodo y cruzó la calle. Se hallaba en Broadway. En la esquina había una entrada de metro, pero a Martin le aterrorizó la idea de verse atrapado bajo tierra. No sabía si sus perseguidores aún estaban en las inmediaciones.

Se ocultó en un portal para observar la calle. Estaba aclarando cada vez más, y el tránsito iba en aumento. Eso le hizo sentir mejor. Cuanta más gente hubiera, más seguro estaría; además no había nadie sospechoso en los alrededores ni sentado en los coches estacionados.

Un taxi se detuvo para esperar la luz verde del semáforo, justo frente a

él. Martin se lanzó a la carrera y trató de abrir la puerta trasera, pero estaba cerrada. El conductor se volvió a mirarlo y aceleró, a pesar de la luz roja.

Martin quedó en medio de la calle, con la vista fija en el coche que se alejaba. Sólo al regresar al portal, cuando se vio reflejado en el vidrio, comprendió por qué había huido el taxista. Martin parecía un verdadero vagabundo: tenía el pelo horriblemente enredado, con sangre seca en un lado y lleno de hojas secas. La cara sucia lucía una barba de veinticuatro horas, y el sobretodo harapiento completaba su aspecto de pordiosero.

Al buscar su billetero, tuvo el alivio de sentir su forma familiar en el bolsillo trasero. Lo sacó para contar el dinero que llevaba: treinta y un dólares. En esas circunstancias, la tarjeta de crédito le resultaría inútil. Sacó uno de los billetes de a cinco y volvió a guardar el billetero.

Cinco minutos después apareció otro taxi. Esa vez Philips se le acercó por delante, de modo que el taxista lo viera. Se había arreglado un poco, dentro de lo posible, y llevaba el sobretodo abierto para que no se viera tanto su triste condición. Lo principal era tener a la vista el billete de cinco dólares. El taxista le hizo señas de que subiera.

—¿Adónde le llevo?

—Derecho —dijo Philips—. Siga derecho.

Aunque el hombre lo miraba con cierta desconfianza por el espejito retrovisor, puso la marcha en cuanto cambió la luz y siguió por Broadway. Philips se volvió a mirar por el vidrio trasero. Fort Tyrom Park y la placita desaparecieron rápidamente. Martin aún no sabía adonde ir, pero comprendía que estaría más a salvo en medio de una multitud.

—Quiero ir a la calle 42 —dijo por fin.

—Por qué no me lo dijo antes —se quejó el conductor—. Pudimos haber tomado por la cuesta.

—No —dijo Philips—, no quiero ir por allí. Quiero que me lleve por East Side.

—Eso le va a costar como diez dólares, señor.

—¡Está bien!

Sacó el billetero y mostró diez dólares al conductor, que lo observaba por el espejo retrovisor.

Cuando el coche volvió a avanzar, Martin relajó el cuerpo. Aún no podía creer lo que había ocurrido durante las últimas doce horas. Era como si todo el mundo se hubiera venido abajo y todavía le costaba contener el natural impulso de acudir a la policía en busca de ayuda. ¿Por qué lo habían puesto en manos del FBI? ¿Y por qué diablos querían aniquilarlo los del Bureau, sin hacerle preguntas? Mientras el coche volaba por la Segunda Avenida se le volvió a despertar el miedo.

La calle 42 le procuró el anonimato que deseaba. Seis horas antes esa zona le había parecido extraña y amenazadora. En esos momentos, ese mismo aspecto le resultaba reconfortante. La gente llevaba su psicosis a la vista en vez de ocultarla tras una fachada de normalidad. Los peligrosos eran identificables y se les podía evitar.

Pidió un gran vaso de jugo de naranja y se lo bebió. Pidió otro. Después

bajó por la calle 42. Necesitaba pensar. Todo aquello debía tener una explicación racional. Como médico, sabía que, por muchos síntomas y señales dispares que presentara una enfermedad, invariablemente se podían rastrear hasta descubrir una sola afección. Al acercarse a la Quinta Avenida entró en el pequeño parque contiguo a la biblioteca. Buscó un banco vacío y allí se sentó, arropándose con el sobretodo, en la posición más cómoda que pudo encontrar. Tenía que repasar los acontecimientos de la noche. Todo había empezado en el hospital...

Despertó con el sol casi en el cénit. Al mirar a su alrededor por si alguien lo observaba, vio que el parque estaba lleno de gente, pero nadie parecía prestarle atención. Estaba haciendo calor, y él sudaba profusamente. Al levantarse percibió un fuerte olor. Una vez fuera del parque, echó una mirada a su reloj; le sorprendió descubrir que eran las diez y media.

A varias manzanas de allí encontró un café griego. Después de hacer una bola con el sobretodo para ocultarlo bajo la mesa, pidió huevos, patatas fritas, tocino, tostadas y café. Utilizó el aseo de caballeros, pero decidió no lavarse. Con ese aspecto nadie lo tomaría por un médico, y si necesitaba huir no podía pedir mejor disfraz.

Cuando terminó el café encontró la lista arrugada con los nombres de las cinco pacientes. Marino, Lucas, Collins, McCarthy y Lindquist. ¿Era posible que esas pacientes y sus respectivas historias estuvieran relacionadas con el extraño hecho de que las autoridades lo estuvieran persiguiendo? Pero aun así, ¿por qué trataban de matarlo? ¿Y qué había sido de esas mujeres? ¿Acaso las habían asesinado? Todo ese asunto, ¿tenía alguna relación con el sexo y el bajo mundo? Y en ese caso, ¿qué tenía que ver la radiactividad? ¿Y por qué estaba involucrado el FBI? Tal vez la conspiración tenía alcance nacional y afectaba a los hospitales de todo el país.

Martin pidió más café. Estaba seguro de que la respuesta al acertijo se encontraba en el Centro Médico Universitario Hobson, pero sabía que ése era exactamente el lugar donde las autoridades esperarían hallarlo. En otras palabras, era el sitio más peligroso para él. Sin embargo, era también el único donde tendría una oportunidad de adivinar lo que estaba ocurriendo. Abandonó el café para utilizar el teléfono público. Su primera llamada fue para Helen.

—¡Doctor Philips, cuánto me alegro de que haya llamado! ¿Dónde está?

—Fuera del hospital.

—Ya me había dado cuenta, pero ¿dónde?

—¿Por qué? —preguntó Martin.

—Por saberlo nada más.

—Dígame, ¿alguien me ha estado buscando? ¿El FBI, por ejemplo?

—¿Y por qué lo iba a buscar el FBI?

Martin quedó casi convencido de que Helen estaba vigilada. No era habitual en ella responder a una pregunta con otra, especialmente a una pregunta tan absurda como esa del FBI. En circunstancias normales, se hubiera limitado a decirle que estaba chiflado. Sansone o alguno de sus agentes debía estar con ella. Philips cortó bruscamente. Necesitaba pensar en otro modo de obtener las historias clínicas y la restante información que tenía en su oficina.

A continuación llamó al hospital e hizo que buscaran a la doctora Denise

Sanger. Lo último que deseaba era que ella acudiera a la clínica ginecológica. Pero Denise no atendió la llamada y él tuvo miedo de dejarle un recado. Después de cortar hizo una última llamada a Kristin Lindquist. Atendió la compañera de cuarto, al primer timbrazo, pero cuando Philips dijo quién era y preguntó por la muchacha, ella respondió que no podía darle ninguna información y que por favor no volviera a llamar. Después cortó.

Philips, de nuevo ante la mesa, desplegó ante sí la lista de pacientes y tomó un bolígrafo. «Fuerte radiactividad en los cerebros de mujeres jóvenes (¿y otras zonas?) —escribió—; Papanicolau anotados anormales cuando eran normales. Síntomas neurológicos similares a esclerosis múltiple».

Se quedó mirando lo que había escrito; su mente corría en círculos descabellados. A continuación anotó: «Neurología - Ginecología - Policía - FBI», seguido por «Werner necrofilia». No parecía haber relación alguna entre todas esas cosas, pero daba la impresión de que la clínica ginecológica estuviera en el medio. Si lograba descubrir por qué se habían anotado como anormales aquellos Papanicolau, tal vez encontrara una pista.

De pronto lo abatió una oleada de desesperación. Era obvio que se enfrentaba a algo demasiado poderoso para él. Su antiguo mundo, con los diarios quebraderos de cabeza, ya no le parecía tan terrible. Bien hubiera soportado el aburrimiento y la rutina si hubiese podido acostarse por las noches con Denise entre los brazos. No era muy religioso, pero se sorprendió tratando de llegar a un acuerdo con Dios: si Él lo rescataba de esa pesadilla, Martin no volvería a quejarse de su existencia.

Al mirar el papel notó que tenía los ojos llenos de lágrimas. No tenía sentido que la policía lo persiguiera a él, justamente a él.

Volvió al teléfono para tratar nuevamente de comunicarse con Denise, pero ella no respondía a las llamadas. En su desesperación, pidió que lo comunicaran con la recepcionista de la clínica ginecológica.

—Denise Sanger ¿ha acudido ya a su visita?

—Todavía no —dijo la mujer—. Tiene que llegar en cualquier momento.

Martin pensó rápidamente antes de hablar.

—Soy el doctor Philips. Cuando llegue, dígale que he cancelado su visita y que debe hablar primero conmigo.

—Se lo diré —aseguró la recepcionista.

Martin notó que estaba auténticamente sorprendido. Salió del café y fue a sentarse en el pequeño parque. Se sentía incapaz de tomar una decisión sensata. Tratándose de un hombre que creía en el orden establecido y en la autoridad, el no poder acudir a la policía cuando lo habían atacado a tiros era el colmo de lo irracional.

La tarde pasó entre sueños inquietos y ratos de confusión. Su falta de decisión se convirtió en una decisión de por sí. Mientras tanto, se iniciaba la hora punta y el tránsito iba en aumento. Después, la multitud empezó a disiparse. Entonces Martin volvió al café para cenar. Eran poco más de las seis.

Pidió un plato de carne y trató de comunicarse con Denise, una vez más, mientras se lo preparaban. Ella seguía sin contestar. Al fin trató de llamarla a su apartamento, preguntándose si la policía estaba lo bastante enterada de su

vida como para tenerla bajo vigilancia.

—¿Martin? —respondió su voz al primer timbrazo, desesperada.

—Sí, soy yo.

—¡Gracias a Dios! ¿Dónde estás?

Martin, pasando por alto la pregunta, inquirió:

—¿Dónde te habías metido? Te hice buscar todo el día.

—No me sentía bien. Me quedé en casa.

—Y no se lo dijiste a la telefonista del hospital.

—Ya sé que... —De pronto la voz de Denise cambió. Se convirtió en un chillido.— ¡No vengas!

Pareció que se sofocaba. Philips oyó un forcejeo y el corazón se le subió a la boca.

—¡Denise! —gritó.

En el café, todo el mundo quedó petrificado; las cabezas se volvieron hacia el teléfono.

—Philips, habla Sansone.

El agente había tomado el teléfono. Martin aún oía a Denise que trataba de gritar.

—Un momento, Philips.

Se apartó del teléfono y le dijo a alguien:

—Sáquenla de aquí y háganla callar.

Después, otra vez al teléfono:

—Oiga Philips...

—¿Qué diablos está pasando, Sansone? —gritó Martin—. ¿Qué está haciendo con Denise?

—Tranquilícese, Philips. La chica está bien. Hemos venido a protegerla. ¿Qué le pasó anoche en los Claustros?

—¿Qué me pasó a *mí*? ¿Está loco? Los suyos quisieron matarme.

—No diga tonterías, Philips. Sabíamos que no era usted el de la plaza. Pensamos que ya lo habían atrapado.

—¿Quiénes? —preguntó él, confundido.

—¡ Philips! No es cosa que pueda decirle por teléfono.

—¡Dígame siquiera qué diablos está pasando!

Los concurrentes del café seguían inmóviles. Como buenos neoyorquinos, estaban habituados a toda clase de cosas raras, pero no a que sucedieran en el café del barrio.

Sansone se mostraba frío y objetivo.

—Lo siento, Philips. Tendrá que venir aquí, y ahora mismo. Con eso de andar solo no hace sino complicarnos el problema. Y ya sabe que hay varias vidas inocentes en juego.

—Dos horas —chilló Philips—. Estoy a dos horas de distancia.

—De acuerdo. Tiene dos horas y ni un segundo más.

Se oyó un último chasquido y la línea quedó muerta. Philips sintió pánico; en un segundo perdió toda su indecisión. Después de arrojar un billete de cinco dólares, salió corriendo a la calle, en dirección al metro de la Octava Avenida.

Iría al Centro Médico. No estaba seguro de lo que haría allí, pero iría al hospital. Contaba con dos horas de plazo y necesitaba unas cuantas respuestas. Cabía alguna posibilidad de que Sansone no estuviera mintiendo. Quizá pensaba, realmente, que alguna potencia desconocida se lo había llevado. Pero Philips no estaba seguro, y la incertidumbre lo aterrorizaba. La intuición le decía que Denise estaba ya en peligro.

En el tren que iba al centro había sólo sitio para estar de pie, aunque la hora punta había pasado, pero Philips se sintió mejor así. Lo ayudó a templar el pánico y le permitió utilizar su inteligencia. Cuando bajó del vehículo ya sabía cómo entrar en el Centro Médico y qué hacer cuando estuviera dentro.

Salió a la calle junto con la multitud y se encaminó a su primer destino: una licorería. En cuanto el empleado echó un vistazo a su desaliñado aspecto, salió de detrás de la caja registradora para tratar de echarlo, pero cedió al ver el dinero que Martin exhibía.

Le tomó exactamente treinta segundos comprar una botella de whisky. En una de las calles que desembocaban en Broadway, encontró un pequeño callejón atestado de barriles. Allí destapó el whisky, tomó un buen trago e hizo gárgaras con él; tragó una pequeña cantidad, pero el resto fue al suelo. Después, utilizando la bebida a manera de agua de colonia, se untó la cara y el cuello; por fin guardó la botella medio vacía en el bolsillo del abrigo. Entre todos los barriles escogió uno en la parte de atrás, lleno de arena, quizá para esparcir en la acera durante el invierno. Allí cavó un pequeño hueco donde enterrar su billetera, después de guardar el resto de su efectivo junto con la petaca de whisky.

Su meta siguiente fue un almacén pequeño, pero concurrido. En cuanto entró, los clientes se apartaron para abrirle bastante espacio. De cualquier modo tuvo que empujar a algunas personas para encontrar un sitio bien a la vista de los cajeros.

—¡Ahhh! —gritó como si se ahogara.

Y se arrojó al suelo, arrastrando en la caída un expositor lleno de latas de judías. Mientras las latas rodaban en todas direcciones, se retorció como si fuera víctima de un fuerte dolor. Cuando uno de los comerciantes se acercó a preguntarle si se sentía bien, jadeó:

—Duele. ¡El corazón!

En pocos momentos llegó la ambulancia. Le pusieron una máscara de oxígeno y un electrocardiógrafo hasta llegar al Centro Médico Universitario Hobson. Cuando llegaron, el resultado, esencialmente normal, ya había sido analizado por radio y habían decidido que no requería ningún medicamento ni drogas cardíacas.

Mientras los enfermeros lo llevaban a la sala de Urgencias, Martin notó que había varios policías en la plataforma, pero ni siquiera le echaron un vistazo. Lo llevaron a una de las salas principales, donde fue puesto en cama. Una de las enfermeras le revisó los bolsillos en busca de documentos de identificación, mientras el interno le tomaba otro cardiograma. Como el trazo era normal, los cardiólogos se dispersaron, dejando que el interno se hiciera cargo.

—¿Cómo es ese dolor, amigo? —preguntó el médico, inclinado sobre Philips.

—Necesito Maalox —gruñó Martin—. A veces, cuando tomo whisky barato, se me pasa con Maalox.

—Me parece bien.

Una encallecida enfermera de treinta y cinco años le dio el Maalox; parecía tener ganas de darle una paliza por el triste estado en que estaba. Cuando le pidió los datos para la ficha, Martin dijo llamarse Harvey Hopkins, tomando prestado el nombre de su ex compañero de cuarto en la universidad. La enfermera le dijo que le concederían algunos minutos de descanso hasta ver si le volvía el dolor del pecho, y cerró las cortinas alrededor de su cama.

Philips esperó algunos minutos antes de levantarse. En una mesita de la sala de Urgencias, apoyada contra la pared, halló una navaja desechable y una barra de jabón utilizado para limpiar las heridas. También consiguió varias toallas, una gorra y una mascarilla. Así armado, espió por entre las cortinas.

La sala de Urgencias era un mar de confusión, como ocurría siempre a esa hora. La cola para entrar se prolongaba desde la mesa de recepción casi hasta la entrada, y las ambulancias seguían llegando a intervalos regulares. Nadie lo miró siquiera mientras bajaba por el corredor central y abría la puerta gris, frente a la asediada mesa principal. Había un solo médico en el saloncito; cuando Philips pasó hacia las duchas, estaba absorto en el estudio de un electrocardiograma.

Se duchó y afeitó rápidamente, abandonando sus ropas en un rincón del cuarto. Junto a los lavabos encontró un montón de ropa esterilizada para cirugía, vestimenta favorita del personal de Urgencias. Después de ponerse la camisa y los pantalones, se cubrió el pelo mojado con la gorra y hasta se ató la mascarilla. Con frecuencia el personal usaba mascarilla fuera de los quirófanos, sobre todo cuando estaba resfriado.

Al mirarse al espejo quedó convencido de que hacía falta conocerlo muy bien para identificarlo. No sólo había podido penetrar en el hospital, sino que además parecía pertenecer a él. En cuanto a Harvey Hopkins, los pacientes de sala de Urgencias solían marcharse sin previo aviso. Una mirada al reloj le reveló que había pasado una hora de su plazo.

Salió del saloncito, cruzó la sala de Urgencias y pasó corriendo frente a dos policías. Para llegar al primer piso utilizó la escalera contigua a la cafetería. Necesitaba un detector de radiaciones, pero decidió que sería demasiado peligroso tomar el de su oficina; tuvo que revolver la sección de Radioterapia hasta encontrar otro. Después corrió escaleras abajo hasta la planta baja y entró apresuradamente en los edificios de clínicas.

Los ascensores, muy antiguos, requerían un servicio de operadores, y éstos ya se habían retirado. Martin tuvo que subir cuatro pisos hasta Ginecología. En el subterráneo, apretado entre dos comerciantes muy desdichados, había decidido que la radiactividad podía tener alguna relación con ese departamento; sin embargo, al llegar allí, con el detector en la mano, su decisión empezaba a flaquear. No tenía idea de lo que estaba buscando.

Después de cruzar la sala de espera principal entró en la clínica

universitaria. Como aún no la habían limpiado, estaba llena de papeles y ceniceros repletos. Bajo aquella magra luz, todo tenía aspecto de inocencia y normalidad.

Quiso revisar el escritorio de la recepcionista, pero lo encontró cerrado. Al probar las dos puertas que había detrás, descubrió que todo estaba bajo llave. Pero las cerraduras eran sencillas, del tipo en que la traba funciona en el centro del picaporte, y bastó una tarjeta plástica tomada del escritorio para abrir una. Martin cerró la puerta a sus espaldas y encendió las luces.

Se encontró en el pasillo donde había hablado con el doctor Harper. A la izquierda estaban los dos consultorios; a la derecha, el laboratorio y la antecocina. Prefirió los consultorios. Manejando el detector con mucha minuciosidad, lo acercó a todos los armarios y rincones, lo pasó por las camillas. Nada. Todo estaba libre de radiaciones. Repitió la misma operación en los laboratorios, empezando con las estanterías, para abrir después los cajones y los envases. En un extremo de la habitación había grandes armarios para instrumentos, que también revisó con resultados negativos.

La primera respuesta surgió del cesto para papeles. Era una reacción muy débil, totalmente inofensiva, pero aún así delataba radiactividad. Philips comprobó que el tiempo se le acababa rápidamente. En media hora debería estar en el departamento de Denise. Decidió que sólo se presentaría tras comprobar que Sansone no la retenía.

Una vez obtenida aquella reacción en el cesto, volvió a revisar el laboratorio una vez más. No halló nada, hasta que revisó de nuevo el armario. Los estantes inferiores estaban llenos de sábanas y batas de hospital; los de arriba contenían diversos artículos para laboratorios y oficina. Debajo había un cesto grande lleno de sábanas sucias, que provocó otra reacción positiva al empujar la sonda casi hasta el suelo.

Martin vació el cesto y revisó la ropa con el detector. Nada. Pero al pegar la sonda al canasto vacío volvió a obtener una respuesta débil cerca de la base. Entonces se agachó para meter la mano en el espacio vacío. El fondo y las paredes eran de madera pintada, aparentemente sólidos, pero al golpear el fondo con el puño sintió una vibración. Sin apresurarse, dio golpecitos en toda la periferia. Al golpear en un determinado punto, la tabla se inclinó ligeramente y volvió a caer en su lugar. Martin empujó en ese sitio y pudo levantar el fondo. Debajo había dos capas de plomo con la conocida etiqueta de peligro por radiactividad. Los rótulos indicaban que provenían de los laboratorios Brookhaven, proveedores de todo tipo de isótopos médicos. Sólo una de las etiquetas era totalmente legible: la caja contenía 2-/18F/fluoro-2 deox-D-glucosa. El otro rótulo estaba arrancado en parte, pero también se trataba de un isótopo de reoxi-D-glucosa.

Martin se apresuró a abrir las cajas. La primera, la del rótulo legible, tenía una moderada radiactividad. La otra caja, en cambio, tenía una cobertura de plomo mucho más gruesa que enloqueció al detector. Fuera lo que fuese, se trataba de algo muy peligroso. Philips cerró herméticamente el envase y volvió el fondo del cesto a su posición normal.

Nunca había oído hablar de esos dos compuestos, pero el solo hecho de

que estuvieran en la clínica los hacía altamente sospechosos. El hospital mantenía una estricta vigilancia sobre el material radiactivo que se utilizaba para radioterapia, trabajos de diagnóstico e investigación controlada. Pero ninguna de esas categorías era aplicable a la ginecología. Sólo faltaba averiguar para qué se utilizaba la dioxi-glucosa radiactiva.

Sin dejar el detector de radiaciones, Philips descendió las escaleras hasta el sótano. Una vez en el sistema de túneles tuvo que aminorar el paso para no sorprender a los grupos de estudiantes, pero al acercarse a la biblioteca nueva se apresuró de tal modo que llegó sin aliento.

—Dioxi-glucosa—jadeó—.Necesito buscarla. ¿Adonde?

—No sé —respondió la bibliotecaria, sorprendida.

—Mierda.

Y Philips se volvió hacia el fichero.

—Pruebe en la mesa de Informaciones —le aconsejó la mujer, levantando la voz.

Martin cambió de dirección hacia la Hemeroteca. Una muchacha que no parecía tener más de quince años atendía el escritorio de Informaciones. Había oído el barullo y lo observó acercarse.

—Rápido. Dioxi-glucosa. ¿Dónde puedo buscarla?

—¿Qué es? —preguntó la muchacha, mirándolo con alarma.

—Debe ser una especie de azúcar, hecha de glucosa. Mire, no sé qué es; por eso necesito buscarla.

—Creo que podría empezar con el *Compendio de productos químicos* y probar el *índice de medicinas.* Después...

—¡El *Compendio de productos químicos!* ¿Dónde está?

La chica le señaló una mesa larga, detrás de la cual había una estantería. Philips corrió a sacar el índice. Tenía miedo de mirar la hora. Halló la referencia como subtítulo, bajo Glucosa, con el número de volumen, pero su frenesí lo convirtió en una mezcla sin sentido.

Tuvo que obligarse a tomar las cosas con más calma para concentrarse; entonces leyó que la dioxi-glucosa era tan similar a la glucosa, el alimento biológico del cerebro, que atravesaba la barrera sanguínea del cerebro y era recogida por las células nerviosas activas. Pero una vez en su interior, no podía metabolizarse como la glucosa y se acumulaba. Al terminar, el artículo decía: «La dioxi-glucosa radiactiva ha demostrado ser una gran promesa en las investigaciones sobre el cerebro».

Martin cerró el libro con manos temblorosas. Todo aquello empezaba a tener sentido. Alguien, dentro del hospital, estaba llevando a cabo experimentos sobre el cerebro en sujetos humanos que no habían dado su consentimiento.

«¡Mannerheim!», pensó, tan furioso que sentía sabor a veneno.

Aunque no era químico, recordaba lo bastante como para comprender que, si a un compuesto como la dioxi-glucosa se le agregaba suficiente radiactividad, se lo podía inyectar a las personas para estudiar su absorción por parte del cerebro. Si la radiactividad era mucha, como en el caso de la caja escondida en Ginecología, mataría las células nerviosas que lo absorbieran. Y si alguien deseaba estudiar un sendero de células nerviosas en el cerebro, podía

destruirlas selectivamente con ese método. Había sido esa destrucción, llevada a cabo en cerebros de animales, la que sirviera de base a la ciencia de la neuroanatomía. Para un científico lo bastante implacable, emplear los mismos métodos en seres humanos era sólo un paso más. Philips se estremeció: una persona tan egocéntrica como Mannerheim bien podía descartar los aspectos morales de la cuestión.

Se sentía aplastado por ese descubrimiento. No tenía idea de lo que habría hecho para conseguir la participación de Ginecología en aquello, pero forzosamente debían colaborar con los estudios. Y también el administrador del hospital debía saber algo. ¿Por qué, si no, había defendido a Mannerheim, el astro de la cirugía, el semidiós del hospital? Martin perdió el ánimo ante las horribles implicaciones de todo aquello.

Sabía que Mannerheim recibía gran apoyo del gobierno, el cual aportaba millones y millones del dinero público para sus investigaciones. Tal vez ése fuera el motivo por el que había intervenido el FBI. Quizá sobre Martin pesaba la acusación de poner en peligro un importante descubrimiento apoyado por el gobierno. El Bureau podía ignorar que involucraba la experimentación en seres humanos; Martin no era ningún ingenuo tratándose de barullos institucionales, donde la mano derecha no tenía idea de lo que estaba haciendo la izquierda. Pero era muy triste que el gobierno, sin saberlo, estuviera protegiendo el sacrificio de seres humanos en bien de la investigación médica.

Giró lentamente la muñeca para ver el reloj. Le faltaban cinco minutos para llamar a Denise. No estaba seguro de que los agentes quisieran hacerle daño, pero tras haber visto el tratamiento aplicado a los vagabundos no pensaba correr ningún riesgo. Se preguntó qué podía hacer.

Sabía algo de lo que estaba ocurriendo... No todo, pero sí algo. Sabía lo bastante como para poder desenredar toda la conspiración, si lograba la ayuda de una persona poderosa. Pero ¿quién? Debía ser alguien ajeno a la jerarquía del hospital, pero que conociera la institución y su estructura. ¿El ministro de Salud Pública? ¿Alguien de Intendencia? ¿El jefe de Policía? Habrían oído ya tantas mentiras con respecto a Martin que sus advertencias caerían en oídos sordos.

De pronto pensó en Michaels, el niño prodigio. ¡Él podía comunicarse con el rector de la universidad! Su palabra sería suficiente para provocar una investigación. Quizá diera resultado. Martin corrió a uno de los teléfonos y consiguió línea externa. Al marcar el número de su compañero, rezaba para que estuviera en su casa. Hubiera podido gritar de alegría cuando oyó la conocida voz.

—Michaels, estoy en un problema terrible.

—¿Qué pasa? —preguntó Michaels—. ¿Dónde estás?

—No tengo tiempo para darte explicaciones, pero he descubierto algo horrible, tremendo, relacionado con ciertas investigaciones, aquí en el hospital. Y parece que el FBI les presta apoyo. No me preguntes por qué.

—¿Qué puedo hacer?

—Llama al rector. Dile que se trata de un escándalo referido a experimentos con seres humanos. Eso bastará, a menos que el rector también

esté implicado. Y en ese caso, que el cielo nos ayude a todos. Pero el problema más inmediato es Denise. El FBI la tiene retenida en su apartamento. Llama al rector para que se comunique con Washington y la haga liberar.

—¿Y tú?

—Por mí no te preocupes. Estoy bien. Estoy en el hospital.

—¿Por qué no vienes aquí, a mi apartamento?

—No puedo. Quiero subir al laboratorio de Neurocirugía. Te espero en Computación dentro de quince minutos. ¡Date prisa!

Después de cortar, Philips marcó el número de Denise. Alguien descolgó el teléfono, pero no dijo nada.

—Sansone —gritó Martin—, soy yo, Philips.

—¿Dónde está, Philips? Tengo la molesta impresión de que usted no se está tomando esto en serio.

—¡Cómo que no! Estoy al norte de la ciudad. Voy en camino, pero necesito más tiempo. Veinte minutos.

—Quince —dijo Sansone, y cortó.

Martin volvió corriendo a la biblioteca con una sensación de vacío en el estómago. Estaba completamente seguro de que Sansone retenía a Denise como rehén, para lograr que él se entregara. Querían matarlo, y probablemente la matarían también a ella para atraparlo. Todo dependía de Michaels. El tenía que ponerse en contacto con alguien de autoridad que no estuviera involucrado. Pero Martin sabía que necesitaba más informaciones para apoyar sus sospechas. Mannerheim, sin duda, tendría alguna historia con que cubrirse. Era preciso saber cuántos especímenes de cerebros radiactivos tenían en Neurocirugía.

Tomó un ascensor vacío hasta el piso correspondiente, en el edificio dedicado a investigaciones; quitándose el gorro de cirugía, se pasó los dedos nerviosos por el pelo enredado. Le quedaban unos pocos minutos.

La puerta de la oficina de Mannerheim estaba cerrada. Martin miró a su alrededor, buscando algo con que romper el vidrio, y un pequeño extintor de incendios le llamó la atención. Tras descolgarlo de la pared, lo arrojó contra el panel de vidrio. Apartó con el pie los trozos de vidrio y manipuló el picaporte.

En ese momento se abrió violentamente la puerta, al otro extremo del corredor, y dos hombres se lanzaron a la carga por el pasillo, armados de pistolas. No pertenecían a la guardia del hospital; vestían trajes de calle de poliéster. Uno de ellos puso rodilla en tierra, sujetando el revólver con las dos manos, mientras el otro gritaba:

—¡No se mueva, Philips!

Martin se lanzó de cabeza al suelo, entre los fragmentos de vidrio caídos en el interior del laboratorio, desapareciendo de la vista. Se oyó el golpe seco de un silenciador, y una bala rebotó contra el marco metálico de la puerta. El se incorporó y cerró la puerta con un golpe violento, haciendo que cayeran más fragmentos de vidrio roto.

Al entrar en el laboratorio oyó pasos pesados que venían por el vestíbulo. La habitación estaba a oscuras, pero él, recordando su disposición, corrió entre los dos mostradores. Cuando llegó al cuarto de los animales, sus perseguidores estaban abriendo la puerta exterior. Uno de los hombres dio un

manotazo al interruptor, inundando el laboratorio con un crudo resplandor fluorescente.

Martin, obrando frenéticamente, tomó la jaula donde estaba el mono enfurecido por los electrodos. El animal trató de agarrarle la mano para mordérsela a través de la tela metálica. Necesitó de toda su fuerza para poner la jaula contra la puerta del laboratorio. En cuanto sus perseguidores aparecieron tras el mostrador más próximo, contuvo el aliento y abrió la puerta del animal.

Con un chillido que hizo temblar los recipientes del laboratorio, el mono escapó de su prisión y alcanzó los estantes superiores en un solo salto, esparciendo instrumentos en todas direcciones. Los dos hombres vacilaron, sorprendidos por la aparición de aquella bestia furiosa que arrastraba tras de sí un manojo de cables. Empujado por la furia acumulada día tras día, la fiera se lanzó desde el estante para aterrizar sobre el hombro del agente más cercano, desgarrándole la carne con los dedos poderosos, hundiéndole los dientes en el cuello. Aunque su compañero trató de prestarle ayuda, el mono fue demasiado rápido.

Martin no se detuvo a esperar los resultados. En cambio atravesó velozmente la habitación de los animales y dejó atrás las largas hileras de cerebros en formol, para salir a la escalera. Por allí se lanzó, a toda velocidad, brincando de descansillo en descansillo, volviendo la cabeza y tornando a bajar con un esfuerzo vertiginoso.

Al oír que la puerta de la escalera se abría ruidosamente allá arriba, se apretó a la pared, pero sin disminuir la velocidad de su descenso. Aunque no estaba seguro de que no pudieran verlo, prefirió no detenerse a averiguar. Había sido un error no adivinar que el laboratorio de Mannerheim estaría custodiado. Oyó un fuerte ruido de pasos a la carrera por las escaleras, pero él ya había ganado mucha distancia y pudo llegar al túnel del sótano sin oír nuevos disparos de pistola.

Las puertas que daban al viejo edificio de la facultad crujieron sobre sus goznes de doble giro al cederle paso. Tras subir a grandes brincos las escaleras curvas de mármol, se lanzó por el pasillo parcialmente demolido hasta alcanzar la entrada al antiguo anfiteatro. Allí se detuvo abruptamente. Todo estaba oscuro, y eso significaba que Michaels no había llegado aún. A sus espaldas todo era silencio: había dejado muy atrás a sus perseguidores. Pero las autoridades sabían ya que él estaba en el complejo del Centro Médico Universitario; ser descubierto era cuestión de tiempo.

Trató de recobrar el aliento. Si Michaels no llegaba en seguida, tendría que presentarse en el apartamento de Denise, por desamparado que se sintiera. Ansioso, empujó la puerta del anfiteatro, que, para su sorpresa, no estaba cerrada con llave. Al entrar quedó envuelto por una fría oscuridad.

El silencio se quebró ante un chasquido eléctrico y grave, que Philips conocía bien desde sus tiempos de estudiante. Era el ruido que emitía el sistema de iluminación cuando se activaba. Y como en aquellos tiempos, el cuarto se llenó de luz. Martin, viendo un movimiento por el rabillo del ojo, se volvió hacia el foso. Michaels le hacía señas desde abajo.

—¡Martin, qué alivio verte!

Philips se agarró de la barandilla para impulsarse con más velocidad a lo largo del pasillo horizontal, antes flanqueado por butacas a ambos lados. Su compañero de investigaciones estaba al pie de las escaleras, indicándole por señas que bajara.

—¿Hablaste con el rector? —gritó Philips.

Al ver a Michaels se le encendía la primera chispa de esperanza en muchas horas.

—Todo está arreglado —chilló el físico—. Baja.

Martin inició el descenso de las escaleras, estrechas y entrecruzadas de cables conectados a los aparatos electrónicos que ocupaban el sitio de las butacas desaparecidas. Había otros tres hombres junto a Michaels. Al parecer ya había conseguido ayuda.

—Tenemos que hacer algo por Denise, cuanto antes. La tienen...

—Ya se están ocupando de eso.

—¿Ella está bien? —preguntó él aún, deteniéndose por un instante.

—Está bien y a salvo. Pero baja.

Cuanto más se aproximaba al foso, más abundante era el equipamiento y más difícil se tornaba esquivar los cables.

—Acabo de escapar a duras penas de dos hombres que quisieron matarme a tiros en el laboratorio de Neurocirugía —dijo; aún estaba sin aliento y la voz le surgía como a trompicones.

—Aquí estás a salvo —le aseguró Michaels, mientras lo observaba.

Al llegar al borde del foso, Martin levantó la vista para mirarlo de frente.

—No pude buscar nada en Neurocirugía —explicó.

En ese momento pudo ver a los otros tres hombres. Uno de ellos era el simpático estudiante a quien había conocido en su primera visita al laboratorio: Cari Rudman. A los otros dos no los conocía; vestían ropas negras. Su amigo, pasando por alto el último comentario, se volvió hacia uno de los desconocidos.

—¿Ahora están satisfechos? Les dije que podía hacerlo bajar.

El hombre, que no apartaba los ojos de Philips, respondió:

—Lo hizo venir, pero ¿podrá manejarlo?

—Creo que sí —aseveró Michaels.

Martin escuchaba aquel extraño diálogo, mirando alternativamente a su amigo y al desconocido de negro. De pronto recordó aquella cara: ¡era el hombre que había matado a Werner!

—Martin —dijo Michaels, suave, casi paternalmente—. Tengo que mostrarte algunas cosas.

El desconocido interrumpió:

—Doctor Michaels, puedo asegurar que el FBI no actuará precipitadamente, pero lo que haga la CÍA no depende de mí. Confío en que usted lo comprenda.

El físico giró en redondo.

—Señor Sansone, sé perfectamente que la CÍA no corresponde a su jurisdicción. Necesito un rato más para hablar con el doctor Philips.

Y agregó, dirigiéndose a su amigo:

—Martin, quiero mostrarte algo. Acompáñame.

Dio un paso hacia la puerta que se abría hacia el anfiteatro vecino. Pero Martin estaba paralizado, con las manos apretadas a la barandilla de bronce que rodeaba el foso. El alivio se había convertido en perplejidad, y con la perplejidad le llegaba el rumor profundo del temor renovado.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó, asustado; hablaba con lentitud, casi deletreando las palabras.

—Eso es lo que quiero mostrarte. Vamos.

Philips siguió sin mover un músculo.

—¿Dónde está Denise?

—Está perfectamente a salvo, créeme. Ven conmigo.

Michaels dio un paso atrás y lo tomó por la muñeca, alentándolo a bajar al foso.

—Deja que te muestre algunas cosas. Tranquilízate. Dentro de algunos minutos verás a Denise.

Philips se dejó llevar, pasando junto a Sansone. El joven estudiante, que los había precedido, encendió la luz, y Martin se vio ante otro anfiteatro sin butacas. En el foso donde él estaba se levantaba una enorme pantalla, constituida por millones de células fotorreceptivas de sensibilidad lumínica, cuyos cables terminaban en una unidad de procesamiento. De la primera procesadora surgía un número menor de cables, separados en dos manojos que se conectaban con dos computadoras. Estas estaban vinculadas con otras similares, que a su vez se conectaban entre sí. El conjunto llenaba la habitación entera.

—¿Tienes idea de lo que estás viendo? —le preguntó Michaels.

Martin sacudió la cabeza.

—Es el primer modelo del sistema visual humano, reproducido con computadoras. Aunque para nuestros adelantos actuales es extenso y primitivo, funciona sorprendentemente bien. Las imágenes se proyectan en la pantalla, y estas computadoras asocian la información. —Hizo un ademán abarcándolo todo entre sus manos.— Lo que estás viendo, Martin, equivale a la primera pila atómica que construyeron en Princeton. Este será uno de los descubrimientos científicos más grandes de la historia.

El radiólogo lo miraba fijamente, preguntándose si su amigo no estaría loco.

—¡Hemos creado la cuarta generación de computadoras! La primera generación consistía sólo en artefactos que superaban en muy poco a las calculadoras comunes.

La segunda generación apareció con el advenimiento de los transistores. La tercera fue la de los microaparatos. Acabamos de dar a luz la cuarta generación, y esa pequeña procesadora que tienes en tu despacho es una de nuestras primeras aplicaciones. ¿Sabes lo que hemos hecho?

Philips volvió a sacudir la cabeza. El físico parecía encendido de entusiasmo.

—¡Hemos creado una verdadera inteligencia artificial. Computadoras que piensan. Aprenden y razonan. Tenían que aparecer; ¡y lo conseguimos!

Tomó a Martin por el brazo y lo arrastró al pasillo que comunicaba los

dos antiguos anfiteatros. Allí, entre las dos viejas salas de actos estaba la puerta del antiguo laboratorio de Microbiología y Fisiología. Cuando Michaels la abrió, Martin Philips vio que la parte interior había sido reforzada con acero. Detrás había otra puerta, también reforzada. El físico abrió con una llave especial. Era como entrar en una bóveda.

Martin se tambaleó ante el impacto de lo que preveía. Los pequeños cuartos y las mesas de experimentación habían sido retiradas; quedaba una habitación de treinta metros de longitud, sin ventanas. Dividiéndola por el medio se veía una fila de enormes recipientes cilíndricos de vidrio llenos de un líquido claro.

—Esta es nuestra preparación más valiosa y productiva —dijo Michaels, palmeando el primero de los recipientes—. Ahora bien, sé que tu primera impresión será emocional. Lo mismo nos pasó a todos. Pero créeme que las recompensas valen los sacrificios realizados.

Martin empezó a caminar lentamente alrededor del recipiente. Medía, cuanto menos, un metro ochenta de altura y uno de diámetro. En el interior, sumergidos en algo que, según descubriría más tarde, era fluido cerebroespinal, flotaban los restos vivientes de Katherine Collins. Parecía estar sentada, con los brazos suspendidos sobre la cabeza. La unidad respiratoria funcionaba, indicando que la mujer vivía. Pero el cerebro estaba completamente expuesto. No había cráneo. Casi toda la cara había desaparecido, con excepción de los ojos, liberados de sus órbitas y cubiertos por lentes de contacto. Del cuello le surgía un tubo endotraqueal.

También le habían abierto cuidadosamente los brazos para extraer los terminales de los nervios sensoriales, que estaban echados hacia atrás como si fueran hebras de telaraña, a fin de conectarlos con electrodos sepultados en el cerebro.

Philips dio una vuelta completa alrededor del recipiente. Lo invadía una horrible debilidad, como si las piernas fueran a fallarle en cualquier momento.

—Tal vez sepas —explicó Michaels—, que los grandes adelantos de la ciencia de la computación, como la retroalimentación, provienen del estudio de los sistemas biológicos. En realidad, de eso trata la cibernética. Bueno, hemos dado el paso más natural al ocuparnos del cerebro humano como tal, pero no para estudiarlo como la psicología, que lo considera una misteriosa unidad sellada.

De pronto Philips recordó que su amigo había utilizado ese enigmático término al ofrecerle el programa de computación. Por fin comprendía.

—Lo estudiamos como si se tratara de una máquina cualquiera, compleja y delicada pero nada más. Y hemos tenido un éxito que no soñábamos. Descubrimos cómo hace el cerebro para archivar su información, cómo lleva a cabo el procesamiento paralelo de la información, tanto más eficaz que el procesamiento seriado de las computadoras de ayer, y de qué modo está organizado, en un sistema funcionalmente jerárquico. Más aún, hemos aprendido a diseñar y construir un sistema mecánico que imita al cerebro y realiza las mismas funciones. ¡Y sirve, Martin! ¡Los resultados sobrepasan todo lo que puedas imaginar!

Michaels había espoleado a Martin para que fuera recorriendo la fila de recipientes y observara los cerebros expuestos de las jóvenes, todos en diferentes etapas de vivisección. Ante el último recipiente, Philips se detuvo. La sujeto estaba en la primera fase de la preparación, y los restos de la cara aún eran reconocibles. Se trataba de Kristin Lindquist.

—Ahora escucha —prosiguió el físico—. Sé que, a primera vista, parece horrible. Pero este adelanto científico es tan grande que resultaría inconcebible calcular sus beneficios inmediatos. Solamente en el campo de la medicina revolucionará todas las especialidades. Ya has visto lo que puede hacer tu programa, tan prematuro, con una radiografía de cráneo. No quiero que tomes ninguna decisión apresurada, Philips, ¿comprendes?

Habían completado el circuito por la habitación, que era una combinación de hospital y centro de cálculo. En un rincón se veía algo similar a un complicado equipo de terapia intensiva, ante cuyos monitores vigilaba un hombre de largo delantal blanco. La llegada de Michaels y Philips no había estorbado su concentración.

El radiólogo volvió a detenerse frente a Katherine Collins y recuperó, por primera vez, el uso de la palabra. En voz inexpresiva, insensible, preguntó:

—¿Qué es lo que entra en el cerebro de esta sujeto?

—Son nervios sensoriales —respondió Michaels, entusiasmado—. Como el cerebro es irónicamente insensible a su propia condición, hemos vinculado los nervios sensoriales periféricos de Katherine con electrodos, para que ella pueda decirnos qué partes de su cerebro están funcionando en un momento dado. Equivale a un sistema de retroalimentación para el cerebro.

—¿Me estás diciendo que esta preparación se comunica contigo? —exclamó Philips, auténticamente sorprendido.

—Por supuesto. Es lo mejor de todo esto. Hemos logrado que el cerebro humano se estudie a sí mismo. Te lo mostraré.

Fuera del cilindro, pero alineado con los ojos de Katherine Collins, había una unidad que parecía una terminal de computadora. Contaba con una gran pantalla vertical y un tablero, electrónicamente conectado a otra unidad que estaba dentro del cilindro, así como a la computadora central, instalada al costado de la habitación. Michaels escribió una pregunta en la máquina y la proyectó en la pantalla: ¿CÓMO TE SIENTES, KATHERINE?

La pregunta se desvaneció. En su lugar aparecieron las palabras: BIEN, ANSIOSA POR EMPEZAR EL TRABAJO. POR FAVOR, ESTIMÚLEME.

Michaels, sonriendo, miró a su compañero.

—Esa chica no se cansa nunca. Por eso ha sido tan útil.

—¿Qué significa eso de «estimúleme»?

—Le hemos implantado un electrodo en el centro del placer. Así la recompensamos y la alentamos a cooperar. Cuando la estimulamos tiene una sensación equivalente a cien orgasmos. Debe ser sensacional, porque lo pide constantemente.

Michaels escribió en la unidad: SÓLO UNA VEZ, KATHERINE. DEBE TENER PACIENCIA. En seguida apretó un botón rojo, al costado del tablero. Philips vio que el cuerpo de la muchacha se arqueaba levemente, con un

estremecimiento.

—Te diré — explicó el físico—. Ya está demostrado que el sistema de recompensas del cerebro es la fuerza motivadora más poderosa, aun más que la autodefensa. Y hemos llegado a descubrir el modo de incorporar ese principio en nuestra última procesadora. Hace que la máquina funcione con mayor eficacia.

—¿A quién se le ocurrió todo esto? —preguntó Philips, no muy seguro de poder creer en todo lo que veía.

—No hay una sola persona que pueda considerarse responsable, todo ocurrió por etapas. Pero los dos más influyentes hemos sido tú y yo.

—¡Yo! —exclamó Philips, como si le hubieran dado una bofetada.

—Sí. Ya sabes que siempre me interesó la inteligencia artificial; por eso me atrajo la idea de trabajar contigo, en un principio. Los problemas que me presentabas sobre la interpretación de radiografías cristalizaron todo el tema central, llamado «reconocimiento de esquemas». Los humanos pueden reconocer esquemas, pero hasta la más sofisticada de las computadoras tenía grandes dificultades para hacerlo. Con tus meticulosos análisis de la metodología utilizada para evaluar radiografías, tú y yo aislamos los pasos lógicos que era preciso resolver electrónicamente a fin de reproducir su funcionamiento. Parece complicado, pero no lo es. Necesitábamos saber ciertas cosas sobre el modo como el cerebro humano reconoce objetos familiares. Me incorporé a un grupo de fisiólogos interesados en neurología y con ellos inicié un estudio muy modesto, utilizando dioxi-glucosa radiactiva; la inyectábamos a ciertas pacientes que después eran sometidas a un esquema específico. Empleamos las cartillas con la letra E, que suelen usar los oftalmólogos. La glucosa radiactiva provocaba entonces microscópicas lesiones en el cerebro de las sujetos, matando las células que tenían como función el reconocimiento y la asociación del esquema con la letra E. Luego era sólo cuestión de trazar un mapa de esas lesiones para determinar cómo funcionaba el cerebro. La técnica de la destrucción selectiva está en uso en laboratorio desde hace años, aplicada a cerebros de animales. La diferencia es que, al emplearla en seres humanos, aprendimos tanto y con tanta rapidez que eso nos alentó a efectuar mayores esfuerzos.

—¿Y por qué en mujeres jóvenes? —preguntó Martin, sintiendo que la pesadilla se convertía en realidad.

—Sólo por comodidad. Necesitábamos un grupo de sujetos saludables a quienes pudiéramos llamar cuando nos hicieran falta. Las pacientes de Ginecología se ajustaban a esos requerimientos. Preguntaban muy poco sobre lo que les estaban haciendo y, con sólo alterar los resultados de los Papanicolau, podíamos hacerlas volver con tanta frecuencia como queríamos. Mi esposa está a cargo de la clínica desde hace años. Ella seleccionaba a las pacientes y les inyectaba el material radiactivo en que un cerebro humano reconoce los objetos familiares. Me asocié con algunos fisiólogos interesados en neurología, y en corriente sanguínea, a fin de retirarles sangre para el examen de rutina. Era muy fácil.

Martin imaginó súbitamente a la severa mujer de pelo negro que atendía

la clínica ginecológica. Le costaba asociarla con Michaels, pero acabó por comprender que, de entre todas las cosas por las que se había interesado últimamente, eso era lo más concebible.

La pantalla, situada frente a Katherine Collins, volvió a la vida: ESTIMÚLEME, POR FAVOR.

Michaels escribió a su vez: YA CONOCE LAS REGLAS. DESPUÉS, CUANDO SE INICIEN LOS EXPERIMENTOS.

Y se volvió hacia Martin, diciendo:

—El programa era tan sencillo y tan satisfactorio que nos alentó a buscar nuevas metas en nuestra investigación. Pero todo se produjo gradualmente, a lo largo de varios años. Nos instigaron a inyectar dosis mayores de radiactividad para delinear las zonas asociativas finales del cerebro. Por desgracia esto provocó cierto síndrome en unas cuantas pacientes, especialmente cuando empezamos a trabajar con las conexiones del lóbulo temporal. Esta parte de la obra se tornó muy delicada, pues debíamos equilibrar la destrucción que provocábamos con el nivel de síntomas tolerables en las pacientes. Si la sujeto presentaba demasiados síntomas teníamos que traerla, y entonces iniciamos esta etapa de la investigación. —Michaels señaló la fila de recipientes.— Aquí, en esta sala, se han hecho los principales descubrimientos. Por supuesto, ni siquiera lo imaginábamos al comenzar.

—¿Y qué me dices de estas últimas pacientes, como Marino, Lucas y Lindquist?

—Ah, sí. En realidad nos causaron algunos problemas. A ellas se les aplicaron las mayores dosis de radiactividad, y sus síntomas aparecieron con tanta rapidez que algunas acudieron a otros médicos antes de que las atrapáramos. Pero los médicos jamás se acercaron al diagnóstico correcto. Mannerheim, menos que nadie.

—¿O sea que él no está involucrado? -exclamó Martin sorprendido.

—¿Mannerheim? ¿Estás bromeando? En un proyecto de esta magnitud no se puede dejar participar a un tipo egocéntrico como él. Querría apropiarse de todos los descubrimientos, por pequeños que fueran.

Philips miró a su alrededor. Estaba horrorizado y sobrecogido. No parecía posible que pudiera ocurrir algo así, y menos aún en medio de un centro médico universitario.

—Lo que más me asombra es que hayan podido hacer todo esto sin problemas —comentó—. Cualquier pobre tipo de Farmacología maltrata a un ratón y le cae encima la Sociedad Protectora de Animales.

—Contamos con mucha ayuda. Quizá hayas notado que esos hombres, los de afuera, son del FBI.

Philips lo miró fijamente.

—No hace falta que me lo recuerdes. Trataron de matarme.

—Lo lamento. No tenía idea de lo que pasaba hasta que me llamaste. Hace más de un año que estás bajo vigilancia. Pero me dijeron que era para protegerte.

—¿Que yo estaba bajo vigilancia?

Martin no lo podía creer.

—Tú y todos nosotros. Philips, deja que te diga algo. El resultado de esta investigación cambiará completamente la sociedad. No estoy exagerando. Cuando comenzamos era un pequeño proyecto, pero obtuvimos resultados positivos muy al comienzo, y lo patentamos. Eso hizo que las grandes compañías de computación nos inundaran con fondos para la investigación y toda clase de ayuda. No les importaba qué ni cómo hiciéramos para seguir descubriendo cosas; sólo querían resultados, y competían entre sí para colaborar con nosotros. Pero sucedió lo inevitable. La primera aplicación de importancia para nuestra cuarta generación de computadoras se destinó para el Ministerio de Defensa. Ha revolucionado todo el concepto de armamentos, pues, utilizando una pequeña unidad de inteligencia artificial combinada con un sistema de memoria molecular holográfica, diseñamos y construimos el primer sistema realmente inteligente para guiar misiles. Ahora el ejército cuenta con un prototipo de «misil inteligente». Es el mayor adelanto en cuestión de defensa desde el descubrimiento de la energía atómica. Y al gobierno le interesa aún menos el origen de nuestros descubrimientos que a las compañías de computación. Nos gustara o no, nos cargaron con el mayor sistema de seguridad jamás organizado, mayor aún que el impuesto al Proyecto Manhattan cuando estaban fabricando la primera bomba atómica. Ni siquiera el presidente hubiera podido entrar aquí. De modo que todos estamos bajo custodia. Y estos tipos son bastante paranoicos. A cada instante creen que los rusos están a punto de invadir el laboratorio. Anoche dijeron que te habías desmandado y que eras un peligro para la seguridad. Pero yo puedo dominarlos... hasta cierto punto. Gran parte depende de ti. Tú eres el que debe tomar una decisión.

—¿Qué clase de decisión? —preguntó Martin, cansado.

—Tendrás que decidir si puedes seguir viviendo con todo esto sobre la conciencia. Sé que es un golpe desagradable. Confieso que no pensaba decirte cómo habíamos logrado nuestros adelantos. Pero si ya has descubierto lo suficiente como para que estuvieran a punto de liquidarte, debes saberlo todo. Escucha, Martin. Sé que va contra todos los conceptos tradicionales de la ética médica experimentar con seres humanos sin su consentimiento, especialmente cuando deben ser sacrificados. Pero creo que el fin justifica los medios. Diecisiete jóvenes han sacrificado la vida sin saberlo. Es cierto. Pero ha sido para el mejoramiento de la sociedad, y la futura superioridad defensiva de los EE.UU. Desde el punto de vista de cada sujeto, es un gran sacrificio. Desde el punto de vista de doscientos millones de norteamericanos, es una nimiedad. Piensa cuántas muchachas se quitan voluntariamente la vida en el curso de un año, cuántos se matan en las autopistas, ¿y para qué? Estas diecisiete mujeres han agregado algo a la sociedad y han sido tratadas con misericordia. Se las atendió bien y no experimentaron dolor. Por el contrario, han sentido puro placer.

—No puedo aceptarlo —dijo Philips, con voz fatigada—. ¿Por qué no dejaste que me mataran? Así no habrías tenido que preocuparte por mi decisión.

—Me gustas, Philips. Hace cuatro años que trabajamos juntos. Eres

inteligente. Tu contribución al desarrollo de la inteligencia artificial ha sido y puede ser enorme. Las aplicaciones médicas, especialmente en el campo de la Radiología, constituyen la cobertura para toda esta operación. Te necesitamos, Philips. Eso no quiere decir que no nos podamos arreglar sin ti. Nadie aquí es indispensable. Pero te necesitamos.

—No me necesitáis.

—No voy a discutir contigo. Lo cierto es que nos haces falta. Y déjame destacar otra cosa: ya no usaremos más sujetos humanos. En realidad, el aspecto biológico del proyecto será clausurado muy pronto. Ya hemos obtenido la información que necesitábamos y ahora debemos mejorar electrónicamente los conceptos. La experimentación con seres humanos ha concluido.

—¿Cuántos son los investigadores involucrados?

—Este es uno de los puntos mejores de nuestro programa —respondió Michaels, orgulloso—. En relación con la magnitud de los logros, el número de personal empleado ha sido muy pequeño. Tenemos un equipo de fisiólogos, uno de técnicos en computación y varias enfermeras diplomadas.

—¿No hay ningún médico?

—No —dijo el físico, sonriendo—. ¡Espera! Eso no es del todo cierto. Uno de nuestros fisiólogos especialista en neurología es también doctor en medicina.

Se hizo un instante de silencio, mientras los dos se observaban.

—Algo más —terminó Michaels—. Tú, como evidentemente mereces, recogerás todo el crédito por los adelantos médicos que se producirán en cuanto apliquemos esta nueva tecnología.

—¿Es un soborno?

—No, es un hecho. Pero te convertirá en uno de los investigadores médicos más célebres de los EE.UU. Podrás programar todo en el campo de la Radiología, de modo tal que las computadoras emitan su diagnóstico con un ciento por ciento de eficacia. Será un beneficio enorme para toda la humanidad. Tú mismo me dijiste una vez que los radiólogos, aun los más eminentes, sólo aciertan en un setenta y cinco por ciento. Y un último detalle. —Michaels bajó la vista, moviendo los pies como si algo lo azorara.— Como te dije, sólo puedo dominar a los agentes hasta cierto punto. Si piensan que alguien representa un riesgo para la seguridad del proyecto, se me escapan de las manos. Por desgracia ahora también Denise Sanger está implicada. No sabe los detalles de esta investigación, pero sí lo suficiente para ponerla en peligro. En otras palabras, si preferís no aceptar el programa» no sólo te eliminarán a ti, sino también a ella. Sobre eso no puedo hacer nada.

Al oír mencionar la amenaza que pendía sobre Denise, una nueva emoción abatió la indignación moral de Philips, llenándolo de odio. Sólo con gran dificultad se contuvo para no lanzarse en un ataque ciego. Se sentía exhausto; cada uno de sus nervios estaba tenso hasta el punto de ruptura. Tuvo que reunir todas sus fuerzas para volver a un estado racional. Entonces lo sobrecogió la inutilidad de su resistencia, dados el poder y el impulso con que contaba el proyecto. Philips hubiera podido inmolarse, pero no podía sacrificar a Denise. Una triste resignación se posó sobre él, como una manta que lo sofocara.

Michaels le puso una mano en el hombro.

—Y bien, Martin, creo que ya te lo he dicho todo. ¿Qué dices?

—No creo tener alternativa... —respondió él, lentamente.

—La tienes, pero muy escasa. Es obvio que tú y Denise quedaríais bajo estrecha vigilancia. No tendréis oportunidad de revelar el asunto ni al Congreso ni a la prensa. Hay planes para cualquier eventualidad. Tu opción es: la vida para ti y para Denise, o una muerte instantánea e inútil. No quisiera ser tan franco. Si decides lo que yo espero, sólo diremos a Denise que nuestra investigación estaba bajo un reglamento del Ministerio de Defensa y que tú, al ignorarlo, te convertiste en un aparente riesgo. Le harán jurar que guardará silencio y allí acabará todo. Será responsabilidad tuya evitar que se entere de los orígenes biológicos.

Philips tomó aliento, apartándose de la fila de cilindros.

—¿Dónde está Denise?

Michaels sonrió.

—Sígueme.

Volvieron sobre sus pasos por las puertas dobles y por los dos anfiteatros. Después de cruzar el corredor sembrado de escombros, entraron en la oficina administrativa de la antigua facultad.

—¡Martin! —gritó Denise.

Se levantó de un salto de la silla plegable en que estaba sentada y corrió hacia él, pasando entre dos agentes, para arrojarse en sus brazos, deshecha en lágrimas.

—¿Qué ha pasado? —sollozó.

Martin no podía hablar. Sus emociones acumuladas se desbordaban de alegría con sólo ver a Denise. Estaba sana y salva. ¿Cómo hubiera podido hacerse responsable de su muerte?

—El FBI trató de convencerme de que te habías convertido en un peligroso traidor —dijo ella—. No les creí ni por un momento, pero dime tú que no es verdad. Dime que todo es una pesadilla.

Philips cerró los ojos. Al abrirlos recobró el uso de la voz. Habló lentamente, eligiendo sus palabras con gran cautela, consciente de que tenía en las manos la vida de Denise. Por el momento lo tenían atrapado, pero ya buscaría el modo de liberarse, algún día, aunque tuviera que esperar años.

—Sí. Es una pesadilla. Es una terrible equivocación. Pero ya ha terminado.

Le alzó la cara para besarla en la boca. Ella le devolvió el beso, segura de que no se había equivocado en sus sentimientos hacia él, que mientras confiara en Martin estaría segura. Por un momento él ocultó el rostro en su pelo. Si la vida de los individuos tenía importancia, también era importante la de Denise. Para él, más que ninguna otra.

—Ya pasó —repitió ella.

Philips echó una mirada a Michaels por sobre el hombro de Denise. El experto en computadoras asintió, aprobando. Pero Martin sabía que jamás iba a aceptarlo...

NEW YORK TIMES

UN INVESTIGADOR ASOMBRA A LA COMUNIDAD
CIENTÍFICA AL SOLICITAR ASILO POLÍTICO
EN SUECIA

A. P. ESTOCOLMO. En circunstancias misteriosas, desapareció ayer por la tarde en Suecia el doctor Martin Philips, médico cuyas recientes investigaciones lo lanzaron a la celebridad internacional. Aunque debía dar una conferencia a las 13 horas en el famoso Carolinska Institute, el neurorradiólogo no se presentó ante la numerosa concurrencia que esperaba para escucharle. Junto con el famoso científico desapareció la doctora Denise Sanger, que es su esposa desde hace cuatro meses.

Las especulaciones iniciales sugerían que la pareja había buscado intimidad para ocultarse a la atención que llovió sobre ellos desde que el doctor Philips comenzara a revelar su serie de sorprendentes descubrimientos e innovaciones en el campo de la medicina, hace seis meses. Sin embargo, la idea fue descartada al saberse que la pareja contaba con una formidable protección del Servicio Secreto, y que su desaparición dependía, definitivamente, de la cooperación de las autoridades suecas.

Todas las averiguaciones ante el Departamento de Estado han tropezado con un tenso silencio, lo cual ha despertado aún mayor curiosidad al saberse que el caso había desatado una febril actividad en varios niveles gubernamentales, al parecer fuera de toda proporción con el suceso. El interés mundial suscitado por este acontecimiento alcanzó hoy su cota máxima ante la siguiente declaración, suministrada anoche por las autoridades suecas:

> «El doctor Martin Philips ha solicitado y recibido asilo político en Suecia. Él y su esposa se hallan bajo protección. En un plazo de veinticuatro horas se hará público un documento redactado por el doctor Philips para informar a la comunidad internacional sobre un grave atentado contra los derechos humanos perpetrado bajo la égida de la medicina experimental. Hasta ahora, el doctor Martin Philips había sido obligado a callar sus opiniones por un consorcio de vastos intereses, incluido el gobierno de los EE.UU. Una vez que el documento

haya sido dado a la publicidad, el doctor Philips convocará una conferencia de prensa televisada, bajo los auspicios de la televisión sueca.»

No se sabe en qué consiste, exactamente, el «grave atentado contra los derechos humanos», aunque la extraña secuencia de sucesos que rodearon la desaparición del doctor Philips ha suscitado toda clase de cábalas y especulaciones. La especialidad del doctor Philips incluye la interpretación computada de imágenes médicas, lo cual difícilmente puede violar la ética de la experimentación. Sin embargo, la reputación del doctor Philips (los investigadores más célebres consideran muy probable que este año reciba el Premio Nóbel de Medicina) le asegura una gran repercusión. Obviamente, el caso ha de ofender profundamente la moral del doctor Philips para llevarlo a arriesgar su carrera en este drástico y dramático paso. También sugiere que el campo de la medicina no es inmune a sufrir su propio Watergate.

NOTA DEL AUTOR

> Las investigaciones sobre el ser humano llevadas a cabo desde la Segunda Guerra Mundial han creado complejos problemas relacionados con el empleo de pacientes como sujetos de experimentación. Resulta evidente que no habría sido posible contar con esos sujetos si hubieran conocido cabalmente el uso que se haría de ellos.[1]

Este es el comentario que a modo de introducción encabeza un artículo en el que un reconocido catedrático de Investigaciones sobre Anestesia, de la Facultad de Medicina de Harvard, describe veintidós ejemplos que, de acuerdo con su opinión, violaron la ética médica. El profesor eligió los ejemplos de un grupo de cincuenta casos y menciona también en su artículo a un profesor inglés que confeccionó una lista de quinientos casos.[2] No se trata de episodios aislados o poco frecuentes, sino de un problema endémico que se desarrolla a partir del sistema básico de valores inherentes a la imagen del médico investigador engendrada por la actual comunidad médica dedicada a la investigación.

Consideremos algunos ejemplos...

En los últimos años ha sido noticia en la prensa y tema de una grabación en video para televisión realizada por el programa *Sixty Minutes* un experimento en el que estuvieron involucrados varios organismos gubernamentales de los Estados Unidos. Estas organizaciones se valían de algunos de sus miembros —completamente ignorantes de la situación— para determinar sobre ellos los efectos de distintas drogas alucinógenas. Un experimento llevado a cabo sobre pacientes de avanzada edad a quienes se les inyectó células cancerosas vivas, sin su consentimiento, resulta más alarmante y se aproxima más a la línea argumental de *CEREBRO*.[3] En el momento de realizarse esa investigación, los investigadores no sabían si el cáncer se extendería o no; aparentemente, se arrogaron el derecho a decidir que, siendo los pacientes tan ancianos, la cuestión, en realidad, carecía de importancia.

Son numerosos los casos en que se ha inyectado material radiactivo a personas totalmente desprevenidas, a retrasados mentales que se hallaban internados e, incluso, a bebés recién nacidos.[4] De ninguna manera pueden justificarse estos procedimientos por el beneficio terapéutico que ello reporta al individuo y no cabe duda de que esas personas estuvieron sujetas al riesgo de lesiones y enfermedades, sin contar los malestares y dolor que debieron soportar. Por otra parte, los resultados obtenidos de esta clase de estudios son a menudo de escasa relevancia y contribuyen más a engrosar la bibliografía del

investigador que al adelanto de la ciencia médica. Muchos de estos experimentos, como es sabido, fueron aprobados por agencias gubernamentales de los Estados Unidos.

En el curso de otra investigación se inyectó suero infectado a unos setecientos u ochocientos niños mentalmente retrasados, con el objeto de producirles hepatitis.[5] Aparentemente, este estudio fue aprobado y apoyado, entre otros, por la Junta Epidemiológica de las Fuerzas Armadas. Se alegó contar con el consentimiento de los padres pero las circunstancias llevan a preguntarse cómo se obtuvo ese consentimiento y qué grado de información les fue suministrado a esos padres previamente; aún más, ¿acaso el consentimiento paterno ampara los derechos del sujeto? La cuestión es: ¿alguno de los investigadores habría consentido a que un miembro mentalmente retrasado de su propia familia participara en ese estudio o en cualquiera de las otras investigaciones mencionadas? ¿Habrían permitido ellos que uno de sus familiares fuera sujeto de esos experimentos? Lo dudo sinceramente. El elitismo cultural sustentado por la medicina y la investigación médica crea una sensación de omnipotencia y, con ella, una ética moral doble.

Sería irresponsable suponer que la mayor parte de las investigaciones sobre seres humanos que se realizan en los Estados Unidos se basa en principios faltos de toda ética, porque eso, definitivamente, no es cierto. El estímulo a la investigación existente en nuestros centros médicos universitarios sigue siendo tan poderoso como siempre y el entusiasmo que, por consiguiente, ello suscita así como el ambiente de competencia profesional pueden hacer perder de vista las posibles consecuencias negativas para los pacientes. Además, no ha sido hasta hoy convenientemente resuelta la confusión de valores existentes entre el riesgo para el paciente-sujeto y el posible beneficio para la sociedad.[6] Por otra parte, la idea de que el consentimiento del paciente evita todo posible abuso ha demostrado ser absolutamente errónea. Tomemos como ejemplo el caso de cincuenta y una mujeres que fueron sujetos de estudio con una droga experimental para inducir el parto. Todas ellas firmaron un documento de consentimiento pero lo hicieron en circunstancias muy poco honradas. Una investigación al respecto dejó en claro que muchas de esas mujeres habían dado su consentimiento en el momento de ser internadas o, incluso, en la misma sala de partos.[7] Al ser entrevistadas, se comprobó que casi un cuarenta por ciento de ellas no tenían conocimiento de que habían sido sujetos de tal experimento, aun cuando, efectivamente, habían dado su consentimiento para ello. Uno de los métodos más sutiles usados para obtener el consentimiento fue el de explicar que se estaba estudiando «un medicamento nuevo»; los investigadores sabían muy bien que el adjetivo «nuevo» sugería que el preparado en cuestión era mejor que «un medicamento anticuado».

No siempre se recurre a un subterfugio para obtener el consentimiento del paciente. El truco más frecuente es el de sugerirle que si no «coopera», su problema no podrá ser atendido con el grado máximo de cuidados. Siguen en porcentaje los casos de investigadores que sugieren astutamente al enfermo que el proceso de la experimentación podría resultarle beneficioso, y lo hacen aun en casos en que esa posibilidad es ínfima. Finalmente, existe el método de no

informar al sujeto potencial sobre la existencia de otras terapias alternativas o, más aún, ya establecidas por el uso.

Todo esto no es nuevo. Durante más de veinte años las publicaciones médicas se han ocupado de las violaciones a la ética médica producidas en el curso de investigaciones con seres humanos. El hecho de que esas violaciones sigan ocurriendo, en la proporción en que ocurren, constituye una tragedia de magnitud considerable. En la década del 80, con la medicina embarcada en un nuevo idilio con la física, las oportunidades de que se produzcan excesos alcanzan un nivel nuevo y alarmante. El escenario donde se realiza la unión de la medicina y de la física es la neurociencia, con el cerebro humano —considerado por muchos como la creación más misteriosa y amenazadora del universo— como principal actor. Las cuestiones éticas y morales referentes a la experimentación con seres humanos deben resolverse antes...

...antes de que la ficción y la fantasía puedan convertirse en realidad.

ROBIN COOK, Doctor en Medicina

---

[1] Beecher, H.K., «Ethics and Clinical Research», *Neij England Journal of Medicine*, vol. 274, 1966, pags. 1354-60

[2] Pappworth, M.H., *Human Guines Pigs Expentnentation on Man,* Beacon Press, Boston, 1967.

[3] Barber, B , «The Ethics of Experimentaron With Subjects», *Saentific American,* vol. 234, N.° 2, February 1976, págs 25-31.

[4] Pappworth, M H., *op cit*

[5] Veatch, R.M., *Case Studies in Medical Ethics,* Harvard University Press, 1977, págs. 274-77.

[6] Jonas H , «Philosophical Reflections on Expenmenting with Human Sub|ects», *expenmentation with Human Subjects,* P A Freud, ed , George Brazilíer, 1969

[7] Barber, B., *op cu*

Fin

JLV